

Samuel R. Delany

# DHALGREN-II

## En tiempo de plaga

Una de las treinta mejores novelas de ciencia ficción de todos los tiempos, por fin en lengua española. Una obra maestra.



grandes éxitos  
**BOLSILLO**

Lectulandia

Bellona: la ciudad donde todo puede ocurrir, donde los edificios que ayer ardían hoy parecen intactos, donde el cielo puede verse poblado por dos lunas o por un sol gigantesco, donde todo es relativo y sin embargo absoluto. Donde una familia —los Richards— puede seguir fingiendo que vive una vida normal como si nada hubiera ocurrido a su alrededor, y donde los grupos de jóvenes marginales —los escorpiones— pueden revivir viejos mitos tribales transformándose por la noche en luminosas bestias míticas para merodear por la calles. Y, mientras tanto, la ciudad sigue viviendo su propia vida, a su propio ritmo, a su alrededor.

**Lectulandia**

Samuel R. Delany

# **En tiempo de plaga**

**Dhalgren II**

ePub r1.1

Banshee 30.12.13

Título original: *Dhalgren*  
Samuel R. Delany, 1975  
Traducción: Domingo Santos  
Ilustración de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**NOTA IMPORTANTE sobre la versión digital.** Este libro tiene una particular composición (son dos textos diferentes en la misma página, por lo que si se va a leer en pantalla hay que hacerlo en Vista Diseño de Impresión, en cualquier otra Vista puede ‘desaparecer’ el texto secundario (es una forma de hablar). En esta edición ePub estos textos se han colocado en cursiva.

Otra característica singular de este libro es que muchas veces el texto queda como colgando, sin haber acabado el párrafo con su punto y aparte convencional y luego empieza otro nuevo sin mayúsculas, no debes preocuparte, no es un error de escaneo o corrección, el texto es así.

# **IV**

## **En tiempo de plaga**

—MIRA, déjame solo...

—Oh, vamos; vamos...

—Tak, ¿quieres meterte tus jodidas manos...?

—No voy detrás de tu cansado cuerpo moreno. Sólo quiero llevarte al bar, donde puedas sentarte.

—Mira, por favor, estoy...

—*No estás borracho*; dices que *no estás* cargado ni nada así; ¡entonces será mejor que te sientes un poco y te relajés! —La musculosa mano de Tak aferró su hombro. (Chicco dio otros tres pasos vacilantes)—. Vas tambaleándote por ahí como si estuvieras medio sumido en alguna especie de trance. Ven conmigo, siéntate, bebe algo, y recupérate un poco. ¿Seguro que no has tomado nada?

La adornada orquídea en el cinturón de Tak golpeó contra la más sencilla de Chicco.

—Mira, déjame solo... ¿Dónde está Lanya?

—Es más probable que la encuentres en Teddy's que vagando por ahí en la oscuridad. Anda, *ven*.

Con este coloquio, hicieron el vacilante camino del parque al bar.

Chicco se tambaleó en la puerta, contemplando las oscilantes llamas de las velas, mientras Tak discutía con el camarero:

—¡Coñac caliente! Mira, será mejor que te tomes tu café en un vaso, con un chorro de...

¿June? ¿O George?

Paul Fenster alzó la vista de su cerveza, tres personas más allá (Chicco sintió que algo frío pero soportable se coagulaba en su vientre al reconocerle), y se acercó hasta situarse detrás de Tak, que se volvía en aquellos momentos con dos humeantes vasos.

—¿Eh...?

—Hola. Menos mal que veo alguien a quien conozco. —Fenster llevaba una camisa roja de manga larga abrochada hasta la mitad del pecho—. No esperaba tener tanta suerte en mi primera noche de vuelta.

—Oh. —Tak asintió con la cabeza—. Sí, ¿cómo estás? Hey, voy a llevarle esto a un amigo. Hum..., ven conmigo. —Tak alzó los vasos de coñac por encima del hombro de una mujer, rodeó un hombre. Fenster alzó la barbilla, mirando.

Tak llegó junto a Chicco. Fenster venía detrás.

—Aquí tienes tu coñac. Éste es Paul Fenster, mi rebelde-que-consiguió-extraviar-su-causa preferido.

—Eso es lo que tú crees. —Fenster saludó con su botella de cerveza.

—Bueno, en realidad no la extravió. Se le fue hacia otro lado cuando él no estaba mirando. Paul, éste es el Chico. —(Chicco se preguntó si él estaba proyectando la misma falta de entusiasmo de Tak)—. Ven y siéntate.

—Hola. —Chicco hizo una inclinación de cabeza hacia Fenster, que no le estaba mirando, que no le había oído, que al parecer no le había reconocido. Bueno, tampoco sentía deseos de hablar, así que la ambigüedad de Fenster podía ser divertida.

—Vamos, vamos —Tak les guió hacia una mesa, miró de nuevo a Chicco aprensivamente.

Haciendo un gesto con su botella, Fenster prosiguió:

—¡Oh, pero es una causa! Quizá hayáis perdido el noventa y cinco por ciento de vuestra población, pero seguís siendo la misma ciudad que antes...

—Tú no estabas *aquí*, antes. —Tak se sentó en medio del banco de la parte de fuera de la mesa, de modo que Fenster tuvo que sentarse en el otro lado. Luego Tak se deslizó hacia un lado, dejando sitio para Chicco, que captó toda la maniobra y se preguntó si Fenster la habría captado también.

Se sentó. Inmediatamente la pierna de Tak entró en contacto con *la* suya, en un claro, aunque indeseado, movimiento tranquilizador.

—No es eso lo que quiero decir —señaló Fenster—. Bellona era..., ¿cuánto? ¿Quizá un treinta por ciento negra? Ahora, aunque hayáis perdido a tanta gente, apostaría a que se acerca a un sesenta. Según mi estimación, al menos.

—Todos viviendo en armonía, paz y amor fraternal...

—Y un cuerno —dijo Fenster.

—... con el tranquilo, claro y dorado atardecer desgarrado sólo ocasionalmente por los sollozos de alguna pobre muchachita blanca deshonrada a manos de un violento macho cabrío negro.

—¿Qué estás intentando hacer, ofrecerle un espectáculo al muchacho? —Fenster le sonrió a Chicco—. Conocí a Tak aquí el primer día que llegué a Bellona. Es un tipo listo, ¿sabes? Le gusta fingir que es un poco tonto. Luego deja que tú mismo te cuelgues. —Fenster seguía sin reconocerle.

Chicco asintió sobre su humeante vaso. El vapor era intenso; lo olió y se sintió enfermo.

—Oh, soy el maldito guardián de la puerta. He hablado con más gente en su primer día en esta ciudad de la que te puedas llegar a imaginar. —Tak se echó hacia atrás en su asiento—. Déjame darte una pista. Es a la gente con la que me tomo la molestia de hablar de nuevo en su tercer, cuarto y quinto día de estancia a la que



tendrías que observar.

—Bueno, te estás engañando a ti mismo si crees que no tenéis un problema negro aquí.

De pronto Tak se sentó hacia delante y apoyó los desgastados codos de piel de su chaqueta sobre la mesa.

—¿A mí me lo dices? Lo que quiero saber es cómo estás haciendo algo al respecto, sentado ahí arriba en la avenida Brisbain.

—Ya *no* estoy con Calkins. Me he trasladado a Jackson. De vuelta a casa.

—¿De veras? Bien, ¿qué conseguiste durante tu estancia?

—Infiernos..., creo que fue muy amable por su parte el invitarme. Me lo pasé bien allí. Tiene un lugar precioso ahí arriba. Tuvimos un par de charlas interesantes. Muy buenas, creo. Es un hombre sorprendente. Pero con esa constante fiesta de fin de semana, treinta y ocho días al mes parece que sean, no comprendo cómo tiene tiempo de tomarse un respiro, y mucho menos de escribir la mitad de un periódico cada día y de velar por lo que queda de la maldita ciudad. Delineé un par de ideas para él: una centralita, un centro de primeros auxilios, un programa de inspección domiciliaria. Dice que quiere cooperar. Le creo..., tanto como se puede creer a alguien, hoy en día. Puesto que hay tan poco control por aquí como el que estamos viendo, no me sorprendería que hiciera más de lo que tú esperas, ¿sabes?

Tak volvió sus manos hacia arriba sobre la mesa.

—Recuerda tan sólo que nadie aquí le votó.

Fenster se inclinó también hacia delante.

—Nunca he estado en contra de los dictadores. Mientras ellos no me dicten a mí.  
—Se echó a reír y bebió más cerveza.

Los sorbos de coñac cayeron en ardientes nudos en el estómago de Chicco y allí se desataron. Apartó su pierna de la de Tak.

—¿Habló con él acerca de ese artículo sobre Harrison? —preguntó Chicco a Fenster.

—¿George Harrison?

—Ajá.

—Infiernos, eso no es más que agua pasada. Ahora hay auténticos problemas a los que hacer frente. ¿Has *paseado* alguna vez por la avenida Jackson?

—La he cruzado.

—Bien, entonces echa una buena mirada a tu alrededor, habla con la gente que vive allí, antes de venir a hablarme de esa boñiga de George Harrison.

—Paul no aprueba lo de George —dijo Tak con un profundo movimiento de cabeza.

—Ni lo apruebo ni lo desapruebo. —Fenster hizo sonar su botella contra la madera—. Simplemente, el sadismo no es lo mío. Y no estoy de acuerdo con nadie

que cometa violación o algo así. Pero si *tú* quieres asociarte con él, ése es tu problema, no el mío. Creo que todo este barullo a su alrededor es la peor forma que hay de desviar la atención de lo que realmente interesa.

—Si has vuelto a Jackson, entonces lo tienes como vecino en la puerta de al lado; así que eres tú quien más tiene que asociarse con él, ¿no? Yo sólo tengo que mostrarme amigable en el bar. —De pronto, Tak dio una palmada en el borde de la mesa—: ¿Sabes cuál es el problema, Paul? George es más *simpático* que tú.

—¿Eh?

—No, de veras: os conozco a los dos, me caéis bien los dos. Pero me cae mejor George.

—Infiernos, hombre, he visto esos pósters que la Reverenda Amy está repartiendo por ahí. Sé lo que os gusta a los tipos de ahí dentro...

—No —dijo Tak—. No, te confundes.

—Un infierno me confundo... Hey, ¿sabes? —Fenster se volvió a Chicco—. ¿Has leído alguna vez esos artículos, los que hablaban del tumulto, y el otro con la entrevista?

—¿Oh? No, pero he oído hablar de ellos.

—Tak tampoco los ha leído.

—He oído lo suficiente sobre ellos —hizo eco Tak.

—Pero ahí está la cuestión. Todo el mundo ha oído hablar de los artículos. Pero puesto que yo estaba allí, soy el único que habló con la persona que realmente dice que los ha leído.

—¿Quién? —preguntó Tak.

—George Harrison. —Fenster se echó hacia atrás en su asiento y pareció satisfecho.

Chicco inclinó su coñac.

—Yo he conocido a alguien que también los ha leído.

—¿Sí? —preguntó Fenster—. ¿Quién?

—La chica a la que violó. Y su familia. Sólo que no la reconocieron en las fotos. —Por algo que ocurrió en el rostro de Fenster sin destruir su sonrisa, Chicco decidió que quizá Fenster no fuera tan malo después de todo.

—¿La has conocido de veras?

—Sí. —Chicco bebió—. Y usted también puede conocerla si quiere. Todo el mundo no deja de decirme lo pequeña que es la ciudad. Hey, Tak, gracias por la copa. —Empezó a ponerse en pie.

—¿Seguro que estás bien, Chicco? —dijo Tak.

—Sí. Ya me siento mejor. —Hizo una inclinación de cabeza a Fenster, luego se encaminó, aliviado, a la barra.

Cuando Jack dijo: «Hey, ¿cómo estás?», Chicco se sobresaltó. Su alivio, la más

somera de todas las cosas, se desvaneció.

—Hola —dijo—. Estoy bien. ¿Cómo te van las cosas?

—Me van. —La camisa de Jack estaba arrugada, sus ojos rojos, sus mejillas sin afeitar. Parecía muy feliz—. Me están yendo muy bien. ¿Y a ti? ¿Y tu amiga?

—Yo estoy bien —repitió Chicco, asintiendo con la cabeza—. Ella también.

Jack se echó a reír.

—Esto es estupendo. Sí, es realmente grande. Espera, quiero que conozcas a un amigo mío. Éste es Frank. —Jack retrocedió un paso.

—Hola. —Con una alta y calva frente y un pelo que le llegaba casi hasta los hombros, Frank había decidido al parecer dejarse crecer la barba quizás desde hacía una semana: *Las tomo de ti cruzadas, te las doy descruzadas...*; sí, eso era. Sólo que se había puesto una camisa verde con cierres a presión nacarados en vez de botones; y se había lavado las manos.

—Éste —le explicó a Frank— es el amigo de Tak del que te decía que escribe poemas. Sólo que no puedo recordar su nombre.

—Chicco —dijo Chicco.

—Ajá, le llaman el Chico. —Jack siguió con su explicación—. Chico, éste es Frank. Frank estaba en el ejército, y también escribe poemas. Le estaba hablando de ti hace un momento. ¿No es así, Frank?

—Sí, te he visto por el parque —asintió Frank—. Jack me estaba diciendo que eres un poeta.

Chicco se encogió de hombros.

—Bueno. Un poco.

—Llevamos bebiendo toda la tarde —prosiguió Jack su explicación.

—Y ya es de noche —sonrió Frank.

—Esta maldita ciudad. Si pensáis emborracharos, habéis ido al mejor lugar. Podéis pedir bebidas en la maldita barra sin parar, y no tendréis que pagar ni una moneda. Nada. Y vayáis donde vayáis, la gente siempre os ofrecerá algo que fumar o que beber. Jesús. —Eructó—. Voy a regar el jardín. Vuelvo en un minuto. —Se apartó de ellos y se encaminó a los servicios.

Chicco sintió una oleada de desorientación, pero las frases que había preparado antes brotaron de sus labios:

—¿Estabas buscando un alma gemela?

—La realidad es que ha sido él quien me ha encontrado a mí —dijo Frank—. Los dos somos desertores del ejército. Él un poco más reciente. Sólo que creo que Jack está sintiendo añoranza.

Chicco tragó saliva.

—¿Del ejército? —Y se sintió mejor.

Frank asintió.

—Yo no. Lo abandoné hará unos seis meses. Aquí me siento feliz. Estoy teniendo la oportunidad de escribir de nuevo, y éste es un lugar más bien solidario.

—¿Realmente escribes poemas? —y con la reiteración sintió hacia Frank una repentina, sorprendente y total desconfianza. Así que sonrió.

Frank le devolvió la sonrisa y asintió sobre su vaso.

—Bueno, en realidad he tenido mucha suerte consiguiendo que mis cosas fueran publicadas. El libro fue sólo un accidente. Una de las pequeñas revistas de la costa oeste se dedicó a hacer buenas ediciones en libro de sus colaboradores. Tuve la suerte suficiente como para ser seleccionado.

—¿Quieres decir que tienes un libro?

—No hay ejemplares en Bellona —indicó Frank—. Como he dicho, fue un accidente.

—Entonces llevas mucho tiempo escribiendo.

—Desde que tenía quince o dieciséis años. Empecé en la escuela secundaria; y la mayor parte de lo que escribes entonces es pura basura.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Entonces te dedicas a eso desde hace mucho tiempo. Un poeta. Quiero decir que es tu trabajo, tu profesión.

Frank se echó a reír.

—No puedes vivir de ello. Durante un año enseñé en la Estatal de San Francisco, hasta que entré en el ejército. Sin embargo, me gusta pensar en ello como en una profesión.

Chicco asintió.

—¿Tienes muchos poemas en revistas y cosas así?

—Tres en el *New Yorker*, hará cosa de un año. Algunas personas piensan que ha sido mi mayor logro. Dos en *Poetry*, *Chicago*, antes de eso. Luego hay algunos más. Pero éstos son de los que me siento más orgulloso.

—Sí, yo solía leer mucho esa revista.

—¿De veras?

—¿No es aquella que antes tenía ese emblema del caballo dibujado a base de volutas? Ahora pone dibujos muy curiosos. La leía cada mes en la biblioteca, en la escuela. Lo hice durante años.

Frank se echó a reír.

—Entonces has estado haciendo las cosas mejor que yo.

—He visto el *New Yorker* —dijo Chicco—. Pero nunca lo he leído.

La expresión de Frank cambió ligera y evasivamente.

—Y nunca he publicado ningún poema —añadió Chicco—. En ningún lugar. Hace muy poco tiempo que soy poeta. Un par de semanas. Desde que llegué aquí.

Probablemente sabrás mucho más de todo eso que yo.

—¿Acerca de ver tus cosas publicadas?

—Sobre eso también. Sin embargo, me refiero a escribirlos. Es duro.

—Sí, sospecho que puede serlo.

—Es casi la cosa más malditamente dura que haya hecho nunca.

Frank se echó a reír y se frotó su incipiente barba.

—A veces. ¿Llevas escribiendo... poemas desde hace sólo unas semanas? ¿Qué te hizo empezar?

—No lo sé. ¿Qué te hizo empezar a ti?

—Supongo que tenía que hacerlo —dijo Frank, y asintió de nuevo.

—¿Encuentras... —Chicco hizo una pausa, tomando en consideración el hurto—  
...encuentras Bellona interesante, te estimula para producir tu obra?

—Tanto como cualquier otro lugar, supongo. Quizás un poco menos, porque tienes que pasar tanto tiempo yendo de un lado para otro, ¿entiendes? Estaba trabajando en algunas cosas cortas. Pero perdí mi bloc de notas hace unas semanas.

—¿Oh?

Frank asintió.

—Desde entonces no he escrito nada. No he tenido tiempo.

—¡Hey, perdiste tu bloc de notas! —La incomodidad se transformó en miedo—. Cristo, eso debió ser... —Luego sus pensamientos se centraron. Se inclinó sobre la barra—. Hey, ¿puedes darme el cuaderno? ¿Eh? ¡Oh, vamos! ¡Déme el bloc de notas, por favor!

—De acuerdo —dijo el camarero—. De acuerdo, te lo daré. Tranquilo. ¿Queréis otra...?

—¡El bloc de notas! —Chicco golpeó la barra con el puño.

—¡De acuerdo! —Haciendo silbar el aire entre sus dientes, el camarero lo tomó de la jaula y lo dejó caer sobre la barra—. *Ahora*, ¿queréis otra ronda?

Junto a la sangre, la orina, el estiércol y las señales de quemaduras, se veían los anillos de las botellas que había ido depositando al azar sobre la tapa. Lo abrió por el centro.

—¿Es esto tuyo?

Frank frunció el ceño.

—¿Lo encontraste?

—Sí. Estaba en el parque.

*Geoff Rivers Arthur Pearson*

*Chico Plumaoscura Earlton Rudolph*

*David Wise... Phillip Edwards...*

Chicco miró por encima del hombro de Frank y leyó la lista de nombres, hasta que Frank giró la página.

—Hey, ¿qué estás haciendo? —dijo Jack tras ellos—. ¿Le estás mostrando tus poesías a Frank?

Chicco se volvió en redondo.

—Sólo este bloc de notas que encontré, lleno con lo escrito por alguien.

—Frank es muy listo —asintió Jack—. Conoce todo tipo de mierdas. Enseñaba historia. En una universidad. Y también cortó con el ejército.

—Muchos lo hicimos —dijo Frank, sin alzar la vista—. Los que tienen un poco de buen sentido se van a Canadá. El resto terminamos aquí. —Volvió una página.

—¿Te lo estás pasando bien? —Jack apoyó una mano en el hombro de Chicco—. Éste es un lugar donde pasárselo bien, ¿no?

—Muy bien —dijo Chicco—. Pero no te he visto por ahí. ¿Dónde has estado?

—He pasado algunos días con Tak. —La mano de Jack se alzó, cayó—. Me echó a patadas al cabo de una semana, cuando no le dejé que siguiera chupándomela más.

Al otro lado del bar, Loufer, con la gorra calada sobre las orejas, seguía hablando concentradamente con Fenster.

La mano de Jack volvió a caer.

—¡Han conseguido *chicas* en esta ciudad! Frank conoce la casa. Está llena de chicas. Chicas auténticamente deliciosas. Estuvimos allí y... —Su sonrisa se ensanchó hacia el éxtasis—. Les encantó Frank. —Frunció el rostro—. Creo que es porque se deja la barba y todo eso. O quizá porque enseñó en una universidad.

—Tú también les gustaste —dijo Frank, todavía sin alzar la vista—. Pero aún no te conocían.

—Sí, supongo que aún no me conocían lo suficiente.

—Hey —Frank alzó ahora la vista—. ¿Tú escribiste todo esto...?

—Sí..., bueno, no. Quiero decir que la mayor parte ya estaba escrito cuando lo encontré. Por eso quería saber si era tuyo.

—Oh —dijo Frank—. No. No es mío.

Chicco se apartó de debajo de la mano de Jack.

—Estupendo. Pero cuando dijiste que habías perdido tu cuaderno, ¿sabes?, pensé que tal vez...

—Sí —dijo Frank—. Entiendo.

—Vamos fuera y busquemos algunas chicas —dijo Jack—. ¿Vienes con nosotros?

—Jack piensa que el número da la seguridad —dijo Frank.

—No. No, no es eso —protestó Jack—. Simplemente pensé que tal vez quisieras venir y ayudarnos a buscar algunas chicas. Eso es todo. Quizá podamos volver a aquella casa.

—Hey, gracias —dijo Chicco—. Pero me voy a quedar por aquí un poco más.

—El Chicco tiene ya a su propia dama —indicó Jack con aires de entendido—. Apuesto a que la está esperando.

—Hey, lamento... que éste no sea tu cuaderno —dijo Chicco a Frank.

—Sí —dijo Frank—. Yo también.

—Nos veremos —dijo Jack, mientras Chicco (sonriendo, asintiendo con la cabeza) se interrogaba acerca del tono de Frank.

Frotando con aire ausente el papel (podía notar las incisiones del bolígrafo), les observó alejarse.

Casi chocando con ellos, Ernest Newboy entró en el bar. Newboy hizo una pausa, tirando de los faldones de su chaqueta, miró a su alrededor, vio a Fenster, vio a Chicco, y avanzó hacia Chicco.

Chicco se envaró un poco en su asiento.

—Hey, hola. ¿Cómo le ha ido en estos últimos días?

El pequeño triunfo hizo aflorar una sonrisa en Chicco. Para ocultarla, miró de nuevo al cuaderno. El poema que Frank había dejado abierto había sido titulado tentativamente:

LOUFER

En el margen, había anotado alternativas: *El Lobo Rojo*, *El Lobo de Fuego*, *El Lobo de Hierro*.

—Oh... Bien. —Con un repentino y decisivo impulso, tomó el bolígrafo del ojal superior de su chaqueta, tachó LOUFER, y escribió encima: LOBO CONDUCTOR. Alzó la vista hacia Newboy—. Muy bien; y además, trabajando mucho.

—Esto es estupendo. —Newboy recogió el gin tonic que el camarero había dejado delante de él—. En realidad esperaba encontrarle a usted aquí esta noche. Es algo que tiene que ver con una conversación que sostuve con Roger.

—¿El señor Calkins?

—Estábamos fuera tomando un coñac después de cenar, en los jardines de Octubre, y le hablé de sus poemas. —Newboy hizo una pausa aguardando una reacción, no obtuvo ninguna—. Pareció muy impresionado con lo que le dije.

—¿Cómo pudo impresionarse? Él no los ha leído.

Newboy dejó su gin tonic.

—Quizá lo que le impresionó fue mi descripción, junto con el hecho de que..., ¿cómo lo diría? No el que se *refieran a* esta ciudad... Bellona. Sino que más bien Bellona proporciona, en los que recuerdo mejor, el telón de fondo que hace que los poemas... existan. —Un ligero asomo de pregunta al final de la frase de Newboy parecía pedir corroboración.

Más para que siguiera que como corroboración, Chicco asintió.

—Proporciona el telón de fondo, así como un cierto aire de preocupación. ¿O estoy siendo demasiado presuntuoso?

—¿Eh? Oh, no, en absoluto.

—En cualquier caso, fue Roger quien expresó la idea: ¿por qué no preguntarle al joven si le gustaría verlos publicados?

—¿Eh? No, por supuesto... —Aunque la puntuación era la misma, cada palabra tenía una longitud, énfasis e inflexión completamente distintos—. Quiero decir, eso sería... —Una sonrisa hendió las tensiones que se habían apoderado de su rostro—. ¡Pero si ni siquiera los ha visto!

—Eso le indiqué. Dijo que confiaba en mi entusiasmo.

—¿Se mostró usted *tan* entusiasta? ¿Lo que él quiere es quizá publicar algunos en su periódico?

—Mi sugerencia fue otra. No, lo que quiere es publicarlos en un libro, y distribuirlo por toda la ciudad. Quiere que yo consiga de usted copias de los poemas, y un título.

El sonido fue todo aire expulsado. Chicco recorrió la barra con la mano. Su corazón latía intensamente, de forma irregular, y aunque no creía que estuviera sudando, tuvo la sensación de que una gota resbalaba hacia abajo por su espalda, se detenía unos instantes en un eslabón de la cadena...

—Debió mostrarse usted bastante entusiasta... —y siguió resbalando.

Newboy se volvió hacia su bebida.

—Puesto que Roger hizo la sugerencia, y supongo que querrá usted seguir adelante con el proyecto, déjeme ser perfectamente honesto: me gustaron sus poemas, disfruté oyéndole leerlos; tienen una especie de vigor primitivo que procede en buena parte de un lenguaje sincopado que, teniendo en cuenta la forma en que revisa usted, domina aparentemente muy bien. Pero no he vivido con ellos lo suficiente como para decidir si son, por emplear un término sencillo, buenos poemas. Es muy posible que, si los hubiera comprado en una librería, y leído más de una vez, leído con mayor atención y cuidado, no encontrara en ellos nada en absoluto que me interesase.

Chicco frunció el ceño.

—¿Dice que lleva escribiendo sólo hace unas semanas?

Chicco asintió, aún con el ceño fruncido.

—Esto es sorprendente. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintisiete.

—Oh. —El señor Newboy se echó un poco hacia atrás—. Hubiera jurado que era usted mucho, mucho más joven. Supuse que tendría usted entre los dieciocho y los diecinueve años, y que había trabajado la mayor parte de su vida en el campo.

—No. Tengo veintisiete y he trabajado en todas partes: en la ciudad, en el campo, en el mar. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Absolutamente nada. —Newboy se echó a reír y bebió—. Nada en absoluto. Sólo nos hemos encontrado unas pocas veces, y *sería* terriblemente presuntuoso por



mi parte pensar que le conozco, pero, francamente, en lo que he estado pensando es en cómo debe ser algo como esto para usted. ¿Veintisiete...?

—Me gusta.

—Muy bien. —Newboy sonrió—. Y la decisión a la que he llegado es, simplemente, que se publica tan poca poesía en el mundo que sería actuar mal por mi parte el colocarme en el camino de alguien que desea verse publicado. El hecho de que sea usted mayor de lo que había supuesto lo hace todo más fácil. No me siento tan responsable. Compréndalo, en realidad no estoy conectado con todo el asunto. La idea surgió del señor Calkins. No deje que esto le ponga en contra mía, pero por unos momentos intenté disuadirle.

—¿Porque no creía que los poemas fuesen lo bastante buenos?

—Porque Roger no está en el negocio de publicar poesía. A menudo sin intención, muchas veces termina en el negocio del sensacionalismo. Sensacionalismo y poesía no tienen nada que ver lo uno con lo otro. Pero sus poemas no son sensacionalistas. Y no creo que él desee transformarlos.

—¿Sabe?, hace un momento estaba hablando con otro poeta, quiero decir con alguien que lleva mucho tiempo escribiendo, y que tiene incluso un libro publicado y todo eso. Sus poemas han salido en *Poetry*. Y en esa otra revista..., el *New Yorker*. ¿Quizá al señor Calkins le gustaría leer algo de él también?

—No lo creo —dijo el señor Newboy—. Y si tengo que hacer alguna objeción a todo el asunto, supongo que es ésa. ¿Qué título le gustaría para su libro?

Los músculos de la espalda de Chicco se tensaron hasta casi el nivel del dolor. Mientras los relajaba, sintió las alteraciones en sus entrañas que eran síntomas inequívocos del miedo. Su mente estaba aguda y atenta. Era consciente de los dos hombres vestidos de cuero hablando en una esquina, de la mujer con botas de constructor que salía de los servicios de caballeros, de Fenster y Loufer aún en su mesa, del camarero reclinado sobre su paño en la barra, del mismo modo que lo era de Newboy. Tras contar siete, alzó la vista y dijo:

—Quiero llamarlo... *Orquídeas de cobre*.

—¿Puede repetir?

—*Orquídeas de cobre*.

—¿Nada de «Las» o algo parecido?

—No, así está bien. Sólo: *Orquídeas de cobre*.

—Es muy bonito. Me gusta. Yo... —Entonces la expresión de Newboy cambió; se echó a reír—. ¡Es realmente bonito! ¡Y tiene usted un buen sentido del humor!

—Sí —dijo Chicco—, porque creo que se necesitan redaños para sacar a la luz una mierda como ésa. Quiero decir, ¿yo con un libro de poemas? —Se echó a reír también.

—Bueno, *a mí* me gusta —repitió Newboy—. Espero que funcione. Quizás, al fin

y al cabo, mis vacilaciones demuestren ser infundadas. Y cuando quiera traernos copias de los poemas, dentro de los próximos días, ya lo sabe.

—Seguro.

Newboy tomó su vaso.

—Voy a ir a hablar un momento con Paul Fenster. Hoy dejó lo de Roger, y me gustaría decirle hola. ¿Me disculpa?

—Por supuesto. —Chicco hizo una inclinación de cabeza a Newboy, que ya se alejaba.

Miró de nuevo su bloc de notas. Tiró con el pulgar del clip del bolígrafo, sacándolo de la espiral donde lo había metido, y se sentó mirando fijamente la tapa: clic-clic, clic-clic, clic.

Escribió en el cartón: *Orquídeas de cobre*. Apenas podía leerse a causa de la suciedad.

Pasó las páginas hasta el final (haciendo una pausa en el poema titulado *Elegía* para leer dos estrofas, luego apresurándose con las hojas), y notó una sensación familiar: en la página donde había estado escribiendo antes, escuchando un ritmo de su voz interior, se volvió para tensar el murmullo interior...

Golpeó como el dolor, fue dolor; anudó su vientre y extrajo todo el aire de sus pulmones, de modo que se tambaleó en el taburete y tuvo que aferrarse a la barra. Miró a su alrededor (sólo que sus ojos estaban cerrados), dando cortas bocanadas. En su interior, la visión cambió a imágenes de gloria, inevitable e inefablemente sensuales, hasta que se sentó erguido, sonriendo, con la boca abierta y jadeando, y con los dedos apretados contra el papel. Abrió bruscamente los párpados, el sello ilusorio, y bajó la vista al cuaderno. Tomó el bolígrafo y escribió apresuradamente dos estrofas, hasta que se detuvo en un no revelado nombre. Releer lo escrito le hizo temblar, y empezó a tachar automáticamente palabras antes de poder rastrear el hilo del significado de sonido a imagen: no deseaba sentir las cadenas. Se apretaban contra él y picaban.

Llevaban dolor y ninguna solución al dolor.

Y lo etiquetó incorrectamente como otra cosa.

Escribió más palabras (ni siquiera seguro de cuáles eran las últimas cinco), y de pronto, una vez más, los músculos de su espalda se tensaron, su estómago golpeó el borde de la barra y, dentro de las esferas de sus ojos, ocurrió algo ciego y luminoso y terrible.

Aquellas mujeres, pensó, aquellos hombres que me lean dentro de un centenar de años, van a..., y no pudo fijar ningún predicado a la fantasía. Agitó la cabeza y sintió que se ahogaba. Jadeante, intentó leer lo que había escrito, y notó que su mano se movía para tachar las banalidades que lixiviaban toda energía: «... ahoyar...» Era una palabra (¡un verbo!), y observó como aquéllas a ambos lados se enfocaban

repentinamente y perdían toda fuerza combativa, hasta que todo se convertía en algo blando y arcaico. Escribir: movió su mano (recordar, intentó recordar, esos garabatos son letras, «... tr...»), cuando intentas copiar eso), y depositó letras que se aproximaban a los sonidos que arañaban la raíz de su lengua. «Awnnn...» fue el sonido que brotó de su nariz.

Algún día voy a... Esta vez le llegó junto con luz; y el miedo del parque, los recuerdos de todos los miedos que manchaban y manchaban como el tiempo y el polvo, olvidados página, bolígrafo y barra. Su corazón latía alocado, su nariz goteaba; se secó la nariz, intentó volver a leer. ¿Qué *era* ese garabato que dejaba la palabra entre «... razón...» y «... dolor...» indescifrable?

El bolígrafo, que había soltado, rodó sobre la barra y cayó. Lo oyó caer, pero siguió mirando parpadeante aquel garabato. Tomó el cuaderno, cerró la tapa con gesto torpe, y el suelo, golpeando sus pies, lo empujó hacia delante.

—¡Señor Newboy...!

Newboy, de pie junto a la mesa, se volvió.

—¿...Sí? —Su expresión se volvió extraña.

—Mire, tome esto. —Chicco le tendió el bloc de notas—. Tómelo ahora...

Newboy lo cogió al vuelo cuando él lo dejó caer.

—Bueno, de acuerdo...

—Tómelo —repitió Chicco—. Ya he terminado con él... —Se dio cuenta de lo afanoso de su respiración—. Quiero decir que creo que ya he terminado con él..., así que —Tak alzó la vista desde su silla— puede llevárselo con usted. Ahora.

Newboy asintió.

—De acuerdo. —Tras una ligera pausa, frunció los labios—. Bien, Paul. Me alegro de haberle visto. Esperaba que volviera otra vez arriba. Tiene que venir alguna vez, antes de que me vaya. De veras, he disfrutado con nuestras charlas. Me han abierto la puerta a muchas cosas. Me ha dicho usted muchas cosas, me ha mostrado muchas cosas acerca de esta ciudad, sobre este país. Bellona ha sido algo muy bueno para mí. —Hizo una inclinación de cabeza a Tak—. Ha sido un placer conocerle. —Miró una vez más a Chicco, que sólo se dio cuenta de que la expresión era preocupada cuando Newboy, con el bloc de notas bajo su brazo, se alejaba.

Tak dio unas palmadas en el asiento a su lado.

Chicco fue a sentarse; a medio movimiento, sus piernas cedieron y cayó.

—¡Otro coñac caliente para el Chicco! —gritó Tak, tan fuerte que todo el mundo miró. Ante el ceño fruncido de Fenster, Tak se limitó a agitar su sonriente cabeza—. Está bien. Sólo que ha tenido un día muy duro. ¿Estás bien, Chicco?

Chicco tragó saliva y se sintió un poco mejor. Se secó la frente (empapada) y asintió.

—Como estaba diciendo —prosiguió Tak, mientras unos brazos rubios con

tintados leopardos depositaban ante Chicco un humeante vaso—, para mí es un asunto anímico. —Observó a Fenster más allá de sus nudillos, y siguió con lo que estaba hablando antes de la interrupción—. En esencia, mi alma es negra.

Fenster apartó la vista de Newboy, que se dirigía a la salida.

—¿Hum?

—Mi *alma* es negra —reiteró Tak—. ¿Sabes lo que significa un alma negra?

—Sí, sé lo que significa un alma negra. Y un infierno tienes tú.

Tak agitó la cabeza.

—No creo que comprendas...

—No puedes tenerla —dijo Fenster—. Yo soy negro. Tú eres blanco. No puedes tener un alma negra. Te lo digo yo.

Loufer agitó la cabeza.

—La mayor parte de las veces me pareces completamente blanco.

—¿Te asusta el que pueda imitarte tan bien? —Fenster cogió su cerveza, luego volvió a depositar la botella—. ¿Por qué todos vosotros, los blancos, deseáis de pronto ser...?

—Yo *no* quiero ser negro.

—¿...Qué es lo que os *proporciona* un alma negra?

—La alienación. Todo el asunto gay, por un lado.

—Eso es un pasaporte a toda un área de cultura y arte en la que simplemente caéis dejándoos caer en la cama —contraatacó Fenster—. Ser negro es un desgajamiento automático de esa misma área, a menos que estés metido en unos círculos muy determinados. —Fenster hizo chasquear su lengua—. ¡Ser un marica *no* te hace negro!

Tak apoyó las manos sobre la mesa, una encima de la otra.

—Oh, de acuerdo...

—Vosotros —anunció Fenster ante la retirada parcial de Loufer— no habéis deseado un alma negra desde hace trescientos años. ¿Qué demonios ocurrió en los últimos quince años que os hace creer que os podéis apropiarse de ella ahora?

—Mierda. —Tak abrió los dedos—. Puedes tomar de mí todo lo que quieras: ideas, manierismos, propiedades y dinero. ¿Y yo no puedo tomar nada de ti?

—El hecho de que te *atrevas* —los ojos de Fenster se entrecerraron— a expresarme sorpresa o indignación o dolor (observa que no incluyo furia), porque ésa es precisamente la situación, indica que no tienes un alma negra. —De pronto se puso en pie, el rojo cuello cayó abierto sobre la clavícula, y agitó el dedo—. Vive así durante diez generaciones, luego ven y pregúntame acerca del alma negra. —El dedo, pálida uña sobre oscura carne, se proyectó hacia delante—. ¡Podrás tener un alma negra cuando yo te *diga* que puedes tenerla! ¡Ahora no me molestes! ¡Voy a mear! — Se apartó de la mesa.

Chicco permaneció sentado, con la punta de los dedos hormigueando, las rodillas a kilómetros de distancia, su mente tan abierta que cada afirmación en el altercado le había parecido un comentario a y/o acerca de él. Permaneció sentado intentando integrarlo, mientras su significado se deslizaba de las tablas de su memoria hasta que Tak se volvió hacia él con un gruñido y con el índice engarfiado en la visera de su gorra.

—Tengo la sensación —Tak hizo una profunda inclinación con la cabeza— que en mi implacable batalla por la supremacía blanca he sido, una vez más, derrotado. —Frunció el rostro—. Es un buen hombre, ¿sabes? Vamos, bebe un poco de eso. Chicco, me preocupas. ¿Cómo te sientes ahora?

—Extraño —dijo Chicco—. Curiosamente extraño..., y bien, supongo. —Bebió. Su respiración se mantenía en la parte superior de sus pulmones. Algo oscuro y lodoso rezumaba debajo.

—Agresivo, farisaico —Tak contemplaba el lugar donde había estado sentado Fenster—. Pensarías que es judío. Pero es un buen hombre.

—Lo conociste el día de su llegada —dijo Chicco—. ¿Te lo has follado alguna vez?

—¿Eh? —Tak se echó a reír—. Ni en toda una vida. Dudo que se deje sobar por nadie excepto por su mujer. Si es que tiene. Y aunque la tenga, subsiste la duda. Allá donde ha ido, ha dejado un rastro de cuerpos desmoronados de maricas sedientos de amor. Bueno, es una forma de educación, por ambas partes. Hey, ¿estás *seguro* de que no has tomado alguna píldora que no debieras o algo así? Piensa.

—No, de veras. Ahora estoy bien.

—Quizá quieras venir a mi casa, donde se está un poco más caliente, y donde yo podré echarte una ojeada de tanto en tanto.

—No, esperaré a Lanya. —Los pensamientos de Chicco, aún quebradizos y agitados, resonaban tan fuertes que no fue hasta quince segundos más tarde, cuando Fenster regresó a la mesa, que se dio cuenta de que Tak no había dicho nada más, y de que estaba contemplando con ojos fijos la luz de las velas reflejada en el coñac.

Vaciar su vejiga había extinguido el ardor de Fenster. Cuando se sentó, dijo muy moderadamente:

—Hey, ¿ves lo que estaba intentando...?

Tak lo interrumpió alzando un dedo.

—*Touché*, hombre. *Touché*. Ahora no *me* incordies. *Estoy pensando en ello*.

—De acuerdo. —Fenster estaba apaciguado—. De acuerdo. —Se echó hacia atrás en su asiento y contempló las botellas alineadas frente a él—. Después de tanta bebida, esto es todo lo que uno puede pedir. —Empezó a arrancar la etiqueta con el pulgar.

Pero Tak siguió en silencio.

—¿Chicco...?

—¡Lanya!

EL viento estalló entre las hojas, despertándola, despertándole cuando ella volvió la cabeza y agitó la mano. Los recuerdos se aferraban a él, alertas como algas, como palabras: habían hablado, habían caminado, habían hecho el amor, se habían levantado y caminado de nuevo...; esta vez había habido poca charla porque las lágrimas seguían afluyendo a sus ojos y se vaciaban en su nariz, dejando labios húmedos, resoplidos, pero mejillas secas. Habían vuelto, se habían tendido sobre la manta, habían hecho de nuevo el amor, y habían dormido.

Reemprendiendo alguna conversación cuyo principio estaba prendido en un brillante y claro recuerdo, ella dijo:

—*¿Realmente* no puedes recordar dónde fuiste o qué ocurrió? —Le había dado tiempo para descansar; ahora estaba presionando de nuevo—. En un instante estabas en la comuna, al instante siguiente habías desaparecido. ¿No tienes ninguna idea de lo que ocurrió entre el momento en que llegaste al parque y el momento en que Tak te encontró vagando por ahí fuera...? ¡Tak dijo que debían ser tres horas más tarde, como mínimo! —Él recordaba haber hablado con ella, con Tak, en el bar; finalmente se había limitado a escuchar, mientras ella y Tak hablaban entre sí. No parecía comprender nada.

Chicco dijo, porque era en lo único en que podía pensar:

—Ésta es la primera vez que veo auténtico viento aquí. —Las hojas se agitaban delante de su rostro—. La primera vez.

Ella suspiró, apretando su boca contra el cuello de él.

Él intentó tirar de la esquina de la manta sobre sus hombros, gruñó porque no cedió, alzó un hombro; cedió.

El sorprendido párpado de hojas se abrió encima de ellos, giró, y pasó. Apretó los labios, miró con ojos entrecerrados el estriado amanecer. Pardo, oscuridad y perla se retorcieron más allá de las ramas, parpadearon, se doblaron sobre sí mismos, pero no se desgarraron.

Ella acarició su hombro; él alzó su rostro contra el de ella, abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla.

—¿Qué es? Dime qué ocurrió. Háblame de ello.

—Estoy... Puede que me esté volviendo loco. Eso es lo que pasa, ¿sabes?

Pero *estaba* tranquilo; las cosas eran menos brillantes, más claras.

—No sé, pero puede que...

Ella agitó la cabeza, no negando, sino maravillada. Él descendió su mano entre las piernas de ella, donde el vello aún estaba húmedo y pegajoso, enrolló mechones entre sus dedos. Los muslos de ella hicieron un movimiento para abrirse, luego para cerrarse atrapando su mano. No ultimó ninguno de los dos; restregó su rostro contra el vello de él.

—Puedes hablarme de ello. Tak tiene razón... ¡parecía como si estuvieras drogado o algo así! Puedo decir que estabas asustado. Intenta hablar conmigo, ¿quieres?

—Sí. Sí, yo... —Rió quedamente, contra su carne—. Aún puedo joder.

—Sí, mucho, y me encanta. Pero incluso ese tipo de..., a veces prefiero hablar.

—*En mi* cabeza no dejan de atropellarse las palabras, ¿sabes?

—¿Qué palabras? Cuéntame lo que dicen.

Él asintió y tragó saliva. Había intentado contarle a ella todo lo importante: acerca de los Richards, sobre Newboy. Dijo:

—Esa cicatriz...

—¿Qué? —preguntó ella sobre su flotante silencio.

—¿Dije algo?

—Dijiste: «La cicatriz».

—No sé... —Empezó a sacudir la cabeza—. No puedo asegurar que lo dijera en voz alta.

—Sigue adelante —animó ella—. ¿Qué cicatriz?

—John: le hizo a Milly un corte en la pierna.

—¿Eh?

—Tak trajo una orquídea, una auténtica obra de arte, toda de cobre. John la cogió y, sólo como demostración, le hizo un corte en la pierna a ella. Fue... —inspiró profundamente— horrible. Ella ya tenía un corte allí antes. No sé, supongo que se lo hizo con alguna roca. No puedo comprender eso. Pero el corte...

—Sigue.

—Mierda, no tiene sentido cuando hablo de ello.

—Sigue.

—Tus piernas: no tienes ningún corte en ellas. —Dejó escapar el aliento; pudo notar que ella fruncía el ceño sobre su pecho—. Pero él le hizo un corte.

—¿Tú lo viste?

—Ella estaba de pie. Y él sentado en el suelo. Y de pronto él tendió la mano, y simplemente cortó de través, contra su pierna. Probablemente no fue un corte muy grande. Él lo había hecho antes. Quizá a alguien distinto. ¿Crees que se lo hizo alguna vez a alguien...?

—No sé. ¿Por qué te trastornó?

—Sí..., no. Quiero decir, ya estaba trastornado. Quiero decir, porque... —Agitó



la cabeza—. No sé. Es como si hubiera algo muy importante que no puedo recordar.

—¿Tu nombre?

—Ni siquiera... sé si es eso. Es sólo... muy confuso todo.

Ella siguió acariciando, hasta que él se alzó y detuvo su mano.

Ella dijo:

—No sé qué hacer. Me gustaría saberlo. Te ocurre algo. No es agradable de ver. No sé quién eres, y me gustas mucho. Eso no lo hace más fácil. Has dejado de trabajar para los Richards; esperaba que eso liberase algo de *presión*. Quizá simplemente debieras marcharte; quiero decir, irte de aquí...

El viento caminaba pesadamente por entre las hojas. Pero fue el agitar de su cabeza lo que la detuvo. El viento se alejó con sus recios pasos.

—¿Qué estaban..., por qué estaban todos allí? ¿Por qué me llevaste allí?

—¿Eh? ¿Cuándo?

—¿Por qué me llevaste allí esta noche?

—¿A la comuna?

—Sí: tenías una razón, sólo que no puedo comprender cuál era. Es probable que ni siquiera importe. —Acarició su mejilla hasta que ella agarró su pulgar entre los labios—. No, no importa. —La difusa ansiedad se endureció en él, empezó a apretar contra el muslo de ella.

—Mira, sólo te llevé allí porque... —y el fuerte viento y los giros de la mente de él bloquearon las palabras. Cuando agitó la cabeza y pudo oír de nuevo, ella estaba alborotando su denso pelo y murmurando—: Chiss..., Intenta relajarte. Descansa, sólo un poco... —Tiró de la manta con su otra mano. El suelo era duro bajo hombro y codo.

Se arrebujó mientras se adormecían, y sondeó sus recuerdos.

De pronto se volvió hacia ella.

—Mira, sé que intentas ayudarme, ¿pero qué...? —Sintió que todo lenguaje se disolvía en silencio.

—¿Pero qué siento realmente al respecto? —terminó ella por él—. No lo sé...; sí, sí lo sé. —Suspiró—. Y mucha parte de ello no es agradable. Quizá estés realmente en mala forma, y puesto que sólo te conozco desde hace poco, lo que tendría que hacer sería irme ahora. Pero entonces pienso: Hey, me he topado con algo realmente bueno, así que, si me esforzara sólo un poco más, tal vez fuera capaz de hacer algo que ayudara. A veces sólo pienso que tú me has hecho *sentir* muy bien..., y eso es lo que más duele. Porque te miro y veo lo mucho que sufres, y no puedo pensar en nada que hacer.

—Él... —Se extirpó de inundadas ruinas—. Yo..., no sé. —Deseó que ella preguntara qué quería decir con «él», pero ella se limitó a suspirar en su hombro. Añadió—: No quiero asustarte.

Ella dijo:

—Creo que lo haces. Quiero decir, es difícil no pensar que sólo estás intentando alejarte de mí por algo que otro te hizo. Y eso es horrible.

—¿Y yo?

—Chicco, cuando tú estás fuera en alguna parte, trabajando, o vagando por ahí, ¿qué recuerdas cuando me recuerdas?

Él se encogió de hombros.

—Muchas cosas. El abrazarnos, y el hablar.

—Sí —y él oyó que una sonrisa modulaba su voz—, y eso es la parte más hermosa. Pero hacemos otras cosas. Recuérдалas también. Es cruel que te pregunte cuando estás pasando por todo esto, ¿no? Pero hay tanto que no ves. Vagas por un mundo lleno de agujeros; tropiezas con ellos; y te haces daño. Es cruel decirlo, pero también resulta duro verlo.

—No. —Frunció el ceño al largo amanecer—. Cuando subimos a ver a Newboy, a ti no te gustó... —y recordó su destrozado vestido mientras preguntaba—: En Calkins, ¿te lo pasaste bien?

Ella se echó a reír.

—¿Tú no? —Su risa murió.

Pero siguió notando su sonrisa apretada contra su hombro.

—Fue extraño —siguió ella—. Para mí. A veces resulta fácil olvidar que tenemos otras cosas que hacer aparte de..., bien, esto.

—En una ocasión hablaste de haber estudiado arte. Recuerdo esto. Y de hacer de disc jockey y de enseñar. ¿También pintas?

—Hace años —respondió ella—. Cuando tenía diecisiete años obtuve una beca para la Liga de Estudiantes de Arte en Nueva York..., hace cinco, seis años. Ahora no pinto. No quiero hacerlo.

—¿Por qué paraste?

—¿Te gustaría oír la historia? Básicamente, porque soy muy perezosa. —Se encogió de hombros entre sus brazos—. Simplemente lo dejé correr. Cuando lo hice, estuve muy preocupada durante un tiempo. Mis padres odiaban la idea de que yo viviera en Nueva York..., acababa de dejar de nuevo a Sarah Lawrence, y ellos querían que me alojara con una familia. Pero yo estaba compartiendo un horrible apartamento en la calle Veintidós con otras dos chicas y yendo a la Liga a tiempo parcial. Mis padres pensaban que estaba completamente loca, y se alegraron mucho cuando deseé ir a un psiquiatra acerca de mi «bloqueo de pintar». Creyeron que él iba a impedirme que hiciera una auténtica locura. —Rió, una sola sílaba que pareció casi un ladrido—. Al cabo de un tiempo, él dijo que lo que yo tenía que hacer era centrarme en un proyecto. Tenía que obligarme a mí misma a pintar tres horas cada día..., pintar cualquier cosa, no importaba. Tenía que mantener un registro en un

pequeño cuaderno de cómo empleaba este tiempo. Y por cada minuto de estas tres horas que no pintara, tenía que pasar seis veces ese mismo tiempo haciendo algo que no me gustara..., lavar platos, sí. Habíamos decidido que lo que yo tenía era fobia a pintar, y mi aprietatornillos era behaviorista. Su idea era establecer una contradesagradabilidad...

—¿También tenías fobia a lavar los platos?

—Absoluta. —Le frunció el ceño en la semioscuridad—. Abandoné su consulta por la mañana, y empecé aquella misma tarde. Me sentía muy excitada. Tenía la sensación de que de aquella forma podría introducirme en todo tipo de áreas de mi inconsciente a través de mi pintura..., significara eso lo que significara. No empecé a flaquear hasta el tercer día. Y sólo fueron veinte minutos. Pero no pude obligarme a pasar dos horas lavando platos.

—¿Cuántos platos tenías?

—Se suponía que debía volver a lavar los limpios si se me acababan los sucios. Al día siguiente volvía a estar bien. Sólo que no me gustaba la pintura que estaba surgiendo. Al día siguiente no creo que pintara nada. Vino alguien, y me llevó al Poe's Cottage.

—¿Has estado alguna vez en la casa de Robert Louis Stevenson en Monterrey?

—No.

—Él sólo alquiló una habitación en ella durante un par de meses, y al final lo echaron porque no podía pagar el alquiler. Ahora la llaman la *Casa de Stevenson*, y la han convertido en un museo.

Ella se echó a reír.

—De todos modos, se suponía que tenía que ir a ver al doctor al día siguiente. E informarle de cómo iban las cosas. Aquella noche empecé a mirar las pinturas..., las saqué porque pensé que podía trabajar un poco. Entonces empecé a ver lo horribles que eran. De pronto me puse absolutamente furiosa. Y las rasgué todas: dos grandes, una pequeña, y como una docena de esbozos que había hecho. Las rompí en un montón de pedazos. Y los tiré a la basura. Luego lavé hasta el último plato de la casa.

—Mierda... —Él frunció el ceño sobre la cabeza de ella.

—Creo que hice algunos dibujos después de eso, pero fue entonces más o menos cuando dejé realmente de pintar. Me di cuenta de algo, aunque...

—No deberías haber hecho eso —interrumpió él—. Fue horrible.

—Fue hace años —dijo ella—. Yo aún era muy niña. Pero yo...

—Me asusta.

Ella le miró.

—Fue hace años. —Su rostro era grisáceo al gris amanecer—. Hace años, sí. —Se apartó un poco, continuó—: Pero me di cuenta de algo. Respecto al arte. Y a la psiquiatría. Los dos son sistemas que se autoperpetúan. Como la religión. Los *tres* te

prometen una sensación de valía interior y de significado, y se pasan un montón de tiempo hablándote de los sufrimientos por los que tienes que atravesar para conseguirla. Tan pronto como te enfrentas a un problema en alguno de los tres, la solución que recibes es siempre profundizar más en el mismo sistema. Mantienen entre ellos una tregua más bien insegura en lo que en realidad es una batalla mortal. Como todos los sistemas que se autorrefuerzan. En el mejor de los casos, cada uno intenta pasar por delante de los otros dos y definirlos como subgrupos. ¿Sabes?, religión y arte son dos formas de locura, y la locura es el reino de la psiquiatría. Oh, el arte es el estudio y la alabanza del hombre y de los ideales del hombre, de modo que una experiencia religiosa se convierte tan sólo en una brutalizada respuesta estética y la psiquiatría es únicamente otra herramienta para que el artista observe al hombre y haga más exactamente sus retratos. E imagino que la actitud religiosa es que los otros dos son útiles sólo mientras proporcionen la buena vida. En el peor de los casos, todos intentan destruirse los unos a los otros. Que era lo que mi psiquiatra, lo supiera o no, estaba intentando hacer, muy efectivamente, con mi pintura. Abandoné también la psiquiatría, muy pronto. Simplemente no quería verme enredada de nuevo en ningún sistema.

—¿Te gusta lavar platos?

—No lo he hecho desde hace mucho, mucho tiempo. —Se encogió de nuevo de hombros—. Y cuando tengo que hacerlo, lo encuentro algo realmente relajante.

Él se echó a reír.

—Supongo que yo también. —Luego—: Pero no hubieras tenido que romper esas pinturas. Quiero decir, supón que cambiaras de opinión. O quizá que hubiera algo bueno en ellas que pudieras haber usado más tarde...

—Hubiera sido malo si yo hubiera deseado ser artista. Pero no lo era. Ni lo deseaba.

—Conseguiste una beca.

—También la consiguieron muchos otros. Sus pinturas, las de la mayoría, eran terribles. Según las leyes del azar, las mías eran probablemente terribles también. No, no fue malo que no quisiera seguir pintando.

Pero él seguía agitando la cabeza.

—Eso te trastorna, ¿verdad? ¿Por qué?

Él inspiró y extrajo su brazo de debajo de ella.

—Es como si todo lo que tú..., y todos los demás, me dicen... Como si estuvieran intentando decirme otras ciento cincuenta cosas al mismo tiempo. Además de lo que me están diciendo de una forma directa.

—Oh, quizá lo esté haciendo. Sólo un poco.

—Quiero decir: aquí estoy, medio loco y queriendo escribir poemas, y tú estás intentando decirme que no debería depositar mi fe ni en el arte ni en la psiquiatría.

—¡Oh, *no!* —Cruzó los brazos sobre el pecho de él, y apoyó allí su barbilla—. Estoy diciendo que *yo* decidí no hacerlo. Pero no estaba loca. Sólo era perezosa. Es una diferencia, espero. Y *no* era una artista. Una disc jockey, una maestra, una intérprete de armónica, pero no una artista. —Él rodeó el cuello de ella con sus brazos y apretó su cabeza sobre su mejilla—. Supongo que el problema —prosiguió ella, con la voz ahogada por el antebrazo de él— reside en que tenemos un dentro y un fuera. Nos encontramos con problemas en ambos lados, pero es tan difícil decir dónde terminan los unos y empiezan los otros. —Hizo una momentánea pausa, agitando la cabeza—. Mi traje azul...

—¿Eso te recuerda los problemas con él fuera?

—Eso, y el subir a lo de Calkins. No me importa vivir así..., de tanto en tanto. Cuando he tenido la oportunidad, siempre me he salido bastante bien de ello.

—Podríamos tener un lugar como el de Calkins. Puedes tener lo que quieras en esta ciudad. Quizá no sea tan grande, pero podemos encontrar una hermosa casa; y yo podría conseguir lo mismo que tenga cualquier otro. Tak consiguió un horno eléctrico que hace un asado en diez minutos. Con microondas. Podríamos tener de todo...

—Ahí —ella estaba agitando la cabeza— es precisamente donde empiezan los problemas de dentro. O empiezan a convertirse en problemas, al menos. Hay veces en las que no creo tener ningún problema interior. Imagino que sólo me estoy procurando algo de lo que preocuparme. No me asustan ni la mitad de las cosas que sé que asustan a la mitad de la gente que conozco. He ido a montones de lugares, he conocido a montones de gente, me lo he pasado bien montones de veces. Quizá todo consista en resolver los problemas de fuera. Otra cosa no muy agradable: cuando te miro, a veces no sé si tengo derecho a pensar que tengo ningún problema, dentro o fuera.

—¿No deseas *hacer* algo? Cambiarlo todo; conservarlo todo; encontrar cualquier... —Se detuvo, porque se sintió claramente incómodo.

—No —dijo ella, muy firmemente.

—Quiero decir: quizás eso hiciera más fácil resolver algunos de los problemas de fuera, al menos. ¿Sabes?, quizá te sintieras más feliz si pudieras conseguir otro vestido.

—No —repitió ella—. Quiero que me ocurran cosas maravillosas y fascinantes y espectaculares, y no deseo hacer nada para forzar el que ocurran. Nada en absoluto. Supongo que esto te hará pensar que soy una persona superficial... No, eres demasiado inteligente. Pero un montón de gente sí lo haría.

Él se sintió confuso.

—Eres una persona maravillosa, profunda, fascinante —dijo—, y en consecuencia tendrías que ser mundialmente famosa en este mismo instante.

—Para tener veintitrés años, soy ya bastante famosa, teniendo en cuenta que no

he hecho nada. Pero tienes razón.

—¿Cómo eres famosa?

—Oh, no realmente famosa. Sólo tengo montones de amigos famosos. —Giró otra vez el rostro sobre su mejilla—. En ese artículo dice que Newboy fue nominado tres veces para el premio Nobel. Conozco a tres personas que realmente lo ganaron.

—¿Eh?

—Dos en ciencias, y Lester Pearson era un buen amigo de mi tío y acudía a pasar semanas enteras conmigo y con mi tío en nuestra casita de veraneo en Nova Scotia. El de química era muy agradable..., tenía sólo veintinueve años, y estaba relacionado con la universidad. Estuvimos muy unidos durante un tiempo.

—¿Salíais juntos, os citabais y todo eso? ¿Con todos tus famosos amigos?

—No. Odio eso. Nunca me cito con nadie. Ésas fueron personas a las que conocí y con las que hablé y con las que me gustaba hablar, así que volvía a hablar con ellas. Eso es todo.

—Yo no soy famoso. ¿Te sentirías feliz en un lugar como el de Calkins, viviendo conmigo?

—No.

—¿Por qué no? ¿Sólo porque no soy famoso?

—Porque tú no serías feliz. No sabrías qué hacer ahí. No encajarías. —Sintió todos los músculos de ella, de las caderas a los hombros, tensarse sobre él—. ¡Eso no es *cierto*! Estoy siendo terrible contigo. —Hizo chasquear la lengua—. ¿Sabes?, estaba *aterrorizada* ante la idea de ir a casa de Roger contigo. No tenía nada que ver con lo que *yo* llevaba: pensaba que tú te comportarías de una forma terrible, o te pasarías diciendo Ooooh y Ahhhh toda la tarde, o te callarías y te convertirías en un silencioso agujero del día.

—¿Crees que nunca antes he estado en lugares así?

—Pero no te *comportaste* así —dijo ella—. ¡Eso es lo que importa! Fuiste perfectamente educado, te lo pasaste bien, y estoy segura de que el señor Newboy disfrutó todo el rato. Si alguien lo estropeó, fui yo con mi estúpido traje. Y soy una persona pequeña, egoísta e insignificante por preocuparme por tales cosas. —Suspiró—. ¿Crees que me merezco algún punto por guardarme esto para mí misma durante tanto tiempo? —Suspiró de nuevo—. No, sospecho que no.

Él parpadeó al salvaje cielo e intentó comprender: podía seguir su lógica, aunque las emociones que había detrás le confundían.

Al cabo de un rato ella dijo:

—Crecí en algunas casas espantosamente grandes. Algunas eran casi tan grandes como la de Roger. Cuando estudiaba en el internado, una vez, mi tío dijo que podía llevar a algunos amigos a la casita de veraneo por mi cumpleaños. Caía en un fin de semana largo, y me dijo que podía traer a diez chicos desde el jueves hasta el

domingo por la noche. Había un chico en la Irving School, la escuela masculina contigua a la nuestra, llamado Max, del que pensaba que era simplemente algo grande. Venía de una familia pobre..., bueno, pobrísima. Había conseguido una beca. Era inteligente, sensible, gentil..., y delicioso. ¡Probablemente estaba enamorada de él! Me hubiera sentido perfectamente feliz de poder tenerlo para mí sola durante todo el fin de semana. Pero tenía que organizar una fiesta: así que lo planeé todo pensando en él. Invité a dos chicas que adoraban escuchar a los chicos inteligentes..., yo no era muy buena oyente por aquel entonces, de modo que a Max *podía* gustarle. Invité a ese chico de color perfectamente horrible que Max decía que admiraba porque era segundo en el equipo de debates y nunca hacía *nada* equivocado. Rastreé cuatro escuelas en busca de la gente más encantadora y maravillosa..., gente que le divertiera, le complementara, ofreciera exactamente el contraste correcto. No dos personas de la misma pandilla, ¿entiendes?, que formaran un núcleo aparte y se convirtieran en una pelota indigerible en el caldo. El fin de semana fue espantoso. Todos se lo pasaron de fábula, y durante los dos siguientes años no dejaron de preguntarme cuándo iba a repetirlo. Excepto Max. La excursión en avión, los caballos, las barcas, las doncellas, los chóferes, todo fue demasiado para él. Todo lo que dijo en los cuatro días fue: «Gracias», y «Oh, Dios». Unas cuarenta y cuatro veces cada una. Oh, sospecho que simplemente éramos demasiado jóvenes. Otro par de años más y seguramente hubiera sido socialista o algo así y lo hubiera atacado todo. ¡Aquello hubiera sido estupendo! Había allí gente que hubiera podido discutirlo. Al menos hubiera habido comunicación. No sé..., quizá todavía sigo siendo demasiado joven. —De pronto se dio la vuelta—. En este mismo momento podría ser la anciana de una novela francesa del siglo XVIII. —Se volvió de nuevo—. ¡Veintitrés años! ¿No es horrible? Y dicen que el siglo XX es problemático para los jóvenes. —Rió quedamente contra su pecho.

—¿Quieres oír una historia de mí, ahora?

—Hummmm. —Captó su asentimiento.

—Sobre cuando tenía veintitrés años. Tu edad.

—Seguro, abuelo. ¿Es acerca de tres años después de que salieras de la institución mental?

—No, es acerca de ir a lugares hermosos. —Frunció el ceño—. Un verano estaba trabajando por aquí y por allá a lo largo de la costa del golfo, como pinche en los barcos langostineros.

—¿Qué es un pinche?

—Lava los platos y arranca las cabezas de los langostinos. Sea como fuere, acababa de ser despedido en Freeport, y estaba merodeando por ahí en busca de algún otro barco...

—¿Por qué te despidieron?

—Me mareé. Ahora calla. Estaba sentado en la terraza de aquel café, que era lo único que uno podía hacer allí, cuando aparecieron aquellos dos chicos con su Triumph negro aullando entre el polvo. Y uno me grita si sé dónde puede cobrar un cheque de viajero en aquella maldita ciudad. Yo llevaba allí tres días, de modo que le dije dónde estaba el banco. Y él me dijo: Sube, y les mostré a él y a su amigo dónde tenían que ir. Hablamos: Él estudiaba leyes en Connecticut. Le hablé acerca de ir a Columbia. Cobró su cheque y me preguntó si quería ir con ellos..., lo cual era mejor que dormir en una habitación de dos pavos la noche, los cuales tampoco tenía, así que dije: De acuerdo. Había todo un puñado de chicos en aquella isla justo al lado de la costa.

—¿Como la comuna?

—El padre de uno de los chicos era el director de una compañía de explotaciones turísticas de por allí. La compañía había trasladado a todos los pescadores que vivían en la isla a otro lugar, había construido un puente hasta tierra firme, cavado un canal, y edificado un montón de casas de ciento cincuenta mil a doscientos cincuenta mil dólares cada una, con céspedes delante, piscinas a un lado, garaje al otro, y caseta para la barca en la parte de atrás directamente sobre el canal, de modo que podías sacar sin problemas tu barca al mar. Todas eran para los ejecutivos de la Dow Chemical, que era la propietaria de prácticamente toda la ciudad. Así que los posibles compradores podían verlas primero, las casas estaban amuebladas, los congeladores llenos con bistecs, los armarios repletos de licores, toallas en los cuartos de baño y todas las camas hechas. Los ejecutivos podían traer a sus familias y pasar todo un fin de semana para probar la casa antes de comprarla. El lunes venía un camión con doncellas, carpinteros, lampistas y proveedores para reemplazar todo lo que se hubiera usado, limpiar todo lo que se hubiera ensuciado y arreglar todo lo que se hubiera roto. No había nadie en la isla, así que las puertas habían sido dejadas abiertas. El padre del chico le había dicho que, puesto que estaba en la zona, por qué no se quedaba allí. De modo que el chico, con unos veinte amigos suyos, todos ellos entre los diecisiete y los veinticinco años, se había instalado. Empezaron en una de las casas, bebieron todo el licor, comieron toda la comida, destruyeron los muebles, rompieron las ventanas, destrozaron todo lo que pudieron, luego se trasladaron a otra. El lunes las doncellas, carpinteros y lampistas arreglarían los daños. Me quedé dos semanas con ellos, elegí una habitación, cerré la puerta con llave, y leí casi todo el tiempo, mientras me llegaba todo aquel ruido de fuera. De tanto en tanto, por supuesto, salía para comer algo..., vadeaba las latas de cerveza de la cocina, rascaba la grasa de alguna sartén, y me freía un bistec. Luego me iba a la piscina si no estaba en demasiado mal estado y, si no había demasiados muebles flotando en ella, o botellas, o cristales rotos a su alrededor, nadaba un poco. Pronto, cuando la cosa empezaba a llenarse demasiado, volvía a mi habitación. En alguna ocasión alguien



había estado jodiendo en mi cama, o se había puesto malo y había vomitado sobre la mesilla de noche. Una vez encontré a una muchachita sentada en mitad del suelo, completamente ida, con cocaína por *toda* la alfombra, y eso significa *un montón* de cocaína: había arrancado las cortinas, y estaba haciendo muñecas con ellas con unas tijeras. De modo que en estos casos tomaba mi libro y me mudaba a otra habitación. Un par de días después de llegar allí, los dos chicos que me habían traído decidieron de pronto largarse a algún otro sitio y dejar a los otros que siguieran con su diversión. Me dieron las llaves del Triumph y me dijeron que podía quedármelo. Yo ni siquiera sabía conducir. Por aquel entonces uno de ellos había aplastado toda la parte frontal, pero el resto aún estaba bien. La policía vino dos veces. La primera vez los chicos les dijeron que se fueran a que les jodieran por el culo y afirmaron que se suponía que tenían derecho a estar allí, y los agentes se fueron. La segunda vez pensé que lo mejor era desaparecer. Cuando cayera toda la mierda encima de ellos, yo no tenía ningún familiar rico en Texas a cuya casa correr. Había una chica allí que me dijo que me compraría un billete de autobús hasta Houston si la jodía un poco y me quedaba con ella aunque sólo fueran cinco minutos.

—No... —Lanya ahogó su risita contra el cuello de él.

—Me compró el billete de autobús y unos tejanos y una camisa nueva.

Su risita se convirtió en una auténtica risa. Luego alzó los ojos.

—Esto no es cierto, ¿verdad? —Su sonrisa intentó perforar la luz del amanecer.

Al cabo de un segundo, él dijo:

—No. No lo es. Quiero decir, sí la jodí, y ella me compró el billete de autobús. Pero no me lo planteó de esa manera. Aunque así la historia queda un poco mejor.

—Oh. —Ella volvió a bajar la vista.

—Pero, ¿ves?, conozco lugares bonitos. Sé cómo comportarme en ellos. Entrás, y tomas todo lo que deseas. Luego te marchas. Eso es lo que estaban haciendo ellos allí. Eso es lo que hice yo ahí arriba en lo de Calkins.

Una vez más, ella balanceó la cabeza sobre su barbilla.

Él la miró.

Ella tenía el ceño fruncido.

—Creo que lo estás viendo todo del revés. Pero si eso te hace sentir, a tu deliciosa e ingenua manera, educado y encantador, supongo que... —Apoyó de nuevo la cabeza y suspiró—. Aunque no me sorprendería si resultara que una o dos de las personas que acudieron a mi fiesta en Nova Scotia estaban también ahí abajo en Texas unos cuantos años más tarde..., en la tuya.

Él la miró de nuevo y rió suavemente.

La bruma creó montañas encima de los árboles, creó olas que se rompieron y cayeron sin alcanzarles.

El pecho de él estaba húmedo de la mejilla de ella. Lanya volvió la cabeza,

haciéndole cosquillas con el pelo. Una hoja, sorprendentemente como un esquito, golpeó su frente y le hizo alzar la vista hacia las semidesnudas ramas.

—No deberíamos hacerlo así. Estamos sucios. Es incómodo. Pronto va a hacer frío, o empezará a llover o algo parecido. Como has dicho, la comuna es un poco como estar en la calle. Te sientes y les contemplas gastar todo lo que tienen, y luego tú acabas con las sobras. Buscaremos un lugar...

—¿Como el de los Richards? —preguntó ella con voz cansada.

—No, no como ése.

—¿Crees que te gustará montar algo como la casa de Roger?

—No tiene que ser tan espectacular, ¿no? Sólo algo que sea nuestro, ¿comprendes? Quizá algo como lo que tiene Tak.

—Hummm —dijo ella. Luego, una vez más, alzó la cabeza y la apoyó sobre su barbilla—. Deberías irte de nuevo a la cama con Tak.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque es una persona encantadora. Y a él le gusta.

Él agitó la cabeza.

—No, no es mi tipo. Además, los atrapa apenas llegan aquí. No creo que esté interesado más que en el primer mordisco, ¿sabes?

—Oh. —Ella volvió a bajar la cabeza.

—¿Estás intentando librarte de mí —preguntó él—, como siempre piensas que yo estoy intentando librarme de ti?

—No. —Y al cabo de un momento preguntó—: ¿No te preocupa el hacerlo tanto con hombres que con mujeres?

—Cuando tenía quince o dieciséis años es algo que acostumbraba a ponerme fuera de mí. Supongo que me preocupaba mucho. Cuando llegué a los veinte, sin embargo, me di cuenta de que, no importaba lo mucho que me preocupara, no parecía causarme mucho efecto el con quién terminara yéndome a la cama. Así que ahora no me preocupo. Es más divertido de esta forma.

—Oh —dijo ella—. Insincero. Pero lógico.

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. —Él la atrajo más hacia su lado. Ella bajó una mano para alcanzar su cadera. Acarició su muslo—. En el internado hice algunas tonterías. Con chicas, quiero decir. A veces, ¿sabes?, tenía la impresión de ser un poco extraña porque no lo hacía más a menudo. Pero nunca me he sentido atraída por las chicas. Sexualmente, quiero decir.

—Eso te perdiste —dijo él, y la atrajo por los hombros.

Ella se volvió para saborear su cuello, su barbilla, su labio inferior.

—Lo que me contaste que ocurrió —dijo entre sondeos de lengua— en casa de los Richards anoche... debió ser... horrible.

—No pienso volver allí. —Mordisqueó—. Nunca. Jamás voy a volver.

—Estupendo...

Luego, por un pequeño movimiento en la parte inferior del cuerpo de ella, él se dio cuenta de que un nuevo pensamiento había pasado por su cabeza.

—¿Qué?

—Nada.

—¿De qué se trata?

—No es nada. Sólo he recordado que me dijiste que tenías veintisiete años.

—Es cierto.

—Pero recuerdo también que una vez mencionaste, sólo de pasada, que habías nacido en 1948.

—¿Sí?

—Bien, eso es imposible... Hey, ¿qué ocurre? Se te ha puesto la carne de gallina.

También, tras sus rígidas ingles, había una losa de dolor. Empujó contra ella. El borde de la manta, atrapado debajo de ellos, se tensó contra su hombro mientras él se agitaba, hasta que ella lo liberó de un tirón; restalló contra su cuello. Mantuvo las caderas alzadas, sondeando. Ella metió las manos bajo su espalda, lo empujó hacia atrás, hundió su lengua bajo la de él. Él le hizo el amor tomando enormes y jadeantes bocanadas de aire. Ella respiraba breve y entrecortadamente. El viento volvió y enfrió sus descubiertos hombros.

Tras un laborioso y agitado orgasmo, se relajó.

Qué celoso me siento de aquellos a los que he conocido temerosos de dormir por miedo a los sueños. Temo esos momentos antes del sueño, cuando las palabras se desgarran de la matriz nerviosa y, como chispas, iluminan las respuestas que quieren. Esa visión fragmentada, seductora con alegría y terror, roba el propio descanso. Afortunadamente, hundido en la pesadilla, el ansioso cerebro, liberado al menos de conocer su propia descomposición, puede encarnar esas esqueletales epifanías con coherencia visual y aural, si no racional: mejor esos paisajes donde el terror es experimentado como terror y la rabia como rabia que esos otros donde sólo existe un dolor en las entrañas o una pulsación encima del ojo, donde el espasmo de un nervio en la espinilla desmorona toda una ciudad de huesos, donde una contracción en el párpado detona a la vez el sol y el corazón.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Lanya.

—¿Eh? Nada. Sólo pensaba.

La mano de ella se movió sobre su pecho.

—¿En qué?

—En el sueño..., y supongo que también en la poesía. Y en volverme loco.

Ella emitió un pequeño sonido que significaba «sigue».

—No sé. Estaba recordando. Ser un niño y esas cosas.

—Eso está bien. —Movi6 la mano, emiti6 aquel peque1o sonido de nuevo—. Sigue...

Pero, sin miedo ni angustia, 6l tuvo la sensaci6n de que no tena ning6n lugar donde ir.

Emergi6 de su sue1o ante las luces y el olor a quemado.

La luminosa araña parpade6 y se apag6 sobre 6l: el pelirrojo baj6 una mano (y, al hacerlo, Chicco le reconoci6) de las cadenas que colgaban sobre su barriga. En la otra, esta vez, llevaba un recio list6n de una caja de embalaje color naranja.

Un escarabajo iridiscente desapareci6 de un rostro repentinamente negro (tambi6n conocido) sobre una ropa de vinilo, lustrosa como su anterior caparaz6n.

Las arqueadas pinzas de un escorpi6n se colapsaron.

—Hey —dijo Pesadilla—. Creo que acaban de despertar.

Los brazos de Chicco rodeaban a Lanya. Ella apret6 su rostro contra su cuello; luego lo apart6, bruscamente, de una forma conscientemente deliberada.

Dos docenas de escorpiones (la mayor parte eran negros) formaban un anillo contra la gris ma1ana.

Chicco reconoci6 a Denny entre un hombro huesudo y moreno y otro carnoso y negro.

Entonces el pelirrojo agit6 su list6n.

Lanya grit6..., 6l sinti6 su brusco movimiento golpear contra su hombro. Ella agarr6 el extremo del list6n.

Se puso de rodillas, sujet6ndolo, los ojos muy abiertos; sus mejillas estaban hundidas.

Chicco se alz6 sobre sus codos.

El pelirrojo empez6 a mover su extremo del list6n de uno a otro lado para liberarlo.

—Deja esa mierda, Jetadecobre. —Pesadilla golpe6 el list6n con los nudillos.

—S6lo queria asegurarme de que estaban despiertos —dijo el pelirrojo—. Eso es todo lo que queria. Eso es todo. —Tir6 del list6n.

Lanya lo solt6.

Pesadilla se acuclill6 lentamente delante de ella, apoyando las mu1ecas sobre sus deshilachadas rodillas y dejando colgar las pesadas manos entre ellas, equilibrado por los musculosos antebrazos.

—Hombre —dijo Lanya—, si lo que pretendias era asustarnos, lo has conseguido. Chicco no se sentia asustado.

Lanya se sent6 sobre sus talones, sujetando su brazo izquierdo con la mano derecha y moviendo el pulgar sobre el hueso del codo.

Chicco apart6 la manta de sus piernas y se sent6, con las piernas cruzadas.

Estar desnudo en el encadenado c6rculo, pens6, era mejor que estar medio tapado.

—Tengo cosas mejores que hacer que asustarte, señorita. Sólo quiero hablar. Ella inspiró profundamente y aguardó.

—¿Cómo se porta? —Pesadilla inclinó la cabeza hacia Chicco.

—¿Qué?

—¿Vas bien con él?

—Di lo que tengas que decir —dijo ella, y tocó la rodilla de Chicco. Estaba asustada; sus dedos eran puro hielo.

La frente de Pesadilla, grandes poros y profundas arrugas, se frunció más.

—El otro. Te librate del otro, ¿eh? Eso está bien. —Asintió.

—¿Phil...?

—No pude encontrarle mucho uso a... ¿Phil? ¿Ése era su nombre? —La sonrisa de Pesadilla movió sus labios hacia un lado cuando los curvó—. Imagino que tú tampoco. Así que no tienes por qué preocuparte ahora. ¿Qué hay de ello? Te lo he preguntado antes. —De pronto inclinó la cabeza y se quitó una vuelta de cadena, medio enredada en el semi-trenzado pelo, de su grueso cuello.

No era la óptica.

Inclinándose hacia delante, Pesadilla la colocó en torno al cuello de Lanya. Sus puños colgaron de ella como pesas de reloj. Los eslabones de centímetro mancharon sus pezones. Un puño se alzó, el otro descendió.

—Hey, hombre... —dijo Chicco.

Jetadecobre hizo restallar el listón contra su otra mano, observando a Chicco.

Chicco alzó la vista, El negro pelirrojo, barbudo y con pecas como de leopardo, era más alto y enjuto que Pesadilla y, pese a todos los trabajados músculos de Pesadilla, parecía más fuerte.

Los puños de Pesadilla se detuvieron, uno sobre el vientre de Lanya, el otro sobre su pecho: la miró.

Ella le devolvió la mirada, flexionando la mandíbula. Apartó la mano de la rodilla de Chicco, puso ambos puños en torno a la cadena, muy arriba en su cuello, y los dejó deslizar hacia abajo, de modo que el izquierdo suyo apartó el derecho de Pesadilla.

—Quita eso —murmuró—. Te lo dije una vez: no lo quiero.

Una mujer delgada y oscura del círculo, con un pecho desnudo empujando hacia un lado la solapa de su chaqueta y las cadenas, cambió el peso de su cuerpo de uno a otro pie. Alguien tosió.

—¿Qué hay con él? —dijo Pesadilla, sin mirar a Chicco—. ¿Qué vas a hacer cuando nos lo llevemos? Éste va a venir con nosotros, señorita.

—Hey, ¿qué es lo que...? —Chicco se interrumpió. Furia, fascinación, y un tercer sentimiento que no pudo identificar, se trenzaron desde la base de su cerebro hasta su vientre, y más abajo.

—Quítame eso —dijo Lanya—. No lo quiero.

—¿Por qué?

—Quiero ocuparme sólo de mis asuntos. No tengo demasiadas oportunidades de hacerlo. —Luego lanzó una curiosa carcajada—. Además, vuestro diseñador de vestuario es un tanto burdo.

Pesadilla bufó. Algunos del círculo se echaron a reír.

—¿Y qué nos dices del tuyo? —dijo alguien. Pero Pesadilla alzó la cadena. Algunos cabellos de ella cayeron de los eslabones.

Luego los talones del escorpión giraron, desgarrando ambos hierba.

—Toma. —La cadena pasó por encima de la cabeza de Chicco. Los ojos de Pesadilla tenían estrías de coral. Al parecer, una de las mangas de su chaqueta se había desgarrado a la altura del hombro, y ahora mostraba un burdo zurcido.

Pesadilla empezó a tensar la cadena.

Los fríos eslabones se deslizaron por el pezón izquierdo de Chicco hacia abajo. El puño de Pesadilla se alzó hasta detenerse contra su pecho izquierdo, cálido y áspero,

—¿De acuerdo? —Pesadilla le miró de soslayo. Chicco se dio cuenta, irrelevantemente, de que había algo que no funcionaba bien en el enfoque de los ojos del escorpión.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto? —dijo Chicco—. ¿Qué se supone que significa?

—No significa nada —dijo Pesadilla—. Puedes tomarla y echarla al lago Holland si quieres. —Se echó hacia atrás y se puso en pie—. Pero si fuera tú, yo la conservaría.

El círculo se rompió.

Con Pesadilla a la cabeza, los anchos hombros balanceándose, los gruesos brazos oscilando, los escorpiones se alejaron. Algunos miraron hacia atrás. A tres metros de distancia, una chica que podía ser tanto blanca como negra, y un alto chico negro, se echaron a reír a carcajadas. Luego, como hinchada demasiado rápido para poder seguir el proceso, una iguana ocupó su lugar, translúcida a la verdosa luz. Luego un pavo real. Luego una araña. Los escorpiones desaparecieron entre los árboles.

—¿Qué jodida mierda significa todo esto? —preguntó Chicco. Ahora se daba cuenta de que tenía tres cadenas en torno al cuello: la óptica, la proyectora, y ésta nueva..., la más pesada.

—A Pesadilla se le mete a veces en la cabeza que necesita a ciertas personas...

El timbre de su voz le hizo mirar.

—... para llevarlas a su nido. —Rebuscó en la manta, extrajo su armónica, la puso a un lado y siguió rebuscando.

—Te quería a ti antes, ¿no? ¿Qué quiso decir con eso de Phil?

—Ya te dije que fue mi amigo durante un tiempo, antes de conocerte.

—¿Cómo era?

—Era un chico negro, bastante brillante; bastante amable, bastante obcecado. Estaba aquí revisando los acontecimientos, un poco como tú... —Su voz se ahogó con las últimas palabras. Él miró de nuevo: su cabeza estaba asomando por la parte superior de su blusa mientras tiraba de ella hacia abajo sobre sus oscilantes pechos—. Realmente no podía hacer bien lo de Calkins. Tampoco podía hacer lo de Pesadilla.

El borde de la manta formaba como una pequeña tienda, con la orquídea debajo. Chicco tendió la mano hacia ella, y entonces observó una superficie de casi dos hectáreas de carbonizada hierba al otro lado del prado. El humo se *alzaba* en volutas en sus bordes. Aquello no estaba allí antes, pensó. Frunció el ceño. No estaba.

—A la gente de la comuna les caía bien, supongo. Pero él era una de esas personas de las que te cansas rápidamente. —Oyó el roce de la cremallera de sus pantalones—. Pesadilla es curioso. Supongo que resulta muy considerado por su parte el preguntar, pero no soy del tipo de unirme a ellos. A nadie.

Chicco deslizó la mano dentro del arnés de la orquídea, lo cerró. El olor a quemado era muy fuerte. Abrió sus mordisqueados y anchos nudillos, flexionó sus arañados y romos dedos...

... un cosquilleo en su hombro.

Saltó, girando rápidamente, y se agazapó.

La hoja rodó hombro abajo, aleteó junto a su rodilla, giró hasta el suelo. Jadeando y con el corazón batiendo como un tambor, alzó la vista hacia el inclinado tronco, más allá del tocón de una gruesa rama, a las ramas desnudas y a las que colgaban de ellas, a las entrecruzadas ramitas que parecían líneas quebradas en el cielo.

El sudor en su cuerpo se enfrió.

—¿Lanya...?

Miró a su alrededor en el claro, y luego de nuevo a la manta. ¡No había tenido tiempo de ponerse sus zapatillas!

Pero las zapatillas no estaban.

Dio la vuelta al árbol, con el ceño fruncido, mirando la carbonizada hierba y los otros árboles, volviendo a mirar aquél.

Con orquídea y cadenas, se sintió de pronto mucho más consciente de su desnudez que cuando había despertado con Lanya en el centro del anillo de escorpiones.

Ha vuelto a la comuna, pensó. ¿Pero por qué así? Intentó recordar la curiosa cualidad que había captado en su voz. ¿Ira? Pero aquello era estúpido. Tocó la cadena que Pesadilla había situado en torno a su cuello. Aquello también era estúpido.

Pero permaneció inmóvil allí durante largo rato.

Luego —y todo su cuerpo se movió con un ritmo distinto ahora— dio un paso hacia el árbol, dio otro paso; dio un tercer paso, y el borde de su pie pisó una raíz. Se

inclinó hacia delante, la rodilla apoyada contra la corteza, su muslo, su vientre, su pecho, su mejilla. Cerró los ojos y alzó tanto como pudo su brazo encadenado, y apretó los dedos contra el tronco. Inspiró profundamente en busca del olor de la madera, y empujó su cuerpo contra la inclinada curva. La corteza era áspera contra la unión de pene y escroto, áspera contra el hueso de su tobillo, contra la parte de atrás de su mandíbula.

El agua corría por ambas comisuras de sus ojos. Los abrió ligeramente, pero volvió a cerrarlos con rapidez contra las distorsiones.

Con su mano armada —la urgencia de clavar profundamente la orquídea en la floema vino y se fue, como la pulsante imagen residual dejada por la bombilla de un flash—, movió suavemente las hojas contra la corteza. Girando la mano hacia un lado y luego hacia otro, escuchando los distintos roces, golpeó una y otra vez el árbol.

Cuando se apartó, la corteza se pegó al pelo de su pecho, al vello de su pubis. Le picaba el tobillo. También la mandíbula. Se frotó la palma de la mano contra el rostro para sentir la moteada huella; pudo verla a lo largo de la carne en la parte interna de su brazo, deteniéndose junto a los eslabones de la cadena para proseguir al otro lado.

Regresó a la manta y tomó sus ropas de entre los pliegues. Sus sentimientos se asentaban extrañamente entre el embarazo y el más grande de los alivios. No acostumbrado a ninguno de los dos, la yuxtaposición le confundió. Sin dejar de preguntarse dónde habría ido ella, se puso los pantalones, luego se sentó para atarse (preguntándose por qué seguía preocupándose por aquello) su única sandalia.

Empezó a rebuscar en la manta. Miró debajo de los pliegues, la alzó para escrutar debajo, frunció el ceño, y finalmente registró toda la zona.

Al cabo de quince frustrantes minutos, desistió y echó a andar ladera abajo. No fue hasta que alcanzó la puerta de los servicios del parque (había permanecido cerrada hasta que alguien la había forzado, de modo que la aldaba aún colgaba de uno de los tornillos) que recordó que ya había entregado el bloc de notas, la noche anterior, a Newboy.



LAS cañerías aullaron, empezaron a dar golpes.

Un hilillo se deslizó por la porcelana, se arrastró como un gusano de cristal a la luz de los cuadrados de la ventana muy alta en la pared de cemento. Depositó su orquídea en el lavabo contiguo y se frotó fuertemente las manos, muñecas y antebrazos, luego se inclinó para beber. Se lavó un poco más hasta que su vejiga empezó a arder.

Orinó en el desagüe en mitad del suelo. La rejilla resonó bajo su chorro.

Se mojó los puños en el lavabo y se los pasó por los sobacos. Se mojó una y otra vez el cuello. Llenó sus manos formando copa, se echó el agua a la cara, y volvió a coger más agua. Tenía trozos de corteza adheridos a su piel, del cuello hasta las rodillas. Se los sacudió, los frotó, se los lavó. (Pantalones y chaqueta estaban cruzados sobre otro lavabo.) Metió un pie en el cuenco de porcelana. El agua se deslizó entre los ligamentos. Frotó; la porcelana se estrió de negro y gris. Laboriosamente, sintiendo que le hormigueaban los dedos, eliminó toda la suciedad excepto la que las callosidades habían convertido en permanente. Mojó y se frotó las piernas hasta la cadera, luego empezó con el otro pie. Se masajéó los genitales con chorreantes manos; se encogieron ante el agua fría.

De pronto el delgado chorro se cortó.

Las cañerías empezaron a aullar de nuevo un minuto más tarde. El chorro, ligeramente más fuerte, empezó a manar otra vez.

El agua se enredó en el pelo detrás de sus testículos, resbaló a lo largo de sus piernas. Se pasó las manos por encima de la cabeza. Su pelo estaba grasiento. Con el borde de la mano, escurrió tanto como pudo el agua de sus brazos, piernas y costados. El lodoso charco sobre el que estaba de pie alcanzó el desagüe: plonc-plonc, plonc-plonc, plonc-plonc.

Alguien en los cubículos de los wateres tosió.

Las trabajosas abluciones habían disuelto todo pensamiento verbal. Pero su cerebro estaba supersaturado por el esfuerzo de pensar. La tos —repetida, y seguida por un carraspeo— hizo que se formara un pensamiento.

¿Alguien muy viejo y enfermo?

Utilizó la pernera izquierda de su pantalón para secarse ingles, vientre y espalda. Se vistió, colocó la orquídea en el cinturón, e incluso salió al exterior para secar sus pies andando. Se puso la sandalia, volvió a entrar —se dio cuenta de que había dejado

el lugar hecho un asco—, y se dirigió hacia la divisoria que ocultaba los wateres.

No era viejo, pero el tipo parecía realmente enfermo.

Las botas de cowboy, vueltas hacia dentro, descansaban a sus lados. Uno de los pies, alzado, mostraba unos dedos tan costrosos como los de Chicco antes de lavárselos. Sentado en la taza del water, la cabeza apoyada contra el vacío distribuidor de papel higiénico, el rostro lleno de cerdoso pelo, costillas desnudas y arrugada barriga de la que colgaban cadenas..., entre ellas un esférico proyector de campo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Chicco—. Parece como si...

—Hmmm... —El escorpión blanco movió la cabeza y, aunque apoyó los dos pies en el suelo, se tambaleó como un ciclista borracho sobre una maroma—. No. No. No estoy enfermo... —La larga nariz hendía el tembloroso pelo. Junto a la nariz, un ojo a la funerala parpadeó su violáceo párpado—. ¿Quién... quién eres?

Chicco aceptó el tuteo.

—¿Quién eres tú?

—Pimienta. Me llaman Pimienta. No estoy enfermo. —Volvió a apoyar la cabeza contra el distribuidor de papel higiénico—. Sólo que no me encuentro bien.

Chicco sintió una pequeña y aguda tristeza, junto con una urgencia de echarse a reír.

—¿Qué te ocurre?

Pimienta apartó bruscamente el pelo de sus ojos y se quedó casi inmóvil.

—¿Con quién corres?

Chicco frunció el ceño.

—¿No eres un escorpión? —Pimienta hizo un gesto con una mano cuyas uñas eran como púas de grafito—. Apuesto a que corres con Dragón Lady.

—No corro —dijo Chicco—. Con nadie.

Pimienta frunció los ojos.

—Yo estaba en el nido de Pesadilla. —El fruncimiento se transformó en curiosidad—. ¿Ahora estás con Dragón Lady? ¿Cuál has dicho que era tu nombre?

Con un impulso absurdo, Chicco se metió en pulgar en el bolsillo y apoyó su peso sobre una cadera.

—Algunas personas me llaman el Chico.

La cabeza de Pimienta se inclinó hacia el otro lado. Luego se echó a reír.

—Hey, he oído hablar de ti. —Sus encías estaban orilladas de podredumbre y plata—. Sí, Pesadilla; dijo algo acerca del Chico. Estaba hablando con Dragón Lady cuando ella estaba por ahí. Les oí hablar. Sí. —Su risa se quebró; echó la cabeza hacia atrás, la apoyó contra la pared y gimió—. La verdad es que no me encuentro nada bien.

—¿Qué es lo que oíste? —Sin demasiada sorpresa, Chico (decidió Chicco)

reflejaba de una forma mucho más apropiada lo pequeño de la ciudad.

Pimienta alzó sólo los ojos.

—Pesadilla —y los bajó—. Le dijo a ella que tú andabas por ahí, que creía que eras... —Tosió; el sonido, débil, pareció desgarrar cosas dentro de él. Sus manos, vueltas hacia arriba, se agitaron sobre sus muslos, se agitaron cuando tosió— ...sta que ella se fue.

Lo cual no tenía apenas sentido; así que preguntó:

—¿Has estado aquí dentro toda la noche?

Una tos.

—¡Bueno, no iba a estar ahí *fuera* en la oscuridad! —La mano de Pimienta recobró suficientes fuerzas para señalar hacia la puerta.

—Puedes encontrar una maleza un poco espesa, meterte dentro donde nadie pueda verte. Hace bastante calor ahí fuera, y es más cómodo que dormir sentado en la taza de un water. Puedes conseguir una manta...

—Hombre, hay *cosas* ahí fuera. —Al principio el rostro de Pimienta pareció crisparse por el dolor. Pero sólo estaba frunciendo los ojos—. ¿Qué es lo que haces tú, eh? Sí, tienes que ser bastante valiente. Como Pesadilla le dijo a ella.

Lo cual tenía igualmente poco sentido.

—¿Cómo es que no estás con Pesadilla? Le vi esta mañana, con su pandilla. Dragón Lady no estaba con él.

—No —dijo Pimienta—. No, ella ya no está con él ahora. Tuvieron una pelea, ¿sabes? ¡Oh, Jesús, eso sí que fue una fiesta sangrienta! —Esta vez el «dolor» de Pimienta fue el recuerdo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Chico.

La cabeza de Pimienta cayó hacia delante, los mechones de pelo oscilaron.

—¿Has visto esas cicatrices en el hombro de Pesadilla? ¿Has visto sus cicatrices? —Intentó asentir—. Oh, sospecho que ahora ya lo han olvidado todo y que vuelven a ser casi amigos. Pero ella se hizo su propio nido, he oído que en alguna parte en Jackson. Y no han vuelto a estar juntos mucho tiempo desde entonces, no, creo que no. —Su cabeza cayó hacia atrás y repitió—: No me encuentro muy bien.

—¿Qué te ocurre exactamente?

—No lo sé. Quizá comí algo malo. O tal vez me he resfriado.

—Bueno, ¿no te duele el estómago, o notas la cabeza como obstruida?

—Ya te lo dije, no sé lo que me pasa.

—¿Qué te duele?

Pimienta agitó su pelo hacia atrás y volvió a sentarse erguido.

—¿Cómo puedo decirte lo que duele hasta que sepa qué es lo que va mal?

—¿Cómo puede alguien decir lo que va mal hasta que digas qué...?

Pimienta se tambaleó.

Chico fue a sujetarle.

Pero Pimienta no cayó. Frotándose el rostro con el puño y resoplando, dijo:

—Estaba con Bunny, pero creo que ella me echó. Quizá será mejor que vuelva allí y lo averigüe, ¿no? —Se soltó del lateral del cubículo—. Creo que ya me encuentro un poco mejor. ¿Conoces a Bunny?

—No lo creo.

—Baila en ese cubil de fenómenos, *Teddy's*.

—¿Quieres decir el tipo ése, delgado con el pelo plateado?

—Es buena amiga. Loca. Pero buena amiga. —Pimienta se tambaleó hacia delante—. Me gustaría tener un maldito poco de agua.

—Ve a uno de los lavabos.

Pimienta se levantó inseguro, se tambaleó al rodear la partición.

Chico le siguió.

Pimienta hizo girar uno de los grifos, y echó bruscamente hacia atrás la mano cuando las cañerías iniciaron su queja.

—... no sale nada —aventuró.

—Dale un segundo.

Cuando el chorrito manó durante medio minuto, Pimienta hizo una mueca.

—Mierda, no es lo suficientemente grande para beber. —Se volvió de nuevo y se tambaleó hacia la puerta—. Que Dios me *maldiga* si quiero un poco de agua.

Chico, con divertida frustración, cerró el grifo y salió tras él. Pimienta estaba subiendo la cuesta.

Chico le observó dar unos cuantos pasos, luego se volvió para encaminarse hacia la comuna.

—¡Hey!

Volvió la vista.

—¿Qué?

—¿No vienes conmigo?

Su regocijo disminuyó a algo minúsculo.

—No. —Pese a lo minúsculo, le hizo aguardar la reacción de Pimienta.

—Hey, entonces —Pimienta regresó, con su tambaleo convertido ahora en un andar patizambo—, quizá será mejor que yo vaya *contigo*, ¿eh?

Chico echó a andar: *no* era la reacción que deseaba.

Pimienta lo alcanzó.

—Mira, primero iremos a lo tuyo, luego iremos a lo mío, ¿eh? Eso es justo.

—Hay una fuente con *agua*.

—¡No, no, hombre! Tienes prisa. No quiero entretenerte.

Chico suspiró, llegó a una decisión y gritó:

—¡LÁRGATE DE AQUÍ!

Pimienta se detuvo, parpadeando.

Chico inspiró profundamente y siguió andando, sacudiendo la cabeza. No me gusta gritarle a la gente, pensó. Y luego, sonriendo: Eso no es cierto..., sólo que no tengo muchas oportunidades de hacerlo.

Llegó a los árboles al borde del claro.

Los ladrillos de cenizas en el lado más cercano del fuego habían sido derribados. El humo remolineaba en el aire. Las cenizas griseaban la hierba.

No había nadie.

A tres metros de la mesa de picnic estaba el desgarrado saco de dormir que nadie utilizaba porque alguien se había puesto enfermo en él una noche y lo había ensuciado con sus vómitos y diarrea.

Desconcertado, caminó hasta el hogar, entre latas y envoltorios. (En el banco de picnic, alguien había volcado una caja de basura.) Rascó las cenizas con su sandalia. Media docena de tizones mostraron puntos rojizos que pulsaron, parpadearon y se apagaron.

—¿Lanya?

Se volvió, aguardando su respuesta, inquieto ante cualquier ruido en aquel anillado y brumoso claro. Incluso en el ápice del período de proyectos, siempre había normalmente media docena de personas junto al fuego. Una manta desgarrada yacía bajo el banco..., pero llevaba allí toda la semana. Los sacos de dormir y las mantas normalmente apilados al azar junto a los árboles y tras la leña habían desaparecido.

—¡Lanya!

¿Una mudanza repentinamente decidida? Pero ella hubiera sabido algo y se lo hubiera dicho. Excepto los ladrillos volcados de la pared del hogar, no había señales de violencia; sólo basura y desorden. Él había venido allí con ella a comer..., ¿cuántas veces? Había permanecido tranquilo y observado sus comedidos modales. Por un momento fantaseó que su reserva y su preocupación habían sido tan insoportables para ellos que todos, con Lanya cooperando, habían maquinado abandonarle, brusca y silenciosamente. La idea se hubiera demorado más de un momento en su cabeza si no le hubiera hecho sonreír; fruncir el ceño, sin embargo, parecía más apropiado.

—¿Lanya?

Se volvió para escrutar entre los árboles.

Cuando la figura que se ocultaba en la espesura se dio cuenta de que había sido vista, se puso en pie vacilante y avanzó. Era Pimienta.

—Estás buscando a alguien aquí, ¿eh? —Pimienta se inclinó para mirar a la izquierda, luego a la derecha—. Imagino que todos se han ido, ¿no?

Chico hizo chasquear la lengua y escrutó de nuevo el claro, mientras Pimienta juzgaba las distancias.

—Me pregunto por qué se habrán marchado. —Pimienta se acercó un poco más.

La irritación de Chico ante la presencia de Pimienta fue absorbida por su inquietud ante la ausencia de Lanya. No había estado tanto tiempo lavándose. ¿No podía haber esperado...?

—¿Dónde crees que puedan haber ido? —Pimienta avanzó otro paso.

—Bien, si no lo sabes, no me *sirves* de nada.

La risa de Pimienta fue ronca, débil, y tan enferma como su tos.

—¿Por qué no vienes conmigo a lo de Bunny? Vive detrás mismo del bar. Quiero decir, si no puedes encontrar aquí a tu amiga. Podrás conseguir algo de comer. A ella no le importa que traiga amigos. Dice que le gustan siempre que sean guapos, ¿sabes? ¿Has visto bailar alguna vez a Bunny?

—Un par de veces. —Chico pensó: tal vez haya ido al bar.

—Yo nunca. Pero se supone que es buena, ¿eh? A aquel lugar acude todo tipo de gente extraña. Me asusta entrar.

—Está bien. —Chico miró una vez más: ella no estaba allí—. Vamos.

—¿Vienes? ¡Estupendo! —Pimienta le siguió una docena de pasos. Luego dijo—: Hey.

—¿Qué?

—Es más corto si vamos por aquí.

Chico se detuvo.

—Dijiste que Bunny vive detrás mismo de *Teddy's*.

—Ajá —asintió Pimienta—. Por aquí se va más rápido.

—Está bien. Si tú lo dices.

—Es mucho más corto —dijo Pimienta—. Mucho más. De veras. —Eché a andar, aún con las piernas rígidas, por entre los árboles.

Chico le siguió, dubitativo.

Le sorprendió lo pronto que alcanzaron el muro del parque; estaba justo al otro lado de una pequeña colina de árboles. El sendero que descendía hasta la puerta de los leones debía hacer más curva de lo que creía.

Pimienta trepó el muro, jadeando y haciendo muecas.

—¿Sabes? —jadeó desde el otro lado mientras Chico saltaba—. Bunny es un chico. Pero le gusta que le llamen «ella».

—Sí, sí, lo sé —dijo Chico, con una mano sobre la parte superior del muro. Saltó.

Pimienta retrocedió un par de pasos cuando Chico aterrizó sobre el pavimento.

—¿Sabes? —dijo, mientras Chico se ponía en pie—, eres como Pesadilla.

—¿Cómo?

—Él chilla mucho. Pero no lo hace *a propósito*.

—No volveré a gritarte —dijo Chico—. Puede que te parta la cabeza. Pero no volveré a gritarte.

Pimienta sonrió.

—Por aquí.

Cruzaron la vacía calle.

—Conoces a una nueva persona —murmuró Chico—, vas con ella, y de pronto te encuentras con una ciudad completamente nueva. —Lo ofreció como un pequeño y oblicuo cumplido.

Pimienta se limitó a mirarle, curioso.

—Recorres nuevas calles, ves casas que nunca viste antes, cruzas por lugares que nunca habías sabido que estuvieran allí. Todo cambia.

—Por aquí. —Pimienta se metió por entre edificios separados por poco más de medio metro.

Se deslizaron entre despintadas tablas. El suelo estaba sembrado de cristales rotos.

—A veces cambia incluso aunque sigas siempre el mismo camino —dijo Pimienta.

Chico recordó conversaciones con Tak, pero decidió no preguntar más a Pimienta, que no parecía ser demasiado bueno con las abstracciones. En el callejón, Chico se detuvo para sacudirse los cristales de su pie desnudo.

—¿Estás bien? —preguntó Pimienta.

—Es calloso como una piedra.

Caminaron entre las fauces abiertas de los garajes. Un coche azul —¿un Olds del 75?— había atravesado la pared de atrás de uno de ellos: tablas rotas y colgantes vigas, cristales rotos, señales de ruedas en la calzada. El coche estaba empalado en una madera rota hasta su colgante portezuela. ¿Quién, pensó Chico, había resultado herido en el coche, quién había resultado herido en la casa? Colgando del alféizar de otra ventana rota había el receptor de un teléfono azul... ¿arrojado a causa del miedo o de la furia? ¿Tirado accidentalmente o a propósito?

—Hum —Pimienta hizo un gesto con la barbilla hacia una puerta abierta.

Mientras cruzaban el oscuro corredor. Chico olió restos de algo orgánico y descompuesto, y aquello le recordó... Cuando recordó lo que era, ya habían salido al porche.

Alguien con un mono verde y botas de constructor naranjas, sobre una larga escalera apoyada contra la farola de la esquina —era la mujer que había visto la primera noche en el bar— estaba desatornillando el letrero de la calle.

El metal resonó contra el metal; CALLE HAYES fue retirado de su lugar. De la parte superior de la escalera tomó AVENIDA 23, lo colocó en el lugar del otro, y empezó a atornillar.

—Hey —Chico se sintió a la vez divertido y curioso—. ¿Cuál de los dos es cierto?

Ella frunció el ceño por encima del hombro.

—Ninguno de los dos, cariño, por todo lo que sé.

Pero Pimienta estaba cruzando hacia la puerta, sin ninguna señal en ella, que le era ya familiar. Chico le siguió, mirando hacia todos lados, desconcertado ante la humosa luz del día.

—No creo haber estado nunca antes aquí, de día.

Pimienta se limitó a gruñir.

La puerta por la que entraron era la que hacía dos desde del bar.

Arriba de los escalones, Pimienta bloqueó las rendijas e luz y golpeó con el dorso de la mano.

—Está bien, está bien. Sólo un segundo, querido. No es el fin del mundo —la puerta se abrió— todavía. —Un servilletero de plata sujetaba un pañuelo de seda blanca en torno al delgado cuello de Bunny—. Y aunque así fuera, no desearía saber nada al respecto a esta hora de la mañana, ah, eres tú.

—¡Hola! —La voz de Pimienta reflejaba alegría y entusiasmo—. Éste es un amigo mío, el Chico.

Bunny retrocedió unos pasos.

Mientras Chico entraba, Bunny apuntó a Pimienta con un nudoso y manicurado dedo.

—En realidad, la culpa de todo es de ese diente.

Pimienta exhibió su manchada y picada sonrisa.

—El Pekinés..., ¿has oído hablar del Pekinés? El Pekinés *murió* a causa de un diente ulcerado. —Bunny se pasó la mano por el decolorado y sedoso pelo—. Muéstrame a un chico con los dientes malos y simplemente sentiré tanta pena por él que... Oh, no soy responsable. Pimienta, querido, ¿*dónde* has estado?

—Jesús, tengo sed —dijo Pimienta—. ¿Tienes algo para beber? No puedes conseguir un solo maldito vaso de agua en el maldito parque.

—En el aparador, querido. No se ha movido.

Pimienta sirvió vino de un garrafón con una adornada etiqueta, primero en una taza sin asa, luego en un bote de mermelada de cristal.

—¿Tienes *tú* alguna idea de dónde ha estado? Sé que *él* no me lo dirá —preguntó Bunny mientras Pimienta le tendía a Chico el bote.

—Toma tú el vaso porque eres la compañía.

—Podrías haberme puesto uno a mí, querido. Pero eres famoso por no pensar en cosas como ésta.

—Jesucristo, cariño, creí que ya tenías uno trabajando. De veras. —Pero Pimienta no hizo ningún movimiento por servir otro.

Bunny alzó unas exasperadas cejas y fue a buscar una taza.

Pimienta engulló la suya.



—No le digas dónde estuve. Es asunto mío saberlo y suyo descubrirlo. —Fue a ponerse una segunda taza—. Vamos, coge una silla. Siéntate. Bunny, ¿no me echaste fuera la otra noche?

—Por la forma como te comportabas, muñeco, hubiera debido hacerlo. —Bunny se inclinó bajo el codo de Pimienta y, con la taza en la punta de sus dedos, se volvió—. Pero no tuve oportunidad. ¿Has observado eso en la gente que es estúpida de alguna manera particular?, son in-sen-si-bles —los ojos de Bunny se cerraron en la antepenúltima sílaba— a todo. Excepto un segundo antes de la catástrofe: entonces se rajan. Oh, saben cuándo va a producirse *eso*, de acuerdo. Supongo que tienen que saberlo. De otro modo estarían muertos. O perderían un brazo, o la cabeza, o algo. —Los ojos de Bunny se entrecerraron mirando a Pimienta (que, ya en su tercera taza, se había vuelto hacia la habitación, un poco más relajado)—. Querido, hubiera podido matarte la otra noche. Hubiera podido cometer asesinato. ¿Te eché? Si lo hubiera hecho, no estarías aquí ahora. Pero hoy me siento más calmada.

Chico decidió no preguntar qué era lo que había hecho Pimienta.

—Vamos —dijo Pimienta—. Siéntate. En el sofá. Ahí es donde duermo, se está bien. Ella duerme ahí dentro.

—Mi *boudoir* —Bunny hizo un gesto hacia otra habitación, donde Chico pudo ver un espejo y un tocador con botellas y frascos—. Pimienta se muestra siempre muy ansioso de dejar esto bien claro con todos sus nuevos amigos. Sí, siéntate.

Chico se sentó.

—Oh, ha habido algunas *pocas* veces, aunque probablemente volabas demasiado alto para recordarlas, en que te comportaste como un tigre. Pimienta, querido, no deberías *preocuparte* tanto por lo que piensen los demás.

—Si me preocupara lo que él piense, no le hubiera traído aquí —dijo Pimienta—. Si quieres un poco más de vino, Chico, simplemente sírvete. A Bunny no le importa.

—En realidad —Bunny retrocedió hasta la puerta de la otra habitación—, Pimienta forma parte de ese trágico fenómeno, el Gran Americano Nojodador. Habla mucho acerca de lo mucho que lo *desea*, pero si quieres saber mi opinión, no creo que Pimienta se haya ido a la cama con nadie en absoluto en todos sus veintinueve años, a menos que alguien le haya saltado encima mientras dormía. ¡Y Dios me impida despertarle!

—Nunca hablo con nadie de nada que no haya hecho —dijo Pimienta—, lo cual es más de lo que puedo decir de ti. ¿Por qué no lo dejas correr?

Desde el sofá. Chico dijo:

—Sólo vine a ver si había alguien en Teddy's. Quiero...

—Bien, echa una mirada, si quieres. —Bunny corrió el cerrojo de la puerta—. Pero lo dudo. Por ahí. Desde aquí puedes ver.

Intrigado, Chico se puso en pie y pasó junto a Bunny hasta la segunda habitación.

Aunque nada estaba fuera de lugar, le dio la impresión —con tres sillas, una cama, una docena de cuadros en la pared, fotos extraídas de revistas (pero todas ellas enmarcadas)— de desorden. Naranjas, rojos, púrpuras y azules se apilaban sobre la cama. Flores amarillas de plástico colgaban sobre el lomo de una paloma rosa de cerámica. Interrumpiendo el papel floreado de la pared había una cortina negra.

—Ahí dentro.

Chico rodeó un mugriento almohadón de vinilo blanco (todo centelleaba con motas plateadas) y echó a un lado terciopelo negro. A través de las barras de la jaula, vio taburetes vueltos del revés alineados encima de la barra. Bajo la luz de una claraboya se dio cuenta de que nunca antes había apreciado —aquella *era* la primera vez que veía el lugar a la luz del día— que las vacías mesas estaban enormemente desvencijadas: todo el local tenía un aspecto más amplio y andrajoso.

—¿Está ahí el camarero? —preguntó Bunny.

—No.

—Entonces todavía no han abierto.

Chico dejó caer la cortina.

—¿No crees que es muy útil esto? Simplemente salgo ahí fuera y hago mi número, luego vuelvo en seguida aquí, y quedo aislada de todos. Vuelve dentro. No te vayas. —Bunny hizo un gesto a Chico para que regresara a la sala de estar—. De veras, creo que los escorpiones son absolutamente fascinantes. Sois la única organización ejecutiva realmente efectiva en toda la ciudad. Pimienta, ¿cuál era el nombre de ese amigo tuyo con todos aquellos feos músculos y aquel encantador y roto... —Bunny empujó ligeramente su labio superior con el índice— ...ése de aquí?

—Pesadilla.

—Un chico fascinante. —Bunny miró a Chico—. Es más viejo que yo, querido, pero sigo considerándole muy joven. (Tienes que sentarte, de veras. Yo soy la única que puede ir de aquí para allá y poner a todo el mundo nervioso.) Vosotros, los escorpiones, hacéis más que nadie por mantener la ley y el orden en la ciudad. Sólo los buenos y los puros de corazón se atreven a salir a la calle una vez ha oscurecido. Pero supongo que así es la forma en que ha funcionado siempre la ley. La buena gente es aquella que vive su vida de modo que nunca tenga nada que ver con la ley. La mala es aquélla lo bastante desafortunada como para verse mezclada con ella. Me gusta la forma en que las cosas funcionan aquí, porque, puesto que tú *eres* la ley, ésta resulta mucho más violenta, hace mucho más ruido, y no está en todas partes a la vez: de modo que es más fácil para nosotros, la buena gente, evitarla. ¿Estás seguro de que no quieres un poco más de vino...?

—Ya le dije que se sirviera cuando quisiese.

—Yo se lo pondré, Pimienta. Puede que tú no seas un caballero, pero *yo* soy una dama. —Bunny tomó el bote de mermelada de manos de Chico y fue a llenarlo de

nuevo—. Sólo una chica a la antigua, demasiado tímida para sumergirse en el turbulento río de la fama mundana, demasiado tarde para que la calabaza tirada por ratones me lleve al baile, demasiado vieja para el Gay Lib..., ¡sin mencionar el Feminismo Radical! —Bunny no podía tener más de treinta y cinco años, pensó Chico—. No en cuerpo, ¿sabes? Sólo en espíritu. Oh, bueno... Tengo el consuelo de la filosofía, o como demonios lo llaméis.

Chico se sentó en el sofá al lado de Pimienta.

Bunny regresó como el bote de mermelada lleno hasta el borde.

—Cuando dejas brillar tu pequeña luz, ¿en qué gran y luminosa bestia te conviertes?

—No soy un escorpión.

—¿Quieres decir que sólo te gusta vestirse así? ¿Y llevar un escudo en torno al cuello? ¿Mmmmm?

—Alguien me dio esas ropas cuando me puse perdidas las que llevaba. —Chico tomó el bote y sujetó el proyector al extremo de *su* cadena—. Ni siquiera tiene pilas ni nada. Simplemente lo encontré.

—Ah, entonces no eres realmente un escorpión, *todavía*. Como Pimienta, ¿no? Pimienta *era* un escorpión. Pero se le agotó la pila.

—Sospecho que fue eso. —Pimienta hizo sonar los eslabones de su escudo entre sus otras cadenas—. Tendré que mirar de procurarme otra y ver.

—Pimienta era el pájaro más encantador del paraíso. Plumas rojas, amarillas y verdes..., una casi podía ignorar su relación con el papagayo común. Luego empezó a parpadear, más y más, y a chisporrotear, y a perder fulgor. Finalmente —los ojos de Bunny se cerraron— se apagó por completo. —Los abrió—. No ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

—¿Dónde pueden conseguirse algunas? Pilas, me refiero.

—En una tienda de radios —dijo Pimienta—. Sólo que los chicos han entrado a saco en casi todas ellas por aquí. En unos almacenes quizá. O tal vez con alguien que tenga alguna de reserva. Apuesto a que Pesadilla tiene un montón.

—Qué excitante anticipar cuál será tu aspecto luminoso, hacer cabalas sobre qué serás.

—Aquí dentro —Pimienta abrió su escudo con un chasquido— hay metida una cosa que se supone es el aspecto que tendrás. Pero si lo miras no es más que un montón de puntos coloreados, al menos para mí. La pila va aquí. —Metió una grisácea uña en el mecanismo—. Esto... —Y extrajo un objeto oblongo a franjas rojas y blancas con letras azules:  $2 < 5^{1/2}$  Voltios D. C., debajo de un anagrama que representaba un haz de rayos—. Ésta ya no vale una mierda. —La arrojó al otro lado de la habitación.

—No en el suelo, Pimienta, amor. —Bunny recogió la pila y la dejó en un estante

detrás de algunas ranas de porcelana, jarrones de cristal de color y varios relojes despertadores—. Dime, Chico, ahora que me has encontrado *a mí*, ¿a quién *estabas* buscando exactamente?

—A una chica. Lanya. La conoces: hablaste con ella una noche en el bar, cuando estaba allí George Harrison.

—Oh, sí: La-que-tiene-que-ser-obedecida. Y tú estabas con ella. Ahora *te* recuerdo. Fue esa noche en que hicieron a George la nueva luna, ¿no? ¡La forma en que ese pobre hombre ha vuelto locas a todas esas chiquitas es sencillamente *terrible!*

Chico hizo girar su bote.

—Tiene un club de fans bastante numeroso.

—Más poder para él, digo. —Bunny alzó la taza por encima de su cabeza—. Pero si George es la Nueva Luna, querido, *yo* soy la Estrella Vespertina.

Pimienta liberó su tísica risita.

—Quiero salir a buscarla —dijo Chico—. Si aparece por Teddy's cuando abra, ¿querrás darle un mensaje de...?

—No puedo pensar en ninguna razón por la que tenga que hacerlo. Ella se lo está pasando *mucho* mejor que yo. ¿Qué quieres que le diga?

—¿Eh? Sólo que he estado buscándola, y que volveré.

—Sonríe.

—¿Qué?

—Sonríe. Así. —El huesudo rostro de Bunny se convirtió en una máscara de la muerte en torno a unos brillantes y perfectos dientes—. Déjame ver una expresión de extática felicidad.

Chico frunció rápidamente sus labios en una forzada sonrisa, y decidió que aquélla era su última muestra de buena educación.

Bunny devolvió una pensativa sonrisa a la mueca de Chico.

—No parece tener ningún punto especial de atracción. Realmente, te pondré muy abajo en mi lista. Es algo completamente personal, entiéndelo. Supongo que puedo hacer el esfuerzo de decirle a tu amiga que la estás buscando. Lo haré si la veo.

—Todo el mundo es el fetiche de alguien —dijo Chico—. ¿Quizá puedo seguir albergando esperanzas?

—*Eso* es lo que no dejo de decirle a Pimienta. Pero él simplemente no me cree.

—La creo —dijo Pimienta desde el extremo del sofá—. Eres tú quien no crees que te creo.

—Oh, supongo que no revelo ningún secreto embarazoso cuando digo que puedes ser muy dulce y afectuoso cuando te relajas. No, Pimienta sólo se siente terriblemente incómodo ante la idea de que alguien pueda *encontrarle* atractivo. Es así de simple.

—No es algo que haya ocurrido tan a menudo como para que puedas decir que me he acostumbrado a ello. —Pimienta miró de reojo al fondo de su taza, se puso en

pie tambaleante y se dirigió al aparador. Al pasar junto a Bunny le dio un codazo en el brazo—. Bunny es un buen chico, pero está loca.

—¡Ay! —Bunny se frotó el brazo, pero sonrió a las espaldas de Pimienta.

Chico sonrió también e intentó no agitar la cabeza.

—De todos modos, ¿por qué estáis los dos ahora aquí? —preguntó Bunny—. ¿Qué hacen hoy los escorpiones? ¿No deberíais estar trabajando?

—¿Intentas echarme de nuevo a patadas? —Pimienta se inclinó para abrir un armario y sacó otro garrafón, que puso en el aparador al lado del otro, ahora vacío.

Chico vio otros cuatro garrafones y decidió irse después de su vaso.

—¿Dónde ha ido la pandilla de Pesadilla esta mañana?

—Tú dijiste que los habías visto. ¿Cuántos eran?

—Veinte, veinticinco quizá —dijo Chico.

—Quizá vayan a destripar ese Emboriky's. ¿Qué te parece eso?

—¡Oh, no! —Bunny dejó su taza—. Oh, bueno... —La volvió a tomar, dio un pensativo sorbo.

—Llevan un mes hablando de ello, pero él desea todo un maldito ejército.

—¿Para qué necesita tanta gente? —preguntó Chico—. ¿Qué es Emboriky's?

—Unos grandes almacenes en el centro.

—Cosas preciosas —dijo tristemente Bunny—. Cosas absolutamente preciosas. Quiero decir que no es sólo coger cosas de a centavo la docena. Me encantaría poder tener aquí algo de lo que hay allí. Dar un poco de clase a este lugar. Oh, odio pensar en vosotros pisoteando por entre todo aquello.

—¿Nadie ha ido nunca a coger nada?

—Supongo que no —dijo Pimienta.

—Quizá sólo algunas cosas —explicó Bunny—. Pero, ¿sabes?, ahora está «ocupado». Un chico resultó muerto hace poco intentando entrar.

—¿Muerto?

—Alguien se asomó por la ventana del tercer piso —dijo Pimienta— y mató de un tiro al desgraciado hijo de puta. —Se echó a reír—. Otro par de personas recibieron tiros también, pero sólo eran transeúntes. Nadie más resultó herido.

—Quizá fuera el señor Emboriky, protegiendo sus valiosas posesiones. —Bunny contempló el fondo de su taza, alzó la vista al nuevo garrafón, pero se lo pensó mejor—. No le echo la culpa.

—No, no —dijo Pimienta—. Aquí ha habido muchas versiones. Pesadilla era uno de los que recibieron los disparos. Dijo que los disparos vinieron de un montón de sitios.

Bunny se echó a reír.

—¡Imagina! ¡Dos docenas de vendedores manteniendo valientemente a raya a las hordas bárbaras! Espero que esos pobres chicos no resultaran heridos.

—¿Por qué piensas que eran los vendedores del almacén? —preguntó Pimienta.

—No —suspiró Bunny—. Probablemente eran los que consiguieron llegar primero al departamento de caza.

—Pesadilla lo tiene claro. Quiere entrar allí y ver qué es lo que pasa. Supongo que yo también lo haría si alguien me disparara desde la ventana del tercer piso.

—¿Tú? —Bunny estalló al techo—. ¡Al momento siguiente estarías de vuelta aquí para meter la cabeza debajo de la almohada! ¿Por qué no estás ahora con ellos ahí fuera? No, no, está bien. Te prefiero aquí dentro, seguro y entero. Si consigues que te llenen el culo de perdigones, sé que siempre será por algo estúpido.

—Creo que dejar que te llenen el culo de perdigones es siempre estúpido, sea cual sea la razón.

—¡Exacto! —Bunny apuntó con un dedo admonitorio—. Límitate a agarrarte a esa idea y mantén a mamá feliz. ¡Un hombre *honorable*! —La mano de Bunny hizo girar la taza—. Sí, lo único que deseo es un hombre honorable. O una mujer..., no tengo prejuicios al respecto. Eso es lo que necesita realmente Bellona. —Bunny miró a Chico—. Pareces del tipo sensible. ¿Has pensado en eso alguna vez? Dios sabe que tenemos todo lo demás. ¿No sería agradable saber que alguien por ahí es un individuo como corresponde..., aunque sólo fuera como contraste?

—Bueno, tenemos a Calkins —dijo Chico—. Es un pilar de la comunidad.

Bunny hizo una mueca.

—Querido, es el *propietario* de este cubil de iniquidad donde exhibo mi pálido y flexible cuerpo cada noche. Teddy sólo lo regenta. No, me temo que el señor C no pasa el examen.

—Tienes a esa persona de la iglesia —ofreció Pimienta.

—¿La Reverenda Amy? —Bunny hizo otra mueca—. No, querido, es dulce, a su extraña manera. Pero *no es* en absoluto a eso a lo que me refiero. Sus sentimientos van por un camino completamente equivocado.

—No *esa* iglesia —contraatacó Pimienta—. La *otra*, allá al otro lado de la ciudad.

—¿Quieres decir el monasterio? —Bunny se mostró pensativa, y Pimienta asintió—. Realmente no sé mucho acerca de él. Lo cual es un tanto a su favor, estoy segura.

—Sí, alguien me hablo de él en una ocasión —dijo Chico, y recordó que había sido Lanya.

—Sería estupendo pensar que, en algún lugar dentro de sus paredes, hay alguna persona auténticamente buena que camina y medida. ¿Puedes *imaginar* eso? ¿Dentro de los límites de la ciudad? Quizás el abad o la madre superiora o como sea que les llamen. Mientras los escorpiones planean el asalto a Emboriky's.

—Quizá, si te acercaras al monasterio, alguien te disparara también.

—Es muy probable. —Bunny miró de nuevo al garrafón—. Y sería una lástima. No me haría en absoluto feliz.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó Chico; dentro de su memoria se le ocurrió la fantasía de que Lanya, con su curiosidad hacia él, podía haber ido allí.

—En realidad no lo sé —dijo Bunny—. Como cualquier otra persona en la ciudad, te limitas a oír acerca de él hasta que te tropiezas con él cara a cara. Tienes que ponerte a merced de la geografía y esperar que las subidas y bajadas, trabajando para propiciar lo mucho que sientas en contra y lo mucho que sientas a favor, terminen conduciéndote hasta allí. Finalmente acabarás encontrándolo. Como estamos cansados de oír, ésta es una ciudad terriblemente pequeña.

—He oído decir que está al otro lado de la ciudad —señaló Pimienta—. Sólo que ni siquiera sé qué lado de la ciudad es éste.

Chico se echó a reír y se puso en pie.

—Bien, tengo que irme. —Apuró el vino, y paladeó su amargo regusto. Vino, lo primero que metía en su estómago por la mañana, pensó. Bueno, había hecho cosas peores—. Gracias por el desayuno.

—¿Vas a irte? Pero amor, tengo aquí lo suficiente como para desayunar, comer, merendar, ¡e incluso *cenar*!

—Oh, vamos —dijo Pimienta—. Toma otro vaso. A Bunny no le importa la compañía.

—Lo siento. —Chico apartó su bote de mermelada del alcance de Bunny—. Gracias. —Sonrió—. Volveré en otra ocasión.

—Sólo te dejaré si me lo prometes. —Bunny tendió bruscamente la mano hacia el pecho de Chico—. No, no, no te sobresaltes. Mamá no va a violarte. —Bunny apoyó un dedo debajo de la cadena que cruzaba el estómago de Chico—. Tenemos algo en común, tú y yo. —Con la otra mano, Bunny alzó la seda blanca para mostrar la cadena óptica en torno a un delgado y venoso cuello—. Pesadilla y yo. Madame Brown y Pesadilla. Tú y Madame Brown. Me pregunto si traiciono algo mencionándolo. —Bunny se echó a reír.

Chico, sin saber exactamente por qué, sintió que sus mejillas se acaloraban y el resto del cuerpo se enfriaba. No puedo haber absorbido tan completamente la costumbre de la reticencia en tan poco tiempo, pensó. Y sin embargo seguía deseando ansiosa y urgentemente marcharse.

Bunny estaba diciendo:

—Le transmitiré a tu amiga lo que me has dicho si la veo. ¿Sabes?, aunque tuvieras una de esas..., ejem, sonrisas que encuentro absolutamente irresistibles, le transmitiría tu mensaje. Porque, ¿sabes?, quiero gustarte, y que vuelvas. Hacer algo que tú quieres que haga puede ser una forma de conseguirlo. Sólo por el hecho de que yo no sea una buena persona —Bunny parpadeó—, no tienes que pensar que soy mala.

—Sí. Claro. Gracias. —Chico se apartó con un tirón del dedo de Bunny—. Ya nos

veremos.

—¡Adiós! —dijo Pimienta desde la alacena, donde estaba sirviéndose más vino.

Ahora el letrero de la calle decía FILBERT y PEARL.

La escalera y la mujer de verde habían desaparecido.

Meditó y comparó direcciones, desechó el parque, miró hacia donde la bruma era más densa («Pearl» abajo), y echó a andar. ¿Lanya? Recordó su llamada, un eco en la brumosa imprecisión, una imagen residual en su oído. ¿Aquí? ¿En esta ciudad? Sonrió, y pensó en abrazarla. Escogió entre sus dudosos recuerdos, preguntándose hacia dónde iba. Sólo cuando estamos despojados de toda finalidad, pensó, sabemos quienes somos.

Su desaparecido nombre fue un repentino dolor y, de pronto, lo deseó, lo deseó con la misma urgencia que le había hecho aceptar finalmente el que Tak le había dado. Sin él podía buscar, sobrevivir, transmitir palabras en el bloc de notas de alguien, cometer un extravagante asesinato, luchar por la supervivencia de alguien. Con él, sólo caminar, sólo existir, podía ser más fácil. Un nombre, pensó, es lo que otra gente te llama. Y eso es exactamente lo que es importante y lo que no. ¿El Chico? Pensó: Voy a llegar a los treinta dentro de un puñado de inviernos y sol. Qué poco importante será entonces el que no pueda recordarlo. Qué importante lo que significa el no ser capaz de recordar. ¿Quizá soy alguien famoso? No, recuerdo demasiado bien lo que he hecho. Me gustaría sentirme desgajado de ello, solo, una aislada sociedad de uno, como todos los demás. ¿Alienación? No se trata de eso. Estoy demasiado acostumbrado a gustar.

¡Maldita sea! Deseó tener el bloc de notas; pero ante el sentimiento, mientras escuchaba, no brotó ninguna palabra para iniciar la compleja fijación. Acariciando las hojas que colgaban de su cintura, escuchando, sin sentir el filo que raspaba su encallecido pulgar, dobló otra esquina.

Los motores de automóvil eran algo tan poco familiar que se asustó hasta que vio realmente el autobús. Se detuvo junto a la esquina, al lado de la parada pintada con cal. *Clap-clap*, las puertas. Observó al casi calvo conductor fruncir los ojos hacia el parabrisas, como examinando el tráfico.

¿Por qué no?, pensó, y subió los desgastados peldaños de goma.

—¿Hace usted transbordo?

—Hey, lo siento. Si hay que pagar billete o... —Retrocedió.

Pero el conductor le hizo un gesto de que entrara.

—Éste es un punto de transbordo. Pensé que quizá hacía transbordo desde otra línea. Pase. —*Clap-clap*; el autobús osciló hacia delante.

Un viejo dormitaba en el asiento de atrás, el sombrero echado hacia abajo, el cuello hacia arriba.

Una mujer en el asiento delantero permanecía sentada con las manos cruzadas



encima de su libro de bolsillo. Una mujer más joven de aspecto grueso miraba por la ventanilla. Un muchacho algo más delgado se sentaba nervioso inmediatamente detrás de la puerta trasera, frotándose una zapatilla con la otra.

Una pareja —él con las rodillas separadas, hundido en el asiento con los brazos cruzados y el rostro beligerante, ella con las piernas juntas, el rostro registrando algo entre el miedo y el hastío— estaban esforzándose en no mirarle.

Se dio cuenta simultáneamente de que no había ningún asiento desde el cual pudiera observarlos a todos, y de que era el único no negro en el autobús. Decidió prescindir del viejo y ocupó el penúltimo asiento.

¿Adónde..., pero no pudo pensar: voy? Miró por encima de las barras del respaldo de los asientos a la gruesa nariz y los gruesos labios, la afilada barbilla perfilada debajo de la amplia redondez.

Observó los edificios que ella estaba mirando pasar en un movimiento sin finalidad.

Ella parpadeó.

Él sólo se sentía nervioso ante las curvas, y tenía que refrenar el absurdo impulso de preguntarle al conductor a dónde se dirigía el autobús. El trayecto, con sus implicaciones de fácil regreso, parecía seguro. El autobús giró de nuevo, e intentó gozar del hecho de sentirse perdido: pero estaban yendo paralelos a su primer camino.

Pasaron unas abandonadas obras en la calle. Sólo uno de los caballetes estaba roto. Pero de un camión con un neumático deshinchado se derramaban rollos de cable por todo el pavimento.

Dejó que su estómago se destensara, maravillándose de que aquellos restos del desastre aún le excitaran.

Después del destrozado cristal de una tienda de excedentes de la marina militar llegaron marquesinas de cines; ninguna letra en la primera, una sola R en la segunda; tuvo tiempo de reconstruir la única línea que quedaba en la tercera: «Tres estrellas, dice el Times.» En la siguiente, R, O y T estaban situadas una encima de la otra; E, Q y U eran seguidas por un espacio de tres letras y luego una Y. Contemplando los mensajes, buscó con los dedos la espiral del bloc de notas, pero sólo tropezó con sus nudillos contra las hojas.

En una cartelera, de unos dos por cinco metros, George Harrison, desnudo, casi una silueta delante de un gigantesco disco lunar, *alzaba la cabeza para* buscar o aullar o maldecir en la noche. El negro, sólo reconocible por un destello de luz aquí y allí, estaba de pie a la izquierda; la derecha del póster estaba llena con la vista nocturna de un bosque.

Chico se volvió a medias en su asiento para observarlo, luego regresó su vista al autobús a tiempo para ver a los otros volverse. Apoyó los puños en el asiento entre

sus separadas piernas y se inclinó, sonriendo y hundiendo el cuello entre doblados hombros.

E T O R T

S R O G S

Y T E G T T A

Y anunciaba la siguiente marquesina. Contempló los rotos escaparates de los comercios..., en uno de ellos había una pila de maniquíes desnudos. La calle se ensanchaba, y en una ocasión el humo se hizo tan denso que no pudo distinguir ninguna letra de la última marquesina de la serie.

¿Adónde voy?, pensó, creyendo que eran simples palabras. Luego llegaron los ecos: el estremecimiento en la espalda, el castañeteo de los dientes, la abertura tras los cerrados labios, los bamboleos y las sacudidas del motor. Buscó sombras y no halló ninguna en el penumbroso autobús, en la pálida calle. De modo que buscó qué rasgos sobresalientes arrojaban sus sensaciones corporales sobre la matriz nerviosa. Ninguna en la que rastrear un recuerdo del rostro de ella, moteado e incompleto, como si la luz incidiera sobre él a través de hojas. Intentó reírse de su pérdida. No a causa de esto, oh no. Es el vino: Cristo, pensó, ¿dónde fueron todos? El viejo tras él gimió en su sueño.

Miró por la ventanilla.

Arriba de la pared color arena, letras doradas (las leyó primero de abajo a arriba):

E

M

B

O

R

I

K

Y'

S

Sólo un escaparate estaba roto: ahora estaba cubierto con tablas sujetas con clavos. Otros dos estaban tapados con lonas. Una raja en otro cerraba el cristal de parte a parte.

Chico tiró de la desgastada cuerda del techo, luego se sujetó en la barra del respaldo del asiento que tenía delante hasta que el autobús, una manzana más adelante y no sin dejar de sorprenderle, se detuvo. Saltó a la acera y se volvió; a través de la sucia ventanilla pudo ver a la pareja que no le había mirado cuando subió contemplarle ahora fijamente. El autobús se fue.

Estaba diagonalmente de pie al alcance de los pisos quinto, sexto, séptimo y octavo del almacén. Inquieto, retrocedió hacia un portal. (Gente con escopetas, ¿en?)

Buscó su orquídea..., la miró. Era un arma totalmente estúpida. ¿Gente disparando desde las ventanas? Algunas, allá arriba, estaban abiertas. Otras estaban rotas. Al otro lado de la calle, la rejilla de una cloaca despedía volutas de vapor. ¿Por qué, pensó, había bajado allí? Quizá la gente de ahí dentro se hubiera ido, de modo que todo lo que tenía que hacer era cruzar la calle y... La piel de su espalda y vientre se erizó. ¿Por qué *había* bajado allí? Había sido en respuesta a algún ignoto sentimiento en embrión, y había saltado del autobús, siguiendo su rastro. Pero ahora había nacido; y era terror.

Cruza la calle, jodido hijo de madre, se dijo a sí mismo. Acércate al edificio y no te podrán ver desde las ventanas.

Aquí, cualquiera puede simplemente apuntar y derribarte con sólo que se le ocurra hacerlo. Se dijo a sí mismo algunas otras cosas también.

Un minuto más tarde, caminó hacia la esquina opuesta, se detuvo junto a una boca de incendios, apoyó la mano contra la piedra beige, inspirando largas y lentas bocanadas y escuchando su corazón. El edificio ocupaba toda la manzana. No había escaparates en el callejón lateral. Excepto la puerta frontal, no había ningún lugar del almacén desde donde pudiera ser visto. Miró a través de la avenida. (Por las letras que aún quedaban sobre aquel cristal roto, aquello debió haber sido una agencia de viajes, Y allá abajo... ¿Algún tipo de edificio de oficinas, quizá? Marcas de quemaduras mostraban grandes lenguas color carbón en torno a los pisos inferiores.) La calle parecía tan ancha..., pero eso se debía a que no había ni coches ni bordillos.

Echó a andar por el callejón, pasando la mano por la piedra y alzando ocasionalmente la vista hacia el imaginario hombre con el rifle asomándose por una ventana para disparar directamente hacia abajo.

No hay nadie ahí dentro, pensó.

No hay nadie viniendo a mis espaldas...

Al extremo de la manzana, algo se... ¿movió? No, era una sombra entre dos camionetas aparcadas.

—Hey —dijo alguien directamente al otro lado del callejón, con una voz justo por debajo de lo normal—. ¿Qué jodida mierda crees que estás haciendo, eh?

Su hombro rozó duramente contra la pared; se apartó, frotándose.

Un recio hombro se asomó de detrás de una puerta de metal al otro lado del callejón.

—No te pongas nervioso. —La mitad del rostro de Pesadilla emergió. Chico pudo ver la mitad de su boca hablando—. Pero cuando cuente tres, saca tu culo de aquí tan rápido que yo pueda ver el humo. Uno. Dos... —El ojo visible se alzó para mirar algo arriba, en la pared del almacén, volvió a bajar—. Tres.

Pesadilla agarró a Chico por el brazo, y el recuerdo de atravesar el pavimento se vio diluido por los arañazos en la espalda, rodilla y mandíbula.

—Hey, hombre, no tienes que... —mientras Pesadilla le hacía cruzar la entreabierta puerta.

Dentro estaba oscuro en sus cuatro quintas partes, y había un montón de gente respirando pesadamente.

—Maldita sea —dijo Pesadilla—. Quiero decir, Jesucristo.

Él dijo:

—No tienes por qué romperme la cabeza —más bajo de lo que había pretendido.

Alguien muy negro, con un traje de vinilo, se echó a reír fuertemente. Por un momento pensó que era Dragón Lady, pero era un hombre.

Pesadilla emitió un sonido de disgusto. La risa se cortó en seco.

El hombro lleno de cicatrices de Pesadilla (ésa fue la primera cosa que vio Chico cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad) medio ocultaba el rostro de Denny, del mismo modo que la puerta había ocultado la mitad del de Pesadilla. Los demás rostros eran más oscuros.

—¿No lo crees, de veras? —Pesadilla seguía sujetando el brazo de Chico. Le agarró el pelo con la otra mano—. ¡Hey! —y le hizo dar un giro de 180 grados: el rostro de Chico se aplastó contra tela metálica, detrás de sucio cristal, y al otro lado había...

—Ahora mira hacia ahí arriba.

Chico enfocó la vista fuera de la sucia ventana del segundo piso del almacén.

—¿Ves bien?

... había una ventana donde unas letras doradas trazaban un arco: *Última Moda*. Y detrás de ellas, un hombre, con un rifle en una mano, se rascaba el delgado cuello bajo una camisa azul deportiva demasiado grande para él, luego se apartó un poco.

—Ahora —con dulzura—, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —Pesadilla tiró hacia atrás de la cabeza de Chico, apartándola de la ventana, antes de soltarle—. Vamos. Dímelo.

—Sólo —el dolor se asentó en él, blanco como la ansiedad— pasaba por aquí y... —El dolor recedió.

—Tendría que abrirte la cabeza, ¿sabes?

—Hey, hombre, no...

—Cállate, Jetadecobre —dijo Pesadilla.

El negro grande, barbudo y pelirrojo se inclinó en el rincón.

—... no tienes por qué hacerlo —terminó—. Yo lo haré por ti, si quieres. —Hizo una seña hacia Chico con la cabeza, en rezumante reconocimiento—. Dámelo a mí.

—Ve a que te jodan. —Pesadilla agitó un perentorio puño—. Así que sólo pasabas por aquí, ¿eh? Llevamos tres meses planeando esto, ¿y tú simplemente pasabas por aquí?

—Bueno, Pimienta me dijo que quizá estuvierais aquí y...

Pesadilla bufó otra vez.

—Hemos estado *planeando*...

—Déjalo venir con nosotros —dijo Denny—. No va a causar ningún problema.

Yo le diré lo que tiene que hacer.

Pesadilla miró interrogativamente por encima del hombro.

—De veras —insistió Denny.

En su rincón, Jetadecobre alzó su listón de debajo del brazo.

—Puede ir con mi grupo —repitió Denny—. No se meterá por en medio.

Inseguro, Chico pensó: tres contra dos.

Pesadilla agitó una vez más su puño; y gruñó.

—Ven —dijo Denny—. Irás conmigo.

—¡No le permitas que enrede en nada! —advirtió Pesadilla, adelantando la mandíbula.

—Sí. El Chico se portará bien.

—Mejor que así sea.

—Es un buen tipo. Pesadilla. Bueno, tú mismo dijiste que era un buen tipo.

Pesadilla gruñó una vez más.

Chico se apartó de su lado, intentó no mirar a Jetadecobre y falló. Jetadecobre parpadeó y empezó a sonreír. Chico pensó que si volvía a producirse algún conflicto entre los dos, aquello podía costarle la vida.

Denny le dio una palmada en el brazo.

—Vamos. —Miró a su alrededor y, en voz más alta—. Vamos, chicos.

Una docena de hombres (más o menos) se arracimó a su alrededor; y estaban cruzando otra puerta, siguiendo a Denny. ¿El vestíbulo de alguna especie de depósito? ¿Quizá el pasillo de atrás de otro almacén? Contempló los rostros a su alrededor. El tipo realmente negro vestido de vinilo alzó la vista de la orquídea de Chico, parpadeó, apartó la mirada; él también llevaba una, pero en un armazón todo de cuero.

—Por aquí —dijo Denny, principalmente a Chico—. Esperaremos aquí. Síguenos cuando actuemos. No te preocupes.

Aguardaron detrás de otra puerta. Una ventana a un lado mostraba la arenosa pared de Emboriky's.

Denny miró con él por encima de los escorpiones.

Chico pensó: supongo que aventajan a Pimienta.

Denny cruzó los brazos y se inclinó al lado de la ventana, mirando ocasionalmente fuera.

Como el pequeño hermano rubio de Jetadecobre.

Tienen un plan, pensó Chico, y yo estoy metido en él.

No estoy pensando en Lanya.

Los pies, uno envuelto en cuero mojado, el otro sobre el arenoso suelo, le hormigueaban. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Decidí llegar? Quiero controlar a esa gente. (El hormigueo alcanzó su cabeza, se atenuó.) Decidir. Observar y seguir con ellos, sin armar jaleo. Le preguntaría a Denny los detalles del plan... El hormigueo volvió, así que no lo hizo. ¿Observar? Pero su mente se retorció hacia dentro. Bien. ¿Qué pensaba? A Pesadilla, con toda su no reciprocidad, le gustaba. Jetadecobre era eficiente y detestable, una intrigante combinación porque, en su experiencia, eso no era habitual. ¿Denny? Sorprendido, se dio cuenta: Denny le había dado las ropas que llevaba ahora, había sido el primero en cercenar la obtruvisa doble *c* de su nombre, y ahora lo tenía en custodia. Miró de reojo a dos de los tipos negros inclinados junto a la ventana (Denny miró a Chico, al suelo, a la ventana) entre las enrejadas sombras. El lugarteniente de Pesadilla... Intentó pasar revista a los rostros de la izquierda, al final del pasillo; había más de tres mujeres en el grupo. Impulsado por el viaje en el autobús, meditó sobre los porcentajes de población de Fenster: ¿qué porcentaje era negra? ¿George? Aguardando, encadenado y florido (había visto media docena de cuchillos), no deseó individualizarles. Antes mejor tratar con su masa que con su textura. (Sacerdote, Ántrax, Dama de España..., esos nombres habían sido ya susurrados a su alrededor: Devastación, Cristal (el negro enfundado en vinilo), California, Filamento, Revelación (rubio como Bunny pero con una piel brutalmente roja), Ángel, Dólar, D-t.) Luchar contra eso. Unas dos docenas apiñados allí en aquel grisor sobre grisor, aguardando: probablemente hay más aquí que han matado por accidente que por intención. Eso los hace peligrosos. ¿En qué pueden convertirse?

—¿Funciona eso? —Denny señaló al escudo de Chico.

—No hay pila.

Denny agitó la cabeza, imitando el disgusto de Pesadilla.

—Entonces quédate conmigo.

O la gente o la situación son fastidiosas. Pero o la situación o la gente son intrigantes. No puedo centrar la distinción. Ni, aunque hubiera elegido, sería útil. De nuevo estoy en un lugar donde esperar es más instructivo que la acción inicial o terminal. Sin pensar en la vinculación con Lanya: su verde parpadear cuando algo que yo hago la sorprende, su expresión (siempre parece triste) segundos antes de echarse a reír cuando algo que yo hago la divierte. ¿Es esto como olvidar un nombre? Deseo hallarme entre esa gente. (¿*Dónde* puede haber ido *ella*?) Es difícil, porque tiene tan poca entidad, considerar que no quiero estar con ella. Pero éstos, que rechinan los dientes y resoplan y se refrenan en una interesante espera: ¿cuál es su plan? No siento demasiado miedo de lo que no sé acerca de lo que hacen; el frío y absorbente miedo que acostumbraba a sentir antes robando libros y tebeos de los kioscos de la esquina, hurtando pequeñas brújulas y balas de adorno de los almacenes de excedentes de la marina militar.

Mucho tiempo más tarde, a bastante distancia, alguien silbó.

—Vamos —dijo Denny, y todo el mundo se movió.

Las puertas se abrieron.

Cruzaron corriendo la calle; los escorpiones corrían calle arriba.

—¡Ahí dentro! —Bajaron unos escalones, y se hallaron ante una puerta metálica a un lado de Emboriky's. Chico pensó: granos luchando por cruzar la angostura de un reloj de arena. Observó a Denny a tres pasos por delante de él, se detuvo cuando Denny se detuvo (al final de más escalones), apresuró el paso tras él (Mundos dentro de mundos: estoy en un mundo distinto). En el primer rellano, Denny hizo un gesto a los otros para que pasaran delante, miró para asegurarse de que Chico estaba aún detrás de él (Los planos, completos y sincronizados, bosquejaban la disposición de los pisos, los esquemas del cambio de guardias..., no había visto a nadie que pareciera tan inteligente), luego se quitó una pesada cadena del cuello y la enrolló dos veces en torno a su puño.

—Por aquí. —Los demás ruidos de pasos se apagaron encima de ellos cuando salieron de la escalera por una amplia puerta.

Chico extrajo su orquídea de la trabilla de su cinturón (la trabilla, deshilachada por la orquídea, se partió) y metió el puño dentro del arnés.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Nada —dijo Denny—. Espero.

El corto vestíbulo terminaba en una habitación llena de cajas de cartón. (El papel de envolver en el apartamento 19-B. ¿Por qué?) Habían caído de medio amontonadas pilas y ahora cubrían el suelo; habían sido empujadas a un lado formando montones y habían vuelto a caer.

—¿Qué estamos haciendo, eh? —preguntó Chico.

—Mantener nuestros culos fuera de problemas —dijo Denny—. Van a ir por ahí y conseguir que les disparen, y tú tienes más sesos que eso. El almacén tiene ocho pisos. Ocupa toda la manzana. Imaginamos que puede que haya diez, quizá quince personas ahí dentro. Creo que están en el entresuelo. —Miró de nuevo hacia atrás—. Espero.

Salieron a una oscuridad que se convirtió en sólo tres cuartos de oscuridad. Chico olisqueó. Algo había ardidido también allí dentro. Su brazo rozó colgante plástico. Se abrieron camino, entre hileras de cortinas de ducha, a lavabos, bañeras y accesorios de baño.

—¿Seguro que esto es el entresuelo?

—La barandilla tendría que estar por aquí.

—¿Has estado aquí antes?

—Mantente agachado —dijo Denny—. No. Pero hablé con alguien que sí había estado.

—¿Qué está intentando hacer Pesadilla aquí? —susurró Chico.

Denny volvió a mirar hacia atrás.

—¿Crees que lo sabe? ¡Esto no es más que correr!

Alcanzaron las toallas. Caminaron, junto a un mostrador volcado, por entre montones de tela de toalla. La fría y chamuscada oscuridad se detuvo en una barandilla de cristal con un pasamanos de latón. Brotaba luz de abajo; inclinándose hacia fuera («Hey, vigila lo que haces —dijo Denny—, puede haber alguien ahí abajo.»), Chico no pudo ver su fuente.

Hay gente ahí dentro, pensó Chico. ¡Hay gente ahí dentro, yendo de un lado para otro con escopetas! Miró por encima de la barandilla, hacia los mostradores y pasillos de abajo, donde grises bandas de luz iluminaban artículos incognoscibles.

Uno, dos escorpiones pasaron corriendo entre ellos.

Denny sujetó a Chico por el hombro.

Tres más, como ratones en un laberinto, zigzaguearon por entre los pasillos.

—Hey, ¿qué demonios creéis que estás haciendo...? —gritó alguien que sonaba como si estuviese en una escalera.

Cinco cabezas, desplegadas entre lencería y correas de reloj, se volvieron. Dos de los escorpiones se encendieron como bombillas de flash..., un gallo y una especie de bebé dinosaurio.

Chico se apartó de la luz. Denny estaba mirando hacia arriba, consciente de pronto de que ambos arrojaban sombras que oscilaban en el techo.

—¡Apagad vuestras malditas luces! —ése era Pesadilla.

El escopetazo llenó dos de los pisos. El eco perduró durante un tiempo.

Algún plano reflejo que no contenía ni miedo ni excitación lo empujó hacia atrás, alejándolo de la barandilla (por un momento vio el excitado, asustado rostro de Denny), entre los oscuros exhibidores. Luego Denny estuvo detrás de él.

—¡Hey, han entrado! ¡Hey, los malditos han conseguido entrar...!

—¿Mark? —Una mujer—. ¿Mark? Mark, ¿qué ocurre ahí abajo...?

—¡Vuelve atrás! ¡Han entrado! ¿Acaso no has visto...?

El eco despojó de todo significado una cuarta voz fricativa.

Alguien más cerca intentó interrumpir:

—¿Quién eres...? ¿Por qué no...? Hey, mira...

—¡Vi sus luces! ¡Por el amor de Dios, vi sus luces! Y alguien dijo algo, además.

Vi...

Algo envuelto en plástico golpeó el hombro de Chico. Y la mujer que estaba de pie detrás agitó el rifle hacia él, dijo «¡Ahhhaaaaa!», y empezó a retroceder.

Mutuamente, pensó Chico, paralizados por el terror.

Pero Denny no estaba paralizado. Aferró el proyector de su escudo y desapareció en luz.



Ni tampoco lo estaba la mujer. Retrocedió tambaleante ante el repentino resplandor y disparó al azar contra algo entre ellos. El rifle suspiró un *crac*, y Chico reconoció su vestido verde: era la mujer, Lynn, que se había sentado a su lado en su última visita a los Richards. Ahora, mirando hacia todos lados y gritando, alzó el rifle para bloquear la luz. En la culata, iluminada por el escudo de Denny, en una calcomanía cuatricolor: Red Rider sonreía a Little Beaver, rodeado por un lazo amarillo. El compresor de aire resonó. Iba a meterle un perdigón en el ojo, pensó: y arremetió.

Creyó que ella iba a arrojarle el arma a la cara.

Pero la mantuvo sujeta, y cuando no la soltó al segundo tirón (las hojas de la orquídea cliquetearon contra el cañón, fuertemente aferrado), la retorció y le lanzó una patada a la mujer. Ella retiró las manos, estremecida, las agitó, se volvió. Golpeó su hombro con la culata del rifle, y ella desapareció en la oscuridad.

Se volvió, sobre todo para ver dónde estaba Denny:

Un glóbulo de luz a tres metros, lleno de color y desenfocado, se hundió sobre sí mismo como una ameba entrando en erupción.

Se apagó, y la mano de Denny descendió de su cuello. Chico señaló hacia él con la escopeta de perdigones.

—¿Qué demonios se supone que eres? —susurró. El miedo le hizo reír.

Agitando el arma, echaron a andar por entre las sombras del entresuelo.

—¿Eh?

—Tu escudo.

—Oh. Hará como un mes, le ocurrió algo. Supongo que cortocircuité alguna cosa, y la rejilla de protección, es de plástico, se fundió o algo así. Así que brota de este modo. Creo que me gusta.

—¿Qué eras antes? —Giraron junto a apilados rollos de tela.

—Una rana —dijo Denny en un susurro confidencial.

¿Qué había pasado realmente, se preguntó de pronto Chico, con la mujer?

Alguien gritaba de nuevo. Abajo, Pesadilla exclamó:

—¡Hey, hombre, vigila eso! —y su excitada risa.

Llegaron a una escalera: estaba completamente a oscuras. Tres escalones hacia abajo, y Chico dijo:

—Espera...

Medio piso más abajo, Denny preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Se me rompió la correa de la sandalia. La he perdido. —Escuchando la respiración de Denny, Chico tanteó con el pie, el escalón de arriba, el escalón de abajo.

De pronto, Denny dejó de respirar pesadamente y dijo:

—Hey, gracias.

—No puedo encontrarla —dijo Chico—. ¿Gracias por qué?

—Supongo que me salvaste la vida.

—¿Eh?

—Esa mujer. Me hubiera disparado de haber tenido la oportunidad.

—Oh. —Los dedos de los pies de Chico rozaron la pared—. No fue nada. También me hubiera disparado a mí. —Pensó: ¿con una escopeta de perdigones? Con sus quince años, Denny fue repentinamente alguien demasiado joven—. Esa maldita cosa tiene que estar por algún lado aquí cerca.

—Déjame encender una luz —dijo Denny, y se iluminó.

Chico se volvió hacia todos lados para ver si su sandalia estaba debajo de su sombra.

—Quizá haya caído abajo... —Miró por encima de la barandilla—. Bueno, no importa..., apaga eso, ¿quieres? —La ameba luminosa se colapso. La escalera se llenó de oscuridad—. ¿Puedes oír algo?

La pulsante mancha en la oscuridad dijo, tentativamente:

—No.

—Entonces vamos. —Chico siguió bajando.

—De acuerdo —susurró Denny delante de él.

... me hubiera disparado a mí, si hubiera tenido la oportunidad: ¿lo hubiera hecho si me hubiera reconocido? ¿O le hubiera arrebatado el rifle si yo no la hubiera reconocido a ella? (Tropezó blandamente con el hombro de Denny.) Él cree que le he salvado la vida. ¿Qué —porque vio luz— están haciendo ahí fuera? Golpeándose los hombros, caminaron por la silenciosa planta baja.

Denny avanzó entre hileras de crepusculares trajes de tweed y pana.

Chico contempló la figura que se alzaba de pie justo al otro lado de la puerta a su lado (que era, por supuesto, un espejo enmarcado en madera, ligeramente inclinado de modo que reflejaba el suelo formando un ángulo) y... En los vestuarios de un gimnasio, que daban al campo, alguien había arrojado en una ocasión una bola de nieve contra su desnuda espalda.

Mirando, experimentó de nuevo (y recordó) aquel momento de aquel invierno en Vermont. Luego lo olvidó, contemplando el reflejo, intentando recordar, ahora que había mirado por tercer, por cuarto, por quinto segundo lo que le había impresionado en un primer momento. Alzó una mano (la mano reflejada se alzó), volvió un poco la cabeza (la otra cabeza se volvió ligeramente), inspiró (el reflejo hizo una inspiración); se tocó la chaqueta (el reflejo tocó su camisa caqui), luego alzó repentinamente la mano para golpearse la barbilla (el reflejo se golpeó su densa y negra barba) y parpadeó (los ojos parpadearon tras el marco de plástico negro de sus gafas).

Los pantalones, pensó, ¡los pantalones son los mismos! Había un hilo blanco

culebreando por el dril negro en su cadera. Él (y el reflejo) lo sujetaron con cuidado, arqueó repentinamente los desnudos dedos de los pies sobre la moqueta (las puntas de las botas negras del ingeniero se flexionaron), luego alzó una vez más la mano hacia el cristal. Abrió los dedos (los dedos reflejados se abrieron), el hilo cayó (el hilo cayó).

Entre deformes nudillos y mordidas uñas, contempló la lisa parte inferior de unos dedos más delgados que los suyos. (Es más alto que yo, pensó neciamente Chico; más alto y más robusto.) Giró la mano para contemplar su palma: los amarillentos callos estaban surcados y surcados por líneas, lo bastante profundas como para parecer cicatrices. Entre sus dedos vio el dorso de dedos con sólo un escaso vello, sólo la más débil de las cicatrices sobre el nudillo del dedo índice y un oscurecimiento a la izquierda de la primera falange. Las uñas reflejadas, aunque sin lunas excepto los pulgares, eran largas como sus sueños de adolescente, y sólo ligeramente más sucias. Bajó la vista hacia su otra mano. Donde la suya estaba enjaulada en hojas, el reflejo sujetaba... ¿su bloc de notas? Pero la correspondencia (recordó el reloj de la iglesia con sus manecillas rotas) era demasiado banal para constituir un alivio. Deseando gritar, contempló directamente al rostro, que, reflejando gesto a gesto, con su barba y sus gafas (¡y un pequeño pendiente circular de latón en una oreja!), le devolvió la mirada, con confusión, desesperación y tristeza.

La combinación era terrible.

—Hey —dijo alguien—, ¿qué miras? —Sujetó la parte superior del espejo desde atrás y tiró de él. Giró sobre su soporte. El borde inferior golpeó sus espinillas.

Chico se tambaleó.

—¿Te estás mirando los barro? —sonrió Jetadecobre al otro lado del espejo, plano ahora como una mesa.

Sorprendido y furioso, Chico bajó con violencia su puño libre contra el extremo de su lado del espejo. El otro extremo escapó de entre los dedos de Jetadecobre, rascó contra su pecho y se estrelló en su mandíbula. El espejo volvió a bajar de nuevo.

Rugiendo y sujetándose la mandíbula, Jetadecobre dio unos saltos por entre las hileras de trajes.

—¿Qué cono te ha...? ¡Argggg! Oh, mi jodida lengua, creo que me la he mordido... ¡Ahhh...! —Alzó la vista por tercera vez, simplemente parpadeó.

Chico inspiro aire.

Un triángulo de cristal se deslizó del marco, se rompió de nuevo contra la moqueta. Por entre las líneas de rotura se vio a sí mismo, descalzo y sin barba, jadeando y frotando las cadenas de su pecho. La orquídea destelló junto a su cadera. Un poco más atrás, Denny, sujetando algo entre sus brazos, observaba.

Chico se volvió en la escasa luz.

—Te traje algunas... —Denny miró a Jetadecobre, que se frotaba la mandíbula y

parecía furioso—. Mira, tienen zapatos y botas y todo tipo de cosas. Te traje —alzó el puñado que llevaba entre los brazos— éstas.

—¿Eh?

—Porque perdiste la tuya. —Denny miró de nuevo a Jetadecobre.

—¿Ahora eres tú quien se mira los barros? —dijo Chico. Y se echó a reír. La risa, una vez iniciada, derivó hacia la histeria. Estaba asustado. Una risa, pensó, es un conjunto de ladridos coagulados. Rió y se reclinó contra la mesa cubierta con camisas, e hizo un gesto a Denny para que se acercara.

—Sólo llevas el derecho, ¿no? —Denny dejó caer lo que llevaba, en su mayor parte botas, sobre la mesa.

Chico tomó dos, tres... Todas eran del pie derecho. Rió más fuerte, y Denny sonrió.

—¿Qué demonios estáis haciendo con todo este ruido? —gritó Pesadilla al otro lado del pasillo—. ¿Queréis parar con ese maldito estruendo?

Chico ahogó risa y miedo, tomó una bota mocasín de suave tafilete negro.

Denny observó gravemente mientras Chico, sujetando el borde con una mano y agitando su orquídea para mantener el equilibrio, se calzaba la bota.

—Ésa es la que más me gusta también —dijo Denny.

Chico rió de nuevo. Denny rió también, con una voz más seca y aguda.

—Sospecho que los asustamos y se han ido para arriba —dijo una chica a Pesadilla.

—Vosotros, malditos bastardos, hacéis el suficiente ruido como para asustar a cualquiera —dijo Pesadilla.

—Hey —dijo Chico—, si te he roto algún diente, lo siento. Pero no me jodas más, ¿de acuerdo?

Jetadecobre murmuró algo y siguió frotándose su raramente barbuda mandíbula.

—Con todo el follón que hay por aquí, ¿y vosotros dos os dedicáis a esas tonterías? —Pesadilla se frotó el hombro.

—Pesadilla —dijo Denny—, Chico me salvó la vida. Arriba, junto a la barandilla. Alguien vino hacia nosotros con una escopeta, nos disparó desde tan cerca como estás tú ahora. El Chico simplemente le agarró el cañón del arma y se la quitó.

—¿De veras?

Un robusto escorpión detrás de Pesadilla dijo:

—Alguien estaba disparando ahí abajo también.

—¿Así que vas por ahí salvando la vida a la gente? —dijo Pesadilla—. Tienes redaños, después de todo. Ya dije que eras un buen chico.

Chico flexionó los dedos de los pies. La bota cedió como lona. El miedo seguía apuñalando, buscando un enfoque, lo encontró: se sintió enormemente embarazado. ¡Una escopeta de perdigones, pensó, empuñada por una asustada mujer junto a la que

había cenado, a la que incluso le había leído un poema! Apoyó su pie calzado en el suelo.

Denny parecía enormemente feliz.

Pesadilla echó la cabeza de Jetadecobre hacia un lado para examinarla.

—Yo de ti no me metería con el Chico. La primera vez que lo vi, tampoco me gustó. Pero me dije: si no tengo que matarle, mejor no meterme con él. Eso es lo mejor.

Jetadecobre se apartó de la inspección de Pesadilla.

—Hay algo en él —prosiguió Pesadilla—. Eres malintencionado, Jetadecobre, pero eres tonto. Te digo esto porque soy más listo que tú y creo que te gustará saber cómo tienes que actuar. El Chico también es más listo que tú.

Entre unos dientes apretados y una cavidad bucal llena de lengua, Chico pensó: ¿quiere matarme, eh?

—Simplemente agarró el arma —repitió Denny—. Por el cañón. Y se la arrancó de las manos.

—Voy a llevarme eso a casa —dijo otro escorpión blanco, sujetando una lámpara de sobremesa con una base de mármol sobre la que estaba agazapado un gran león de cobre; todos los negros parecían silenciosos, una inversión de su experiencia habitual. La pantalla de la lámpara se apoyaba contra la granujienta y no afeitada barbilla del muchacho—. Siempre he deseado tener una de éstas.

—Puedes llevártela —dijo Pesadilla—. Pero no voy a ayudarte. Salgamos de aquí.

—¿Todavía hay gente ahí arriba con armas? —Jetadecobre apartó la mano de su mandíbula para señalar hacia el oscuro entresuelo.

—Chico los asustó y los alejó —dijo el negro llamado D-t.

Pesadilla se volvió y gritó tan fuerte que sus rodillas y codos se doblaron:

—*¡De acuerdo, mamones! ¡Aquí estamos! ¡Si queréis dispararnos, adelante!* — Miró a su alrededor, a los demás, y rió—. *¡Dios os maldiga, adelante, echadnos!* — Echó a andar.

El no afeitado y granujiento escorpión alzó el león y lo apretó contra su barriga, echó la barbilla hacia un lado para evitar la pantalla, y le siguió.

—*¡Hey, los de arriba, mejor que vengáis ahora a por nosotros! ¡Adelante, sarnosos mamoncillos, culos de mierda de pollo! ¡No vais a tener otra oportunidad!*

Esto, pensó Chico mientras caminaba entre un alto y delgado negro (llamado Araña) y uno robusto (llamado Catedral: Chico retuvo un poco su marcha para dejar que Jetadecobre pasara unos pasos adelante, donde pudiera verle), es una locura. Sintió deseos de reír: sólo un sonido fragmentado brotó de su boca. Dos de los otros le miraron. Sonriendo, Chico agitó la cabeza.

—*¡Vosotros, los de arriba! ¡Será mejor que disparéis!* —aulló Pesadilla a la

barandilla del entresuelo—. *¡Si no lo hacéis, sois unos auténticos mierdosos gallinas!*  
—Desfrunció el rostro y le dijo a Sacerdote, que caminaba a su lado—: Te oí en el otro lado, gritando. ¿Qué hacías?

—Había alguien allí. No creo que llevara un arma. Lo eché hacia arriba...

—*¡Será mejor que lo hagáis ahora, hijos de puta!* —Pesadilla se volvió hacia el tipo que caminaba a su lado—. *¿Sí...? ¡Hacedlo, hacedlo, mamones; si tenéis que hacerlo, hacedlo ahora!*

—... hacia arriba por las escaleras.

Dama de España dio una patada al fondo de cartón de un exhibidor. Jetadecobre alzó la vista, con consternación y sorpresa, y atravesó con su bota la baja estantería de cristal que tenía delante, primero el estante de arriba, luego el del fondo, luego por el otro lado; cristales y relojes se esparcieron sobre la moqueta. Jadeando, apuntó al siguiente. *¡Crash! y ¡crash! y ¡crash-crash-crash!* Todos sus ojos, observó Chico (intentando recordar lo que significaban) eran cuentas rojas de cristal.

Otro negro delgado le frunció el ceño a Chico, con párpados fruncidos sobre vacías esferas carmesíes. Parecía tener la misma edad que Denny.

—*¡Sois unos auténticos gallinas ahí arriba, ¿sabéis?!*

*¡CRASH-CRASH!*

—*¡No valéis ni la mierda que cagáis, maldita sea!*

*¡CRASH!*

—*¡No valéis ni para comeros mi mierda...!* —Pesadilla miró a su alrededor y sonrió—. *¡Que os den por el culo..., que os jodan!*

Dama de España derribó toda una estantería; se estrelló contra la que tenía detrás. Sonrió a Jetadecobre, que no miraba; otros rieron.

—Han cerrado la puerta. —Alguien trasteó con la manija.

—Espera, lo arreglaremos... —dijo Pesadilla, y cogió el león.

—Hey, no...

El cristal estalló sobre el pavimento. La gris calle se vio momentáneamente oscurecida por una miríada de brillantes prismas.

—¡Vamos! Chico cruzó con cuidado los restos de cristal, recordando: sobre cristales, pies planos.

El escorpión blanco sin afeitarse detuvo (entre los que pasaban por su lado) contemplando su lámpara. La base de mármol se había partido en dos trozos, la pantalla estaba aplastada. Finalmente se agachó, recogió el dañado objeto —un trozo de mármol cayó de la partida base, que se mantenía sorprendentemente unida— y echó a andar, pateando cristales.

—Vamos... —Denny tiró del brazo de Chico.

Chico echó a andar de nuevo.

—¡Un jodido autobús! —que giraba bamboleándose la esquina—. ¿Qué os parece

eso?

Algunos estaban ya en la calle, agitando los brazos.

El autobús se acercó al bordillo. Con Pesadilla a la cabeza, se apiñaron en las puertas plegables. Los hombros entrechocaron. Entre ellos, Chico vio el preocupado rostro del calvo conductor negro.

—¡Vas a llevarnos *a casa*! —estaba diciendo el negro delgado, mientras los otros intentaban abrirse camino para subir—. ¡No has podido llegar más oportuno! ¡Vas a llevarnos...!

—¡AHHHH! —el grito sonó directamente en el oído de Chico.

Chico se agachó y se volvió (¿Un disparo de escopeta? ¡Allí!) y agarró al escorpión que abría y cerraba la boca y caía. Sujetándose al poste junto al asiento delantero con el codo de su mano armada, Chico tiró del herido joven hacia el interior. Mientras caía, el tipo sin afeitar (y algunos otros), sin sujetar ya el león, trepó por encima de ellos («¡Cuidado!»). Agachado en la parte superior de los escalones de entrada del autobús, Chico vio la aplastada pantalla de la lámpara apoyada de lado contra la puerta. Agarró el palo del soporte, tiró de todo el objeto al interior, y mientras las puertas se cerraban oyó *¡ping-CRACK!* El autobús se estaba moviendo: *¡ping-CRACK!*

Se irguió..., todos los demás estaban agachados en sus asientos o entre ellos.

Incluso el conductor estaba agazapado sobre el volante.

Fuera, Chico vio la silueta en una ventana del tercer piso de la pared de piedra caliza (al lado mismo de la *i* dorada de *Emboriky's*), tomando puntería con el rifle, el ojo en el visor.

El mármol roto se clavaba en su espinilla, oscilando de un lado para otro. ¿Doce kilos? Mientras *alzaba* el león hacia su antebrazo (clavó su orquídea en la parte inferior para sujetarlo), el autobús dio un bandazo.

—Aquí. —El rostro sin afeitar se volvió en su asiento y parpadeó—. Aquí.

El escorpión abrazó la cosa —la pantalla se desprendió por completo y colgó a un lado del palo—, bajó el rostro, luego volvió a alzarlo.

Chico se volvió, sujetando el respaldo del asiento.

Denny estaba inclinado a los pies del escorpión herido.

Una mujer con un sombrero gris, encajada contra la ventana al lado de Pesadilla, dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, está terriblemente herido...! —Apoyó ambas manos en el cristal de la ventanilla cuando Chico la miró, y se puso a llorar. Luego cortó su llanto, miró de nuevo al frente con los ojos cerrados.

Desde uno de los asientos de atrás:

—Decidme...

Nadie dijo nada.

—... ¿qué os ha *pasado*, chicos?

Nadie respondió.

Chico se quitó la orquídea y fue a sujetar una de sus uñas en la trabilla de su cinturón, hasta que vio (recordó) que estaba rota. Así que la enganchó en su cadena y se acuclilló.

—¡Annnnn... uaa! Me dieron... en el brazo. Yo... ¡ayyy!

Denny alzó la vista: sus ojos muy azules estaban estriados con sangre.

—Annnnn... ah. ¿Auhhh? Oh... ¡ayyyy!

Cálida sangre alcanzó los dedos de los pies de Chico y se extendió.

—¿Quieres que te haga un torniquete o algo...? —sugirió Denny.

—Auuuuu... ahhh...

—Sí.

—¡Toma! —La chica de color en el asiento delantero se inclinó y ofreció un pañuelo, y casi se cayó cuando Chico tendió la mano para cogerlo. El escorpión jadeó como una mujer en pleno parto mientras Chico apretaba la enrollada tela en el mango de un cuchillo que uno de los otros le había dado.

—Tendréis que aflojárselo un poco —le dijo a Araña, que estaba ayudando—. Cada cinco minutos o así. Así no pillaré gangrena ni nada. —Se sentó sobre sus talones, balanceándose con la marcha del autobús. El conductor miró hacia atrás, luego dobló una esquina.

Pesadilla, con los brazos cruzados sobre sus rodillas, estaba observándolo todo con interés.

—Te has tomado realmente en serio tu papel de héroe. Un torniquete, ¿eh? Eso está bien. Sí, me gusta.

Chico se levantó, con una expresión casi disgustada: el dolor apuñaló sus pantorrillas por los minutos que había pasado acuclillado. Así que olvidó toda expresión, caminó hasta donde estaba Denny y se sentó.

Al otro lado del pasillo, el viejo con la cabeza embutida en el cuello de su chaqueta, que estaba ya en el autobús cuando había ido en la otra dirección, fingía dormir.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Denny—. Pareces...

Chico se volvió hacia el muchacho (otros dos, un escorpión y un pasajero, apartaron precipitadamente la vista): Denny se frotó debajo de la nariz, parpadeó sus azules...

El recuerdo de los ojos carmesíes a la salida de *Emboriky's* hizo que Chico abriera la boca: los ojos que veía ahora, intensos y compasivos, se volvieron horribles cuando descubrió el significado de lo que había olvidado. La sorpresa borró otro recuerdo —lo sintió desvanecerse de su mente, luchó por conservarlo, fracasó— de algo ocurrido en un espejo. ¿Qué podía haber visto en un espejo? ¿A sí mismo? ¿Nada más? Estoy



loco, pensó: como un eco, *Esto es una locura*, había dicho allí. Despojado de contexto —¿qué *había* ocurrido en el almacén?—, agitó la cabeza ante lo que podía haber significado. ¿Por qué dije: *Esto es una locura*? Algo se agitó en él. Su cabeza se tambaleó.

—¿Chico...? —Chico fue desesperadamente consciente de que aquél no era su nombre.

Denny había apoyado una mano sobre su antebrazo. Lo supo porque ahora la retiró. Liberado, intentó recordar haber sido sujetado, fijado por el calor que ahora se estaba desvaneciendo, se había desvanecido. Denny se frotó de nuevo el labio superior.

Respirando pesadamente, Chico se echó hacia atrás en el bamboleante asiento. Fuera, las marquesinas de los cines pasaron en críptica cabalgada.

BAJO altas notas eléctricas, otras más bajas y húmedas burbujearon y penetraban y estallaban. Un acorde metálico; otro acorde metálico. Entre ellos: el silbido de la cinta.

Chico carraspeó; el carraspeo se convirtió en una tos.

—¿Sí? —La Reverenda Taylor sujetó su lápiz por ambos extremos—. ¿Puedo ayudarle?

—Tengo hambre —dijo Chico—. Hum... —Apartó las manos del antepecho de la media puerta—. Alguien..., alguien me dijo que usted daba de cenar gratis aquí.

—Oh, dejamos de hacerlo hace ya tiempo... —Tras ella, como girantes ojos, las bobinas daban vueltas.

Chico inspiró una bocanada de aire.

—Sí, entiendo...

—¿Se ha caído... o se ha hecho daño?

—¿Eh? No, yo..., no.

—¿Sólo tiene hambre?

—Sí, señora.

—La verdad es que ya no proporcionamos este servicio, ¿sabe? Era demasiado... —Dejó caer los ojos, hizo chasquear la lengua, y consideró—: ¿Quizás un poco de café? Y... —alzó la vista—. Quizás encuentre algo..., y pueda sentarse usted un rato.

—Sí, señora.

Las ruedas de la silla giratoria gimieron y chillaron por entre la música cuando ella la echó hacia atrás.

—Venga conmigo. —Se dirigió hacia la puerta, sus negras ropas aleteando.

Él retrocedió cuando ella cruzó el umbral, la siguió a través del vestíbulo.

—Bien, entienda que no estoy estableciendo una tradición. Sólo esta vez: *no* estoy abriendo de nuevo el Programa de Ayuda Vespertina. Es sólo para usted, esta noche. No para sus amigos mañana. —Bajaron unas escaleras.

—Sí, señora.

Al final, la Reverenda Taylor se volvió hacia una enjaulada lámpara portátil colgada de un clavo. Una alta ventana, situada al nivel de la calle, pasó de azul a

negra.

—Veamos lo que tenemos.

Las columnas arrojaban densas sombras en el auditorio del sótano. Junto a una pared había, dobladas, una gran cantidad de sillas plegables. Un sofá medio hundido se apoyaba contra otra. Delante de las cerradas cortinas de un escenario había un piano vertical, con las teclas desnudas.

—Esta tarde tenemos un servicio en la capilla de arriba. Dentro de muy poco. Quizá, si se siente con ánimos, quiera subir luego a la capilla y unirse a nosotros.

Otra ventana alta estaba abierta. El ligero soplo de aire le hizo mirar en vez de responder. Tres hojas se agitaron en el alféizar; una revoloteó antes de caer. Resbaló pared abajo, golpeó contra las sillas apiladas, aterrizó en el arañado linóleo, como una errática manecilla derribada de un destartado reloj.

—Aquí dentro. —La Reverenda Taylor aguardaba junto a otra puerta.

Dentro, encendió otra lámpara portátil.

Junto a una larga mesa cubierta con papeles de periódico, Chico pudo ver una pared de donde colgaban potes, trituradores de patatas, coladores, y estantes llenos de variados utensilios de cocina.

—Durante un tiempo pudimos conseguir pan, quiero decir en grandes cantidades. Así que podíamos preparar bocadillos de carne enlatada..., eso fue cuando teníamos la Ayuda Vespertina. Pero perdimos nuestra fuente de aprovisionamiento. Sin ayuda, un programa así se agosta rápidamente. Las judías tardan mucho en cocerse, y yo no disponía de la ayuda necesaria. —De un armarito junto a la pared tomó una lata con pequeños puntitos de papel pegados allá donde había sido arrancada la etiqueta—. Carne guisada.

Aceptó la lata.

—Quitar las etiquetas —explicó ante su pregunta no formulada— es una pequeña forma de desanimar la ratería. No me gusta poner candados a las cosas. Los rateros miran en los estantes llenos de latas sin identificar, y no saben si es veneno para ratas, aceite para coches o guisantes. Lo único que tengo que hacer es recordar dónde está cada cosa. —Intentó parecer modesta—. Tengo mi propio sistema. Supongo que sabrá cómo funcionan esos hornillos si lleva aquí algún tiempo...

—Sí. —Preguntándose si debía explicarle que todo lo que sabía era lo que había aprendido en un viaje de acampada cuando tenía doce años.

—El café de la cafetera de aquí está caliente. La mantengo así todo el día. Estoy segura de que bebo demasiado café. ¿Puedo dejarle solo? Tengo que volver a mis notas.

—Por supuesto. Gracias, señora.

—Lave las cosas cuando haya terminado. ¿Y me lo hará saber cuando se marche? Asintió.

En la puerta de la cocina, ella frunció su negra y amplia frente.

—¿Está seguro de que no ha sufrido ningún tipo de accidente? Quiero decir, tiene manchado todo un lado de la cara.

—¿Eh? Oh..., estoy bien. De veras.

Ella frunció sus negros y redondos labios; asintió brevemente y se fue.

Buscando entre potes y sartenes, él pensó: *No hay abrelatas*. Y le entró el pánico.

Estaba al lado del fogón.

Retorció y retorció hasta que la última brizna de metal se partió y la tapa de la lata, rezumando salsa, se hundió. Miró el hornillo y la lata; entonces algo ocurrió en sus entrañas. Hundió los dedos, se llevó a la boca un puñado de grasa, carne y trozos de verdura, se lamió la salsa de la mano, secó la que resbalaba por su barbilla con el índice y lo chupó.

Su estómago burbujeó, se contrajo dos veces, se tensó, y sintió ascender hasta su boca una bocanada de gases con el regusto del vino de Bunny. Se inclinó, anticipando la náusea, e inspiró profundamente varias veces. Luego llevó la lata fuera, se sentó en el desvencijado sofá, y volvió a meter la mano en el dentado anillo de metal.

Masticó y lamió y tragó y chupó y lamió.

Cuando el cobrizo interior estuvo limpio excepto una esquina del fondo para la que su dedo índice era demasiado grueso, regresó a la cocina, lavó la lata, y dejó que el negro café humeara en ella desde la canilla de plástico de la cafetera. La caliente lata entre sus manos le hizo darse cuenta de su seca izquierda, su pegajosa derecha.

De vuelta al sillón, sujetando la lata entre sus rodillas, observó el ligero vapor y se sintió soñoliento, lo probó (caliente, amargo), decidió que no lo quería, y dejó que sus ojos se cerraran...

—Sí, está aquí —estaba diciendo la Reverenda Taylor.

Chico se despertó con un parpadeo. *Había* puesto el café en el brazo del sofá antes de adormecerse.

—No creo que se sienta demasiado..., oh.

Chico tomó la lata en su puño para ocultarse tras un sorbo..., estaba casi frío.

—Ah —dijo el señor Newboy—. Gracias.

Chico volvió a dejar el café en el brazo del sillón.

—Oh —repitió la Reverenda Taylor, pero en un tono tan distinto que Chico solamente identificó la similitud unos segundos más tarde—, ¿ha comido algo?

—Sí, señora.

—Estupendo. —La Reverenda Taylor miró radiante a Newboy, pasó por su lado y dijo, desapareciendo—: Me dispensarán. Tengo que volver.

—¡Me alegra terriblemente haberle encontrado! —El señor Newboy llevaba un maletín sujeto delante de él, con una desnuda ansiedad en su rostro.

—¿Qué desea? —Chico notó que todavía le hormigueaba el cuerpo de su sueño

—. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

Newboy dudó delante del sofá (Chico miró el tapizado y pensó: hay demasiado polvo), se sentó.

—Sólo otra prueba de lo pequeña que es la ciudad. Su amigo en el bar, el hombre grande, rubio...

—¿Tak?

—Sí, ése. Le vio bajar de un autobús y encaminarse en esta dirección. Pensó que finalmente iría a Teddy's. Cuando no lo hizo, decidí echar un vistazo por aquí por si acaso aún seguía en este lugar. Nunca lo había visitado antes. Y pronto voy a tener que irme de Bellona. En realidad, mañana por la mañana.

—Oh —dijo Chico—. ¿Él me vio? ¿Y usted se marcha? Hey, eso es una pena. —Luchando contra el hormigueo y el torpor, se puso en pie y se dirigió hacia la cocina—. ¿Quiere un poco de café, señor Newboy?

—Gracias —dijo Newboy, y añadió—: Sí.

—¿Para qué —en la puerta— quería verme?

En la blanca cafetera, el café burbujeaba y gorgoteaba. Fuera, el señor Newboy abrió su maletín.

—No sé dónde están la leche y el azúcar.

—Lo tomo solo.

Chico abrió la canilla, metió una segunda taza debajo para él (el de la lata estaba frío), y llevó las dos hasta el sofá, con los nudillos de ambas manos ardiendo.

—Oh, gracias.

—¿Qué desea de mí? —sentándose al lado de Newboy.

—Bueno, pensé que le gustaría echarle un vistazo a esto. —Anchas cintas de papel brotaron del interior del maletín—. Y a esto —ahora eran hojas de papel negro—. Y a esto. Es la portada.

En el centro de un papel grueso, gofrado, se leía:

ORQUÍDEAS

DE COBRE

Tomó la...

—Oh, mis manos no están demasiado limpias.

—No importa, sólo es una prueba.

... portada, que se dobló bruscamente hacia abajo cuando la sujetó por un extremo; la niveló con la otra mano y leyó de nuevo:

ORQUÍDEAS

DE COBRE

—Y ésas son las galeradas, que tiene que revisar. —El señor Newboy indicó los

papeles que ahora descansaban sobre las rodillas de Chico—. Afortunadamente, no es demasiado largo. Treinta y seis páginas, creo. Contando la portada. Puede que haya algunos horribles errores. Será impreso en un papel un poco mejor que éste. Yo había pedido una letra un poco más grande...

## ORQUÍDEAS DE COBRE

—... pero Roger me explicó, algo de lo que supongo que todos somos conscientes, que aquí en Bellona tenemos que conformarnos a menudo con lo que tenemos.

—Oh, sí. —Chico alzó la vista y dejó que el título de su libro empapara aquella parte de su consciencia reservada a la realidad, mientras lo borraba de la parte denominada sueños. La transición fue fácil, pero con una firmeza y una inevitabilidad que asoció con una violencia generalizada. Estaba alegre, y trastornado, pero apenas podía distinguir que las reacciones eran contiguas, no consecuentes.

—Ésas son las ilustraciones. De nuevo tenemos que enfrentarnos con el sentido de lo teatral de Roger. No estoy seguro de que sean de buen gusto. Francamente, no creo que la poesía necesite ilustraciones. Pero él me pidió que se las mostrara: la decisión, en último término, es de usted.

Estuvo a punto de decir: Están todas en negro, cuando captó asomos de algo en el fajo de papeles.

—Están impresas en tinta negra sobre papel negro —explicó el señor Newboy—. La única forma en que pueda verlas realmente es manteniéndolas cerca de una luz y mirándolas desde un lado. Entonces la luz capta la tinta. Roger cree que puesto que los poemas extraen tanto de su imaginería de la ciudad, lo mejor es utilizar las que él cree han sido las más impactantes ilustraciones de su periódico. Pero las ha impreso de esta forma..., no creo que se necesite ningún esfuerzo para correlacionar las ilustraciones con cada uno de sus poemas.

Chico asintió.

—Es una buena idea. —Inclinó otro dibujo para captar, en una repentina ondulación plateada, edificios incendiados, gente con la boca abierta, y un niño, en primer plano, mirando directamente a la cámara—. ¡Oh, sí! —Se echó a reír, y miró las otras.

—¿Tiene usted alguna idea de cuándo habrá podido revisar las pruebas? El *Times* es notable por su tipografía. Su libro ha sido compuesto con la misma maquinaria.

—Podría hacerlo ahora. —Chico dejó a un lado las ilustraciones y tomó las galeradas—. ¿Cuántas páginas ha dicho que eran?

—Treinta y seis. Yo mismo las he cotejado con su bloc de notas... Hubiéramos

preferido un original mecanografiado; y cuando usted puso el cuaderno en mis manos, aquella noche, me sentí un poco preocupado. Pero su escritura es bastante clara. ¿Sabe que escribe usted al menos de cuatro formas distintas?

—Nunca he sido demasiado bueno escribiendo.

—Pero su escritura es perfectamente legible. —Newboy rebuscó en su maletín—. Aquí está... —Le entregó a Chico el bloc de notas.

Se abrió entre las manos de Chico:

*Poesía, ficción, drama... Sólo estoy interesado en...*

Chico le dio la vuelta al cuaderno a la página con su poema (un borrador intermedio de *Elegía*), luego tomó las galeradas. Pasando cinta tras cinta sobre sus rodillas, vio aparecer en letra impresa ELEGÍA y contuvo el aliento. Las letras eran mucho más nítidas y serenas que la tinta sobre el papel del bloc de notas.

Dejó que una estrofa impresa cruzara ante sus ojos. Las palabras detonaron recuerdos lo suficientemente intensos como para borrar el hecho de que no eran suyos..., o al menos aquéllos no eran..., o... Tras sus labios, los dientes se entreabrieron blandamente; luego los propios labios se abrieron. Inspiró en silencio. Mi poema, pensó, terriblemente excitado, terriblemente feliz.

—No he podido evitar el leer algunas de sus notas. Siempre he hallado divertido que los escritores llenen páginas y páginas de análisis sobre por qué no pueden escribir... Dios sabe que yo mismo lo he hecho.

—¿Eh?

—Hay muchos, muchos lugares donde hallé que su análisis estético me permitía penetrar en algunas de las cosas más difíciles que estaba intentando hacer usted en su auténtico trabajo. —El señor Newboy tomó su taza de café—. Posee usted una mente crítica fascinante, y una gran perspicacia hacia los problemas del poema. Me hizo sentirme más próximo a usted. Y por supuesto, lo más importante es que los propios poemas adquieren una mayor profundidad a la luz de su...

Chico estaba agitando la cabeza.

—Oh... —Cerró de nuevo la boca, la volvió a abrir, con una momentánea urgencia, luminosa en su fuerza, de permitir que la mala interpretación se convirtiera en engaño.

Newboy hizo una pausa.

Parpadeando en los residuos de la urgencia, con la pausa señalando que ya había tomado su decisión (hurgó en su fragmentada memoria en busca de algún intento anterior de engañar, para apoyarle en lo que deseaba revelar), dijo:

—Todo este otro material..., hey, no lo escribí yo.

La gris cabeza de Newboy se inclinó ligeramente hacia un lado.

—Simplemente encontré el cuaderno. —La desesperación del embarazo recedió, su corazón martilleó con menor fuerza y más lentamente—. Estaba todo escrito, pero

sólo en un lado de las páginas. Así que utilicé el otro lado para..., para lo mío. —Una última pulsación de ardor detrás de sus ojos.

—Oh —dijo Newboy, intentando retener su sonrisa—. Esto es embarazoso. ¿No escribió usted esas secciones del diario?

—No, señor. Sólo los poemas.

—Oh, yo... Bueno, supongo... Oh, lo siento, de veras. —Newboy dejó que la sonrisa se convirtiera en risa—. Bueno, realmente, tengo la sensación de que, una vez más, me he mostrado como un tonto.

—¿Usted? No —dijo Chico, y se dio cuenta de que estaba furioso—. Hubiera debido decirle algo. Pero no pensé en ello cuando le di el cuaderno la otra noche. De veras.

—Por supuesto —dijo el señor Newboy—. No, simplemente quiero decir que sus poemas son sus poemas. Existen por sí mismos. De la misma forma que nada que yo pueda decir sobre ellos va a cambiar lo que son, nada de lo que pueda decir usted, o nadie que yo *crea* equivocadamente que es usted, va a cambiarlos tampoco.

—¿Cree usted que eso es cierto?

Newboy frunció los labios.

—En realidad, no sé si es cierto o no. Pero en realidad no veo tampoco como ningún poeta pueda escribir aquello que no sienta.

—¿Por qué se marcha usted, señor Newboy? —Chico inició la pregunta para hacer una conexión: pero ahora parecía igualmente apta para una ruptura, y el azaramiento de Newboy y su propia confusión parecían mejores así—. ¿No puede trabajar bien aquí? ¿Bellona no le estimula?

Newboy aceptó la ruptura, admitiendo su aceptación con otro sorbo.

—En cierto sentido, supongo que tiene usted razón. De tanto en tanto siempre viene alguien para recordarme que después de todo soy, aunque no tan a menudo como a veces me gustaría, un poeta. ¿Qué es lo que dice el señor Graves? Toda poesía es sobre amor, muerte o el cambio de las estaciones. Bien, aquí las estaciones no cambian. Así que me marchó. —Tras las volutas de vapor, sus grises ojos brillaron—. Después de todo, sólo soy un visitante. Pero las circunstancias parecen haber maquinado para cambiar ese status con una rapidez absolutamente inquietante. —Agitó la cabeza—. He conocido a algunas personas muy agradables, he visto algunas cosas fascinantes, he acumulado una gran riqueza de intensas experiencias..., sólo por la forma en que me ha sido presentada la ciudad. Realmente, no me siento decepcionado.

—¿Pero no todas las cosas que le han ocurrido han sido agradables?

—¿Acaso lo son siempre? No, Roger ha arreglado las cosas para llevarme hasta Helmsford. Allí, otras personas pueden llevarme hasta Lakesville. Desde allí aún hay transportes. Puedo tomar el autobús hasta el aeropuerto de Pittsblain. Luego..., de



vuelta a la civilización.

—¿Qué le ha resultado tan desagradable aquí?

—Una de las cosas fue mi encuentro inicial con usted.

—¿En Teddy's? —Chico se sintió sorprendido.

Newboy frunció el ceño.

—Fuera del muro, en la parte de atrás de la casa de Roger.

—Oh. Oh, sí. Eso. —Se echó un poco hacia atrás en el sofá. El proyector rodó entre las solapas de su chaqueta. No bajó la vista, y se sintió incómodo.

—Me temo que dentro de esas paredes —ponderó Newboy— se hallan todas las intrigas y choques de personalidad que..., bien, que uno puede llegar a imaginar en un lugar como el de Roger. Y están empezando a aburrirme. —Suspiró—. Supongo que tales cosas me han conducido de una a otra ciudad durante toda mi vida. No, no puedo decir que Bellona esté mal representada. Pero incluso para mí, a mi edad, no todas sus lecciones han sido amables.

—Jesús —dijo Chico—. ¿Qué ha estado ocurriendo en...?

—Hay, si puedo simplificar mucho —prosiguió Newboy (Chico inspiró profundamente y tomó su café)— dos concepciones del artista. Uno lo da todo a su trabajo, de una forma muy real; si no produce volúmenes, al menos pasa por muchos, muchos borradores. Olvida su vida, y su vida se tambalea y falla y a menudo se hunde en el caos. Es presuntuoso por nuestra parte juzgar la fuente de todo ello. Si somos justos con él, le proporciona al arte todo su romance, su energía, y crea esa atracción absolutamente necesaria para la mente adolescente sin la cual la maduración adulta es imposible. Si es escritor, arroja sus palabras a las lagunas de nuestro pensamiento. Admitiendo lo certero de los chapoteos, las olas son tremendas y brillan y resplandecen a la luz de nuestra consciencia. Ustedes los americanos, sin mencionar a los australianos, se sienten extraordinariamente orgullosos de él. Pero hay otro concepto, un concepto más europeo, uno de los pocos conceptos que Europa comparte con Oriente, que incluye a Spenser y Chaucer, pero excluye a Shakespeare, que incluye a los caballeros y a los metafísicos, pero deja de lado a los románticos: el artista que dedica toda su vida a vivir dentro de alguna especie de ideal de perfección. En algún momento de su pasado, ha descubierto que es... digamos un poeta: que ciertas situaciones, ciertas convergencias de situaciones, normalmente demasiado complicadas para que las comprenda por entero, puesto que yuxtaponen propiciamente voluntad consciente con pasión inconsciente, a veces permiten e incluso provocan un poema. Se dedica a vivir, de acuerdo con estos conceptos, la vida civilizada en la cual la poesía existe porque forma parte de la civilización. Arriesga tanto como su primo. Generalmente produce pocas obras, con grandes intervalos entre ellas, y constantemente debe luchar con la posibilidad de que nunca vuelva a escribir si su vida así lo dicta..., una gran cantidad de sus civilizadas

energías deben ir hacia resignarse a la insignificancia de su arte, a la supresión de ese lado teatral de su personalidad de la que la ambición es sólo una pequeña parte. Permanece mucho más cerca de las lagunas. No arroja nada. Deja caer. La exactitud es también lo más importante: hay algunas personas que pueden acertar el centro de la diana desde cuatrocientos metros de distancia, mientras otros ni siquiera pueden alcanzar el blanco a tres metros. Dado esto, los esquemas y oleajes que produce este tipo de artista pueden ser mucho más intrincados, si carecen de la inicial apariencia de fuerza. Es en su mayor parte una víctima de la civilización en la que vive: sus mayores obras proceden de los períodos que los historiadores del arte llaman en general «propicios a la producción estética». Yo digo que permanece muy cerca de las lagunas; de hecho, pasa la mayor parte de su vida simplemente mirándolas. Yo mismo aspiro a ser más bien este segundo tipo de artista. Vine a Bellona para explorar. Y descubro que toda la cultura de aquí, no puedo ser considerado, es completamente parasitaria..., saprofítica. Infecta..., incluso dentro de la propiedad cuidadosamente cerrada de Roger. Esto no propicia mi concepto de la buena vida, sino que más bien, aunque sea sólo de una forma terciaria, daña todos mis impulsos hacia el arte. Me gustaría ser una buena persona. Pero es demasiado difícil aquí. Sospecho que es cobardía, pero es cierto.

El café, despertando un recuerdo que no acababa de definirse, era de nuevo frío en su boca.

—Señor Newboy —tragó, pensativo—, ¿cree usted que una mala persona puede ser un buen poeta? ¿O es una pregunta estúpida?

—No si la pregunta se la hace usted esencialmente a sí mismo. Quiero decir, *sospechamos* que Villon llegó al asesinato y murió en la horca. Pero, y ésa es una noción terriblemente impopular, puede que solamente estuviera escribiendo acerca de la extraña gente que conoció a su alrededor; y, cuando esa gente le metió en problemas, abandonó su mala compañía, dejó de escribir, cambió de nombre, y fue a morir como un pacífico ciudadano en otra ciudad. Desde un punto de vista perfectamente práctico, y uno tendría que haber escrito honestamente bien para apreciar la practicalidad, imagino que la respuesta es que eso tiene que ser más bien difícil. Pero sería absurdo por mi parte pronunciarlo como imposible. Francamente, no lo sé.

Cuando Chico alzó la vista, se sorprendió al ver que el viejo caballero le sonreía directamente.

—Pero esa cuestión es sólo la expresión de su idealismo natural. —Newboy se volvió un poco en su asiento—. Todos los buenos poetas tienden a ser idealistas. También tienden a ser perezosos, cáusticos, y locos por el poder. Ponga juntos a dos cualesquiera de ellos e invariablemente hablarán de dinero. Sospecho que lo mejor de su obra intenta reconciliar lo que son con lo que saben y sienten que deberían ser...

en un intento de encajarles en el mismo universo. Ciertamente, esos tres son tres de mis propios rasgos, y sé que a menudo pertenecen también a algunos hombres realmente malvados. Sin embargo, si debo triunfar sobre mi pereza, sospecho que debo barrer todo sentimiento hacia la expresión económica que es la base del estilo. Si consigo superar mi amargura, arrojlarla de mi persona, me temo que toda mi obra va a perder todo ingenio e ironía. Si consigo derrotar mi locura hacia el poder, mi ansia de fama y reconocimiento, sospecho que mi obra se convertirá en algo vacío de toda perspicacia filosófica, sin mencionar la compasión hacia los demás que comparten mis debilidades. Dejando a un lado esas tres características, tenemos que trabajar preocupados solamente por la verdad, lo cual es trivial sin esos tipos que la amarran al mundo. Pero estamos derivando hacia cuestiones de hacer el mal versus la capacidad de hacer el mal, la inocencia, el libre albedrío y la libertad. Oh, bien, durante la Edad Media, la religión fue a menudo capaz de redimir el arte. Hoy, sin embargo, el arte es casi la única cosa que puede redimir la religión, y los clérigos nunca nos perdonarán por eso. —Newboy miró hacia el techo y agitó la cabeza. Una apagada música de órgano llegaba desde la escalera. Volvió a bajar la vista a su maletín.

—Creo que, en realidad, lo que quiero saber... —El pulgar de Chico había manchado el margen de la galerada: sintió un momentáneo pánico—. ¿Cree usted que éstos... —y cuatro dedos marcaron el papel en un barrido— ...que alguno de éstos vale la pena? —Habría otras copias, pensó para tranquilizarse. Tenía que haberlas—. Quiero decir, realmente.

Newboy chasqueó la lengua y depositó el maletín en el suelo, contra sus rodillas.

—Usted no se da cuenta de lo absurda que es esta pregunta. Hubo un tiempo en el que, cuando me hallaba en esta situación, solía responder siempre automáticamente: «No, creo que no valen nada.» Pero soy viejo, y ahora me doy cuenta de que lo que estaba haciendo era castigar a la gente que me hacía tales preguntas por su estupidez, y que estaba siendo «honesto» sólo en el sentido más semánticamente vulgar del término. En realidad, no puedo pensar en la poesía en términos tan absolutos como «bueno» y «malo», ni siquiera en los términos más flexibles que usted probablemente estaría dispuesto a aceptar en su lugar: «bien hecho» o «mal hecho». Quizá sea debido a que sufro de todas las enfermedades estéticas de la época que hacen que lo que no vale nada sea alabado y lo valioso ignorado. Bueno, son enfermedades que han asolado todas las épocas. Pero tiene que dejar usted abierta la posibilidad de que la poesía significa demasiado para mí como para vulgarizarla de la forma en que me pide que lo haga. El problema es esencialmente de paisaje. Ya he dejado bien claro, espero, que yo, personalmente, he disfrutado del intercambio particularmente complejo entre usted y sus poemas, tal como los he percibido y, ante mi embarazo personal, mal percibido. Si considera usted insultante mi distancia, extiéndase en sus

complejidades. Pero déjeme ponerle un ejemplo. ¿Conoce a Wilfred Owen? —Newboy no aguardó el asentimiento le Chico—. Como muchos jóvenes, escribió sus poemas durante la Guerra; parece que odió aquella guerra; pero luchó en ella, y fue murió ametrallado mientras intentaba llevar su compañía al otro lado del canal Sambre cuando era más joven que usted. Es generalmente considerado como el mayor poeta de la guerra en lengua inglesa. ¿Pero cómo podemos compararlo con Auden u O'Hara, Coleridge o Campion, Riding o Roethke, Rod o Edward Taylor, Spicer, Ashbery, Donne, Waldmen, Byron o Berrigan o Michael Denis Browne? Mientras la guerra, la experiencia o el concepto, siga siendo un concepto vital, Owen seguirá siendo un poeta vital. Pero si la guerra fuese abolida y olvidada, entonces Owen se convertiría en una figura menor, interesante sólo desde un punto de vista puramente filológico en el desarrollo del idioma, como una influencia sobre figuras más sobresalientes. La poesía de usted se enrolla en torno y dentro de esta ciudad, del mismo modo que la de Cavafis retuerce y refracta la Alejandría de antes de la Segunda Guerra Mundial, como la de Olson es atrapada por la luz oceánica del Gloucester de mediados de siglo, o la de Villon en el París medieval. Cuando me pregunta usted el valor de esos poemas, me está pidiendo que sitúe la imagen de esta ciudad en las mentes de aquellos que nunca han estado aquí. ¿Cómo puedo pretender hacerlo? Hay veces, mientras deambulo por esta bruma abismal, en que estas calles parecen apuntalar todas las capitales del mundo. Hay otras, lo confieso, en las que todo el lugar parece un inútil y feo error, sin ninguna relación con lo que conozco como civilización, mejor eliminado que abandonado. No puedo juzgar, porque todavía estoy en ella. Francamente, no seré capaz de juzgar ni siquiera fuera de ella, debido al condicionamiento que permanecerá en mí por el hecho de haberla visitado.

Chico, a la mitad del segundo poema de las pruebas, alzó la vista ante el silencio.

—¿La valía de su trabajo? —(Chico bajó los ojos y siguió con su lectura)—. La gente que no crea siempre está segura de que, a algún nivel rudimentario, el creador lo sabe. Pero el panteón de premios Nobel al que he estado a punto de acceder en tres ocasiones está atestado de escritores mediocres que no tienen ni elegancia ni profundidad, ni legibilidad ni relevancia: laureados en vida, estoy seguro de que murieron convencidos de que habían hecho avanzar sustancialmente sus idiomas. Su Miss Dickinson murió igualmente convencida de que nadie leería jamás una sola palabra de las que había escrito; y es una de las más luminosas poetisas que ha producido su país. Un artista simplemente no puede confiar en ningún emblema público de mérito. ¿Los privados? Aún son más engañosos.

Chico pasó a la siguiente galerada.

—Está hablando usted de sí mismo. —Con los ojos bajos, se preguntó qué expresión tenía el rostro de Newboy.

—Es muy probable —dijo Newboy tras una larga pausa.

—En realidad está asustado de que su propia obra no valga nada.

Newboy hizo una pausa.

En la pausa, Chico consideró alzar la vista, pero no lo hizo.

—Cuando no estoy trabajando, no tengo elección: *debo* considerar su falta de valía. Pero cuando estoy metido en ella, escribiendo, revisando, modelando y puliendo, por el mismo proceso, tengo que considerar que es lo más importante del mundo. Y me siento muy suspicaz ante cualquier otra actitud.

Chico alzó ahora la vista: la expresión que exhibía el rostro de Newboy era seria. Pero las marcas de la risa la estaban reemplazando.

—Oh, cuando era joven, tan joven como una vez pensé que lo era usted, recuerdo que trabajé con increíble diligencia sobre una traducción de *Le bateau ivre*. Y aquí estoy ahora, en el respetable, aunque un poco locuaz, umbral de la vejez, y la noche pasada, en la biblioteca delantera de Roger, después de que todo el mundo se hubiera retirado, me senté a trabajar, a la luz de un quinqué: no hay electricidad en aquel ala, en *Le cimetière marin*. El impulso fue absolutamente el mismo. —Agitó la cabeza, aún riendo—. ¿Ha encontrado algún error?

—Hum —dijo Chico—, no en las primeras tres hojas.

—Me pasé todo ayer y la mayor parte de hoy comprobándolas con su original manuscrito. He puesto un par de interrogantes aquí y allí. Ya los encontrará cuando siga.

—¿Dónde?

—El primero un poco al principio. —Newboy dejó su taza y se inclinó sobre el hombro de Chico—. La siguiente hoja. Aquí. Es el poema del que tenía una copia suelta en papel azul simplemente metida en el cuaderno. Parece como si alguien lo hubiera copiado para usted. ¿No quiere una coma en la tercera estrofa? Lo comprobé con la versión de su cuaderno, y ninguna de las dos la tiene. De no ser por la construcción, no hubiera...

—La copia en el bloc de notas tiene una coma, ¿no? —Chico frunció el ceño y hojeó las páginas escritas a mano. Sus ojos recorrieron palabras, intentando no verse atrapados por ellas, hasta que encontraron el lugar—. No está aquí. —Alzó la vista—. *Juraría* que puse una.

—Entonces *quería* ponerla. Tome, utilice mi lápiz. Simplemente tache el interrogante que puse junto a la estrofa. Me pareció que... ¿Qué ocurre?

—Juraría que puse una coma ahí. Pero no lo hice.

—Oh, yo siempre estoy descubriendo que he olvidado palabras que estaba seguro de haber escrito en un primer borrador...

—¿Usted...?

El señor Newboy se sobresaltó ante la pregunta, pareció incómodo, volvió la mirada a la estrofa.

—¿...simplemente lo leyó y supo que yo deseaba una coma ahí?

Newboy empezó a decir varias cosas, pero se detuvo (tras un ligero asentimiento) antes de transformarlas en palabras, como si sintiera curiosidad hacia cuál iba a ser el efecto del silencio.

Dos emociones hincaron sus dientes en el cráneo de Chico. Cuestionó el miedo apenas surgió: es un truco de los nervios autónomos que hace que se me humedezca la nuca, se acelere mi corazón, las rodillas se estremezcan como motores; era sólo una coma, un pequeño átomo de silencio que situé mal..., sólo una pausa. Estoy temblando como las velas de Teddy's. La alegría, superando la otra emoción, anulándola y distanciándola, era la respuesta a una captada comunión. (¡Newboy lo había sabido!) Para refrenarla, Chico se dijo a sí mismo: Entre dos frases como éstas, ¿por qué Newboy no sería capaz de detectarlo? Inclino la cabeza para leerlas: sus ojos se llenaron de agua, y la emoción desgarró aquella lógica. Y la oscuridad que había debajo. Anticipó que su colisión crearía algunas olas. Pero como dos remolinos de distinto giro, se juntaron... y se anularon. Parpadeó. El agua goteó de sus pestañas sobre el dorso de su mano.

Había habido un dolor recurrente en la parte de atrás de su hombro derecho que, hacía tres o cuatro años, le había intrigado porque podía convertirse en una pulsante irritación durante horas e incluso días y luego, en un segundo, se desvanecía: ni apretando el lugar con las manos, ni haciendo contorsiones, podía hacerlo volver. Ahora hacía años que no se presentaba.

Tensando los hombros, leyó el siguiente poema, y las imágenes se instalaron en la parte de atrás de sus ojos, su sustancia y estructura familiares, su textura extraña, extraña y grave. Siguió parpadeando, para terminar mentalmente la estrofa; los ojos se abrieron para terminar en la página donde pedía nuevas bombillas. Cajas de cristal abrieron sus claras tapas a sorprendidas maravillas. Las cosas eran seguras, y eso era tan horrible que su corazón pulsó en el pequeño pozo en la base de su garganta como si estuviera tragando roca tras roca.

—¿Señor Newboy?

Chico alzó la vista.

Newboy estaba examinando las ilustraciones.

—No creo que vuelva a escribir más poemas.

Newboy volvió otra página negra.

—¿No le gustan, ahora que los lee de nuevo?

Chico apartó a un lado la siguiente tira de papel.

—Las primeras dos palabras de la primera estrofa del primer poema estaban intercambiadas...

—¡Tome! —El señor Newboy le ofreció su lápiz—. ¿Ha encontrado un error? — Se echó a reír—. ¡Hey, cuidado, *no tiene* que escribir tan fuerte como esto! ¡Espere!

¡Va a romper el papel!

Chico desencajó el hombro, enderezó la espina dorsal, y dejó que sus dedos se relajaran sobre la madera amarilla. Respiró de nuevo.

—Arreglarán eso, ¿verdad?

—Oh, sí. Por eso lo está revisando usted ahora.

Chico leyó, y recordó:

—Las partes que me gustan, bien... —Agitó la cabeza, con los labios fruncidos—. No tienen nada que ver conmigo: parece como si las hubiera escrito alguien distinto, acerca de cosas sobre las que yo tal vez pensara alguna vez. Es más bien extraño. Las partes que no me gustan..., bien, puedo recordar haberlas escrito, oh, sí, palabra tras palabra tras palabra.

—Entonces, ¿por qué no va a escribir más...?

Pero Chico había encontrado otro error.

—Mire —dijo Newboy—, ¿por qué no apoya las galeradas sobre su cuaderno? Así podrá escribir con más facilidad.

Mientras Chico estaba a la mitad de la siguiente galerada, Newboy musitó:

—Quizá sea una buena cosa que no vaya a escribir usted más: tiene que empezar a considerar todas esas cosas estúpidas como su relación con su público, la relación entre su personalidad y su poesía, la relación entre su poesía y toda la poesía antes que ella. Puesto que me ha dicho que no era usted responsable de estas notas, he estado intentando imaginar exactamente si era una casualidad o había estado haciendo usted una referencia consciente: consiguió usted reproducir, en la práctica textualmente, una de mis estrofas favoritas de la traducción de Golding de la *Metamorfosis*.

—¿Hum?

—¿Está usted familiarizada con ella?

—¿Es un libro de bolsillo grande, verde y blanco? Es el que usó Shakespeare para algunas de sus obras. Sólo leí más o menos la primera mitad. Pero no tomé ninguna estrofa de él, al menos no a propósito. ¿Quizá simplemente sucedió?

Newboy asintió.

—Usted me sorprende. Y cuando lo hace, sospecho que soy una persona pequeña por tener unas ideas tan mezquinas. Bien, la estrofa a la que me refería era del último libro, de todos modos. Así que no ha llegado aún a ella. Dígame, ¿quién cree usted que debe leer sus poemas una vez hayan sido publicados?

—Imagino que la gente que..., bueno, todo aquel a quien le guste leer poesía.

—¿A usted le gusta?

—Sí. Era lo que más leía, supongo.

—No, eso no me sorprende.

—¿Sabe?, en las librerías universitarias donde acostumbraba a ir, o en el Village

de Nueva York, o en San Francisco, tenían secciones enteras de poesía. Podía leerse mucha poesía allí.

—¿Por qué poesía?

Chico se encogió de hombros.

—La mayoría de los poemas son más cortos que los cuentos y las novelas.

Newboy, vio Chico, estaba reprimiendo una sonrisa. Chico se sintió azarado.

—¿Y no va a escribir usted más?

—Es demasiado difícil. —Chico volvió a bajar la vista—. Quiero decir que si sigo, creo que acabaría matándome, ¿sabe? Nunca lo había hecho antes, de modo que simplemente no lo comprendo.

—Es triste... No, puedo ser más honesto que eso. Es aterrador para un artista ver a otro, a cualquier otro, apartarse del arte.

—Sí. —Los ojos de Chico se alzaron—. Lo sé. Realmente lo sé. Y desearía..., desearía que no se sintiera usted tan aterrado como me siento yo. ¿A qué viene esto? ¿Qué le ocurre a usted ahora?

—Nada. —Newboy agitó la cabeza.

—Me gustaría que no fuera así —repitió Chico—. El último poema... —Chico empezó a pasar galeradas—. ¿Qué opina usted de éste, quiero decir comparado con todos los demás?

—¿El que está escrito en metro? Bueno, no está terminado. Lo hemos reproducido hasta donde usted lo interrumpió. Ésa es otra de las cosas sobre las que quería preguntarle...

—¿Le gusta tal como está?

—Francamente, no creo que sea tan intenso como muchos de los otros. Cuando lo leí por cuarta o quinta vez, empecé a ver que su sustancia tiene probablemente una gran intensidad. Pero el lenguaje no es inventivo. O claro.

Chico asintió.

—El ritmo del habla natural —musitó—. Tenía que escribirlo, Y es bastante malo, ¿no? No, no creo que escriba más. Además, probablemente tampoco conseguiré que se me publique otro libro... —Alzó una ceja hacia Newboy.

Newboy, con los labios fruncidos, meditó.

—Podría decir que sinceramente no creo que ésa deba ser una consideración. O que, según recuerdo, pasaron algo así como once años entre mi primer y mi segundo libro de poemas. O que creo que está pidiendo usted confirmación a algo que realmente no tiene nada que ver con la poesía.

—¿Qué otra cosa podría decir?

Los labios de Newboy se desfruncieron.

—Podría decir: «Sí, probablemente no lo haga.»

Chico sonrió rápidamente y volvió a la corrección.



—Es muy estúpido aconsejarle en algo así, tanto si va a seguir escribiendo como si no. Si escribió éstos, escribirá más. Y si se promete a sí mismo que no lo hará, lo único que conseguirá será sentirse tremendamente infeliz cuando rompa su promesa. Sí, a una buena parte de mí no le gusta la idea de un artista renunciando al arte. Pero es otra parte de mí la que está hablando ahora. Créame.

La mente de Chico estaba en aquellos momentos en Lanya.

La apartó, para reflexionar: La traducción de Golding de la *Metamorfosis*. Había visto el libro en una docena de estantes en una docena de librerías, lo había tomado multitud de veces, había leído la contraportada, la primera página de la introducción, había hojeado tres o cuatro páginas, incapaz de leer más de tres o cuatro estrofas de cada. (Lo mismo le había ocurrido, se dio cuenta, con *Peregrinaje*.) ¿*La primera mitad*? ¡Había sido incapaz de leer siquiera una página entera! Poesía, pensó. Si me hace empezar a mentirle a alguien como él, tengo que dejar de escribirla.

Chico corrigió la última media docena de hojas en un silencio empapado de visiones. Las juntó, crujientes como plumas secas.

Se reclinó en el brazo del sillón (respiraba suavemente: pero sentía la frialdad de su aliento sólo en el lado izquierdo de su labio superior) y miró los papeles sobre sus piernas. Sólo he corregido la última media docena de hojas, pensó: le dolían los huesos de los brazos. El dolor pulsaba en las articulaciones de sus dedos. Aflojó la presión sobre el lápiz.

La página del título, observó ahora, decía:

ORQUÍDEAS  
DE COBRE  
POR

Empezó a sonreír; los músculos de su boca bloquearon la sonrisa.

El señor Newboy, que había ido a la cocina, regresó ahora con otra humeante taza.

—Creo —la sonrisa logró atravesar las barreras— que será mejor que quite el «por» del título.

—Oh. —El señor Newboy alzó la barbilla—. Eso parecerá un tanto extraño. Hablé con su amigo el señor Loufer. Y él me contó lo de...

—Quiero decir que ya está bien así —dijo Chico—. Pienso que puede ser una buena idea que salga sin ningún nombre. Anónimo.

—El señor Loufer dijo que usted, de una forma un tanto pintoresca, era llamado «el Chico» por muchos de sus amigos.

—Eso sonaría bastante estúpido —dijo Chico—. Poemas, por el Chico. Creo que será mejor sin nada. —En algún lugar, dentro de la cosa dentro de él que le hacía

sonreír, estaba el inicio de un azaramiento. Suspiró, aún sonriendo.

Gravemente, el señor Newboy dijo:

—Si es así como siente realmente, se lo diré a Roger. ¿Ha terminado de revisarlo?

—Sí.

—Fue rápido. ¿Cómo estaba?

—Oh, bien. Quiero decir, no había muchos errores.

—Estupendo.

—Tome.

—Oh, ¿está seguro de que no quiere conservar el bloc de notas?

Estaba abierto por la mitad. Chico bajó los papeles sobre sus rodillas. Para evitar la sensación de confusión, dejó que sus ojos se posaran en las líneas que abrían la página:

*Poesía, ficción, drama..., estoy interesado en las artes del acontecimiento sólo hasta tan lejos como la ficción toca la vida; oh, no, no en ningún sentido vulgar, autobiográfico, sino más bien al nivel de la correspondencia más cristalina. Considerad: si un autor, pasando junto a un espejo, llegara a ver un día no a sí mismo sino a algún personaje inventado por él, aunque se sintiera sorprendido, aunque cuestionara incluso su cordura, tendría sin embargo todavía algo con lo que relacionarlo. Pero supongamos que, pasando por la parte interior, el personaje mirara a su espejo y viera, no a sí mismo, sino al autor, un completo extraño, mirándole a su vez a él, alguien con quien no tiene ninguna relación en absoluto, ¿qué le quedaría a esa pobre criatura...?*

Newboy estaba diciendo:

—Ahora está usted completamente seguro de que no desea volver a escribir. Pero esté seguro de que la inspiración llegará, llegará como uno de los ángeles de Rilke, tan deslumbrado por su celestial viaje que habrá olvidado completamente el mensaje que le ha sido confiado y sin embargo lo entregará con toda efectividad simplemente a través de su maravillosa presencia...

—¡Tome! —Chico le tendió galeradas y bloc de notas—. ¡Por favor, cójalo! Por favor, tómelo todo. Quizá... Quiero decir, quizá desee comprobar alguna otra cosa. —Observó sus manos extendidas temblar al compás de su martilleante corazón.

—De acuerdo —dijo Newboy—. No, conserve usted el bloc de notas. Puede que lo necesite de nuevo. —Tomó los papeles, y apoyó el maletín contra su cadera—. Le devolveré todo esto a Roger esta noche. —Los papeles desaparecieron en el maletín—. Probablemente no volveremos a vernos. No sé en realidad cuánto tiempo va a tomar la impresión. Me gustaría ver todo el proyecto terminado. —Cerró el último cierre—. Estoy seguro de que él me enviará un ejemplar cuando esté todo listo..., funcione como funcione aquí su servicio postal. Adiós. —Tendió su mano—. He

disfrutado realmente del tiempo que hemos pasado juntos, las charlas que hemos tenido. ¿Le dirá adiós a su pequeña amiga por mí?

Chico agitó la cabeza.

—Sí, señor. Esto..., muchas gracias. —El bloc de notas estaba en el suelo, una esquina sobre el pie descalzo de Chico.

Newboy se encaminó a las escaleras.

—Adiós —repitió Chico en el silencio.

Newboy asintió, sonrió, se fue.

Chico esperó que el inquietante recuerdo parpadeara una vez más. Su corazón se aquietó. Tomó bruscamente su taza de café y la de Newboy y se dirigió a la cocina.

Unos segundos después de empezar a enjuagarlas en la fregadera, observó lo firme que era la presión del agua. Pasó el dedo índice por el borde de la loza. El agua silbó sobre el esmalte.

Alguien tecleó una disonancia en el piano.

Curioso, Chico cortó el agua. Las tazas cliquetearon en el estante. Mientras se dirigía fuera de la cocina, una de las planchas del suelo chirrió: había deseado guardar un absoluto silencio.

En el oscuro extremo del auditorio, alguien con ropas de trabajo estaba de pie delante del piano vertical. Las botas de constructor naranja y el mono le recordaron momentáneamente a la mujer en la escalera, cambiando los letreros de la calle.

La figura se volvió y caminó hacia el sofá.

—Hey... —Una voz pesada y plana, una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa aún más ligera: George Harrison tomó un viejo ejemplar del *Times* y se dejó caer en el sofá, cruzó las piernas y abrió el periódico tamaño tabloide.

—Hola. —Chico oyó la débil música de órgano.

—¿*S'spone* que t'debs'tar 'quí? —Harrison le miró desde detrás del periódico.

El ritmo natural del habla; no, pensó Chico, es imposible.

—¿Se *supone* que tú debes estar aquí? —repitió George.

—La Reverenda Taylor me trajo aquí abajo. —(Sería estúpido, decidió, intentarlo siquiera.)

—Porque si se supone que tú *no debes* estar aquí, se va a poner furiosa. —Harrison sonrió, un moteado creciente de marfil entre el desigual pigmento de sus labios—. Te vi en el bar.

—Cierto —sonrió Chico—. Y tú estás en esos pósters por toda la ciudad.

—¿Los has visto? —Harrison dejó a un lado el periódico—. ¿Sabes?, los tipos que los hicieron están un poco... —hizo un movimiento circular con la mano—, ¿entiendes?

Chico asintió.

—Son buenos, sin embargo. Y los tipos también. —Agitó la cabeza, luego señaló

al techo—. Ella no quiere ningún escorpión por aquí. ¿Estás seguro de que se supone que debes estar aquí? A mí no me importa, si ella dijo de acuerdo.

—Tenía hambre —dijo Chico—. Ella dijo que podía darme algo de comer.

—Oh. —Harrison se volvió en el sofá. Su mono verde estaba abierto hasta la cintura, sobre una camisa de banlón de deshilachado cuello—. ¿Has venido para el servicio?

—No.

—Tampoco deja entrar a ningún escorpión en el maldito servicio. ¿Para qué mierda organizáis todo eso, eh? —Harrison rió, pero agitó un dedo—. Además, hace frío, sí, frío ahí arriba.

Chico contempló los anchos y estriados nudillos y pensó en grietas en la negra tierra.

—¿De qué tipo de servicio se trata?

—Yo sólo vengo porque ella dice que le gusta que venga, así que, ¿sabes?, vengo algunas veces. —Harrison agitó la cabeza—. Desde Jackson, de allí es de donde... — y algo que Chico no pudo seguir—, ¿entiendes? Aunque no entendió nada, Chico asintió. Luego sintió curiosidad y preguntó:

—¿Qué has dicho?

—En Jackson. ¿Sabes lo que es Jackson?

—Sí, claro.

Pero Harrison estaba riendo de nuevo.

*Se está convirtiendo en un dios*, reflexionó Chico, para ver qué surgía de su tono de pensamiento. El ojo interior de Chico estaba lleno con visiones de June.

Pero George se puso en pie y dejó caer su periódico. Hojas blancas se abrieron y cayeron, una sobre el sofá, varias al suelo.

—Tú eres el que llaman el Chico, ¿no?

Chico se sintió aterrado, y estúpido por no saber de qué.

—Hablan de ti. He oído hablar de ti. He oído lo que dicen. —El dedo se agitó de nuevo—. Tú eres el que no sabe quién es. Lo he oído.

—Nadie por aquí tiene nada que hacer excepto hablar —dijo Chico—. ¿Sabes eso? ¿Sabes lo que pienso sobre eso?

La negra mano descendió hacia el mono. El verde se arrugó.

—¿No te gusta este lugar?

—Sí —dijo Chico—, me gusta... ¿A ti no?

Harrison asintió, con la mejilla llena por su lengua.

—¿Tú siempre andas por Jackson?

La lengua revoloteó por los labios.

—Ando por aquí y por allá.

—¿Sabes si hay gente negra viviendo allí?

—No. Bueno, Paul Fenster...

—Oh, ya.

—Pero no sé dónde vive.

Un silencio.

—Ven en cualquier momento por ahí a visitarme, ¿eh?

—¿Eh? —Chico no estuvo seguro de haber captado ninguna de las últimas palabras envueltas en una voz con una lanilla más larga que el terciopelo.

—He dicho: Ven a verme alguna vez.

—Oh. Sí. Gracias. —Chico estaba desconcertado. Hurgando en aquello, halló dos preguntas acerca de cosas que rimaban con el fluyente embarazo bloqueado. Así que en vez de ello entrecerró los ojos.

—Chico —llamó una voz femenina desde las escaleras, tras él. Luego, con una voz completamente distinta—: George..., ¡hey, aquí, muchachos!

Chico se volvió.

—¡Hey...!

George respondió por encima de él:

—Hey, aquí... —y luego, con una expresión más precisa—: Dime, ¿no es éste tu viejo, eh? El tipo del que he estado oyendo todo eso en el bar... ¡Vamos, dímelo! La última vez que vi a tu vieja dama, muchacho, ¿sabes que le pedí que te trajera a visitarme, eh?

Lanya bajó la escalera; George caminó hacia ella.

—Bueno —dijo Lanya—, no te he vuelto a ver desde el parque.

—Si tengo que invitarte dos veces, supongo que tendré que invitaros dos veces —dijo George, empezando a subir—. Ahora tengo que ir a ver a la Reverenda. Apaños vosotros mismos —George hizo una inclinación de cabeza hacia Chico.

—Hum..., gracias —dijo Chico, devolviéndole el gesto.

—Nos veremos —dijo George.

—Seguro —dijo Lanya. Se cruzaron. La respuesta de George fue un «Oooooooo» con voz de falsete, que se quebró y se convirtió en una risa atronadora. La risa se enroscó en el techo como humo. George montó en ella.

Al final de las escaleras, Lanya dijo:

—¿Dónde has estado? —y parpadeó cuatro o cinco veces más de las que él creyó necesarias en el silencio.

—Yo... No pude encontrarte esta mañana. Te busqué. No pude encontrarte. Ni en la comuna, ni abajo en el bar. ¿Qué ocurrió? ¿Dónde se fue todo el mundo?

Los ojos de ella preguntaron. Sus labios se movieron uno sobre el otro, pero no se abrieron.

—¿Quieres un poco de café? —preguntó él, incómodo; dio la vuelta y se dirigió a la cocina—. Te traeré un poco de café. Está preparado aquí dentro.

En la cafetera, tomó una taza, tiró de la palanca.

—¿Tú también viste a Tak? ¿Cómo supiste que yo estaba aquí? —Burbujas ambarinas brotaron de la espita; el negro líquido humeó—. Toma... —Se volvió, y se sorprendió al descubrir que ella estaba inmediatamente detrás de él.

—Gracias. —Lanya tomó la taza. El vapor trazó volutas delante de sus bajados ojos—. Vi a Tak. —Dio un sorbo—. Dijo que era posible que estuvieras aquí. Y que el señor Newboy te buscaba.

—Acaba de irse. Trajo mi libro. Las galeradas de los poemas. Ya está todo picado.

Ella asintió.

—Cuéntame qué has estado haciendo.

—Ha sido un día más bien curioso. —Se sirvió café para él, decidiendo mientras lo hacía que ya había tomado demasiado—. Realmente curioso. Después *de* que te fuiste, te busqué. Y no pude hallarte por ninguna parte. Me detuve en los servicios del parque para lavarme. Cuando volví al campamento, no pude encontrarte. Y todo el mundo se había ido. —Apoyó una mano en el hombro de ella; Lanya sonrió débilmente—. Esta tarde fui con algunos escorpiones. Fue algo más bien extraño. Uno de los chicos recibió un disparo. Estábamos en el autobús, y él no paraba de sangrar. Y no dejo de preguntarme: ¿Qué van a hacer con él? ¿Adónde van a llevarlo? No hay ningún médico por los alrededores. Todo lo que pudimos hacer fue colocarle un torniquete en el brazo. No pude soportarle. Así que simplemente me bajé del autobús. Y vine aquí. Porque tenía hambre. No había comido nada en todo el día excepto un maldito vaso de vino para desayunar.

—¿Has comido aquí? —Ella miró más allá de sus hombros—. Estupendo.

—¿Qué has hecho tú? —Ella llevaba una blusa blanca, limpia pero sin planchar, que no había visto antes. Mientras caminaba debajo de la bombilla, vio que sus pantalones eran lo bastante nuevos como para que se notara la suciedad—. ¿Conseguiste alguna ropa esta tarde? —La siguió al desnudo auditorio.

—Ayer. Las encontré en un armario del lugar donde estoy ahora.

—Has *estado* atareada, ¿eh? ¿Has encontrado una casa?

—Hará unos tres días.

—Jesús —dijo Chico—, ¿cuándo tuviste tiempo de hacer eso? No creo haberte dejado sola el tiempo suficiente ni para ir al maldito lavabo, y mucho menos para encontrar una casa...

—Chico... —Ella se volvió con la palabra, para inclinarse contra uno de los brazos del sofá. El vacío anfiteatro les devolvió los ecos—. Chico —dijo en voz más baja—, ¡no te he visto en *cinco* días!

—¿Eh? —El talón apoyado en el suelo y el talón dentro de su bota hormiguearon. El hormigueo ascendió por sus piernas, se difundió por sus muslos—. ¿Qué quieres

decir?

—¿Qué quieres decir con qué quiero decir? —Ella habló torpemente, su voz quebrándose en tres tonos distintos—. ¿Dónde has *estado*? —La torpeza se alejó de su voz, dejando solamente un tono dolido—. ¿Por qué te fuiste? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

Pequeñas cosas ascendieron clavando sus pequeñas garras en sus nalgas, subieron costilla a costilla, se percharon sobre su hombro para mordisquear su cuello. Líneas de transpiración se enfriaron bruscamente.

—Estás burlándote de mí, ¿verdad? Como con las lunas.

Ella pareció desconcertada.

—La noche en que aparecieron por primera vez las lunas, y más tarde hablamos de ellas; tú fingiste que sólo había habido una, y que yo había estado viendo cosas raras. ¿Te estás burlando ahora igual que entonces?

—¡No! —Ella sacudió la cabeza, la detuvo en mitad de una sacudida—. Oh, no...

Él notó que sus mejillas era como un alfiletero.

—Chico, ¿qué *ocurrió* desde la última vez que me viste?

—Despertamos, y nos hallamos con esos hijos *de puta* de pie a nuestro alrededor, ¿correcto?

Ella asintió.

—Luego tú te fuiste, y yo..., bueno, fui un poco de un lado para otro por un rato, y luego bajé a los servicios públicos a lavarme. Imagino que me tomó bastante tiempo, hubiera debido apresurarme... Pero estaba ese chico allí, Pimienta, un escorpión. —El hormigueo había abandonado sus pies: ahora sentía como si estuvieran derramando agua fría sobre él. Le llegaba hasta la altura de las rodillas—. Pimienta y yo fuimos al campamento, sólo que había sido abandonado.

—John y Milly no trasladaron la comuna hasta el día después de que te viera por última vez; pensaron que sería más seguro.

—Entonces fuimos a Teddy's para buscarte. Sólo que aún no estaba abierto. Y tomé un montón de vino con Bunny..., ya sabes, el tipo que baila allí. Le di un mensaje para ti.

Ella asintió.

—Sí, me lo dio..., ¡anteayer!

—No —dijo él—. Porque yo se lo di a él esta mañana. —El agua alcanzó sus ingles, rodeó su escroto; el escroto se encogió—. Luego salí, y terminé en ese almacén del centro. Allí es donde encontré a los otros tipos, y entramos en el lugar. Había gente viviendo ahí dentro. Salimos. Pero le dispararon a uno de los tipos. ¡Conseguimos salir de allí en el maldito autobús que por fortuna llegó en aquel momento!

—¡Eso ocurrió hace *dos* noches, Chico! Algunos de los escorpiones vinieron al

bar, y querían saber si alguien sabía dónde podían conseguir un médico. Madame Brown fue con ellos, pero volvió en menos de diez minutos. Todo el mundo hablaba de ello ayer.

—¡Estaba sangrando y gimiendo en el suelo del autobús! —El agua rugió en torno al pecho de Chico, luego cubrió la columna de su cuello, cayó como una fuente dentro de su cabeza—. Salí del autobús, y vine... —Se atragantó con el líquido, y por un momento pensó que iba a ahogarse— ...y vine aquí. —El agua alcanzó sus ojos (y la lámpara portátil se convirtió en pequeñas agujas de luz); la apartó con la mano, antes de que más de ella cayera sobre su rostro, ya no fría sino caliente.

Siguió frotándose los ojos con una mano.

Algo quemó los nudillos de la otra: había derramado el café.

Alzó la taza y sorbió el amargo líquido de su piel.

—¡Oh, trae eso! —Ella le cogió la taza y colocó las dos sobre el brazo del sofá—. ¡No te estoy engañando!

Su mano, perdida sin nada que sujetar, colgó como algo arrancado de raíz y sin embargo lleno aún de terrones de tierra.

Lanya la tomó, apretó los nudillos contra su boca.

—No estoy bromeando, en absoluto. Esa mañana en el parque, cuando Pesadilla nos despertó, fue hace cinco días. ¡Y no te he visto desde entonces!

Él se sintió tremendamente calmado ante su contacto, y siguió intentando determinar si el silencio submarino que lo llenaba ocultaba ira o alivio.

—Mira, dijiste que el señor Newboy estuvo aquí con las galeradas. No puedes componer todo un libro en una noche, ¿no?

—Oh...

—Cuando estábamos todos hablando de ti, la otra noche en el bar, vino buscándote con ellas.

—¿Estabais hablando de mí? —Deseó apartar su mano, pero se sintió azarado.

—De ti y de los escorpiones. Decían que le salvaste la vida a alguien.

—¿Eh?

Ella tomó ahora su otra mano; el gesto familiar no consiguió más que hacerle sentir más incómodo.

El agravio entre los pequeños rasgos de ella y los suyos creó algo feo entre ellos. Para disiparlo, alzó las manos y la atrajo hacia sí. Ella se apoyó contra él con los brazos cruzados sobre su estómago, y él notó una cosa dura en uno de sus pechos..., su armónica. Ella apoyó la cabeza contra su pecho.

—Oh, por el amor de Dios —susurró.

—¡Yo tampoco estoy bromeando contigo! —Notó que su voz no sonaba tan desesperada como realmente se sentía—. Te vi esta mañana. Yo... creo que te vi esta mañana.



—Has estado corriendo con los escorpiones durante toda la semana. Todo el mundo piensa que eres una especie de héroe o algo así.

—¿Qué piensas tú?

El pelo de ella se agitó con los movimientos de su mandíbula.

—Mierda. Eso es lo que pensé: «Mierda». Tú quieres ir en esa dirección. Estupendo. Pero no siento deseos de verme mezclada con algo así. Realmente no.

—Esta tarde —dijo él—. Quiero decir que los encontré por accidente. Y no salvé la vida de nadie. Fue simplemente...

—Mírate —dijo ella, sin apartarse—. Vas vestido como ellos; llevas las mismas cadenas que ellos. Quiero decir: adelante; si eso es lo que deseas, adelante. Pero no es lo mío. No puedo seguirte en eso.

—Sí, pero... Hey, mira. Dices que has conseguido una casa, ¿no? ¿Dónde estás ahora?

—¿Te importaría si no te lo digo? —murmuró ella en voz baja. Pero abrió los brazos y los pasó en torno a él—. ¿Sólo por un tiempo? —El borde de la armónica se clavaba en su pecho.

Se preguntó si ella podría captar la ira dentro de él, pulsante bajo sus manos.

—Yo te vi esta mañana —dijo.

Ella se echó hacia atrás, con toda su ira en su rostro.

—¡Mira! —clavó los puños en sus caderas—. No me importa si me estás mintiendo por alguna loca razón, pero no quiero tener nada que ver con ello, ¿entiendes? La noche antes de verte por última vez, perdiste tres horas. Ahora has perdido cinco días. Quizás estés realmente loco. ¡Quizá me convenga no tener nada que ver contigo! Eso es completamente irracional, ¿no? ¡No te he visto en cinco días y, Cristo, me siento furiosa contra ti!

—Entonces, ¿por qué diablos me estabas buscando? —Se volvió y echó a andar por el auditorio, con una gran burbuja a punto de estallar debajo de sus costillas.

Junto al piano, se dio cuenta de que Harrison debía haber abierto las cortinas del bajo escenario. El telón de fondo —y había pies para focos y cámaras fotográficas— mostraba una luna pintada, de unos dos metros de diámetro, y siluetas de árboles a su alrededor.

Se volvió junto al telón, sorprendido de nuevo de encontrarla inmediatamente detrás de él.

—¿Por qué has venido?

—Porque ésta es la primera vez que he sabido dónde estabas. No *sabía*... —jadeó—. No sabía si estabas bien. No volviste. Pensé que quizá estuvieras irritado conmigo por algo. Siempre acostumbrabas a volver. Y de pronto, durante todo este tiempo, en vez de a ti, todo lo que conseguía era lo que la gente iba diciendo de ti. Tú y los escorpiones, tú y los escorpiones. —Algo brotó en sus ojos. Cerró los párpados en la

penumbra—. Mira, hasta ahora no hemos tenido una de estas relaciones de «te-seguiré-donde-tú-vayas». Todavía no he decidido si es ahí a donde quiero llegar. Y simplemente me puse un poco nerviosa cuando me descubrí a mí misma pensando que podía. Eso es todo.

—Una semana. —Sintió que su rostro se contraía—. ¿Qué demonios puedo haber hecho durante... cinco días? ¿Cuándo...? —tendió las manos hacia ella.

El rostro de ella se aplastó contra el suyo, mordiendo su boca, pero ella empujó su lengua contra la de él, y estaba sujetándole fuertemente por la nuca. Intentó apretarla más contra sí, apoyado contra el escenario.

Soltó una mano para hurgar entre ellos, hasta que pudo extraer la armónica del bolsillo de la blusa de ella. El instrumento resonó en el escenario, detrás de ellos.

—Nunca le harás daño a nadie —dijo ella—. Nunca me harás daño a mí. Lo sé. Nunca lo harás.

La histeria con la que ella le hizo el amor en aquel oscuro escenario fue primero furiosa, luego extraña (preguntándose si en cualquier momento iba a entrar alguien, y excitada ante la idea); permaneció tendido de espaldas mientras ella se agitaba encima de él. Pero los sonidos que estaba emitiendo ella y que él pensó que era llanto se definieron en risa. Sus nalgas llenaron sus manos, y las hundió entre ellas.

Ella se alzó demasiado, y dejó expuesta su erección al frío. Mientras acudía de nuevo en su busca, él la hizo girar de costado. Con las piernas enredadas en un rollo de dril, se arrastró hacia abajo, hasta los sudados faldones de su blusa, y empujó su lengua a través del salobre vello. Ella alzó una rodilla para facilitarle la operación. Después que ella alcanzara el orgasmo (mientras tanto había conseguido liberar un pie de sus pantalones), la montó, empujó su pene dentro de ella, bajó su vientre contra el vientre de ella, su pecho contra el pecho de ella, su húmedo rostro contra el arrugado hombro de la blusa de ella, e inició los largos golpes finales, mientras los brazos de ella se apretaban contra su espalda.

El orgasmo ardió en sus ingles (recordó el derramado café) y le dejó exhausto y aún ardiendo (recordó cómo se sentía después de masturbarse cuando todo había empezado con una meada), y el agotamiento venció. Lagos de sudor se enfriaban en todo su cuerpo. Ella asintió en el hueco de su hombro, donde él sabía que su brazo se iba a quedar muy pronto dormido, pero no sentía deseos de hacer nada al respecto. Deslizó la mano hacia abajo sobre su propio pecho, hasta que sus dedos agarraron la cadena transversal, al lado de formas angulares.

¿Voces del tiempo en competencia? ¿Quién desea oír a jorobados y porfiados espásticos? Ni siquiera aunque no hubiera otros en concierto. No deberíamos estar tendidos aquí, enfriándonos, medio desnudos, medio dormidos. Una buena razón para hacerlo. Todavía me siento furioso contra ella. Todavía estoy furioso. ¿Lo estaría ella si yo eligiera a los escorpiones por razones simplemente negativas? ¿Han sido los

escorpiones un entorno para mí? No: es mejor aceptar lo inevitable con energía. Bien, entonces, si hasta ahora no he elegido, ahora elijo. Eso es la libertad. Una vez haya elegido, soy libre. En algún lugar de mi memoria hay una luna que arroja una extraña luz. Es más seguro aquí...

Despertó: ocurrió en aquel espacio entre las tablas, con el contacto de pestaña contra pestaña, el peso de su flácido puño contra su propia pelvis y las tablas apretando sus nalgas.

Ella se ha ido, pensó, con su armónica, para sentarse en el sofá y tocar. Escuchó, en busca de la música al otro lado del auditorio.

Pero no puedes crear esa discordancia en una armónica.

Abrió los ojos y rodó de costado (el proyector sin pila resonó contra el suelo al extremo de la tintineante cadena) y frunció el ceño.

El sonido era mucho más lejano de lo que había creído; y era música de órgano.

¿Ella se ha ido...?

Chico se puso en pie y tiró hacia arriba de sus pantalones a lo largo de una de sus piernas.

La armónica no estaba sobre el escenario, allá donde la había tirado.

Metió el pie en la otra pernera, consciente de las ronchas de sudor. Tomó su chaqueta, su orquídea, y caminó hacia el borde del escenario. Pie calzado y pie descalzo fueron dejando sus huellas alternas en el polvo.

Su bloc de notas tampoco estaba junto al sillón.

En el centro de la estancia, se detuvo para tragar algo que llenaba su garganta. El sonido que lo acompañó fue casi un sollozo.

Arriba, el órgano seguía sonando. Y había voces, murmurando y gruñendo y disminuyendo. Era una estupidez pensar que ella estuviera arriba. Metió la orquídea en su cinturón y se ajustó la chaqueta mientras subía los escalones.

Una docena de hombres y mujeres negros se estaban dirigiendo de la capilla al vestíbulo, del vestíbulo a la calle. Dos mujeres que caminaban juntas le miraron con curiosidad. Un hombre con un sombrero de ala estrecha le sonrió y desapareció. Otros parecían menos amistosos. Las voces giraban y se mezclaban como humo, o eran salpicadas por risas que se fundían con la siguiente docena que pasaba junto a la cerrada oficina.

—Un servicio encantador, ¿no crees...?

—Ella va a volver a hablar del mismo tema la próxima vez, lo sé, porque yo...

—¿No crees que fue un servicio encantador...?

Echó a andar entre ellos para irse. Alguien golpeó dos veces su talón desnudo, pero lo achacó a un accidente y no miró. Fuera, el anochecer era de un color gris púrpura; el humo difuminaba las fachadas al otro lado de la calle.

Sólo algunas personas blancas cruzaban el trapezoide de luz al otro lado de la

acera. Una mujer con un pañuelo de flores atado en torno a su cabeza siguió a un hombre más viejo, hablando ansiosamente con su compañero negro; y un tipo robusto, rubio, con una camisa sin cuello que parecía como si estuviera hecha con una manta del ejército, se plantó delante de la puerta, mientras rostros muy tostados y más oscuros pasaban aún a su alrededor. Entonces una muchacha flaca, con sus bronceadas mejillas llenas de pecas y el pelo color rojo ladrillo, se le acercó. Se susurraron algo, echaron a andar hacia la oscuridad.

Chico aguardó junto a la puerta, observando a los feligreses, escuchando la cinta. La gente se alejaba. Algunas voces colgaron en el aire unos momentos, hasta que sus propietarios siguieron a sus sombras en dirección a la noche. La menguante multitud le hizo sentirse perdido. Quizá debiera volver para decirle a la Reverenda Taylor que se iba.

Con los remaches brillando en la ajada piel, las sombras deslizándose en su colgante y rubio estómago, la gorra echada hacia atrás dejando ver mechones dorados, Tak Loufer salió de la iglesia, miró a Chico con una sola chispa de luz en un ojo en sombras y dijo:

—Hey, ¿todavía sigues por aquí? Envió a dos personas a buscarte. Pero creí que a estas alturas ya te habrías marchado.

—¿PARA qué *has venido* aquí?

Tak alzó un rollo de papel.

—Para completar mi colección de pósters. Llevas un tiempo lejos de nosotros. Estábamos preocupados por ti.

—¡Mierda! —brotó del residuo de irritación—. ¿Quizá deseabas volver a chupármela un poco? Adelante. Está toda sucia de jugos de coño. A ti te gusta, ¿no?

—¿Coño negro?

—¿Eh?

—¿Has estado jodiendo con una chica de color? ¿Y con la gono?

—¿De qué estás hablando?

—Si no era carne negra y un poco pasada, no estoy interesado. Desde que te tuve la última vez, muchacho, he descendido a niveles de perversión en los que jamás has pensado. De todos modos, ¿qué te ocurre? ¿Vuelves a estar descentrado? ¿Por qué no subes conmigo y me lo cuentas mientras me emborracho?

—Oh, mierda... —Sin desearlo, Chico se metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza en el gredoso hedor nocturno; caminaron juntos hacia el bordillo.

—¿Te encontró tu amiga?

Chico gruñó.

—¿Os peleasteis o algo así? Las últimas veces que hablé con ella tuve la impresión de que estaba abierta para cualquiera que se presentase.

—Quizá sí nos peleáramos —dijo Chico—. No lo sé.

—Oh, ¿una de ésas?

—Ella dijo que me viste bajar de un autobús.

—Sí. Hace poco, esta misma tarde. Yo estaba en la esquina. Iba a llamarte, pero te diste la vuelta antes de que pudiera hacerlo y te encaminaste hacia aquí.

—Oh.

Una luz se agitó en una ventana.

Fuego, pensó Chico. La oscilante luz le puso nervioso. Intentó imaginar toda la manzana, la iglesia y los edificios que la rodeaban, en medio de la conflagración.

—Creo que vive alguien ahí —dijo Tak—. Sólo son velas. —Bajaron de la acera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Chico cuando subieron a otra—. Quiero decir, Tak, ¿qué es este lugar? ¿Qué ocurrió aquí? ¿Cómo llegó a ser lo que es?

—Una buena pregunta —respondió Tak sobre sus taconeantes botas—. Muy

buena, sí. Durante un tiempo, pensé que se trataba de espías internacionales..., quiero decir, quizá la ciudad no fuera más que un experimento, una especie de plan de prueba para destruir todo el país. Quizás el mundo.

—¿Crees que se trata de algo *así*?

—No. Pero es un consuelo considerar todo esto como el resultado de *algo* organizado. Por otra parte, puede que sólo sea otra catástrofe ecológica. Quizás alguien anegó nuestro pantano por error.

—¿Qué pantano?

—Junto a cada gran ciudad siempre hay alguna especie de gran pantano, normalmente de la misma extensión. Mantiene retenida la bruma, proporciona la mayor parte del oxígeno y hace media docena de otras cosas absolutamente esenciales. Nueva York tiene las Jersey Flats, San Francisco el borde de Oakland de la Bahía. Anega el pantano, y la bruma subirá, el problema de las aguas fecales escapará de las manos y la ciudad se volverá inhabitable. No hay forma de evitarlo. Creo que es justo decir que la mayor parte de la gente la considerará inhabitable.

Chico olisqueó.

—Realmente, tenemos bastante bruma. —Las hojas en su cinturón cosquillearon el vello de la parte interna de su antebrazo. La cadena que le envolvía había bajado un poco, y ahora se tensaba en la parte de atrás de su cadera izquierda a cada paso. Metió la mano dentro de su chaqueta y tiró de ella con el pulgar—. ¿Crees que es eso lo que le ha ocurrido a Bellona? —Algún día moriré, pensó de forma irrelevante: muerte y alcachofas. La pesadez inundó sus costillas; se frotó el pecho en busca de los tranquilizadores golpes sistólicos y diastólicos. No era que creyera realmente que podía pararse, pensó: sólo que aún no lo había hecho. A veces (pensó), desearía no sentirlo. (Algún día, se parará.)

—En realidad —estaba diciendo Tak—, sospecho que todo el asunto es cosa de ciencia ficción.

—¿Eh? ¿Quieres decir un bucle temporal o un universo paralelo?

—No, sólo..., bueno, ciencia ficción. Sólo que real. Sigue todas sus reglas.

—¿Naves espaciales, pistolas de rayos, ir más rápidos que la luz? Acostumbraba a leer ciencia ficción, pero no he visto nada de eso a mi alrededor.

—Apuesto a que no has leído lo último que se está escribiendo. Déjame ver: Las Tres Reglas de la ciencia ficción. —Tak se secó la frente con su manga de piel. (Chico pensó, estúpidamente: se está puliendo el cerebro)—. Primera: un solo hombre puede cambiar el curso de todo un mundo: mira a Calkins, mira a George, ¡mírate a ti mismo! Segunda: La única medida de la inteligencia o del genio es la aplicación lineal y práctica: en un entorno como éste, ¿qué otro tipo podemos permitir que nos visite? Tercera: el universo es un lugar esencialmente hospitalario, lleno de planetas de tipo terrestre donde puede uno estrellar su astronave y sobrevivir

el tiempo suficiente para tener una auténtica aventura. Aquí en Bellona...

—Quizá sea por eso que ya no leo más ciencia ficción —dijo Chico. Ya había tenido toda su cuota de crítica con Newboy; el ruido ya no era comfortable—. ¿No había una farola que funcionaba en esta manzana?

Tak siguió imperturbable con el final de su frase:

—... en Bellona puedes tener todo lo que quieras, siempre que puedas cargar tú mismo con ello o conseguir que lo hagan tus amigos por ti.

—Es curioso que tan poca gente tenga tanto.

—Un comentario sobre la insuficiencia de nuestras imaginaciones..., ninguna de las maravillas de aquí valen tanto como eso. No..., es un comentario sobre los límites de la mente en particular lo que alienta la ciudad. ¿Quién desea ser tan solitario como puede convertirle la adquisición de todos esos objetos? La mayor parte de la gente de aquí ha pasado la mayor parte de su tiempo en algún otro lugar. Puedes aprender algo de eso.

—Tú has conseguido más que prácticamente nadie que conozca —dijo Chico.

—Entonces conoces a muy poca gente.

—Excepto el señor Calkins. —Chico pensó en los Richards—. Y no le conozco. —Pero Tak había visto al señor Newboy antes. Tak debía saber que su libro estaba siendo impreso.

—Hay un amplio abanico entre los dos —dijo Tak—. Has limitado tus conocidos a la gente que no desea demasiado. Supongo que, esencialmente, es una elección religiosa. Considerándolo todo, diría que es una elección juiciosa. *Hay* un millar de personas, quizás, en la ciudad.

—Conocí a una familia que...

—Hay muchas otras. Y la mayoría de ellas, como no deja de recordarnos Paul Fenster, son negras.

—George Harrison me dijo hace poco que tenía que ir a visitarle en Jackson.

Tak golpeó la oscuridad con su póster.

—¡Ajá! Aquí está el meollo del asunto. Paul te lo dirá, pero George te lo mostrará, si le das la mitad de una oportunidad. —Loufer suspiró—. Me temo que sigo siendo básicamente un tipo verbal. Me lo han dicho muchas veces.

—Y te gustan los pósters.

—Y leo libros. Preferiblemente ciencia ficción. Pero como he dicho, Bellona es terriblemente hospitalaria. Puedes tener tu fantasía y..., bien, además de engullirla a bocados, puedes tener también la sensación de que, en una cierta medida, no estás privándole a nadie de la suya. Ya estamos de nuevo en casa.

Chico miró a su alrededor, con torpes pulgares de oscuridad sobre sus ojos.

—¿De veras? Tak, ¿no *había* una farola encendida en un extremo de tu manzana?

—Se apagó hace unos días. Así de simple. Vigila los escalones. Hay todo tipo de

basura por aquí.

Parte de ella rodó bajo la flexible suela de cuero de Chico. La suave oscuridad se volvió dura. El eco del sonido de sus respiraciones y sus pasos cambió de timbre.

Cruzaron el vestíbulo, bajaron unas escaleras, volvieron a subir.

—La primera vez que subiste —rió Tak—, te hice aparcar tus armas en la entrada. Muchacho, no sé cómo alguna gente puede conmigo.

La puerta del tejado se abrió a una distante luz color carne.

Donde las calles habían sido absolutamente negras, el tejado estaba espolvoreado por una luz nocturna.

Como dos jeroglíficos gigantes, sobreimpresos y fuera de registro, los cables de suspensión del puente se alzaban hasta dos vértices gemelos, luego se hundían en el humo. A no más de una hilera de edificios de distancia, el agua nocturna recogía el resplandor de las dos farolas y los rojizos y oscilantes fuegos.

—Hey, está tan cerca...

Ante él, por encima de la ciudad, las formas se desenroscaban sobre el agua. No podía ver la otra orilla. Lo que estaba contemplando podía ser incluso un mar, excepto por el puente... Encima, algunos jirones de cielo parecían desgarrarse, aunque su claridad no quedaba confirmada por las estrellas.

—¿Cómo es que está tan cerca? —Se apartó de la pared, mientras la luz del cobertizo se encendía.

Tak había pasado ya dentro.

Chico contempló los almacenes junto al río, el agua que se extendía más allá. Una brusca e insistente alegría retorció los músculos de su boca hacia la risa. Pero contuvo el sonido en medio de cortos jadeos. Lo que se henchía dentro de él estaba hecho de luz. Estalló —parpadeó, y la parte interna de sus párpados era cegadora— y dejó que una gran oleada de confianza le lavara por dentro. No era que *confiara* en aquella confianza ni por un momento, pensó, sonriendo. Pero estaba ahí, y era agradable. Entró en el cobertizo.

—Esta noche... es tan clara.

Una solitaria mota de tristeza brilló en los pliegues aterciopelados de la agradable sensación.

—La última vez que estuve aquí arriba, Lanya estaba conmigo.

Tak se limitó a gruñir y se volvió de su escritorio.

—Toma un poco de coñac. —Pero sonrió.

Chico aceptó el vaso y se sentó sobre la dura cama. Tak desenrolló el póster. George Harrison como la luna.

—Ahora tienes los tres. —Chico dio un sorbo, con los hombros hundidos.

George vestido de motorista estaba aún encima de la puerta.

George en el bosque había reemplazado al chico germano.



Tak arrastró su silla hasta la pared y se subió al acolchado verde. Despegó, esquina tras esquina, el «Chico español sobre las rocas».

—¿Me pasas la grapadora?

El primer póster cayó blandamente al suelo.

*Cha-clac, cha-clac, cha-clac, cha-clac*, la nueva luna lo reemplazó.

Chico se sentó de nuevo y contempló los tres aspectos de George por encima del borde de su vaso mientras Tak bajaba de la silla.

—Yo... —la voz de Chico sonó hueca e hizo que algo hormigueara en lo más profundo de su oído, de modo que sonrió—. ¿Sabes?, perdí cinco días. —Deslizó sus dedos en torno al vaso hasta que se encontraron al otro lado.

—¿Dónde? —Tak dejó la grapadora, tomó la botella y se reclinó contra el escritorio, las manos sujetando el verde cuello; la base dejó una marca de suciedad sobre su estómago—. O quizá sea mejor preguntarte si sabes cómo los has perdido.

—No lo sé.

—Sin embargo, pareces bastante complacido con ello.

Chico gruñó.

—Un día, ahora, toma casi tanto tiempo como acostumbraba a tomarlo una hora cuando yo tenía trece o catorce años.

—Y un año toma casi tanto como un mes. Oh, sí, estoy familiarizado con el fenómeno.

—La mayor parte del tiempo de mi vida lo he pasado tendiéndome por ahí, preparándome para quedarme dormido.

—Eso lo mencioné yo antes, pero no soy consciente de haberlo hecho.

—Quizá, de alguna manera, durante los últimos días me haya hundido simplemente en la zona del sueño. Además, la luz apenas cambia aquí de la mañana a la noche.

—¿Quieres decir que los *últimos* cinco días son los que no puedes recordar?

—Sí. Pero tengo que haberlos pasado despierto. Lanya... dijo que todo el mundo estaba hablando de ello.

—No todo el mundo. Pero bastante gente, supongo.

—¿Qué era lo que decían?

—Si has perdido esos días, no veo por qué te sientes interesado en ellos.

—Simplemente me gustaría saber qué he estado haciendo.

El coñac chapoteó dentro de la botella ante la risa de Tak.

—Quizás hayas estado negociando los últimos cinco días a cambio de tu nombre. Rápido, dime: ¿quién eres?

—No. —Chico hundió más los hombros. La sensación de que se estaban burlando de él se agitó como una insegura pelota en algún inclinado alero, rodó dentro de la bolsa de terciopelo—. Tampoco sé eso.

—Oh. —Tak bebió directamente de la botella, la volvió a apoyar contra su estómago—. Bueno, creo que valió la pena intentarlo. Sospecho que no es algo sobre lo que valga la pena insistir. —El coñac osciló—. ¿Qué has estado haciendo durante la última semana? Déjame ver.

—Sé que estuve con los escorpiones... Conocí a ese tipo llamado Pimienta. Y eso me llevó a esos almacenes en los que pretendían entrar..., para saquear, supongo.

—Hasta ahora estoy contigo. Se dice que hubo tiros ahí dentro. Se dice que salvaste a un tipo de que le dispararan con una escopeta, así, con las manos desnudas. Se dice que clavaste un espejo en la cabeza de otro tipo que se puso a malas contigo...

—En la barbilla.

—Eso es. El propio Jetadecobre me lo contó. Y luego, cuando otro tipo llamado Siam recibió un tiro...

—¿Ése era su nombre?

—... cuando Siam recibió un tiro, tú lo sacaste de la calle y lo metiste en el autobús.

—Y tú me viste bajar de este mismo autobús hace poco, esta misma tarde.

—Jetadecobre me habló de todo ello hace un par de días.

—Sólo que para mí ocurrió esta tarde. ¡Maldita sea! —Avergonzado, miró su manos y parpadeó—. ¿Eso es todo lo que dijeron que había ocurrido? Quiero decir, ¿no hay nada más?

—Me parece que es suficiente.

—¿Qué le ocurrió a Siam?

Tak se encogió de hombros. El coñac chapoteó.

—Recuerdo que alguien del bar fue a verle.

—¿Madame Brown?

—Sí, creo que fue ella. Pero no he vuelto a saber nada más de él. Para alguien que no recuerda dónde ha estado, parece saber tanto sobre ello como yo. —Tak adelantó una mano, arrastró la silla hacia el escritorio, pero se detuvo para dar un último trago—. ¿Recuerdas todas las cosas que te he dicho como realmente ocurridas?

Chico asintió a su regazo.

—Entonces simplemente he perdido el tiempo. Quiero decir, he perdido unos días..., pensé que era jueves cuando en realidad era viernes.

—Lo que todos pensamos fue que nos habías abandonado para convertirte en un escorpión de cuerpo entero. Eso me dejó helado. Y tu aspecto es como si realmente hubiera ocurrido eso. Llevas tus luces y todo lo demás.

Chico enfocó su mirada en la esfera cristalina que colgaba sobre su estómago.

—No funciona. Necesita una nueva pila.

—Espera un segundo. —Tak abrió un cajón de su escritorio—. Aquí tienes. —Se

la tiró.

Chico la cogió con ambas manos: un haz de rayos sobre rojo y azul.

—Ya me la devolverás algún día.

—Gracias. —Deseando decir algo más, se metió la pila en el bolsillo, notando que la tela estaba lo suficientemente deshilachada como para que sintiera la carne a través de ella en la costura del fondo—. Tak, ¿crees saber realmente lo que le ha ocurrido a la ciudad?

—¿Yo?

—Me has estado contando cómo sigue todas esas reglas...

Tak se echó a reír y se secó la boca con la muñeca.

—No, yo no. Yo no comprendo nada de eso. Soy un maldito ingeniero. Tomo una clavija; la meto en un enchufe; y funciona. La pongo en otro; y no funciona. Entro en un edificio de oficinas y un ascensor funciona, y sólo las luces del piso de arriba. Eso es imposible, por todo lo que sé. Bajo a una calle: los edificios están ardiendo. Bajo a la misma calle al día siguiente. Siguen ardiendo. Dos semanas más tarde, bajo a la misma calle y no parece que nada hubiera ardido nunca. Quizás aquí simplemente el tiempo esté corriendo al revés. O de lado. Pero eso también es imposible. Hago mis incursiones en los almacenes, o en algunas tiendas, y a veces puedo entrar, y a veces no, y a veces tengo problemas, y a veces no, y a veces llevo mis bolsas a una tienda y limpio toda una estantería de alimentos enlatados, y vuelvo de nuevo a la misma tienda una semana más tarde, quiero decir que supongo que es la misma maldita tienda, y esa estantería vuelve a estar llena como la primera vez que la vi. Para mí, eso es imposible.

—A veces el amanecer empieza por aquí —dijo Chico—, y a veces empieza por allá.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Tú lo hiciste. El primer día que llegué aquí.

—Oh. —Tak alzó la botella—. Oh, sí. Eso es cierto. Tienes una memoria muy buena para algunas cosas.

—Recuerdo montones de cosas: algunas de ellas de una forma tan aguda que... a veces duelen. Toda esta bruma, todo este humo..., en ocasiones es tan denso que ni siquiera puedes ver lo que tienes delante de tus ojos. Y otras veces, en cambio —alzó la vista de nuevo, y observó el nerviosismo de Tak—, simplemente no está ahí. —Chico se echó a reír, lo cual hizo que Loufer mordiera con más fuerza lo que fuera que tenía dentro de la boca—. ¿Por qué sigues en Bellona, Tak?

—He sabido que tu amigo Ernest Newboy se marcha mañana. No lo sé. ¿Por qué sigues tú?

—No lo sé.

—Quiero decir, teniendo en cuenta por lo que has pasado, quizá Bellona no sea el

mejor lugar para ti. —Tak se inclinó hacia delante y tendió la botella.

—Oh —dijo Chico—. Gracias. —Alzó su vaso; Tak lo llenó.

—Estabas hablando de la primera noche que te conocí. ¿Recuerdas que te pregunté por qué habías venido aquí, y tú me dijiste que tenías un propósito para venir?

—Eso es cierto.

—Dime cuál era.

Y en una ocasión, en Dakota del Sur, había dejado caer un cuarto de dólar en un estanque que resultó ser mucho más profundo de lo que había imaginado. Había contemplado la moneda girar sobre sí misma y enturbiarse y desaparecer más allá del borde de las hojas. Ahora un pensamiento se desvaneció de su mente, y el recuerdo del perdido cuarto de dólar fue todo lo que le quedó para describir el desvanecimiento.

—Yo... ¡no lo sé! —Chico se echó a reír y pensó en todas las demás cosas que podía haber hecho; reír parecía la mejor—. ¡No... lo recuerdo! Sí, sé que tuve una razón para venir aquí. ¡Pero que me condene Dios si puedo decir cuál era! —Se echó hacia atrás, luego hacia delante, llevó a su boca el coñac que estaba a punto de derramarse del vaso y tragó—. Realmente no puedo. Debió ser... —Miró al techo, conteniendo el aliento en busca del recuerdo—. No puedo recordar... ¡No puedo recordar eso tampoco!

Tak estaba sonriendo.

—¿Sabes?, la tenía conmigo; la razón, quiero decir. —Chico agitó las manos—. La llevaba conmigo, en la parte posterior de mi cabeza, ¿sabes? ¿Como en un estante de atrás? Y luego fui a buscarla para traerla hacia delante, sólo que al parecer le di un golpe y cayó. La vi caer y desaparecer. Estoy buscándola por toda mi mente, pero no puedo... encontrarla. —Dejó de reír el tiempo suficiente para sentir la irritación que había empezado a crecer en él—. Bellona no es un mal lugar para mí —afirmó razonablemente, sonriendo; pero la irritación persistió—. Quiero decir, tengo una chica; he conocido a todo tipo de personas, algunas realmente encantadoras...

—¿Y algunas no tanto?

—Bueno, ya sabes. Y he conseguido que me publiquen un libro, *Orquídeas de cobre*. Mis poemas, ¿sabes?; ¡los he terminado! Ya tienen las galeradas.

Tak seguía sonriendo y asintiendo.

—Y tú dices que la gente habla de mí como si hubiera hecho algo realmente grande. ¿Irme? ¿Crees que no voy a volverme loco en alguna otra ciudad? Allí puede que no disponga de todos estos extras. —Chico dejó el vaso, puñeó el aire, y se reclinó contra la pared—. ¿Me gusta... aquí? No. Deseo ver un poco de sol. A veces desearía alzar las manos y desgarrar todo este cielo. Parece como el cartón con el que hacen las hueveras, ¿sabes? Simplemente arrancarlo, en grandes y aleteantes trozos.

Me pregunto adónde fue Lanya. —Frunció el ceño—. ¿Sabes?, quizá ya no tenga ninguna chica. Y he terminado ya con el libro; quiero decir que ya está escrito y en letra de imprenta; y no deseo seguir escribiendo. —Hizo girar su puño, con el dedo índice extendido—. Y aunque digan que soy un héroe, en realidad no hice nada. —Miró a los pósters: sólo fotos, aunque no pudo dejar de pensar que abrían resonancias burlonas y perturbadoras; apartó la vista—. Pero hay algo que aún no ha terminado... aquí. No. —La negativa le hizo sonreír—. Soy yo. Al menos, parte de ello tiene que ver conmigo. O quizá George. O June... Casi *parecería* como si todo hubiera terminado, ¿no? Y que quizá sea el momento de irse. Pero hay algo que me hace saber que no debo hacerlo. Porque no hay distracciones. Puedo mirar dentro y ver. No hay mucho que no sepa. —La risa llenó su boca, pero cuando la dejó salir, fue sólo el aliento de una sonrisa—. Hey, ¿quieres que jodamos un poco? Quiero decir..., si quieres, yo también quiero.

Tak frunció el ceño, echó la cabeza hacia un lado. Pero antes de que pudiera hablar, su áspera risa resonó:

—*¡Eres un descarado bastardo!*

—No me refiero sólo a chupármela. He hecho el amor contigo. Lo he hecho también otras veces, con hombres.

—Nunca lo dudé ni un minuto. —Tak rió de nuevo—. Y no, no deseo chupártela, con cono antes o no. ¿De dónde sacaste esa idea?

Pero algo en su interior se había soltado. Chico bostezó ostentadamente y explicó, con el final de su bostezo ahogando sus palabras:

—Lanya dijo que tenía que irme de nuevo a la cama contigo; ella creía que te gustaría.

—¿Sigue creyéndolo ahora?

—Pero yo le dije que tú sólo estabas interesado en el primer bocado. —Miró a Loufer, y de pronto se dio cuenta de que detrás de la rubia jocosidad había azaramiento, así que se miró de nuevo las piernas—. Creí que sería... —*bueno* fue ahogado por otro bostezo.

—Oh, mira. ¿Por qué no te echas un poco y simplemente duermes? Lo que quiero hacer es darme otros tres latigazos de coñac y leer algún maldito libro o algo así.

—De acuerdo. —Chico se echó boca abajo en el camastro, y se agitó un poco hasta que cadenas y prismas y proyectores dejaron de morder su pecho.

Tak sacudió la cabeza, hizo girar su silla, y buscó algo en el segundo estante encima del escritorio. Un libro cayó. Tak suspiró.

Chico sonrió y apoyó su boca contra el hueco de su brazo.

Tak bebió un poco más de coñac, cruzó los brazos sobre el escritorio y empezó a leer.

Chico buscó de nuevo la tristeza, pero ahora era casi invisible entre oscuros

pliegues. No ha pasado una página en diez minutos, fue su último regocijado pensamientos antes de cerrar los ojos y...

—Hey.

Chico, tendido de espaldas, gruñó.

—¿Eh?

Tak se rascaba su desnudo hombro y parecía perturbado. Chico pensó: *¿Ahora va a...?*

—Me temo que voy a tener que pedirte que te vayas.

—Oh... —Chico parpadeó y se despezó, en una ahogada y mecánica protesta—. Sí, claro. —Tras las cortinas de bambú había estrías de luz.

—Quiero decir, ha venido un amigo —explicó Tak—, y queríamos...

—Oh, sí... —Chico cerró los ojos tan fuerte como pudo, luego los abrió, se sentó, con las cadenas repiqueteando pecho abajo, y parpadeó:

Negro, quizá quince años, con tejanos, zapatillas y una sucia camiseta blanca, el chico permanecía junto a la puerta, parpadeando sobre unos globos oculares de cristal rojo.

Chico sintió frío a lo largo de su espina dorsal; se obligó a sonreír. De algún otro lugar le llegó el pensamiento predispuesto: esta distorsión no me dice nada de él, y sólo es terrible porque aún desconozco tanto. Y los nervios autónomos, habituados al terror, casi le hicieron gritar. Siguió sonriendo, asintió, se puso torpemente en pie.

—Seguro —dijo—. Sí, seguiré mi camino. Gracias por dejarme descansar un poco.

Al cruzar la puerta tuvo que cerrar de nuevo los ojos, tan fuerte como le fue posible, luego miró de nuevo, esperando que el carmesí se desvaneciera en castaño y blanco. ¡Pensarán que aún estoy medio dormido! Cojeó, cojeó desesperadamente, con su bota raspando el papel embreado del tejado. La mañana era del color de una toalla sucia. La dejó por la oscuridad de la escalera. Sacudiendo la cabeza, intentó no sentirse asustado, así que pensó: echado fuera por alguien más joven y más apuesto, era de esperar. Bueno..., ¡tras sus párpados, los ojos eran de cristal y rojos! Llegó a un rellano, lo cruzó, y recordó a la nerviosa mujer con la falda siempre demasiado larga para la estación del año que había sido su profesora de matemáticas en su primer período en Columbia.

—Una proposición verdadera —le había explicado, frotándose fuertemente unos contra otros los dedos sucios de yeso— implica sólo otras proposiciones verdaderas. Una falsa puede implicar, bien, cualquier cosa: verdaderas, falsas, no importa. Cualquier cosa. Cualquiera... —Como si lo absurdo le proporcionara tranquilidad, su perpetuo tono de histeria se había ablandado momentáneamente. Se fue antes de que terminara el período. ¡No hubiera debido hacerlo, maldita sea!

Nueve pisos más abajo, cruzó el cálido vestíbulo. ¿Doce escalones hacia arriba?

Trece, contó esta vez, golpeándose la punta de los dedos en el último.

Chico salió al porche débilmente iluminado por el amanecer, con sus ganchos colgando y rodeado por volutas de humo. Saltó de la plataforma, aún groggy, aún parpadeando, aún lleno con el terror contra el que no había otra forma de luchar que la risa. Después de todo, pensó, caminando a largas zancadas hacia la esquina, si estos incendios pueden continuar por siempre, si además de la luna *hay* realmente una George, si Tak me echa por un marica de ojos de cristal, si los días pueden desaparecer como los dólares que te has metido en el bolsillo, entonces no hay nada que decir. O sí hay algo que decir, pero nada que razonar. Colgó sus pulgares de los bolsillos de su pantalón, donde la tela empezaba ya a deshilacharse, y volvió la esquina.

Entre los almacenes, apareciendo y desapareciendo al compás del moviente humo, el puente se alzó y se hundió en el olvido.

Entre los asociados fragmentos de su curiosidad se consolidó el pensamiento: al menos tendría que haber hecho que me diera una taza de café antes de irme. Carraspeó, sintiendo la garganta pegajosa, y se volvió, esperando que los cables de suspensión desaparecieran para siempre en cualquier momento, mientras él (¿para siempre?) vagaba por el oloroso borde del agua que, de alguna manera, nunca se abría realmente sobre el agua.

Aquella amplia avenida tenía que conducir hasta el puente.

Chico la siguió durante dos manzanas, orillando un oscuro edificio de aspecto oficial. Luego, más allá de un giro de ochos y tréboles, la calzada se extendió por entre los suspensores, sobre el río.

Sólo podía ver hasta el principio del segundo tramo. La bruma, entre pliegues y zarcillos, condensaba los límites de la visión. Los amaneceres brumosos tenían que ser fríos y húmedos. Éste era arenosamente seco, hormigueaba en la parte de atrás de sus brazos y en la piel de su nuca con algo parecido a un aliento. Se subió a la acera que bordeaba la carretera, pensando: no hay coches, podría caminar por el centro. De pronto se echó a reír con voz fuerte (tragando las flemas que había acumulado durante la noche) y corrió hacia delante, agitando los brazos, gritando.

La ciudad absorbió el sonido, no devolvió ecos.

A los treinta metros estaba cansado, así que retuvo el paso y jadeó en el denso y seco aire. Quizá todas esas carreteras simplemente continúen avanzando, teorizó, y el puente siga colgando ahí. Infiernos, sólo llevo unos minutos caminando. Pasó por debajo de varios pasos elevados. Echó a correr de nuevo, llegando, después de una curva, a la entrada real del puente.

Los carriles de la carretera entre los cables de suspensión iniciaban una docena de V en perspectiva, con su vértice único hundido en la bruma. Lentamente, meditando, empezó a cruzar hacia la invisible orilla del otro lado. En una ocasión fue hasta la

barandilla y miró por encima hacia el agua, por entre el humo. Alzó la vista por entre las vigas y los cables, más allá de la calzada, hacia la torre de sustentación. ¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó, y miró de nuevo a la niebla.

El coche permaneció como anclado durante medio minuto entre los pasos elevados mientras el ruido de su motor aumentaba. Marrón, romo, y con veinte años de antigüedad, enfiló el hormigón armado; mientras pasaba gruñendo por su lado, un hombre en el asiento de atrás se volvió, sonrió, agitó una mano.

—¡Hey! —llamó Chico, y agitó a su vez la mano.

El coche no frenó su marcha. Pero el hombre hizo un nuevo gesto a través de la ventanilla trasera.

—¡Señor Newboy! —Chico corrió seis pasos y gritó—: ¡Adiós! ¡Adiós, señor Newboy!

El coche se empequeñeció entre los cables, golpeó el humo, y se hundió como un peso sobre algodón hilado. Un momento más tarde —*demasiado* pronto, según sus recuerdos del puente cruzado a pie—, el sonido del motor cesó.

¿Qué era *ese* sonido? Chico había creído que era algún viento tormentoso muy, muy lejano. Pero era el aire entrando a bocanadas en la caverna de su boca. *Adiós, señor Ernest Newboy*, y añadió con la misma buena voluntad: *Es usted un Hindenburg de hojalata, un verboso Nautilus, un cobarde hasta la médula de cada metatarso. Ya sea en Hollywood o en el Infierno, espero que nos encontremos de nuevo. Me gusta, viejo e insincero marica; y debajo de todo eso, es probable que yo también le guste a usted.* Chico se volvió y miró al sudario que envolvía la ciudad, como algo costroso debajo del humo, con las calles cegadas por él, sus colores perlinos y al pastel; había tanta distancia implicada en la limitada visión.

Podría abandonar esta vaga, vaga ciudad...

Pero, reteniendo todo su humor, se volvió hacia los pasos elevados. De tanto en tanto su rostro se enfrentaba con lo grotesco. ¿Dónde está el centro de esta ciudad?, se preguntó, y caminó, la pierna izquierda ligeramente rígida, mientras los edificios se alzaban de nuevo para recibirle.

Libre de nombre y finalidad, ¿qué tengo que ganar? Poseo lógica y risa, pero no puedo confiar ni en mis ojos ni en mis manos. La tenebrosa ciudad, ciudad sin tiempo, la generosa, saprofítica ciudad: es por la mañana, y me perdí la clara noche. ¿La realidad? El único momento en que me acerqué lo bastante a ella fue cuando en el desierto sin luna de Nuevo México alcé la vista hacia las cabezas de alfiler de las estrellas en aquella profunda y hueca noche. ¿El día? Es hermoso aquí, cierto, fijado en el paisaje a capas, rojo, cobre y azul, pero es tan distorsionado como la propia distancia, con la realidad completamente enmascarada por una pálida defracción.

Los edificios, óseos y atestados de adornos, cascarones de piedra de diversas alturas: ventanas, dinteles, cornisas y umbrales perfilando docenas de planos.



Rozados por ondulaciones que barrían polvos que eran demasiado insustanciales para moverse, asentados en el pavimento y entrando en erupción en lentas explosiones que podía ver dos manzanas más allá..., pero, cuando las alcanzó, habían desaparecido.

Estoy solo, pensé, y lo demás es soportable. Y se preguntó por qué la soledad en él era casi siempre un sentimiento sexual. Bajó de la acera y siguió caminando por entre la hilera de viejos coches aparcados —ninguno en aquel bloque de después de 1968—, pensando: eso es lo que lo hace terrible en esta ciudad intemporal, en esta reserva fuera de todo espacio donde puede producirse cualquier tipo de deslizamiento; esas paredes que se cierran, el entramado de sus escaleras de incendios, puertas y almenajes, todo está demasiado suelto para contener nada, de modo que, para mí como módulo semoviente, todo parece expandirse, fluir y rezumar, sobre todo el inquieto paisaje. Tuvo una imagen momentánea de todas aquellas paredes sobre goznes controlados por máquinas subterráneas, de modo que, una vez él había pasado, podían girar bruscamente para mirar a otra dirección, separándose en esta esquina, juntándose ahora en esa otra, como un gran laberinto..., eternamente ajustable, y en consecuencia inaprehensible...

Cuando el corpulento hombre apareció corriendo en la calle, lo primero que reconoció Chico fue la camisa verde parduzca de lana sin cuello. Tambaleándose desde el callejón lateral, vio a Chico, se encaminó hacia él. El hombre era uno de los blancos que habían asistido a la iglesia la noche antes.

El carnoso rostro, rojo y orlado de sudor, se crispó sobre sus agitantes puños. La parte superior de la cabeza mostraba manchones bajo un halo amarillo; el pelo caía sobre su frente como virutas de cobre.

De pronto, Chico se echó hacia atrás.

—¡Hey, cuidado con...!

—¡Usted...! —jadeó el hombre. Sus dedos se tendieron, sujetaron las cadenas de Chico—. Usted es uno de los que... —Su acento mexicano despertó los heridos recuerdos de Chico—. Cuando yo estaba... ¿usted... no? Oh, por favor..., no... —El hombre jadeaba entre húmedos labios. Sus ojos eran coral teñido en sangre—. Oh, por favor, usted no..., estaba ahí dentro, ¿verdad? Yo..., quiero decir, usted va por ahí de este modo, ellos van a... —Su boca se comprimió; miró al otro lado de la calle, miró hacia atrás—. Usted... ¡Oh, el Chico! —y soltó su mano de los enredados eslabones mientras Chico pensaba: No, no ha dicho «el Chico», quizá haya dicho «el chico», o tal vez... El hombre estaba agitando la cabeza—. No, usted va a... Hey, no haga eso...

—Mire —dijo Chico, intentando sujetar su brazo—. ¿Necesita ayuda? Espere, déjeme...

El hombre se liberó de un tirón, estuvo a punto de caer, echó a correr.

Chico dio dos pasos tras él, se detuvo.

El rubio mexicano dio un traspiés en la otra acera, cayó sobre una rodilla, volvió a levantarse, y desapareció en el callejón.

Dando vueltas por la mente de Chico estaba la voz mexicana en el rellano de los Richards; varias menciones de Trece; ¿psicosis inducida por las anfetaminas? Y luego pensó, clara y abrumadoramente:

*¡Estaba... loco!*

Algo cayó en cascada, hormigueando como una hilera de insectos, en su estómago. Por un momento lo confundió con un estremecimiento helado de reconocimiento; de hecho, los auténticos estremecimientos se desencadenaron un momento más tarde.

Pero la cadena óptica se había partido, probablemente bajo los tirones del hombre, y había caído sobre su cinturón.

Chico recogió el extremo suelto, encontró el otro colgando en su pecho —se había partido entre lente y prisma— y volvió a unir el delgado cobre. En un extremo aún colgaba un diminuto y retorcido eslabón. Con grandes y torpes dedos, casi insensibles dentro de sus callosidades, intentó cerrarla de nuevo. Permaneció de pie allí en la calle, tanteando, torciendo, a veces conteniendo el aliento, a veces dejándolo escapar con brusquedad junto con un murmurado «Mierda...» o «Jodida...» Notaba los sobacos resbaladizos a causa del sudor de la concentración. Sus talones, uno enfundado en piel, el otro sobre el pavimento, hormigueaban con distintas temperaturas. Su barbilla permanecía clavada contra su cuello: miró de reojo a la luz del amanecer, girándose en una ocasión de modo que su imprecisa sombra se deslizara más allá de sus tanteantes dedos. Necesitó prácticamente diez minutos para arreglarla.

Aún podía verse qué eslabón se había partido.

Cuando terminó, se sintió muy deprimido.

# V

## **Criaturas de luz y oscuridad**

CUANDO había caminado varios minutos, girado varias esquinas, y las distintas tensiones en su cuello y espalda (ahora podía pensar en palabras sin despertar imágenes históricas en las pantallas de los cinco sentidos), orinó en medio de la calle, esperando que pasara alguien, y, con la cremallera del pantalón medio abierta y los dedos bajo su cinturón, caminó de nuevo y se preguntó a sí mismo: ¿Cuál es exactamente el problema de ver algún ocasional ojo carmesí, eh? Es decir: si alucino eso, ¿cómo puedo decir si todo lo demás es real? Quizá la mitad de la gente a la que veo no esté aquí..., como ese tipo que acaba de echar a correr. ¿Qué está haciendo en mi mundo? ¿Es algún fragmento de México, recreado por entre el humo y el cansancio? ¿Cómo sé que no hay un abismo delante mí que yo he alucinado como plano cemento? (La entrada del puente..., cuando salí la primera vez de él, estaba completamente cuarteada..., con trozos de cemento sueltos por todas partes...) ¿Achacarlo todo a un sueño? Cuando tenía diecisiete o dieciocho años dejé eso. ¡Cinco días!

Estoy de nuevo loco, pensó. Las lágrimas afloraron a sus ojos. Tragó saliva, con la garganta congestionada. No quiero estarlo. Estoy cansado, cansado y sexualmente excitado. Estoy tan cansado que no puedo sacarle sentido a nada de esto, y mi mente no funciona bien la mitad de las veces que lo intento. Tengo sed. Mi cabeza está llena con lanosidades que ningún café es *capaz* de aclarar. Y sin embargo desearía un poco. ¿Adónde voy, qué estoy haciendo, tambaleándome por este camposanto lleno de humo? No es el dolor; sólo que el dolor me mantiene avanzando.

Intentó relajar todos sus músculos y avanzó sin rumbo fijo de la acera al bordillo, la boca cada vez más y más seca. Bien, pensó, si duele, duele. Éste es el *único* dolor. De acuerdo (contempló la difuminada parte superior de las casas encima de los cables del tranvía): he elegido, aquí estoy.

¿Ir al monasterio? Sí, ahora, donde fuera que estuviese, mejor que nunca. ¿Paredes y edificios blancos? ¿Sílabas desprovistas de significado para murmurar? No había pasado nada que pudiera serlo. Las calles estaban sembradas con restos que llevaban allí meses, secos y sin olor: heces vueltas pálidas y quebradizas, restos osificados de frutas, viejos periódicos, en su momento húmedos y ahora crujientemente secos.

Rebuscó entre los pliegues de su conciencia esperando hallar tristeza: el cristal se había licuado a gredoso polvo.

¿...Cómo era ella?, pensó, y se sintió demasiado cansado para el pánico. Su nombre, ¿cuál era?

Lanya: y vio su corto pelo, sus verdes ojos, y ella no estaba allí.

Uno de los letreros de las calles estaba cubierto de suciedad y rascaduras; el otro era un marco vacío. Giró hacia una calle lateral debido a los latidos; durante unos segundos no pudo imaginar lo que había ocurrido...: una hilera de troncos de árboles en la estrecha acera, cada uno dentro de una pequeña cerca de metal, había ardido hasta convertirse en carbonizadas estacas. Interrogándose, Chico echó a andar calle abajo, no lo bastante ancha para que pudieran pasar dos coches.

Denny estaba sentado en el guardabarros de un coche volcado, a caballo sobre un destrozado faro, tamborileando con dos dedos en el abollado borde. Chico se dirigió hacia él, preguntándose qué decir...

—¡Hey!, ¿cómo estás? —La sorpresa de Denny se convirtió en alegría—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Dio un golpe con todos sus nudillos y se detuvo—. ¿Qué haces, eh?

—Sólo dando un paseo. Intentando que alguien me la chupe un poco. O algo así. Sólo que no hay nadie fuera.

—¿Oh? —Denny pareció desconcertado, y luego, ante la sorpresa de Chico, azarado. Deslizó tres veces un dedo por un cromado, luego alzó de nuevo la vista, con los labios prietos—. La parte de abajo del parque tiene maricas por todas partes, día y noche. ¿Conoces esa parte con los senderos?

—No.

—Bien, ahí están. —Denny deslizó de nuevo su dedo—. Si hubieras paseado por ahí esta noche, no hubieras tenido que buscar mucho.

—Estuve en casa de ese amigo —explicó Chico—. Pensé que él iba a encargarse, pero vino alguien y me echó. ¿Qué estás haciendo aquí fuera a esta hora de la mañana?

Denny hizo un signo con la *cabeza* hacia uno de los edificios sin pintar.

—Ahora estoy aquí. —Tras el sucio cristal de una ventana, el león de bronce parecía estar vigilando, atravesado por una estaca de metal. La pantalla había desaparecido. El portalámparas mostraba el casquillo de una bombilla rota.

Al otro lado de la calle, una cortina blanca se movió en una ventana casi tan sucia como la primera. Dos rostros negros se apretaron el uno contra el otro, hasta que Chico miró directamente hacia allí. La cortina cayó.

—¿Quieres que te la chupen un poco? Ven. —Denny, con tres dedos metidos en el borde del guardabarros, estaba mirando directamente hacia abajo—. Yo lo haré.

—¿Eh?

Cuando Denny ni se movió ni dijo nada más, Chico se echó a reír.

—Hey... —Subió a la acera, tamborileó con los dedos en imitación de Denny,

luego volvió a bajar a la calzada—. ¿Estás bromeando...?

Denny alzó la vista.

—No.

—Ahora supón que te tomo la palabra y... —dijo Chico, intentando hacer un chiste; no salió. De modo que dijo—: ¿Quieres...? —Las cosas que hacían lo oscuro obvio dándole la vuelta dieron la vuelta.

—Sí. —Denny se rascó el pecho entre tintineantes cadenas—. Vamos, sácatela. Aquí mismo, jodido mamón de mierda. —Agitó la cabeza—. Lo haré aquí mismo. ¿Quieres que te demuestre que hablo en serio? ¿Aquí mismo?

Chico miró hacia la ventana con la cortina.

—Seguro, pero esos negros están mirando desde esa maldita ventana.

Denny dejó escapar el aliento.

—Ya *te* lo dije; ¿crees que me importa una mierda el que ellos *sepan*?

Lo que había empezado como una broma se estaba convirtiendo de pronto en algo incómodo, porque aunque todas las acciones eran predecibles, los sentimientos no lo eran.

—Hey, ¿sabes?, quizá sea mejor que dejemos esto...

Denny inclinó la cabeza y miró hacia un lado con una expresión concentrada..., la mirada, pensó Chico, de alguien en un juego que está intentando decidir si un movimiento largo tiempo contemplado y ahora efectuado era, después de todo, correcto.

—Tenemos que hallar algún lugar —dijo Chico—. Un portal, o dentro, o algo así. No quiero hacerlo aquí. —¿Quince?, pensó Chico. Está loco; este muchacho no está en sus cabales.

Denny bajó del guardabarros y se metió casi todos los dedos en los bolsillos de atrás de su pantalón.

—Ven conmigo.

Chico lo alcanzó en los no pintados escalones.

—¿Es ésta la casa de Pesadilla? —Apoyó la mano en el pequeño y cálido hombro de Denny.

Denny miró hacia atrás.

—Lo era. —Su chaqueta, mostrando la desgastada piel teñida con posterioridad, se agitó contra sus costillas—. Ahora estamos casi todos. Incluso Trece se ha mudado aquí. Por la forma en que van las cosas, uno pensaría que quiere hacer de esto su nuevo hogar.

Chico frunció el ceño.

—¿Qué... ocurrió con el antiguo?

Denny le devolvió el fruncimiento de ceño.

—Bueno, todo el mundo se mudó desde... —hizo un gesto con la cabeza—. Los

chicos de la comuna se fueron todos al otro lado del parque. Dragón Lady trasladó su pandilla a este lado de Cumberland. Y Trece no podía seguir más en aquel maldito apartamento..., pero tú estuviste allí. —El ceño fruncido de Denny era una pregunta para Chico.

—¿Por qué...? —preguntó Chico, porque no podía proporcionar ninguna respuesta.

—El olor —dijo Denny— por un lado —y echó a andar escaleras arriba.

Chico le siguió.

—Oh, sí. Eso... —tenía sentido; pero no para todo el cambio y redistribución durante el tiempo que le había sido robado. La cinta de la realidad que había estado siguiendo había dado de alguna forma un vuelco. Seguía funcionando; él aún estaba allí. Pero en algún momento, mientras él parpadeaba, los días habían transcurrido y todo lo que estaba a la derecha se había deslizado a la izquierda: todo lo que había estado a la izquierda se hallaba ahora a la derecha—. Hey, la última vez que me viste, ¿cuánto tiempo llevaba yo con...?

—Chiss —dijo Denny—. Todo el mundo duerme. —Empujó la puerta—. Apuesto a que todavía no son las seis de la mañana.

Y, repentinamente, Chico no deseó una respuesta. En vez de ello preguntó en voz baja:

—Entonces, ¿qué hacías tú levantado?

—A veces me levanto muy pronto. —Denny sonrió por encima del hombro mientras Chico le seguía por el pasillo—. A veces duermo todo el día también. Aquí puedes hacerlo..., pero luego estoy levantado toda la noche.

Junto al zócalo del pasillo, una mata de negro pelo asomaba por el extremo de un saco de dormir. Tras una puerta abierta, sobre un canapé, un hombre desnudo, con toda su bronceada y pecosa espalda cubierta de vello rojo —era Jetadecobre— dormía con una chica muy rubia encajada entre su cuerpo y el respaldo. Chico pudo ver la sandalia de ella sobre el desnudo tobillo de él, las cuidadosamente dobladas vueltas de sus tejanos. Su brazo, blanco desde la manga de un chaquetón de marinero, se alzó sobre la desgarrada tapicería, luego cayó. Alguien en otra habitación dejó de roncar, carraspeó, tosió, guardó silencio.

Denny miró a su alrededor.

—¿Quieres hacerlo en el cuarto de baño?

—No. —Chico apretó el hombro de Denny con el talón de su mano—. ¡No quiero hacerlo en el cuarto de baño!

—Mientras Denny parpadeaba, curioso, la puerta del cuarto de baño al extremo del pasillo se abrió y Smokey salió por ella, adormilada, sin nada más que sus tejanos, con la cremallera aún abierta. Sin cubrirse ni saludar, pasó por su lado.

Reclinado contra el depósito de agua, Chico vio el maniquí manchado de pintura

rodeado de cadenas..., antes de que la puerta se cerrara sobre él.

—Estoy aquí dentro.

Que era donde había sido trasladada la Harley.

—¿Cómo habéis conseguido hallar espacio para todos...? —preguntó Chico, dándose cuenta con la última palabra que tres de los bultos entre las palas (¿por qué palas?), tuberías, tablones y lonas eran gente en sacos de dormir.

Alguien había construido un altillo.

Tres escalones más arriba en la escalerilla, Denny miró por encima de su hombro.

—Sube.

Las botas de Denny llegaron al borde. Chico trepó. Las planchas (cedieron algo bajo sus manos y rodillas) estaban cubiertas con mantas. Del tamaño de una cama doble, la plataforma no tenía ni almohada ni colchón.

—Guardo toda mi mierda aquí arriba —explicó Denny, yendo hacia el fondo por encima de la arrugada tela. Junto a su mano izquierda había una brújula del ejército, una camisa verde (ribeteada de oro), recién planchada y envuelta en un plástico, una daga cuya empuñadura era un trozo de cuerno, y una caja de juegos en cuya parte exterior se veían los largos triángulos alternados del backgammon.

Chico se arrastró hacia delante atravesando la cortina color pardo militar y otra de un color verde más pálido fruncidas y sujetas por un cable eléctrico. En la ventana que se abría encima de la plataforma, una persiana moteada derramaba una luz parduzca sobre el conjunto. Colocó los pies debajo de su cuerpo para sentarse, y se dio cuenta de que su brazo estaba temblando.

—¿Cómo es que no tienes a media docena de personas durmiendo aquí arriba contigo?

—Les dije que se largaran todos a que les jodieran. —Las manos de Denny permanecían anudadas sobre sus rodillas.

Un póster zodiacal colgaba de la pared: Escorpio. Y otro de Koth, el Ángel Oscuro.

—Es bonito aquí arriba —susurró Chico. Sentía un nudo en la garganta. Estoy asustado de él, pensó. Y me gusta—. Quítate el resto de la ropa.

—¿Por qué?

Chico dejó escapar el aliento.

—Por nada. —Soltó con el pulgar el botón de arriba y bajó la cremallera—. Adelante. —Extrajo el pene y los testículos de la V de dientes de latón que los encerraba, y dejó que sus hombros se relajaran contra la madera contrachapada de la pared.

El techo no permitía a Denny ponerse en pie. Con la espalda encogida y las rodillas dobladas, el muchacho avanzó, balanceando los brazos como un delgado mono rubio. Y se dejó caer. Chico dobló la rodilla debajo de la mano de Denny. El



pelo de Denny osciló hacia delante, rozó el estómago de Chico.

¡Su boca es fría!, pensó Chico, y apartó un poco bruscamente la mano. Luego se dio cuenta de que era tan sólo que los labios del muchacho estaban húmedos. El calor cubrió su engrosante pene. Dobló las rodillas y las clavó contra los delgados costados de Denny. Bajó la mano hasta su estómago, por entre el agitante pelo. La saliva en sus velludas ingles estaba ya fría.

—Eso está bien. Hazlo húmedo. —Sus dedos se cerraron sobre la base. Empujó hacia atrás el pelo de Denny, inclinándose bruscamente (y flaqueando) para ver las hundidas mejillas, la distendida boca. El pelo volvió a caer. Apretó la nuca de Denny. Una imagen del cadáver en el pozo del ascensor le hizo expulsar el aliento; deseó no haber pensado en él. Sintió una también sorprendente urgencia de apartar de un golpe la oscilante cabeza. Chico gruñó:

—Unn... —y luego, de nuevo—: Unn... —y tuvo que cerrar los ojos ante la sensación. Apretó su palma contra la cálida oreja. La cabeza de movió hacia arriba, y su pene se enfrió.

—¿Va bien? —preguntó Denny.

—Sí...

El calor volvió a caer como un anillo. El saco de su escroto se aflojó entre sus muslos, luego se arrugó cuando el escupitajo resbaló pierna abajo, dentro de sus pantalones. La agitante cabeza sacudió el brazo de Chico hasta el codo. Tendió la mano hacia el hombro de Denny. Denny apretó sus dedos contra el muslo de Chico, aflojó, dejó que tirara de él hasta reclinarsse con su pecho contra el de Chico, un manajo de cadena y arrugada chaqueta entre ellos.

El rostro de Denny era duro y sorprendido.

—¿Qué quieres? —Todos los pequeños músculos de barbilla, mejilla y mandíbula eran visibles.

Chico acarició la espalda de Denny.

—Quiero que te quites el resto de tus jodidas ropas. —La piel de Denny estaba ardiendo y seca como el polvo.

Con su otra mano, Chico rebuscó entre los dos para mover hacia un lado su pene, atrapado entre acartonado dril.

Denny se echó hacia atrás, de rodillas, inspiró profundamente, y empezó a bajarse la cremallera de los pantalones. Chico pensó: no desea que yo toque su aparato. Algo parecido a la rabia se acumuló en su estómago.

Denny dijo, suave y roncamente

—Tú no tienes que quitarte los tuyos. —Se bajó los pantalones hasta más abajo de las rodillas, se detuvo para retirar puñados de cadenas del cuello.

Chico se rascó la barriga. Denny detuvo todo movimiento, sus ojos fijos en las ingles de Chico. Algo ocurrió en la garganta y en la boca de Chico que era fácil

pensar que era miedo, que era más fácil pensar que era deseo.

El pene de Chico se endureció y se alzó de su muslo.

La garganta de Denny expulsó el poco aire que había intentado retener.

—Quítate los pantalones... —Chico comprobó rabia contra deseo. La comprobación lo único que consiguió fue derramar la rabia en su voz—. Vamos... — El deseo permaneció, un pesado ardor bajo su estómago.

Denny se sentó hacia atrás para quitarse las botas. En la de la derecha, la parte exterior del tacón estaba comido hasta el cuero. Se sacó la izquierda más rápidamente. Puñados de cadena cayeron en torno a su tobillo. El nódulo de hueso dividió tres tiras de una cuarta: un collar de castigo para perro, con varias vueltas. Denny se inclinó hacia atrás para acabar de quitarse los pantalones.

Chico contempló las manos de Denny, los pies de Denny, las ingles de Denny. Su propia espalda, contra la pared, estaba ligeramente envarada. Denny, cambiando la textura de sus movimientos, empezó ahora a doblar sus tejanos, sin mirar a Chico. Para aliviar sus hombros, Chico se sentó hacia delante. Luego tendió la mano y tiró de los tejanos de Denny, arrancándoselos de entre sus dedos y arrojándolos a un rincón, con las botas y las mantas. La expresión de Denny, mientras sus ojos intentaban mirar hacia otro lado que no fuera Chico, pasaron de la confusión a la beligerancia.

Chico sonrió, y la sonrisa se convirtió en una blanda risa para una casa llena de durmientes.

—Ven.

Denny se empujó hacia delante. Luego dijo con voz ronca:

—Es más bien curioso que yo me alucine ahora, ¿no? —La seca y caliente piel rozó la de Chico, se apretó contra la de Chico, con una mano entre sus hombros: fuerte con el talón, cuatro ligeras presiones y toda la longitud del pulgar. Chico bajó la vista al lugar donde las uñas orladas de negro entraban en contacto con su carne. Rodeó los hombros de Denny para cubrir los dedos del muchacho con los suyos. *¿De niño?*, pensó. Y luego, con preocupación: *¿Por qué me ha traído este niño hasta aquí?* Tensó ambos brazos contra la espalda de Denny: Denny estaba temblando.

—Hey... —Chico acarició las protuberancias óseas de la espina dorsal de Denny hasta donde la carne se engrosaba y se volvía blanda. Luego hacia arriba. Luego de nuevo hacia abajo—. Hey, para eso. ¿Qué te ocurre?

Denny seguía temblando.

—Nada.

Tengo miedo. Y quiero parar esto. ¡Mierda, no!

—Adelante, entonces. Intenta relajarte. —Chico se apartó un poco más de la pared, por encima de las apiladas mantas. Sujetando a Denny encima suyo, inició un movimiento de balanceo. Denny apartó el rostro, de modo que el lado del rostro de

Chico se vio barrido de amarillo.

—Si vamos así de un lado para otro...

Una de las personas bajo el altillo alzó la cabeza. Y Denny dejó de respirar para contar tres; luego continuó:

—... no vamos a conseguir nada.

Sigue y haz lo que quieras pues, era rabia. Con la frase sin pronunciar en su boca, Chico se dio cuenta: soy doce años mayor que él. Dijo:

—Baja y chupa —lo cual, con el arrastrarse sobre su pecho y estómago y el creciente calor en sus ingles, supo que *era* excitación. Tendió las manos hacia el pelo y los hundidos hombros entre sus piernas. Con su pierna, hizo rodar a Denny de lado, empujando y empujando. Denny sujetó los muslos de Chico. Su trabajo era intenso y diligente, hasta que Denny, sin sujetarle ahora, estuvo martilleando cerca de la cadera de Chico.

—Así... —jadeó Chico, y soltó al muchacho. A un cuarto de camino hacia el orgasmo, Chico se inclinó ligeramente para apretar sus endurecidas ingles contra una cadera, un muslo, algo.

—Hey... —Respirando pesadamente, Denny se tendió de espaldas. Alzó su mano, con los nudillos brillantes, manchados de mucosidad blancuzca—. Creo que me he corrido. —Sonrió—. ¿Qué hago con esto?

—Cómetelo —dijo Chico—. ¿Qué haces normalmente?

—Sí. —Denny miró al techo y se llevó los nudillos a la boca, volvió la mano para lamer la palma.

Chico apoyó el *brazo*, húmedo por el esfuerzo, sobre el delgado y duro pecho de Denny, aún seco, y acarició la huesuda cadera. Denny se sacó dos dedos de la boca.

—¿Tú no te has corrido todavía?

—No.

—Sigue..., sigue y haz lo que quieras.

Sí, pensó Chico, era rabia. Se echó a reír.

—Cuando era pequeño —dijo Denny, y apretó el dorso de su mano contra su abierta boca—, estaban esos dos hermanos que eran los chicos más fuertes del vecindario. Yo quería ser como ellos. Y en una ocasión me dijeron que eran tan fuertes porque acostumbraban a tragar el uno la esperma del otro cuando se corrían. Entonces yo ni siquiera sabía de qué estaban hablando. Yo ni siquiera me había masturbado nunca, ¿sabes? —Denny se volvió para mirar a Chico—. Supongo que es proteínas o algo así. ¿Tú también lo haces?

Chico sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabías?

Chico se encogió de hombros.

—Simplemente parecías alguien que tal vez lo hiciera.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. —Chico apretó el tenso músculo bajo la sedosa piel del brazo de Denny—. Quizá sea porque eres fuerte. Como ellos decían. —Apoyó su pierna sobre la de Denny, luego se sentó bruscamente. Notó que su pelo rozaba el techo y se agachó un poco—. Te gusta, ¿eh?

Denny sonrió de nuevo, y sujetó el pene de Chico con su resbaladiza mano. Chico empezó a balancearse. Denny dijo:

—¿Te gustan las chicas?

Chico se sorprendió.

—Sí.

—¿Te gustaría follarte a una chica?

—¿Por qué no te limitas a abrir la boca? O date la vuelta, ¿eh?

—Espera un segundo. Déjame...

—Hey, mira, todo lo que tienes que... —Pero Denny se puso laboriosamente en pie. Chico se dejó empujar hacia atrás, irritado y curioso.

—Vuelvo en seguida —susurró Denny, dejándose caer por el borde del altillo. Chico suspiró y empujó la mano por entre sus piernas. Puede que yo esté loco, pensó, ¡pero éste está como un cencerro! Llevó su otra mano detrás del hombro y alisó una arruga de la manta. ¿Mirar por encima del borde...? No. Se quedó contemplando el techo que había rozado su cabeza. Los antiguos propietarios habían pintado las grietas sin masillarlas antes.

Entró gente en la habitación.

Ella dijo:

—¿Dónde?

Denny dijo:

—Ahí arriba, en mi cama. Sube.

La plataforma se agitó cuando alguien empezó a subir la escalerilla. Chico miró. Su rizado pelo, alborotado por el sueño, sus sorprendidos ojos, su sonriente boca se asomaron por el borde. Dijo:

—Hummm... —Luego rió quedamente, y luego—: Hola.

—Sube —urgió tras ella la voz de Denny.

Ella miró hacia abajo.

—Ahora voy. —Pasó por el borde y se arrastró hacia delante, los pechos oscilando, contra sus brazos hacia fuera, uno contra otro hacia dentro.

En una ocasión le había traído whisky a la bañera cuando se había manchado de la cabeza a los pies con sangre.

—¡Hey! —dijo Chico—, ¿cómo estás?

Ella sonrió de nuevo y se sentó con las piernas cruzadas, con una gran mata de

vello oscuro en el triángulo de sus ingles.

Denny subió también y se apoyó en sus antebrazos, sonriendo.

Estoy siendo utilizado, pensó Chico. Para qué, no estoy seguro.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó.

—A él le gusta que le chupen la cosa —dijo Denny.

La muchacha se inclinó hacia adelante, con la punta de la lengua asomando entre sus dientes.

—¡Hey! —dijo Chico a Denny—. ¡Se supone que eras *tú* quien debía hacerlo!

La expresión de Denny se volvió momentáneamente vacía. Luego acabó de arrastrarse a la plataforma. La muchacha rió de nuevo, y de pronto cayó contra él.

—Hey... —Chico la sujetó, y mientras ella reía, él se rascó el hombro contra la pared y se dio un golpe en el codo. Ella no soltó su pene.

Denny intentó no reír y dijo:

—Vamos, ahora estáte quieto... —Se había deslizado hacia un rincón y se balanceaba, sujetándose las rodillas.

—Hey... —dijo de nuevo Chico, y apartó una bota (de Denny) de debajo de su hombro. Algo, en medio de la presión, cosquilleó contra su pecho. Bajó la vista. Ella tenía su rostro apretado contra él: eran sus pestañas abriéndose y cerrándose—. Hey —dijo por tercera vez, y sujetó su rizado pelo con las manos y tiró de su cabeza.

Ella sólo dijo:

—¡Ahhhh...!

Él la besó. Ella aferró sus hombros cerca del cuello y empujó con la lengua. Él se alzó con la mano izquierda, apretó la suavidad de su hombro con la derecha, de su pecho, de su vientre. Cuando empujó índice y medio contra los carnosos repliegues de su cono, ella alzó una rodilla, agitando muslo y pantorrilla. La entrada fue suave. Dentro, sus dedos hallaron una deslizante firmeza que lentamente se hizo más y más suave. Ella emitió un montón de pequeños ruidos, y su mano sobre su pene se volvió tan enloquecedora como plumas. Intentando (y consiguiéndolo) no extraer su lengua de la boca de ella, se movió en torno a ella, arrastrándose sobre sus anchas caderas, y se encajó entre ellas. Empujó de nuevo para situarse, y abrió los ojos para descubrir los de ella, muy abiertos, mirando a Denny. Pero se volvieron inmediatamente hacia él, y al mismo tiempo abrió las piernas y le rodeó con ellas como si fuesen ardientes almohadas. Él la penetró con pene y lengua, pero algo cambió de velocidad dentro de él; se movió lentamente, y empezó a construir a partir de esa lentitud. Curioso consigo mismo, alzó una oscilante mirada. Denny se había puesto de rodillas, el pene enhiesto, abriendo y cerrando ligeramente la boca..., murmurando cosas con voz demasiado baja para entenderlas.

Chico volvió de nuevo su rostro contra el de ella y se sintió momentáneamente rodeado por suavidad, humedad, calor. Bombeó, hacia dentro y hacia fuera, y

eyaculó; un solo e intenso espasmo que la dejó a ella agitándose bajo él y chupando su boca, la zona dura entre sus aplastados pechos apretándose contra él. Sintió la violenta necesidad de liberarse de cualquier contacto físico, una cosa que no experimentaba desde hacía mucho tiempo en su adolescencia. Se apartó rodando de ella, sintiéndose estúpido, mientras ella contenía el aliento y el frío abofeteaba sus sudorosos muslos y estómago..., del mismo modo que sabía que había abofeteado los de ella. No era eso tampoco. De espaldas, se apartó de nuevo de ella; ella no protestó, pero se volvió para apretar su rostro contra él.

—Hey... —Alzó un brazo para deslizado debajo de la cabeza de ella—. Hey, ven aquí. —Con el otro, hizo un gesto a Denny.

Denny estiró sus piernas hacia atrás y se deslizó en dirección a ellos. Chico lo sujetó por el hombro. Denny se tendió, apoyó una pierna sobre la de Chico, con su pene a poca distancia de la cadera de Chico.

—No te has corrido, ¿verdad? —preguntó Chico a la muchacha.

—Hum —dijo ella, sorprendida, y le parpadeó. Él tiró de Denny, sin mirarle—. Yo le he lanzado mi descarga, pero tu amiga aún no ha tenido la suya. Haz algo al respecto.

—¿Uh? —Notó que Denny se apoyaba sobre un codo.

Chico lamió la nariz de ella. Ella le miró de reojo.

—Quiero ver cómo le sacas mi esperma de su cono y te la comes —lo cual era evidentemente imposible. ¡A eso es a lo que estoy acostumbrado! Deseaba observar el rostro de ella; tenía los ojos entrecerrados, resplandecientes rendijas entre las pestañas. Su labio superior rozó y rozó el inferior. El cuello de Denny era dos duras franjas con un valle entre ellas. Chico tiró de él hacia delante.

—Vamos, hazlo.

Denny gruñó su protesta. La muchacha, de pronto, pareció sorprendida.

Chico clavó su mano en el cuello de Denny, a tiempo de ver el miedo debajo de la protesta.

—Vamos, jodido mamón. ¡O te parto la cabeza!

Denny tragó saliva y bajó el rostro.

Chico cerró los dedos en el amarillo pelo, empujó la oscilante cabeza y la volvió a empujar, menos fuerte de lo que pensó que debería.

—Oh... —dijo ella una vez, y agitó su pierna. La miró: seguía manteniendo su expresión sorprendida. A unos pocos centímetros de su rostro, la interrogó con los ojos (ella no respondió), la besó suavemente, más fuerte, hasta que al final ella cerró los ojos, con fuerza, y empezó a jadear. Notó su mano tocar y evitar la suya en el pelo de Denny, así que lo soltó (pero siguió apretando su pierna contra la espalda del muchacho) mientras la besaba. Acarició su flácido y largo pecho, colgando sobre sus costillas. Una robusta muchacha de... ¿diecisiete años? ¿Dieciocho? Mayor que

Denny; aún una niña. Su suave lengua se aplastó contra la dura de él. Se mantuvo apartado de ella, tocándola solamente con mano y boca. En una ocasión sus manos tropezaron con el arqueado vientre de él, volvieron al pelo de Denny, y oyó al muchacho jadear. Denny estaba arqueándose en las arrugadas mantas mientras su cabeza se agitaba y hurgaba.

—Unn... —dijo ella—. Unn... Unnn... Unn... —Luego lanzó un gritito y se aferró a él.

Chico se dejó caer sobre ella, abrazando las blanduras de sus costados entre sus manos y codos.

—Quita tu jodida rodilla de mi cabeza —dijo Denny.

Ella recorrió la espalda de Chico ascendiendo con la punta de sus dedos, y suspiró, y endureció las manos en su ascenso.

Denny se liberó de sus piernas y se dejó caer contra Chico.

—¿Qué tal te ha ido, cara chorreante? —Chico rodeó a Denny con un brazo. El muchacho enterró su barbilla, ya fría, en el hombro de Chico—. ¿Le haces esto a todo el mundo que se deja caer por aquí pidiendo una chupada por la mañana?

—Fue idea *de ella* —dijo Denny.

Ella dejó escapar una risita y dijo:

—¡No es cierto!

Chico notó las ingles del muchacho apretadas contra su cadera.

—Denny aún tiene una erección —le dijo a la muchacha—. ¿Quieres cogerlo por tu cuenta y darle un repaso?

Ella alzó la cabeza y rió de nuevo.

—Seguro. Pero él no querrá.

Chico se volvió hacia Denny.

—¿No te gusta joder? —Estaba sediento. Pero no puedes pedir algo de beber hasta luego...

—Supongo que no —dijo Denny—. Quiero decir que no voy a mantenerla... — Se miró el pene, con una repentina gravedad adolescente—. ¿Lo ves? —Estaba empezando a deshincharse.

—Esta lengua seguro que la mantiene, ¿no? —dijo Chico. La muchacha acarició el lado de su rodilla con la de ella.

Chico le devolvió la caricia, avanzó la mano por entre las piernas de Denny.

—Hey, ¿qué estás...?

—¡Huau! —dijo Chico—. Ya está arriba de nuevo. Vamos, quiero verte probarlo. La muchacha rodó sobre su espalda.

—No funcionará.

—Tú cállate.

—Creo que debería. —Ella cruzó los brazos debajo de sus pechos—. Pero no deja

de decir que es gay.

—¿Por qué no me dejas? —dijo Denny.

—Tengo una mano llena de tu aparato. —Movi6 los dedos, y el vello p6blico de Denny cosquille6 el c6rculo de nudillo, 6ndice y pulgar—. Ya vuelve a estar dura.

—¿Denny? —dijo la muchacha, y descruz6 los brazos.

Envuelto en el anillo de la mano de Chico, el pene de Denny se tambale6 ligeramente, pero no cedi6.

—No te preocupes —dijo Chico—. No la voy a soltar.

—Mierda —dijo Denny, y se irgui6 sobre un codo—. De acuerdo, pero no va a funcionar. —La rodilla de Denny golpe6 el est6mago de Chico.

—Uhhh...

Las manos de Denny aterrizaron en el pecho de Chico.

—¡Hey, la soltaste!

—¿De veras? Sigue estando dura. ¿Est6s seguro de que esto es lo 6nico que te preocupa? —Chico se sent6 erguido y apoy6 una mano en la cadera de Denny, y acarici6 las nalgas del muchacho con la otra, movi6 su mano entre ellas, hasta el vello y la fl6ccida piel del escroto. La piel de Denny segu6a estando tan seca como el ladrillo. La suya y la de la muchacha (un suave muslo estaba extendido debajo de su pantorrilla) estaban h6medas. Ella se agit6 y emiti6 un sonido que pod6a ser un gemido; pod6a ser una risa reprimida; incluso una protesta.

Chico apoy6 una mano en el vientre de ella, apret6 un dedo contra un carnoso repliegue. Agit6 la mano en mitad de su vello y core6 su gemido con su voz.

Un m6sculo en el muslo de Denny se agit6 contra la mu6eca de Chico. Los test6culos yac6an en su palma. Chico acarici6 la parte inferior del pene con los dedos.

—¿Te gusta esto? —Sujet6 el pene, hizo ascender la mano para cubrir el circuncidado glande, la descendi6, y la carne sigui6 su movimiento r6gida como una esponja seca—. S6lo piensas en el resto de mi eyaculaci6n encerrada a6n ah6 dentro, 6sa que a6n no has recibido contra tu rostro. No la perder6s..., ¡seguro! —Mientras, su otra mano, con el tercer y cuarto dedo abiertos, segu6a apretando, y ella gimio, completamente empapada—. Adelante...

Denny se inclin6. El m6sculo en su muslo se agit6 hasta que su rodilla se desliz6 sobre la manta.

—Su miembro y mis dos dedos en tu cono —dijo Chico—. Eso puede hacer que *todo* salga bien. ¡Hey, mira su erecci6n!

La mano de ella descansaba fl6ccida: peque6os dedos sobre blancas palmas donde el sudor brillaba como mica. Los dedos se agitaron para cerrarse y no se cerraron, se agitaron para abrirse y no lo hicieron tampoco; ella acarici6 los hombros de Denny mientras su p6lido pelo rizado colgaba en mechones sobre su rostro. Chico not6 el temblor del muchacho, su pene desliz6ndose entre sus nudillos. Retir6 su mano de



entre ellos para mantener su propia erección. El cuerpo de Denny se aplastó sobre el más ancho de ella. Chico hurgó de nuevo entre ellos.

—Hey, muchacho..., ahí vamos. Te gusta, ¿eh? —Se inclinó hacia un lado para acariciar el brazo de ella, y notó que un músculo se tensaba en el hombro femenino—. A ti también te gusta, ¿eh? —Al séptimo u octavo movimiento, pudo mover de nuevo su dedo medio, hundido hasta el nudillo en ella junto a la bolsa del escroto de Denny que, tras mostrarse tan arrugado como era posible, era ahora liso y blando en su palma. Denny se arqueó para empujar. Su mano golpeó contra el hombro de Chico. Éste no pudo ver su rostro. Denny empujó de nuevo, y el contraempuje de ella bajo él hizo vibrar sus piernas. Estaban todos tan silenciosos, pensó, y contuvo el aliento; su propio pene estaba rígido y tenso y lo bastante duro como para dolerle. Retiró su mano de entre ellos y la relajó a su lado, se apretó contra ellos, su miembro a lo largo de la agitante hendidura entre los dos, un brazo cruzado sobre la espalda de Denny, el otro sobre la cabeza de ella. Denny no rompió el ritmo. Chico hociqueó entre sus rostros, intentando besar a la muchacha, pero ella no se volvió hacia él. La respiración de Denny era fuerte como el resoplido de un motor.

—Hey, jode toda esa mierda... —susurró Chico—. ¡Haz estallar este cono como una granada abierta, chupapollas! ¡Entiérralo en tu cono, puta! —Denny era un movimiento contra su cadera derecha; contra su izquierda, la cadera de ella empujaba y se retiraba debajo de Denny, alzándose y cayendo, alzándose y cayendo, alzándose y cayendo. De modo que movió su mano, haciéndola descender entre las nalgas de Denny; notó el primer sudor en el seco cuerpo. Denny empujó más fuerte. Ella había alzado su pierna al otro lado rodeando las caderas de él, y estaba jadeando. Chico reptó la mano subiendo por su tobillo, pensando, quizá no lo consiga, y la introdujo entre las piernas de Denny, bajándola unos pocos centímetros para poder abarcar, formando copa, sus testículos; Denny gruñó, y él estuvo a punto de apartar su mano, pero el gruñido se articuló:

—Sí... Así, eso está bien. Sigue...

Echó la mano hacia delante y ella, debajo, debajo, se estremeció de una forma que podía albergar una protesta. Denny empujó y empujó y empujó y empujó y empujó y dejó de empujar, mientras ella se corría, y dejó escapar todo el aire.

—Jesucristo... —murmuró contra el cuello de la muchacha. Sus nalgas se relajaron. Luego empezó a jadear.

Chico frotó su cuello, y Denny rió contra ella, alzó la cabeza para apartar su pelo del rostro de la muchacha. Ella también jadeaba.

—¿Hey? —Chico acarició su mejilla con los nudillos. Los ojos muy abiertos de la muchacha le miraron—. ¿Te corriste esta vez? —Empujó con la otra mano su pene hacia el muslo de ella—. Puedo hacerlo de nuevo.

Ella exhibió una incierta sonrisa.

—Estoy bien.

—¡Mierda! —Chico dejó caer la cabeza con un ladrido de risa—. Estoy cansado, esto es lo que me pasa. —Cerró los ojos, y un latido más tarde los oyó a los dos moverse. Sus ingles, aún congestionadas, le dolían. Apuesto a que despertaré con calambres bajo las pelotas, pensó, y no le importó.

Denny acarició su hombro, lo sacudió un poco. Así que rodó de vuelta contra ellos. Denny emitió otro sonido como un suspiro y abrazó a Chico fuertemente, y de pronto hundió su rostro en el cuello de Chico.

—¡Hey...! —Miró al muchacho, que estaba riendo entre jadeos como un cachorrillo (como ella, recordó, cuando cayó la primera vez sobre él). Descendió su mano por el duro costado de él hasta que sus nudillos tocaron el más blando de ella—. Duerme un poco. —Denny apartó su rostro, y Chico colocó su brazo bajo el cuello de ella (su pelo era mucho más rizado que el del muchacho, y su nuca estaba húmeda y muy caliente; la de él, húmeda y cada vez más fría), y se sintió lo bastante confortable como para dejarse derivar hacia el sueño. En su deriva, se dio cuenta de lo pesada que era la respiración de Denny, y escuchó la de ella. Era más lenta y parecía como mucho más lejana. Luego, al cabo de un tiempo que pudo ser de sueño, se hizo más rápida. Tendió la mano hacia ella, sólo la rozó, pensó: Una extraña, hey, y hermosa. Sus labios, cada vez más secos, se habían pegado el uno al otro. Se desgarraron con su aliento y la murmurada palabra: hermosa. Relajado, se dejó derivar de nuevo hacia el sueño.

Se despertó en medio de una irritación que se transformó inmediatamente en placer. Alguien estaba chupando su pene. Sonrió en la oscuridad de sus párpados, descendió tres niveles de pensamiento. ¿Lanya? No, aquella otra muchacha. Su mano tanteó el hueso debajo de un pelo suave, y tropezó con el duro y huesudo hombro. Denny gruñó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Chico. Giró la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha, sobre la sucia manta, luego de nuevo, con los ojos abiertos. La muchacha se había ido.

Denny dijo:

—Estabas durmiendo todo el rato con esta maldita erección. Sólo estaba... — Chico cerró los dedos sobre el pelo de Denny y empujó su cabeza hacia abajo.

—Empezaste a hacer algo, y *aún* no lo has terminado.

Denny volvió a emplear la boca.

Chico movió un puño por la manta junto a su rostro, esperando captar aún el calor de ella. Un recuerdo fantasioso del rostro de Denny entre las piernas de ella y su pene metido entre ellos... Se alejó de la fantasía y siguió tendido, con la boca abierta, la cabeza echada hacia atrás, todos los músculos relajados; Denny tenía agarrados los testículos de Chico mientras chupaba; y aquello le hacía sentirse bien. Chico sujetó

los costados del muchacho con sus piernas. Y eyaculó. Fue algo así como aceite caliente derramado sobre algodón (algodón en llamas; llamas, al lado del agua. Agua y cenizas y cenizas empapadas a través de él).

—Ven aquí.

Denny se tendió contra el pecho de Chico.

Chico acarició su espalda, seca como pergamino como antes. Deseó decir gracias, pero decidió que sería estúpido, así que en vez de ello dio un apretón en el hombro a Denny.

—Tu esperma sabe distinta de la mía —dijo Denny.

—¿Sí? —Chico cerró los ojos.

—Es más líquida, ¿sabes? Y hay más.

—Soy mayor que tú.

—Y es más amarga.

—¿Sabes? —dijo Chico—, eres un muchacho bastante curioso. ¿Dónde fue tu amiga?

—Se...

Alguien entró en la habitación, movió algo debajo de ellos, volvió a salir.

Chico miró por entre las mantas a una cabeza anónima perdiéndose en el umbral.

—... levantó hace un rato y salió fuera. —El puño de Denny se abrió en el hombro de Chico.

—Oh. ¿Hacéis esto muy a menudo?

—¿Eh?

—El llevaros a la gente a la cama todo el tiempo.

—No así.

—¿Así cómo?

—No sé. La mayor parte de las veces es idea suya. Es mi mejor amiga aquí.

Chico asintió, golpeando suavemente con su barbilla el cráneo de Denny.

—¿También es una escorpión?

—No. No es miembro. No como Filamento. O Dama de España. Sólo le gusta ir por ahí con ellos. —Cambió de conversación—. Me refiero a nosotros. A veces le traigo chicos. Siempre que ella me deje mirar. Un par de veces me he mezclado con los chicos, sólo un poco. Pero no como..., bueno, como lo hemos hecho *nosotros*.

—¿Te gusta mezclarte también con ella?

Denny se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que sí. Pero nunca había hecho esto antes. Quiero decir, entrar en ella.

Chico se echó a reír.

—A veces ella me dice que debería hacerlo, pero nunca lo había hecho. Me resulta embarazoso, ¿sabes? No puedo mantener la erección. Quiero decir, antes.

—Oh. —Chico intentó no sonreír, aunque Denny no podía verlo.

—Puedo traerle chicos dos o tres veces por semana, a veces. Ella dice que no quiere ser la amiga de ningún tipo.

—¿Le gustan dos a la vez? Me ha dado esa impresión.

—Es probable. —Denny se agitó un poco—. Lo hacemos todo juntos, cualquier locura, ¿sabes? Si le digo a ella que haga algo realmente alocado, como subir a un viejo edificio donde quizá haya gente oculta con armas, lo hace. Encontramos todo tipo de cosas. En los viejos edificios. Hay montones de cosas por todas partes.

Chico cruzó los brazos sobre la espalda de Denny; la cálida boca rozó su pecho.

—Me gusta mirar mientras lo hace con los chicos —dijo Denny—. Cuando te la chupaba, ¿estabas pensando en ella?

—Te gustaría, ¿eh? No, no estaba pensando en ella. Quiero decir, sólo un poco, al principio.

—No me importa en qué estuvieras pensando —dijo Denny—. Crees saber mucho acerca de lo que me gusta, ¿eh?

Chico se encogió de hombros.

—Creo que me gustas. ¿Qué te parece esto? —Se relajó del encogimiento de hombros, empezó a reír—. Si quieres chuparla, hacer todo un acontecimiento de ello, no tengo nada que objetar. A partir de ahora vas a darte la vuelta y a echar a correr con expresión asustada y los ojos muy abiertos cada vez que nos veamos, ¿no? Pero me gustaría hacer el amor contigo, de tanto en tanto. Sólo contigo.

—¿Como si yo fuera una chica?

Chico suspiró.

—Ajá. Si quieres decirlo de este modo.

—Me gusta.

—Sabía que te gustaría. —Alborotó el pelo de la nuca de Denny con la mano.

—Cuando te masturbas, ¿te gusta hacerlo como lo hice yo?

—¿Eh?

—Ya sabes. Comerte tu esperma.

—Oh. No. La he probado un par de veces. Sí, demonios, creo que lo probé una o dos veces, sólo para ver.

—Yo lo hago siempre —dijo Denny con resolución—. ¿Cómo sabías que lo hacía?

—Simplemente conozco a otra gente que también lo hace, así que... Bueno. No lo sé.

—Oh.

—¿Va a volver ella? —preguntó Chico.

Denny se encogió de hombros.

—Oh —dijo de nuevo Chico, y pensó que había estado diciendo aquello mismo

demasiadas veces. Así que cerró los ojos.

Escuchó a la gente que se movía por toda la casa, pensando que ya debía ser bien entrada la mañana. Algo —el codo de Denny— golpeó su sien, y se dio cuenta de que despertaba después de haberse dormido de nuevo.

Abrió los ojos y se sentó. Denny permanecía tendido, encogido, a su lado. Chico inspiró profundamente; notaba la cabeza pesada con los detritus del placer. Se frotó el hombro y le hormigueó, detuvo su mano en la cadena que cruzaba el vello de su pecho. Seguía aguantando: de un tiempo muy lejano, despertar y dormir y volver a despertar, recordó al rubio mexicano que le había sorprendido en la calle. Chico frunció el ceño y empezó a buscar sus ropas.

En primer lugar, tenía que ir al cuarto de baño. La *cabeza* le dolía un poco, y su boca tenía el sabor de gelatina insípida, sólida en torno a su lengua y dientes. Buscó sus pantalones, se agachó, apoyó una mano en las nalgas de Denny. Un rostro, pensó, surcado por una línea obstétrica. Mejillas, pensó, hundidas por el asombro. Si sigues por aquí, voy a desgarrarlo. Denny se frotó la nariz, probablemente estaba despierto, pero no se movió.

Chico tiró de sus pantalones, arrastró su chaqueta y su bota por encima del borde de la plataforma. La gente en los sacos de dormir seguía aún allí. Al inclinarse para ponerse la chaqueta, notó que le dolían los costados; se apoyó en la jamba para ponerse la bota, y por primera vez desde hacía tiempo deseó tener una segunda. (Una visión de sus propias manos dejando resbalar polvo entre ellas, el polvo convirtiéndose en agua.) Se dirigió al pasillo.

La persiana de color pardo y el calor en el altillo de Denny habían conjurado un falso verano.

El cielo más allá del sucio cristal de una ventana en la parte alta del pasillo era tormentoso. La puerta del cuarto de baño se abrió: no la chica de Trece, sino el propio Trece. Su largo pelo estaba enmarañado por el sueño.

—No me dijeron que estabas por aquí. —Trece hizo una profunda inclinación de cabeza, con la voz ronca por el cansancio—. No te he visto en un par de días.

Chico entró en el cuarto de baño y, mientras orinaba, se esforzó en no pensar en cuándo había sido la última vez que había visto realmente a Trece. Apoyó el puño contra su dolorido costado y reflexionó: seguro que no es posible joder hasta morir. Se pasó la lengua por el amargor residual de los rincones de su boca, miró de reojo hacia la ventana. ¿Tormentoso?

Increíbles suspensiones en el seco aire, y se movió entre ellas, esquivando y/o haciendo estallar todos los agujeros. Aguardó algún precipitado brillante. Su orina chapoteó y calló. Se masajeó los flácidos genitales, no con deseo, sino para suscitar alguna sensación. Notó humedad en los nudillos y bajó la vista, preguntándose si era orina o mucosidades residuales. El placer puede ser un asunto abrumador, pensó, y se

abrochó los pantalones.

En el pasillo, se detuvo chupando sus salados dedos hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se preguntó por qué lo estaba haciendo, y recordó a Denny. Sonrió: un psicólogo le había calificado en una ocasión como una enloquecedora combinación de inestabilidad y obstinación.

Recorrió el pasillo sin verlo realmente, y abrió la puerta delantera. Retiró los dedos de su boca, reconoció el rizado pelo de ella, intentó adivinar sus mullidos hombros bajo la camiseta azul que llevaba ahora.

Ella bajó los escalones.

Curioso, se dirigió a la puerta. Si ella se vuelve, pensó, sus ojos serán rojos, ¿no?

Ella se detuvo junto al coche, curioseando algo con un dedo debajo del doblado borde del guardabarros, mirando con aire ausente hacia el final de la manzana; volvió la vista hacia él.

El ligero estremecimiento era todo anticipación.

Ella parpadeó unos sorprendidos ojos castaños hacia él, en un rostro que podía ser irritado.

—Hey —dijo él, y le sonrió desde arriba de los escalones, lo cual resultaba cada vez más difícil de hacer ante su inexpresivo parpadeo, excepto para expresar confusión. Expresando confusión, sonriendo, los bajó—. No me di cuenta de cuándo te ibas. —Hay algunas tormentas, pensó debajo del lacerado cielo, es más fácil caminar hacia ellas.

—Sí, claro —dijo ella mientras él bajaba los escalones—. Seguro que sí. —Sus dedos siguieron moviéndose junto al roto cristal del faro.

—Si no andas con cuidado, vas a cortarte...

—Hay algo curioso en ti —dijo ella, con una expresión de desagrado—. Eso fue extraño, o peculiar, o algo así.

—Mira —dijo él—, supongo que no vas a *darme* nombres. —Y se dio cuenta de que no sabía cuál era el de ella. Aquello lo lanzó a estrellarse contra su embrionaria irritación, hasta que estuvo mucho más cerca de ella de lo que deseaba estar: sus dedos, apretados contra su pierna, estaban intentando adoptar la misma posición que los de ella. Su rostro hizo una mueca, intentando imitar el de la muchacha.

—Cuando él estaba... estaba conmigo, todo fue entre él y tú. ¡Hubiera sido igual que yo no estuviera allí!

—Cuando yo estuve contigo, todo fue entre tú y él. Supongo que fue igual que si él hubiera estado bombeando mi carne. —Y sintió, mientras lo decía, que la comparación era injusta—. Él dice que tú eres su mejor amiga. ¿Es cierto? Él piensa que lo hace por ti, ¿tú piensas que lo haces por él? —Su rostro, tensándose después del de ella, registró tan intensamente una repentina tristeza dentro de él que necesitó un instante tras otro instante para darse cuenta de que la expresión de ella había

cambiado.

—¡Acostumbraba a ser la persona más lista de mi clase! —dijo ella de pronto.

Él se preguntó por qué sus ojos estaban ardiendo hasta que vio las lágrimas en los de ella.

—¡Yo... acostumbraba a ser la persona más lista de mi clase! —Dejó caer su cabeza.

Él bajó también la suya, susurró:

—Hey... —y apoyó una mano (demasiado gentilmente, pensó) en su nuca, apoyó su frente contra la de ella.

—¿Por qué no te vas? —dijo ella con una triste y cansada irritación.

—De acuerdo. —Dio un breve apretón a su nuca, dejó escapar la débil risa de la retirada, y regresó escalones arriba (su palma estaba fría; la nuca de ella había sido cálida). A mitad de camino del pasillo, sin embargo, estaba frunciendo el ceño.

Cuando volvió a subir al altillo, Denny (entre los puños de Chico) se volvió y parpadeó y gruñó.

—Hey, tu chica ahí afuera está toda trastornada.

—¡Oh, mierda! —dijo Denny, y se sentó. Restregó las palmas de sus manos contra sus ojos, luego se dirigió hacia el borde de la plataforma.

Chico sujetó su no encadenado tobillo.

Denny volvió la vista.

—Vosotros, muchachos, ¿pasáis por un trauma así cada vez que jodeís?

—Es culpa mía —dijo Denny.

—Seguro —asintió Chico—. Vuelve aquí, ¿quieres?

—Será mejor que vaya. Sospecho que he estado hablando demasiado de ti. Sospecho que no le he estado hablando de otra cosa desde hace mucho tiempo.

—Lo cual me recuerda —dijo Chico— que también has estado hablando demasiado de esa dama en los almacenes con la escopeta de perdigones que realmente no servía para nada, ¿sabes?

Denny sonrió.

—He estado hablando de ti malditamente mucho más que eso —y desapareció por el borde de la plataforma.

Chico se tendió de espaldas, gruñó.

—Jodido... —y rodó sobre sí mismo, deseando que hubiera alguien más allí. Quizá, pensó, muy cansado, la traiga de vuelta. Denny, imaginó, regresaría. ¿La hubiera tocado realmente de no ser por él? (Reconoció los inicios de un tumulto de paranoides especulaciones; los reconoció tanto como el sueño que yacía al otro lado de ellos.) ¿La hubiera tocado en la calle? Si hubieran sido amantes, hubiera podido llegar a descubrir en un día, una semana, un mes, si eso era lo más adecuado que debía hacer. Infiernos, ¿tenía que haberle contado todo aquello a Denny? *Estaba*

siendo usado; no le gustaba. Aquél no era el tipo de mierda que arrojas sobre alguien a quien acabas de arrastrar a la cama. ¿Amantes? Decidió que ella no le gustaba en absoluto. (Ella, entre los silenciosos otros, había dicho en una ocasión: «Adiós».) Por otra parte, él no hubiera debido estar hurgando en armarios emocionales como aquél. (Se volvió de nuevo sobre sí mismo, deseando que Lanya no hubiera desaparecido.) ¡Idiotas, estúpidos muchachos! ¿Por qué la había traído Denny? Finalmente decidió que la farisaica indignación era lo más fácil. Por primera vez en mucho tiempo fue consciente de la cadena que rodeaba su cuerpo. Tenía que tener cuidado que no se rompiera de nuevo, pensó..., sin estar realmente seguro de por qué tenía que temer que aquello ocurriera.



DESPERTÓ a solas.

Chico se sentó, con los ojos cerrados, durante medio minuto. El aire en el altillo era pesado y seco. La pulsación en su nuca, ¿iba a convertirse en un dolor de cabeza? La gente iba de un lado para otro en las demás habitaciones. La puerta del cuarto de baño se cerró tres veces. Raspando sus rodillas contra la manta, se volvió en busca de sus ropas.

Denny se había ido.

En otra habitación, una mujer negra se echó a reír.

Todavía llevaba puestos los pantalones. Se puso la chaqueta y, sin ninguna de las dos cosas abrochadas, bajó. Uno de los sacos de dormir todavía estaba ocupado. Otros dos habían sido enrollados en apretados anillos.

Se apoyó en la pared para calzarse su bota. Deseó de nuevo tener la otra, pero sintió que el hábito disolvía el deseo. Se dirigió al pasillo preguntándose si encontraría primero a Denny o a la muchacha.

Una repentina luz brotó de la puerta de entrada al otro lado del pasillo y le hizo fruncir los ojos.

—¡Hey, Dragón Lady!

Chico miró hacia dentro.

Pesadilla, acucillado en uno de los colchones, se frotaba su musculoso hombro lleno de cicatrices.

—¡Hey, Dragón Lady, has *venido*!

La impresionante bestia avanzó destellando por la destartalada habitación.

Pesadilla se echó hacia atrás contra la pared. Una figura debajo de una manta se apartó. Pesadilla rió y se agitó de un lado para otro.

—¡Así que has venido! ¡Oh, hey, hombre, *has vuelto*! —Dragón Lady se volvió, apagó sus luces. Y rió. Chico observó los manchados dientes en el hueco de su boca.

Una docena de personas dormían en la habitación. Pesadilla y Dragón Lady hablaron roncamente.

—¡Te traje café! —Ella respiraba pesadamente, los pechos tensando los cordones de cuero que enlazaban los ojales de su chaqueta—. Adam y Baby están fuera reuniéndolo todo. ¡Hemos encontrado un jodido almacén lleno! —Su rostro era largo y oscuro como chocolate amargo—. Te traje toda una caja.

—¿Instantáneo?

—No. —Cerró la mano en un puño—. *¡No!* —insistente como un maestro de económicas—. Auténtico. Mis chicos lo están llevando a la cocina.

Pesadilla siguió balanceándose y sujetándose los hombros.

—¡Hey, vamos a poder darle un poco a la cafeína! Eso es realmente bueno. ¡Oh, sí!

De pronto, Jetadecobre, con las rodillas separadas, se alzó y se quedó sentado. Miró su vello, con la cabeza hundida entre los hombros. Con las pecosas manos cruzadas sobre sus oscuros genitales, parpadeó a la habitación. Sus párpados estaban hinchados, de modo que sólo se veían dos rendijas doradas, que se volvieron hacia Chico. Jetadecobre frunció el ceño, inclinó la cabeza hacia un lado; su boca colgó abierta; sus labios, marcados con una línea que Chico sabía que era sangre seca (porque sus propias encías sangraban cuando dormía), se estremecieron sobre unos dientes amarillentos. La chica en el chaquetón de marinero gimió e intentó encajarse entre la almohada y el respaldo del canapé.

Pesadilla agitó una mano hacia Chico.

—Es él.

—Seguro que parece él. —Dragón Lady frunció sus gruesos labios.

Los delgados de Pesadilla sonrieron.

—¿Por qué llevas esa cosa por la casa? —preguntó Jetadecobre.

Chico bajó la vista hacia la orquídea..., en su mano.

—Hace que se me agite la cosa después de hacer una pausa en una auténtica aventura. —Inspiró, intentó no buscar en su memoria, buscó, y encontró un vacío.

—Sin mencionar el subirte la cremallera del pantalón —dijo Jetadecobre—. La llevas abierta. —Se volvió para tomar sus pantalones de debajo de la chica rubia, que chilló e intentó arrebujarse más entre el acolchado del asiento y el respaldo.

—¿Ése es él? —preguntó burlescamente Dragón Lady.

Chico asintió.

—Soy yo. —Se reclinó contra la jamba de la puerta y se dejó resbalar hasta quedar de cuclillas—. Voy a dejarla abierta por ahora, también. No siento deseos de castrarme a mí mismo.

—Es realmente divertido. —Pesadilla echó por encima de su hombro el extremo de su trenza—. Es un buen chico. No hace demasiado ruido. Pero cuando hace algo, generalmente lo hace bien.

Ésa es una buena imagen para vivir con ella, decidió Chico; y decidió no decir mucho más. ¿Cuándo se había puesto la orquídea...? ¿Cuándo...? Jetadecobre pareció disgustado, gruñó de nuevo:

—¿Quieres salirte de mis jodidas ropas? ¡Quiero vestirme!

—Hey, chicos, ¿queréis traer ese café? —gritó Dragón Lady.

Alguien medio oculto junto al canapé alzó la cabeza del hueco de su brazo y la

dejó caer. No era la chica de Denny.

—Han estado hablando mucho de ti —dijo Dragón Lady, Le frunció el ceño a Jetadecobre—. *Él* no ha estado diciendo nada agradable. —Se echó a reír.

—No he estado diciendo *nada* —Jetadecobre trasteó con el cierre de su mono de trabajo. Uno de los bolsillos de la cadera estaba desgarrado. Tenía agujeros en ambas rodillas—. No tengo nada que decir acerca del Chico.

Pesadilla se agachó un poco.

—Chico, ¿qué tienes que decir tú acerca de Jetadecobre?

Chico sacudió la cabeza. Quieren que nos iritemos y nos pongamos a pelear aquí mismo, pensó.

La risa de Pesadilla resonó amplia, luego se asentó en una ronca y beligerante amigabilidad.

Alguien más alzó la cabeza de un montón de mantas, parpadeó soñoliento, luego sonrió:

—¡Hey! —y se puso en pie torpemente, primero rascándose el sudoroso pelo que casi cubría su frente, luego el estómago debajo de la camiseta. Su otro brazo estaba vendado hasta el hombro—. ¡Hey, es el Chico! ¿Has venido a quedarte una temporada?

—¿Cómo te encuentras, Siam? —aventuró Chico. El moreno y agónico rostro agitándose de un lado para otro en el suelo del autobús había sido... ¿diferente? No, no tan diferente...

—¡Estupendo! —Siam inclinó la cabeza, con una amplia sonrisa—. Me encuentro bien. ¡Estoy perfectamente! —Su mano buena tocó el vendaje; el dedo resbaló por la sucia tela. (Pesadilla seguía masajeándose los múltiples bultos en su hombro que hablaban de muchas sesiones de levantamiento de peso.) Siam miró a los otros, adoptó una extraña expresión, sonrió a través de la inquietud y se acuclilló también, imitando a Chico.

—¡Quiero un poco de maldito café! —chilló Dragón Lady.

—No tienen muchas tazas. —El muchacho llevaba dos en cada mano y tres en sus brazos. Su pelo era una maraña de deslucido oro; pecho, barbilla y nalgas eran todo llagas y pústulas, las uñas de sus manos y pies estaban sucias, e iba desnudo—. No creo que haya bastantes para todo el mundo. —Miró a su alrededor.

—Dale una a Pesadilla, Baby. —Dragón Lady tomó una para ella.

Entró Denny. Se sentó junto a Chico, silencioso, y se reclinó sobre sus cruzadas piernas: la rodilla de sus tejanos rozó la espinilla de Chico.

Pesadilla tomó una taza e hizo un gesto a Baby para que le diera una a Denny.

—Y dale también una a Chico...

—... siempre que quede una para mí. —Jetadecobre se calzó su segunda bota y dio dos patadas en el suelo para encajarla. Miró a Chico.

—Supongo que Adam y yo podemos compartir una. —Baby frunció el ceño hacia las tazas apretadas contra su pecho.

Chico tornó su taza y pensó: si no hubiera bastantes, supongo que tendríamos que pelear.

Pesadilla consiguió una. También Siam.

—¡Adam! —llamó Dragón Lady—. Baby acaba de pasar las tazas. ¿Qué estás haciendo tú con el brebaje?

Adam entró, con su moreno rostro velado por el vapor. El vapor se enredaba en las cadenas de su pecho. Tenía montones de denso y oscuro vello.

—Aquí está. —Sirvió a Dragón Lady y se volvió hacia Pesadilla. Sus pantalones eran demasiado grandes, hinchados por debajo, o quizá simplemente colgando a causa de la cadena que utilizaba como cinturón.

Chico sujetó su taza con ambas manos, notando su calor.

En mitad de la habitación, Baby estaba examinando la última taza para ver si una raja iba de lado a lado.

—Todo un almacén —repitió Dragón Lady—. Puedes ir allí y coger todo lo que necesites cuando se acabe lo que te he traído.

—Mierda. —Adam parpadeó tras el vapor—. Les hemos traído toda una caja. —Se frotó el pecho; las cadenas brillaron.

—No corro en busca de comida. —Pesadilla sopló el vapor de entre sus manos—. Sabes que no hago malditas carreras en busca de comida.

—Tenemos demasiados inquilinos —gruñó Jetadecobre a la taza de café que sujetaba sobre su rodilla derecha—, más de los necesarios. —Con la cabeza aún baja, miró de nuevo a Chico—. Y cada día vienen más.

—¿Queda algo para ti? —preguntó Dragón Lady a Adam, que miró el fondo de su pote y asintió. Luego dirigió su vista hacia Jetadecobre y recriminó—: Realmente no te cae bien el Chico, ¿eh? ¿Por qué no te cae bien?

—Porque Jetadecobre es grande y torpe —dijo Pesadilla—. Me gusta Jetadecobre. Es grande, torpe y ruin. El Chico es pequeño y listo. Pero apuesto a que es tan ruin como Jetadecobre.

—Cuando me dispararon —dijo Siam—, el Chico me metió en el autobús. Chico no es ruin...

—¡Oh, que te jodan! —aulló Pesadilla, y se volvió bruscamente sobre sus rodillas.

Siam derramó su café sobre su mano.

Pesadilla no se movió de su sitio.

Siam dejó a un lado su taza, agitó los dedos, se chupó los nudillos.

Pesadilla se echó a reír a carcajadas, dio un sorbo y siguió riendo,

Jetadecobre parpadeó, se frotó la barba contra su pecosa muñeca, y se retiró aún

más entre sus hombros.

Chico sujetó su taza; su palma estaba incómodamente caliente.

—¿Hey, Jetadecobre? —Flexionó las protuberancias de sus dedos sobre la ardiente porcelana—. Hey, Jetadecobre, ¿por qué crees que están tan ansiosos de que nos lancemos el uno contra el otro?

El pelirrojo le miró con ojos llameantes desde el canapé.

—Soy medio indio —dijo Chico—. Y tú eres más o menos... ¿qué? ¿Medio negro? —Dirigió la vista a Dragón Lady, que les miraba alternativamente al uno y al otro, sus negros ojos un destello en su oscuro rostro, como si estuviera conteniendo una sonrisa. Pesadilla, con su piel, pese a todos sus músculos, translúcidamente blanca, atisbo por encima de su taza, y pareció realmente sorprendido.

—Así que supongo que simplemente piensan que va a ser fácil, ¿no?

La belicosa mirada de Jetadecobre se convirtió en desconcierto. Luego, de pronto, estalló en una carcajada.

—Sí —dijo Jetadecobre—. Sí, sólo que... —Señaló con el pulgar a Pesadilla, a Dragón Lady—. Fácil, seguro. Sólo que un medio indio es un mestizo o algo así, ¿no? Mientras que un medio negro, en cualquier lugar en esta parte del mundo al menos, sigue siendo únicamente un viejo negro. —Su risa fue un ladrido que echó su cabeza hacia atrás. Pero la ira acumulada se liberó en desprecio hacia toda la habitación.

La risa de Dragón Lady se ahogó en café, que castañeteó audiblemente bajo sus entrecerrados ojos.

—Jetadecobre y yo —Chico tendió un brazo hacia delante para mantener el equilibrio mientras se alzaba balanceándose— estamos en el mismo lado, ¿no? —Caminó por encima de alguien que seguía dormido—. Será mejor que sigamos así, con tantos bastardos como vosotros a nuestro alrededor.

—Hombre, se te ha visto el plumero, chico blando —dijo Dragón Lady a Pesadilla, riendo quedamente.

—Oh, cállate —murmuró Pesadilla.

—A los dos se os ha visto el plumero —dijo Jetadecobre—. Jesucristo... —Metió la mano debajo de la muchacha en el canapé, extrajo su chaqueta.

Chico estaba a punto de mirar a Denny; pero la chica de Denny apareció por la puerta del fondo.

Parecía muy sorprendida.

Chico cruzó la habitación. Vio a Jetadecobre peleándose con su chaqueta para ponérsela, lo observó. Lo mismo hicieron Dragón Lady y Pesadilla, cada cual con diferentes sonrisas.

—¿Quieres un poco de café? —preguntó Chico.

La muchacha tomó la taza que él le tendía y pareció aún más sorprendida. Él pasó

por su lado, en dirección a la puerta.

La fregadera y las encimeras estaban llenas de platos. La mesa estaba atestada de basura. Una bolsa de basura, debajo, se había roto.

Fuera de la puerta mosquitera, el cielo gravitaba y se retorció como una cosa encadenada.

Chico se detuvo en el linóleo lleno de basura y alzó las manos a su rostro...

Había olvidado las hojas.

Apretó el talón de su otra mano contra uno de sus ojos. Limpio metal y sucia carne... Acercó más su mano armada, hasta que el metal cosquilleó contra su mejilla.

Más allá del metal y la piel y la puerta mosquitera o los techos de madera al otro lado de la calle, el cielo corría y se ampollaba y goteaba sobre sí mismo.

Jugaré en otro momento a este juego, pensó. En algún otro momento. Cuando vaya a hacer alguna otra cosa. Estoy cansado. No es complicado. Simplemente estoy cansado.

Se frotó el ojo hasta que puntos claros aparecieron en sobreimpresión sobre hojas, mano y cielo.

Estaban riendo en la otra habitación.

¿Qué deseo yo aquí?

¿El muchacho?, pensó, para verlo caer. Aún sigue gustándome, ¿no? Pero me aburre ya (pensando: Todo lo que garantiza eso es que aún me sigue gustando.)

Lanya, pensó furiosamente Chico, se ha ido. ¿Por qué? Porque soy imposible. Y se dio cuenta, con asombro, que lo que deseaba era a ella.

Una doble risa, separada en la de un muchacho y la de una chica. Cuando pasaron junto a él, cogidos de la mano, miró rápidamente hacia otro lado. Denny no lo hizo.

Chico sintió que su expresión cambiaba, sin estar seguro de a qué. Pero hizo pararse a Denny.

—Sal de aquí —le dijo Denny a la chica.

Ella miró del uno al otro, desconcertada y... ¿ansiosa? Luego volvió a la sala de estar.

Al cabo de un segundo, Chico dijo:

—A tu amiga no le gusto mucho.

Los hombros de Denny hicieron un movimiento, pequeño y brusco.

—Le resultas muy agradable.

—Y un infierno. —Quizá, pensó Chico, debiera decirle que se fuera, como él se lo ha dicho a ella—. Ven aquí.

Denny se le acercó.

Chico buscó en su bolsillo la pila de Tak.

—¿Quieres ponerme esto por mí?

El rostro de Denny hizo una serie de movimientos, pequeños y extraños como sus

encogimientos de hombros. Efectuó rituales, pensó Chico. Ellos intentan comprenderlos; y forzó el recuerdo de los ojos verdes de Lanya, cerrados.

Denny trasteó con el proyector. (La cadena cosquilleó en el pecho de Chico). Mordiéndose el labio inferior, Denny abrió la esfera. Empujó la pila entre los clips con el pulgar.

Chico agitó dedos libres y enjaulados sobre las hojas y dejó que su mano oscilara hacia los pantalones de Denny.

—Has tenido una erección.

—Lo sé. —Denny frunció los labios y cerró la caja del proyector. Encajó con un clic.

—Ya está. —Sin alzar la vista, se dio la vuelta hacia la puerta.

Chico metió el pulgar entre sus propias piernas y, como si fuera un gancho, sacó sus genitales por la bragueta.

—Hey, date la vuelta.

Denny se dio la vuelta.

—Y sonrío.

Denny se echó a reír, y luego intentó detener la risa. Agitando la cabeza, dijo:

—Estás realmente loco. —Y se fue.

—¡Jesucristo! —Trece se abrió camino junto al muchacho—. ¡Hey, es el Chico! —Se volvió y repitió a Smokey, como un reflejo suyo detrás de su hombro—: Es el Chico. Hey, Chico, me dijeron que estabas por aquí, pero pensé que ya te habías marchado. ¿Cómo estás?

Chico asintió con la cabeza. La puerta se cerró tras ellos. No hay espacio en esta cocina para toda esa gente, pensó Chico.

—¡Me alegra verte! —Trece le devolvió la inclinación de cabeza—. Antes de que te vayas. Quiero decir —sujetó la correa de la cantimplora que colgaba de su hombro—, te marchas, ¿no?

—No lo sé.

—Quiero decir, puedes quedarte tanto tiempo como quieras. Para mí estupendo. Han traído ahí dentro a todos esos malditos tipos raros. Me alegra tener a alguien como tú, ¿sabes? De veras.

—Gracias —dijo Chico, y se preguntó qué era lo que deseaba Trece.

—Hummm —dijo Trece, evidentemente incómodo—. Hum... Alguien me dijo que has estado jodiendo por ahí con los chicos, ¿eh?

—¿Eh?

—Quiero decir, alguien os oyó hacerlo ahí arriba en el altillo. ¿Sabes? —Trece sonrió; y seguía pareciendo incómodo—. Quiero decir, ¿cuántos años tienen? ¿Quince? ¿Dieciséis? Quiero decir, me siento algo así como responsable de ellos, porque no son tan mayores como eso, ¿entiendes?

—Yo no estaba jodiendo con ellos. Ellos estaban jodiendo conmigo.

—Oh —dijo Trece, y asintió—. Son demasiado, ¿verdad? Quiero decir, no me preocupa lo que hagas, hombre. No se trata de una cosa moral. —De pronto tendió la mano hacia atrás y atrajo a Smokey debajo de su brazo—. Quiero decir: Smokey, aquí, tiene, ¿cuántos años tienes, amor? ¿Dieciocho? Y yo digo, diecisiete, dieciocho, no hay mucha diferencia. Es sólo que no deseo ver que nadie les haga daño, ¿entiendes?

—No he salido a hacerle daño a nadie.

—Sí, hombre. Seguro. —Trece asintió enérgicamente—. No creí que lo hicieras. Es sólo que, bueno..., algunas personas sí lo *hacen*, eso es todo. Hey, ven dentro y echa una fumada conmigo, ¿hey? Quiero decir, si te apetece.

Chico dejó que su mano enjaulada cayera blanda a su costado.

—Quiero decir, quizá más tarde, si quieres. —Trece sonrió de nuevo.

—Es bueno que tú... no quieras que nadie resulte lastimado.

Trece vaciló.

—Gracias. —Apretó a Smokey un poco más fuerte, y pasaron junto a Chico en dirección a la otra habitación, mientras alguien al otro lado de la puerta decía:

—¿Hola...?

Ella y su sombra en la mosquitera estaban fuera de registro.

—¿Chico? ¿Eres tú...?

La puerta se abrió..., ella y el recuerdo de ella lo hicieron también.

Ella le miró, y pequeñas cosas ocurrieron a su boca, que tanto podían ser preparativos para echarse a reír como para lanzar recriminaciones; y otras pequeñas cosas ocurrieron en sus ojos verdes.

—Oh, ¡hey...! —dijo él de todos modos, porque algo estaba insinuándose en su pecho. Ascendió para caldear su rostro, le dejó sonriendo y entrecerrando los ojos—. Hey, me alegra que tú... —Sus brazos se tendieron. Ella y el recuerdo de ella (la puerta mosquitera crujió) entraron juntos. Su mejilla se aplastó contra la de él, su risa rugió feliz en su oído—. ¡Oh, hey, me alegra que vinieras! —Sus brazos se habían cerrado en la espalda de ella..., uno ligeramente separado de su cuerpo (y estremeciéndose con deseos a acercarse más) a causa de la orquídea.

Ella se apartó un poco.

—¿Estás seguro? —y le besó—. Yo también me alegro.

La besó..., fuerte, largo, perdiéndose en el beso (y su mano colgó, perdida en aire y metal; cerró los dedos, los aflojó), hasta que notó la cosa en el bolsillo de su blusa, clavándose.

Se echó hacia atrás: al lado de la armónica de ella estaba el bolígrafo de él.

Ella le vio mirar y dijo:

—El camarero en Teddy's me pidió que te lo diera. Dijo que lo dejaste caer allí...



—y entonces él la besó de nuevo (siguió clavándosele); la siguió abrazando.

Ella se echó hacia atrás una vez más, frunciendo la nariz.

—Algo huele bien. —Miró a su alrededor, se dirigió a la puerta de la sala de estar (él la siguió), asomó la cabeza con una mano en el blanco marco—. Hey, Pesadilla..., ¿hay algo más aquí aparte de café?

—¿Quieres un poco, corazón? —la voz era la de Dragón Lady—. Sírvete tú misma.

Chico la observó cruzar la estancia, se reclinó en el marco de la puerta.

Ella se agachó para llenarse una taza —primero miró dentro de ella; alguien debía haberla usado ya, pero se encogió de hombros— del pote esmaltado. Una vez alzó la vista hacia él, apartó un mechón de pelo de su frente, sonrió. Tomó la taza y regresó. El calor dentro de él creció.

En el canapé, la chica de Denny y Jetadecobre estaban dedicados a alguna especie de juego ceremonioso, brindando con sus tazas y riendo.

Pesadilla estaba diciendo:

—¡No puedo pasarme todo el día en este lugar! Hey, Dragón Lady, ¿vas a venir conmigo? Quiero decir, no puedo pasarme...

Una mujer extrajo dos morenos brazos de debajo de una manta, se desperezó con temblorosos puños.

Dragón Lady y Adam estaban murmurando acerca de algo, marrón oscuro y marrón claro en dos cabezas muy juntas. Adam se restregó las cadenas.

De pronto apareció Baby. Entre la débil pelusa de un recién brotado bigote, su nariz había goteado sobre su labio superior. Sujetaba entre unos dedos huesudos y *de sucias uñas* un bol de cristal tallado, escarchado en los bordes con azúcar.

—¿Queréis un poco? —Hizo un gesto con la barbilla hacia el mango de la cuchara sopera.

—No, gracias —dijo Lanya.

Chico agitó también la cabeza. Baby dijo:

—Oh —y se alejó.

Lanya tendió su taza para que Chico diera un sorbo. Él adelantó sus manos para guiar las de ella. Una hoja golpeó contra el asa; la retiró, notó los ligamentos del dorso de la mano de ella con la otra.

El café chapoteó ligeramente en la parte de atrás de su lengua; tragó. El vapor hormigueó en su nariz.

Ella retiró la taza; bebió; dijo:

—¡Está fuerte!

—¡Hey, Baby! Espera... ¡vuelve aquí, Adam! —gritó Dragón Lady, volviéndose irritada—. ¡Venid aquí inmediatamente!

A través de alguna puerta, no la de la cocina, un montón de gente entró en la casa.

Lanya frunció el ceño, parpadeó.

Mucha gente entró en la habitación. Rostros café, chocolate y tamarindo, manos y hombros empujándose, dando vueltas, mientras las cadenas colgaban de recios y enjutos cuellos bajo enormes peinados con dimensiones de pelotas de playa. Dos de los hombres estaban discutiendo, mientras un tercero agitaba un brazo tan flexible como una culebra negra para calmar a uno de ellos:

—¡Vamos, hombre! ¡Oh, vamos, hombre! Vamos...

Un mínimo de media docena de rostros blancos quedaron tapados o eclipsados antes de que Chico pudiera fijarlos en su memoria. La mayor parte de los demás, negros y otros, los reconoció como componentes de la incursión a Emboriky's. Un tipo del color de la caoba oscura, con una chaqueta de vinilo negro, se detuvo junto al canapé para lisonjear a Jetadecobre, mientras un tímido blanco, sin chaqueta y escorpión sólo por las cadenas (su barriga y pecho estaban cruzados por una sola y larga cicatriz, aún costrosa y rosada) se paraba a su lado, aguardando para hablar. En trío, parecían extrañamente familiares. El negro con el vinilo era el que se había mostrado amistoso hacia él en el grupo de Denny, en los almacenes.

Una mano del color de un neumático viejo aterrizó bruscamente sobre el hombro de Lanya, otra sobre el de Chico; la cabeza, con un peinado muy corto a cepillo, se agitó entre ellos; el largo cuerpo negro, bajo las oscilantes solapas de la chaqueta y las colgantes vueltas de la cadena, olía acremente a sudor, y su aliento, sobre unos pequeños dientes y un pesado y colgante labio inferior, apestaba a vino.

—Mier-da... —pronunció, en dos sílabas claramente diferenciadas.

—Hey, Destripador —dijo Lanya—, ¡lárgate! —Chico se sorprendió de que ella conociera su nombre.

Pero Destripador —sí, era Jack el Destripador— se fue.

Una robusta muchacha blanca con un brazo tatuado estaba hablando con Pesadilla cuando otros dos negros se unieron al coloquio, hablando con voz fuerte. Pesadilla, con voz más fuerte que ellos, cortó la discusión:

—Hombre, no puedo ir todo el día *por ahí*...

—Vámonos —dijo Chico a Lanya—. Quiero hablar contigo.

Los ojos de Lanya se desviaron de la estancia al rostro de Chico.

—Está bien.

Él hizo un gesto con la cabeza para que ella le siguiera.

Rodeando a una persona y pasando por encima de otra, llegaron al pasillo de entrada.

El ruido entró en erupción y rodó y se aceleró.

Buscando la habitación con el altillo de Denny, Chico abrió la segunda puerta que vio. Pero había demasiada luz...

Siam, sentado sobre una caja al lado del canalón verde, dijo:

—¡Hey! —y apoyó el periódico sobre sus rodillas. Miró a Chico con una sonrisa que se transformó en sorprendida confusión—. Estaba..., estaba leyendo el periódico. —Su piel empezaba a escamarse en el borde del vendaje, sobre su mano. Siam ofreció de nuevo su amarronada sonrisa, se lo pensó mejor, la retiró—. Sólo estaba leyendo el periódico.

—Se puso en pie; el periódico cayó al suelo. Las tablas del piso habían sido pintadas en su tiempo de marrón.

No había ni cristal ni mosquitera en la amplia ventana del porche. La ciudad descendía colina abajo.

—Puedes ver... hasta tan lejos —dijo Lanya tras el hombro de Chico. Dio otro sorbo a su café—. No acabo de entender cómo puede verse hasta tan lejos desde aquí.

Pero Chico seguía frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso?

Más allá de las últimas casas, más allá del propio grisor, en un lugar que podía marcar el horizonte, ardía un bajo y luminoso arco.

—Parece como el sol asomándose —dijo Lanya.

—No —dijo Siam—. Estamos a media tarde. Quizá sea... —Miró de nuevo a Chico, se detuvo.

—Quizá sea un incendio —dijo Chico—. Es demasiado ancho para ser el sol.

Siam entrecerró los ojos. El arco era rojizo. Más allá de la cuchillada del parque, unas cuantas casas aquí y allá estaban tocadas por una pincelada de cobre que, en la bruma, palidecía hasta casi un dorado blanco.

—A veces —dijo Siam—, cuando ves la luna muy cerca del horizonte, así, parece mucho más grande. Quizá le ocurra lo mismo al sol, a veces.

—Pero acabas de decir que estamos a media tarde. —Chico entrecerró también los ojos—. Además, *sigue* siendo diez veces demasiado grande. —Miró a Lanya—. Vamos.

—De acuerdo. —Lanya cogió su mano, la envuelta en hojas, deslizando sus dedos entre el metal para sujetar dos de los suyos.

Volvieron a entrar al pasillo.

La habitación con el altillo de Denny no tenía puerta.

—Si no hay nadie ahí dentro, podremos hablar —dijo Chico.

—¿Quieres un poco más de café?

—No.

Ella terminó la media taza que le quedaba (mientras él se preguntaba lo caliente que podía estar aún) y la dejó sobre una tabla de planchar atestada de cosas, detrás de la moto.

—Sube al altillo.

Ella subió, miró hacia atrás.

—No hay nadie aquí.

—Sube.

Ella trepó por el borde; primero una zapatilla de tenis, luego la otra, desaparecieron.

Él subió tras ella.

—Mira —dijo ella, mientras él apoyaba su otra rodilla en la plataforma—. Vine porque deseaba disculparme por haber sido tan..., bueno, ya sabes. Yéndome de aquella manera. Y mostrándome tan furiosa.

—Oh —dijo él—. Está bien. *Estabas furiosa*. Me alegra que hayas venido. —Se sentó con las piernas cruzadas, con un puño cerrado apoyado sobre las mantas, observando la silueta de ella a contraluz de la ventana—. Ahora, ¿cómo sabías que yo estaba aquí? —Deseaba apoyar su cabeza en el *regazo* de ella; deseaba hundir su rostro entre sus piernas—. ¿Cómo me encontraste esta vez? ¿Quién me vio entrar aquí esta mañana y vino corriendo a decírtelo?

—Pero si éste es el lugar donde dijeron que habías estado desde...

—¡Ya sé! —Se echó hacia atrás, rió secamente—. ¡Me he ido por otros cinco días! ¿Correcto?

La silueta frente a él frunció el ceño.

—O seis. O diez... La gente ha estado hablando de nuevo de mí, diciendo cómo he estado viviendo aquí, corriendo con los escorpiones, dejándome ver. —Deseó sujetar las mejillas de ella entre sus ásperas y feas manos—. Te he estado viendo cada día desde que te conocí... —Dejó caer las manos, la armada y la desarmada, sobre sus piernas, donde se juntaron hueso y músculo y cadena y piel y nervio y metal, todo mezclado, pesado, confuso y restrictivo—. ¡Ya lo tengo! —dijo, tragó saliva—. Eso es lo que *parece*. Para mí...

Ella dijo:

—Ésa es una de las cosas de las que quería hablar. Quiero decir: después de que te dejara dormido, en la iglesia, pensé que tal vez desearas *saber* algo de lo que ocurrió mientras tú... estabas fuera. Me dijiste que me habías buscado en la comuna del parque. Pensé que tal vez desearas saber lo que ocurrió allí después de que aquel tipo con la escopeta...

—Yo... —dedos y metal y arnés se agitaron en sus rodillas—. Yo no... Quiero decir, vivo en una ciudad. —Movié las manos, pero no pudo alzarlas—. Quizá tú vivas en otra. En la mía, el tiempo... deriva. Va hacia adelante y hacia atrás, se da la vuelta y muestra lo que hay... debajo. Las cosas cambian. Sí, quizá puedas explicarlo. En tu ciudad. En tu ciudad, tú estás cuerda y yo estoy loco. ¡Pero en la mía, *tú eres* la que está ida! ¡Porque no dejas de decirme cosas que están ocurriendo y que no encajan con lo que yo veo! Quizás ésta sea la única ciudad en la que yo pueda vivir. ¿Un tipo con una escopeta? ¿En el parque? —Se echó a reír, roncamente—.

¡No sé si *quiero* vivir en la tuya!

Ella guardó silencio; por un momento él vio su cabeza agitarse ante alguna idea; pero ella decidió no expresarla, y segundos más tarde decidió expresar otra:

—¿Dijiste que me viste, ayer por la noche..., en la iglesia? ¿Y luego, antes de eso, ayer mismo..., por la mañana? ¿En el parque? De acuerdo. Aceptaré que así es como te parece, si tú aceptas que a mí no me parece así. De acuerdo. —Hizo un gesto hacia la rodilla de él, no llegó a tocarla—. Siento curiosidad hacia tu... ciudad. Pero pregúntame también acerca de lo que ocurre en la mía. Quizá algo de aquí pueda ayudarte.

—¿Tienes mi bloc de notas?

—Sí. —Sonrió—. Imaginé que te habías cansado de él, simplemente lo abandonaste en el suelo detrás de ti. Has escrito algunas cosas extrañas ahí dentro.

—¿Mis poemas?

—Ésos también —dijo ella.

Lo cual le hizo fruncir el ceño, porque algo de su calor, aún sin definir, estaba conectado con el deseo de escribir.

—Me alegra que lo tengas tú. Me alegra que hayas venido a verme. Porque yo...

Ruido de pasos abajo.

Y la cabeza de Denny se asomó por el borde de la plataforma.

—Hey, mira. Es... oh. Tú. —Denny siguió subiendo sobre alguien que lo hacía detrás de él.

Ella se detuvo con su cabeza apenas visible, y reconoció a Chico con un ceño fruncido que se resolvió en resignación, luego subió el resto del camino, los pechos oscilando debajo del jersey azul.

—Hum..., este altillo es de él —dijo Chico a Lanya.

—Así es —dijo la muchacha—. No es mío. Toda la basura que hay aquí es de él. Vinimos sólo para alejarnos un poco de toda la gente.

—¿Sabes? —dijo Chico—, en vez de contarme lo que ocurrió mientras yo estaba aquí, tendrías que averiguar lo que ha estado ocurriendo aquí mientras tú estabas ahí fuera.

—Seguro —dijo Lanya—. ¿Qué fue?

—En primer lugar, he estado jodiendo con esos dos. *Eso* pareció como si durara días...

Denny agitó la mandíbula.

La muchacha suspiró ligeramente.

—Denny es un buen jodedor —dijo Chico—. Ella también lo es. Pero a veces la cosa se vuelve un poco agitada.

—¿Denny...? —dijo la muchacha.

Denny, sentado sobre sus talones, clavó sus ojos primero en Lanya, luego en

Chico.

—Quizá —dijo Chico, y abrió bruscamente las manos— tuviéramos que volver a joder todos un poco. Quiero decir los *cuatro*. Eso tal vez funcionara mejor...

—Denny —dijo la muchacha—, se supone que tengo que ir a algún sitio con Jetadecobre y sus amigos. Te lo *dije* antes. Mira, voy a...

—Oh —dijo Denny—. Sí, está bien.

—¿Estás segura? —preguntó Chico a la muchacha—. Quiero decir, toda la idea ha surgido porque pensé que tal vez hiciera *sentirte* mejor si...

La muchacha se dirigió hacia el borde de la plataforma.

—Mira —dijo—. Es probable que estés intentando ser amable. Pero simplemente no comprendes. Ése no es *mi* estilo. Quizá sea el suyo. —Indicó con la cabeza a Denny—. No lo sé... ¿es el tuyo? —eso a Lanya.

—No lo sé —dijo Lanya—. Nunca lo he probado.

—A mí no me importa que alguien esté *mirando* —dijo la muchacha—, si es un amigo. Pero lo que estuvimos haciendo —se encogió de hombros— no es lo mío. —Empezó a bajar de la plataforma, se detuvo de nuevo, sólo asomando la cabeza—. Denny, te veré luego. Adiós —con el mismo tono que Chico recordaba del apartamento en el piso dieciséis de los Labrys. Un segundo más tarde ella tropezó con algo, lanzó un sorprendido y rígido—: Mierda... —y desapareció.

Chico miró a Denny, luego a Lanya, luego de nuevo a Denny.

—Nosotros... —empezó—. Nosotros solamente... pensamos que podíamos usar tu altillo porque, bueno, porque había tanta gente por ahí. Como ella dijo: una multitud.

—Está bien —dijo Denny. Cruzó los brazos—. ¿Os parece bien si mira?

Lanya se echó a reír y se reclinó contra el borde de la ventana. Una cicatriz de luz de un lado de la persiana incidió sobre su pelo.

Denny la miró.

—Eso es lo que me gusta hacer. A veces, quiero decir, puesto que éste es mi lugar. Él lo sabe.

—Seguro —dijo Lanya—. Eso es razonable. —Asintió, se echó a reír de nuevo.

—Sólo lo estábamos usando para *hablar* —dijo Chico.

—Oh —dijo Denny—. Yo pensé..., puesto que dijisteis que podíamos todos..., ya sabes. Los cuatro.

—Vivís en una extraña ciudad —dijo Lanya—. Quizá yo también. —Miró a Denny—. ¿Dónde vives?

—Precisamente aquí. —Denny frunció el ceño—. La mayor parte del tiempo.

—Oh. —Al cabo de un momento, Lanya dijo—: ¿Vosotros dos lo habéis hecho? ¿Por qué no volvéis a hacerlo, entonces —sacó sus pies calzados con zapatillas de tenis de debajo de ella, alzó las rodillas, dejó caer sus puños, juntos, entre ellas— y

yo miro? He estado en otra habitación mientras dos tipos jodían. Pero nunca he estado en la misma cama. La idea no deja de excitarme.

Chico dijo:

—Yo sólo pretendía...

—Lo sé —dijo Lanya—. Quieres que Denny y yo jodamos, y tú quieres mirar. Bien... —se encogió de hombros, se echó hacia atrás el pelo y sonrió—. Creo que eres agradable —a Denny—. No me importaría.

—Hey —dijo Denny—, no sé si... —y cambió a otro registro emocional—: Porque, ¿sabes?, eso es lo que estábamos... —y a otro—: antes. Estuvo bien. Pero... —Se inclinó hacia delante sobre sus puños, bajó las piernas—. Se trata sólo de que no era su... —miró por encima del borde de la plataforma—. Como ella dijo. Y nunca lo había hecho antes de *esa* forma, tampoco.

—Oh —dijo Lanya, juntando los codos.

Chico pensó: Sigo sin saber su nombre.

—Hey —dijo a Lanya—, ven aquí.

Lanya frunció los labios, dudó con envarados brazos; luego los relajó. Avanzó.

—Tú también, mamoncillo. —Denny prácticamente se dejó caer a su lado. Chico abrazó el cuello del muchacho con el hueco de su brazo. Las hojas oscilaron más allá del rostro de Denny, apenas visibles a la media luz. Chico apretó su otro brazo en torno a los hombros de Lanya, su mano una hombrera sobre su blusa, sobre su clavícula, sobre sus músculos.

—Si no participas en el juego, no miras.

Él había planeado abrazarla con afecto, quizá decir algo gracioso, luego abandonar el asunto. Pero, por un momento, fue consciente de que había dos temperaturas completamente distintas; y algo en su propio calor era definido, centrado, decidido. Y Denny (su hombro cálido y sin embargo de nuevo seco como polvo) tendió una mano sobre el pecho de Chico, apoyó dos dedos en la mejilla de Lanya (su cuello contra el brazo de Chico era más frío y blando, como si hubiera sido secado recientemente tras una lluvia) y dijo:

—Eres... —y se detuvo cuando ella tendió también su mano y apoyó la palma contra el cuello de Denny.

Chico dijo:

—Sí...

Ella miró, algo ocurrió en su rostro que se convirtió en una suave risa, sus ojos fueron de Chico a Denny y de Denny a Chico, y se acercó un poco más.

La cabeza de Denny se movió de pronto. La respuesta de su risa fue seca, estridente. Sin embargo, cualesquiera que fuesen las tensiones que había tras ella, se disiparon.

—Abre tu boca después de lo de esta mañana, mamoncillo —dijo Chico—, y no

voy a dejar que vuelvas a meterte en ella mi aparato...

—Chico... —la protesta de Lanya era auténtica.

Pero Denny sujetó a Lanya por el antebrazo, giró su rostro contra la palma de ella.

Algo en la maquinaria entre el vientre y los riñones de Chico se tensó. Denny estaba intentando montar sobre él. Chico movió una pierna entre ellos..., algo raspó. Lanya se apoyaba sobre un codo. La mano de Chico se deslizó por su espalda. Es torpe, pensó Chico. ¡Es torpe! Y una desesperación que había estado intentando mantener en suspensión durante... ¿cuánto tiempo?, se quebró. Pensó que iba a echarse a llorar. Lo que brotó fue un gran e inarticulado jadeo.

Denny inclinó su cabeza contra la mano de Lanya, que estaba sobre el pecho de Chico. Luego dijo, en voz muy baja:

—¿Vamos a quitarnos la ropa... esta vez?

Lanya movió su otra mano y la hizo descender por la cabeza de Denny, hasta que estuvo sujetando su oreja.

—No tires —dijo Denny.

—No estoy tirando —dijo ella—. Estoy haciendo cosquillas.

—Oh —dijo Denny. Y luego—: Eso es agradable. —Y luego, alzando la cabeza —: Creo que sería mejor que le quitaras *esa* cosa... al menos.

(Chico miró su mano aún en el aire. Había tranquilidad en la otra habitación.)

Lanya se sentó bruscamente.

—Oh, sí. Seguro. —Adoptó una de sus extrañas expresiones—. ¡Ni siquiera me había dado cuenta!

Arrodillándose sobre él, tomó la muñeca de Chico, soltó el cierre. Chico se sintió completamente asombrado cuando las manos de Denny se unieron con las de ella y, sin ningún esfuerzo, las hojas se abrieron, cayeron: el arnés fue alzado de su hormigueante muñeca.

Lanya depositó la orquídea en el alféizar de la ventana, junto a la persiana, donde quedó erguida, como una larga y brillante corona.

Chico giró su mano libre en el aire, contemplando las hirsutas articulaciones y las arruinadas puntas flexionarse, las callosas palmas y nudillos doblarse, abrirse, hasta que, cansada, empezó a oscilar y cayó. Alguien trasteó en su cinturón. Alguien tiró del hombro de su chaqueta. Se echó a reír, volviéndose, mientras a través de alguna puerta en alguna otra habitación un montón de gente se iba.

Hicieron el amor.

Fue energético. Fue vívido. Fue intenso. Había un calor que se agitaba en torno y entre ellos. Había calores que se movían a su alrededor, entre él y cada uno de los otros. En un momento determinado, con los ojos cerrados contra la húmeda manta, movió su mano a través de la caja torácica de ella, rascando debajo de sus pechos con el nudillo de su pulgar (ella contuvo la respiración...) hasta que alcanzó su brazo (...)



luego la dejó escapar), y lo siguió longitudinalmente hasta donde su codo se doblaba sobre el vientre de Denny, y más allá hasta donde su mano sujetaba el pene de Denny.

Al cabo de unos momentos, su mano cayó hacia un lado, contra el dique de su cadera, lo cruzó. Apretó las puntas de sus dedos en el vello sobre su hueso púbico, las deslizó hacia abajo y los curvó, apretó hacia dentro. Primero uno, luego otro, acarició sus genitales. Finalmente se puso de rodillas, apoyó una rodilla al otro lado de ellos, les observó observarle, parpadeó. El sudor corría por su mejilla. Una gota se prendió en sus pestañas y osciló. Agitó la cabeza.

¿Es *sólo* una hora, pensó, la que ha marcado los cuatro orgasmos de tres personas? Ahora sé por qué, aunque los prolegómenos pueden ser delineados con todo su fascinante y psicotrópico detalle, un poeta debe usar asteriscos o papel en blanco para una mecánica orgásmica que sea satisfactoria: se abre hacia algo tan enorme que no puedes comprender por qué, cuando el sexo es algo *tan* bueno, puedes decir: «El sexo no es la parte más importante», y sentir que esas palabras son el análogo de alguna sombra de verdad.

Luego recordó, entre sus autopontificaciones, que había otras *dos* personas que tenían que mostrarse de acuerdo con él antes de que pudiese siquiera sospechar que tales divagaciones eran correctas. Sonriendo, se empujó con sus manos, trepó sobre uno de ellos (se detuvo para observar el dormido rostro vuelto hacia arriba, los labios momentáneamente apretados, las aletas de la nariz agitándose, dos dedos alzados para rascarse la nariz y luego bajados de nuevo, todo ello en mitad del sueño), miró al otro (éste de lado, los labios entreabiertos, el párpado inferior dejando ver a través de una ligera rendija un atisbo del blanco de abajo, el aliento susurrando contra apretados nudillos) y, después de tomar el bolígrafo del bolsillo de Lanya y meterlo por el ojal inferior de su chaqueta, bajó, arrastrando sus ropas detrás de él.

Si despiertan, se dijo, pensarán que he ido al cuarto de baño.

En la puerta se puso los pantalones, la chaqueta. Había una línea fría contra su pecho..., el bolígrafo. La cadena en torno a él era cálida. Pasó las puntas de los dedos a lo largo de ella, preocupado e intentando recordar por qué.

Recorrió el extrañamente tranquilo pasillo, fue a la puerta del porche, la abrió. Y parpadeó. Había trapezoides de oro en la parte alta de la pared de planchas superpuestas. Su húmeda piel se vio bañada de bronce. Cada pelo de su antebrazo relució ámbar.

Oyó su propia y pesada respiración; cerró la boca.

Bajando la vista hacia su pecho, antes de que su visión se borrara entre lágrimas, vio que un prisma había derramado sobre su piel una pequeña cadena de color.

La casa permanecía perfectamente silenciosa a sus espaldas.

Se frotó los ojos, agitó la cabeza.

El lagrimeo, al menos, cesó.

Alzó de nuevo los ojos, miró otra vez por la ventana del porche hacia el horizonte...

Cuando se trasladó por primera vez a la ciudad de Nueva York para ir a Columbia, se había llevado con él un pánico absoluto a la Bomba. Era octubre; no había clases el jueves por la mañana, estaba medio dormido sobre las sudadas sábanas de un persistente verano indio. Las sirenas lo despertaron..., no recordaba que estuviera prevista ninguna prueba de emergencia. Un avión a reacción rugió en alguna parte del cielo. Se estremeció, e inmediatamente intentó desechar el estremecimiento con la lógica. Éste es el tipo de coincidencia, pensó, parpadeando ante la deslustrada ventana, que puede arruinar un buen día.

Entonces la ventana se llenó con una cegadora luz amarilla.

Saltó de la cama, llevándose las sábanas con él. Su garganta se congestionó y su corazón estalló mientras observaba como el fuego dorado se extendía de ventana a ventana en el edificio al otro lado de la calle.

¡La bola de fuego!, pensó, más allá del dolor en su aterrado cuerpo. Ahora llega la luz. La onda de choque y el sonido llegarán en cuatro segundos; cinco segundos, y estaré muerto...

Cuatro segundos, cinco segundos, siete segundos, diez segundos más tarde, seguía de pie allí, tembloroso, jadeando, intentando pensar en algún lugar donde esconderse.

Las nubes, en una coincidencia de combinaciones, se habían apartado del sol. El avión había desaparecido. La radio-despertador en la estantería señalaba el mediodía. La sirena bajó de tono, disminuyó su intensidad, y cesó.

Lo que sintió entonces fue un activo terror.

Lo que sentía ahora era su pasivo equivalente.

No podía ser una bola de fuego, pensó. Eso era imposible.

Más allá de la bruma, brillaba a su través como brillarían la luna o el sol por entre un velo de nubes. Era del color del amanecer: quizá se había alzado una sexta parte del círculo, cortado en secante por el horizonte. Pero ya era, ¿qué? ¿Un centenar? ¿Trescientas? Seiscientas veces el área de la ficha de póker de platino que recordaba como el sol.

¡...Si el sol se convierte en nova!, pensó. Aferró aquella información entre los alocados latidos de su corazón: ¡Si era eso, entonces la Tierra herviría en unos segundos! Su corazón se detuvo. ¡Qué hecho estúpido para basar la confianza de uno ante aquella luz!

Las nubes sobre la mitad del cielo eran un holocausto de peltre y pálido oro.

¿Era cálida la luz?

Se frotó su bronceado antebrazo.

El verdegrisáceo canalón en la pared goteaba chapoteos fundidos sobre el lodoso

desagüe. El papel arrugado metido contra el marco de la ventana trazaba filigranas de sombra sobre la pared a su lado.

Cuando había creído que había caído la bomba, allá en Nueva York, se había quedado con una tremenda energía, había caminado de un lado para otro y meditado y buscado algo que hacer con ella, y había terminando simplemente saliendo a dar un paseo.

Puedo estar muerto, pensó, en... ¿segundos, minutos, horas? Miró con los ojos fruncidos hacia el brillante arco, con una anchura ya de quizá treinta edificios. El pensamiento le vino con una absurda frialdad: voy a tener que escribir algo.

Se sentó rápidamente en el suelo (pese a los callos, observó de nuevo que era mucho más fácil distinguir texturas en las irregulares tablas con el pie que mantenía desnudo que con el que calzaba la bota), tomó el periódico que Siam había dejado caer desde encima de la caja. (Sus pantalones tiraron de su piel en el lugar donde se había raspado la rodilla trepando al altillo.) El *Times* tenía a menudo frecuentes espacios en blanco, irregularmente distribuidos. Pasando las páginas, vio uno, y sacó su bolígrafo del ojal de la chaqueta.

Tenía una madre, tenía un padre. Ahora no recuerdo sus nombres. No recuerdo el mío. En otra habitación están durmiendo dos personas que están más cerca de mí en muchos años y miles de kilómetros, hacia quienes, en esta aterradora luz, podría casi admitir amor.

Abrió las páginas y les dio la vuelta, y colocó el periódico sobre la caja. Las páginas eran amarillas a la nueva luz.

Y no había ningún espacio en blanco.

El cuarto inferior de la página lo formaba un recuadro publicitario. Enmarcadas en las líneas, letras de cinco centímetros anunciaban:

ORQUÍDEAS

DE COBRE

En letras más pequeñas al lado del título, en cursiva, resaltadas entre comillas, había líneas de versos.

Moduló con la boca: «... a este incienso...», y se detuvo. Echó hacia atrás la cabeza ante el helor en su nuca (y cerró los ojos contra la luz: en el interior de sus párpados quedó el color del arco naranja), abrió los ojos para mirar el periódico. Había leído mal: «... esta incidencia...» Expulsó el aliento.

¿Por qué habían tomado esas estrofas?, se preguntó. Sin las dos de antes o la de después, significaban... ¿nada? Meditó, perplejo, en la guillotizada imagen, metiendo y sacando la punta del bolígrafo.

¿Cuál era el propósito de aquello?

(¿Qué había deseado escribir?)

Su frente se humedeció; su ojos se desviaron hacia la columna a la izquierda

del... anuncio; y se anclaron en «... Newboy...» Fue al principio, para liberar la confusión:

*Hemos perdido a nuestro poeta residente: para ser precisos, a las seis y media, después de un desayuno de despedida preparado por la señora Alt. El profesor Wellman, el señor y la señora Green, Thelma Brandt, el coronel Harris, Roxanne y Tobie Fischer estaban entre los huéspedes que se levantaron a tiempo. Tras una apresurada segunda taza de café, nuestro chófer, Nick Pedaikis, llegó desde Wells Cottage para conducir a Ernest Newboy hasta Helmsford.*

*Un emocionante incidente en la lamentada partida; un joven al que el señor Newboy estuvo animando con su poesía llegó para dedicarle un admirado adiós con la mano en la embocadura del Pons Asonorum de Bellona. Así, otra celebridad se nos marcha, amigos. Pero Bellona, parece ser, y pese a todos sus empobrecimientos, alberga miríadas de fascinaciones.*

*Hemos oído rumores de la llegada de nuestro más reciente huésped; de todos modos, francamente, hemos tenido algunas dudas acerca de si su visita es tan cierta como parece. Las comunicaciones con el mundo exterior, como saben todos aquellos que lo han intentado, constituyen en el mejor de los casos un asunto agotador, inexacto y frustrante. ¡Qué conveniente! En el mismo viaje en el que nuestro Nick depositó al señor Newboy al pie de su viaje a Pittsfield, se encontró, a través de unos arreglos tentativos, con el capitán Michael Kamp. Llegaron a Bellona poco después de las tres. El capitán Kamp se muestra indefinido respecto a la duración de su estancia. Somos incapaces de expresar el privilegio que representa el tener entre nosotros a este ilustre caballero en Incienso había brotado como una mala lectura de incidencia; ilustre, ¿hacia eco a ilusión?, se preguntó Chico.*

Alzó los ojos a la brillante vista, los entrecerró, y pensó: el problema de los ojos rojos alucinados, incluso de ese gran ojo rojo alzándose en el cielo...

El pensamiento llegó con una carga de monstruoso confort: Esto es imposible. Dejó de sacar y meter la punta del bolígrafo. Por unos momentos deseó echarse a reír.

¿Alucinación?

Miró la luz, intentó abrir completamente los ojos a ella; le dolieron y se negaron a obedecerle.

¿Había deseado escribir algo?

Aquello ni siquiera era alucinación. Probablemente estoy tendido en una cama, en algún lugar, con los ojos cerrados..., ¿eso es lo que llaman soñar?

Imágenes residuales motearon las paredes.

Apartó la cabeza hacia la oscuridad..., ¿soñando?

Su mejilla estaba apoyada contra una manta. Un brazo agarrotado bajo su costado. Estaba lleno del retintineo que experimenta uno después de haber reído largo rato. Permaneció tendido, intentando recordar qué era exactamente lo que había

pasado, mordisqueándose los dedos hasta que notó el sabor de la sangre. Y siguió mordisqueando.

Lanya se movió a su lado, emitió un lento y soñoliento sonido.

Chico apartó la mano de su boca, cerró fuertemente los dedos contra su palma.

—Hey —dijo—. ¿Estás dormida?

Lanya se desperezó.

—Más o menos... —Bajó la barbilla y contempló la rubia cabeza entre sus caderas—. ¿Cómo se llama?

Chico se echó a reír.

La mano de Denny se desenroscó del muslo de Chico. Luego la rubia cabeza se alzó.

—¿...eh?

—¿Cómo te llamas? —Echó hacia atrás mechones de pelo.

Denny cerró los párpados. Suspiró, sin responder, y volvió a bajar la cabeza.

Esta vez Chico retuvo la risa.

Lanya agitó la cabeza; su mano revolvió el hirsuto pelo que caía sobre la frente de Chico.

—¿Qué tal se portó? —murmuró él, desde algún lugar muy adentro de su pecho.

—¿Mmmm?

—Os oí a los dos mientras estaba algo así como medio dormido. —Acarició la mejilla de Lanya con el hueco de su mano, y ella se volvió para lamer la yema de su pulgar—. ¿Cómo lo hizo?

Ella se volvió de nuevo. Una sonrisa y un fruncimiento de ceño se mezclaron en su rostro.

—No sé con quién de los dos... —Se echó a reír cuando él le dio un tirón en la oreja—. Muy dulce y muy enérgico. —Bajó de nuevo la vista—. Algo así como... arriba y abajo, ¿entiendes? Tiene un buen sentido del humor.

—Así se le puede llamar.

Ella alzó otra vez los ojos; incluso en la sombra, su verde era brillante entre los dedos de él que enmarcaban su rostro.

—Terriblemente, terriblemente dulce, sobre todo.

—¿Y cómo eres tú?

—Mmmmm. —Ella cerró los ojos y sonrió.

—¿Sabes lo que hizo esta mañana?

—¿Qué?

—Me arrastró hasta aquí arriba y dijo que iba a soplármela, y luego trajo a esa muchacha.

Ella abrió los ojos.

—Oh, así es como ocurrió. —Él notó cómo alzaba las cejas—. Bueno, sospecho

que darle la vuelta al asunto es algo así como jugar limpio.

—Quise repetir esa escena...

—Me di cuenta de ello. Tú también eres dulce.

—... pero hay algo curioso respecto a todo el asunto. No me gusta. Quiero decir con ella.

—Eso imaginé. Él también es un jovencito, ¿no? ¿O acaso es otro cara de niño como tú?

—Tiene quince años. Ella diecisiete. Creo.

Lanya suspiró.

—Entonces quizá lo único que tengas que hacer sea darles tiempo para crecer en sus propias perversiones. Y por cierto, ¿cómo estás tú?

—Estupendo. —Chico sonrió—. Realmente estupendo.

Y, riendo, ella empujó su rostro hacia él.

Unas manos treparon por el vientre de Chico; Denny gruñó.

Un codo se clavó en el estómago de Chico. Una rodilla golpeó su rodilla.

—Hey, cuidado —dijo Lanya.

—Lo siento —dijo Denny, y cayó encima de ellos.

El olor del aliento de Denny, con aroma a pino, se unió al de Lanya, que hizo pensar a Chico en helechos.

—Uff —dijo Lanya—. ¿Tendrás la bondad de decirme cuál es tu nombre?

—Denny —dijo Denny con voz fuerte, junto al oído de Chico—. ¿Cuál es el tuyo?

—Lanya Colson.

—Eres la amiga de Chico, ¿eh?

—Cuando recuerda quién soy. —Su mano apretó la muñeca de Chico.

Chico frotó la nuca de Denny con una mano y sujetó a Lanya con la otra. De nuevo notó lo gredosa que era la piel de Denny. La de Lanya era cálida.

—¿Te gusta esto?

Lanya rió y rodeó con sus brazos la espalda de Denny.

—Vivo aquí arriba. —Denny se echó bruscamente hacia atrás—. ¿Te gusta?

Le observaron acurrucarse entre las mantas. La cadera que Chico tenía apoyada contra la de ella era cálida. La parte superior, allá donde Denny había estado, se enfriaba.

—No puedes ponerte en pie —dijo Lanya—. Pero debe ser bueno para sentarse y pensar.

—Me paso mucho tiempo aquí arriba —dijo Denny—. Porque nunca hace tanto calor. Luego, a veces, no subo aquí durante dos o tres días. —De pronto se sentó hacia atrás y tiró de un envoltorio de plástico, colocándolo sobre sus rodillas—. ¿Te gusta esto?

—¿Qué es? —preguntó Lanya, y se inclinó hacia delante.

—Es una camisa —dijo Denny—. Una camisa realmente hermosa.

Chico miró también.

Debajo de la envoltura de plástico, y sobre satén verde, se enmarañaban líneas doradas: las hombreras tenían flecos. Los puños de velludillo llevaban gemelos de oropel y cristal verde.

—La encontré en unos almacenes. —Denny rebuscó detrás de él—. Y ésta otra también.

Hilos plateados bordaban elaboradamente el fondo negro.

—Éstas dos fueron las que más me gustaron —explicó Denny—. Sólo tú puedes llevar una cosa así por aquí. Quizá, si yo fuera a algún otro lugar... —Miro rápidamente a los dos.

Chico se rascó el vello de la entrepierna y se retiró un poco.

Lanya se había acercado un poco más.

—¡Son preciosas!

—¿De qué está hecha ésta? —preguntó Chico.

Lanya apretó la envoltura de plástico con la palma de su mano.

—Es crepé.

—Y también tengo esto. —Denny empujó las camisas detrás de él—. Mirad.

Cuando la tapa de la caja de plástico se abrió con un cliqueteo, los cubos que había en su interior saltaron.

—Es un juego —explicó Denny—. Lo encontré en otros almacenes. Es demasiado complicado para mí, no sé jugarlo, y tampoco tengo a nadie por aquí con quien jugar. Pero me gustaron los colores.

Lanya tomó uno de los cubos verdes. En cada cara había una letra dorada en bajorrelieve: p, q, r, s, o, i...

Denny parpadeó y mantuvo la caja abierta para que ella volviera a colocar la pieza que había cogido.

Lanya la hizo girar entre sus dedos durante un rato, hasta que Chico, dándose cuenta de la contenida impaciencia de Denny, empezó a ponerse nervioso.

—Devuélvela a su sitio —dijo Chico con voz queda.

Ella lo hizo, rápidamente.

—Y esto —Denny extrajo un libro de bolsillo de gran tamaño—. Tenéis que mirarlo desde muy cerca. Hay unos dibujos realmente curiosos...

—¡Escher! —exclamó Lanya—. Lo son, realmente.

Chico tendió una mano por encima de su brazo para volver la página.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó Lanya.

—En otros... almacenes. —(Chico se interrogó ociosamente acerca de la vacilación, pero no alzó la vista)—. En casa de alguien —se corrigió Denny—.

Forzamos la puerta. Estaba allí, así que lo tomé. Lo habías visto antes, ¿verdad?

—Hummm... —Lanya asintió.

Chico pasó otra página, al grabado de una perspectiva implosionada sobre sí misma y vuelta del revés. Lanya se inclinó para mirarla.

—¡Hey! —dijo Denny.

Los dos miraron. Y Chico tomó el libro de Lanya y se lo devolvió a Denny.

(—Está bien —dijo Denny—. Ella puede mirarlo, si quiere —ignorando el gesto de Chico.)

Les mostró una caja plateada.

—¿No es esto una radio? Dice AM y FM, e incluso dice ONDA CORTA. —Era del tamaño de una caja de cerillas para la cocina—. Y tiene todo tipo de diales.

—Me pregunto si alguien emite algo —dijo Lanya.

—Ése de ahí dice VOLUMEN —explicó Denny—. Ése otro que dice AFC es el control automático de frecuencia, de modo que no gira. Pero nada de esto sirve para nada, porque las radios ya no funcionan aquí.

—Como las camisas —dijo ella—. Cuando vayas a algún otro lugar, podrás llevarte algo realmente bonito.

—Si vamos a algún otro lugar —consideró Denny—, lo más probable es que deje todo esto aquí. Puedes encontrar cosas realmente bonitas en cualquier parte por aquí. Sólo tienes que tomarlas.

—Quiero decir a algún lugar fuera de... —Chico se dio cuenta de que ella había comprendido algo que Denny no.

De pronto, ella tocó la radio.

—¡Hey, no es cuadrada! —anunció. La caja negra y metálica era trapezoidal. Apoyó las manos en sus costados—. Es hermosa —dijo, con la voz de alguien que admite que un rompecabezas es aún irresoluble. (¿Cuál era el nombre de su compañero de clase en Delaware que tenía tantos problemas con la inducción matemática? Otra cosa que no podía recordar..., y era triste para su arruinada memoria y feliz para Lanya)—. Realmente es... encantadora.

Chico se acercó a ella y se masajeó la cara interna de sus muslos. Había apoyado el Escher contra su tobillo. La esquina del libro se clavaba en su pierna; no lo movió.

—¿Has visto también estos dibujos? —Denny extrajo otro libro con una brillante sobrecubierta.

—Déjame ver —dijo Lanya.

Lo abrió por la primera página y frunció el ceño.

—Hum..., ¿pintó alguna vez Boucher cuadros religiosos? —apuntó Chico.

—No —dijo Lanya—, para dioramas tridimensionales laminados en plástico.

—Creo que las imágenes tridi son estupendas —dijo Denny, mientras Chico se sentía vagamente azarado.



—Ésos son extraños. —Lanya volvió otra página.

Una mujer coronada de azul estaba erguida con un pie sobre un creciente de luna, mientras debajo de ella dos hombres desnudos permanecían agachados en un bote de remos. Fantasmas de la misma imagen en otros ángulos se insinuaban en el estriado plástico.

—¿Cuál es el siguiente? —preguntó Lanya.

Un hombre que parecía un clásico Jesús, con taparrabo, cojeaba sobre una muleta, con una estigmatizada mano extendida.

—¿Español...? —murmuró.

—Portorriqueño —sugirió Chico.

Lanya le miró.

—No hay texto por ninguna parte.

Una mujer, quizá una virgen, muy probablemente una emperatriz, cabalgaba sobre un tigre.

—Las rocas y el musgo y el agua del fondo son tomados de Da Vinci. —Lanya pasó al siguiente—. Realmente son... —Cerró el libro sobre una portada blanca con un corazón coronado y sangrante detrás de una cruz—. *Dime* que todos son cristianos. ¿También lo encontraste en casa de alguien?

—En una tienda —dijo Denny. Estaba rebuscando de nuevo al extremo de la manta—. Y eso también.

Entre sus manos formando copa había tres cubos de cristal con brillantes piedras incrustadas.

—¿Dados? —preguntó Chico.

—Tenía cuatro —dijo Denny—. Uno se rompió. —Los hizo rodar contra la pierna de Lanya.

Tres, dos y seis: contar los números de la cara superior era difícil debido al reflejo de los de las otras caras.

—Coleccionas cosas realmente hermosas. —Lanya cogió uno de los cubos.

Denny se reclinó contra la pared y atrajo sus rodillas hacia sí.

—Hum...

—Yo también. —Ella le miró—. Sólo que lo dejo todo allí donde lo encuentro. Como edificios. O árboles. O cuadros en museos.

—Tú... —Denny dejó caer abiertas sus rodillas— simplemente registras dónde se encuentran las cosas; ¿y vuelves y las miras?

Ella asintió.

Denny enredó sus dedos en la manta entre sus pies.

—Pero aquí no tienes por qué hacerlo así. Puedes coger todo lo que quieras. Bueno, quizá no los árboles y los edificios. Pero los cuadros: si encuentras uno que te guste, puedes llevártelo contigo. ¡Mierda, puedes irte a vivir a un jodido edificio si te

gusta! ¡Delante del jodido árbol!

—No. —Lanya arqueó su delgada espalda—. Yo colecciono objetos hermosos y útiles. Los tuyos sólo son hermosos.

—¿Eh?

—Pero si se supone que deben seguir siendo útiles, tengo que dejarlos allá donde están.

—¿Crees que está mal coger todas estas cosas?

—No..., por supuesto que no. Siempre que no se las cojas a alguien.

—Bueno, en algún momento tienen que haber pertenecido a alguien.

—¿Crees que hay algo malo en cogerlas?

—Mierda. —Denny sonrió—. Nadie va a detenerme por ello. ¿A ti no te gusta coger cosas?

—No es...

—Dime —Denny se puso de rodillas—, ¿nunca has puteado?

—¿Eh? —Lanya se recobró de su sorpresa con una sonrisa incierta—. ¿Perdón?

—Quiero decir, cobrar por irte a la cama con alguien.

—No, por supuesto que no.

—Apuesto a que Denny sí —dijo Chico.

—Sí, por supuesto —dijo Denny—. Sólo quería saberlo. Acerca de ti.

Su regocijo derivó hacia la curiosidad.

—¿Por qué?

—¿Lo harías?

—No sé..., quizá. —Se echó a reír de nuevo, y sujetó la rodilla de él entre sus manos—. ¿Estás planeando meterme en el negocio? No hay ningún negocio de éstos aquí.

Denny dejó escapar una risita.

—No es eso lo que quería decir. —De pronto tomó la caja de plástico, abrió la tapa, la sacudió.

—¡Hey! —chilló Lanya, y retrocedió ante la avalancha de cubos de madera coloreada.

Denny tomó uno de los cubos y se lo arrojó.

—Oh, deja eso...

Le arrojó otro, y se echó a reír.

—Maldita sea...

Frunciendo el ceño, Lanya tomó un puñado y se los arrojó de vuelta, con fuerza. Él se agachó: cliquetearon contra la pared.

Ella le arrojó otro, que golpeó contra su cabeza.

—¡Ahh...! —Le devolvió uno.

Ella se echó a reír y le arrojó dos más, uno con la izquierda y otro con la derecha.

Los dos acertaron. Denny se apartó presa de un ataque de risa histérica y buscó más piezas.

—Vas a perder los... —empezó a decir Chico. Luego se inclinó sobre el borde de la plataforma para impedir que algunos de los cubos cayeran abajo. La risa de Denny fluctuó entre octavas. Su voz aún no ha terminado de cambiar, pensó Chico.

Lanya estaba riendo también, casi tan fuerte que no podía seguir arrojando proyectiles.

Un cubo golpeó el muslo de Chico. Lo echó a la manta de un manotazo. Otro rebotó en su hombro y cayó resonando al suelo, abajo. Les observó moverse y agacharse y arrojarse proyectiles y deseó que le lanzaran también a él. Al cabo de poco lo hicieron.

Se los devolvió, intentó guardar su rincón, desistió, ahora riendo también hasta que empezó a dolerle debajo del esternón, y no pudo parar de reírse, así que siguió arrojando los brillantes cubos con doradas  $p$ ,  $q$ ,  $L$  y  $r$ .

—¡Esto no es justo! —exclamó Lanya contra el brazo de Chico, y luego rió de nuevo, cuando consiguieron hacerle abandonar el baluarte del borde de la plataforma.

—¡Sólo porque tiras tan fuerte! —Con un cubo en la mano, Denny se agachó primero a la izquierda, luego a la derecha.

—Oh..., vamos... —jadeó Chico, y no pudo seguir riendo.

Denny miró por encima del borde.

—Hay un montón en el suelo.

Lanya buscó, lanzó otro. Rebotó en el muslo de Denny. Se agachó detrás de Chico.

Denny miró hacia atrás.

—Ahí va otro.

Lanya asomó tentativamente los ojos.

—Quizá será mejor que bajemos y los recojamos.

Frunciendo el ceño, Denny tendió la mano hacia la caja a sus espaldas.

—Sí... —Se inclinó para volver a colocar las camisas y los libros y los dados de cristal en el rincón. Koth contemplaba el altillo desde su brillante póster.

Uno de los envoltorios de las camisas se había roto.

—Bajemos —dijo Chico.

Lanya le siguió por la escalerilla.

Recogieron los cubos. Cuando bajó Denny, le arrojó uno cuando se agachaba al suelo.

—Hey, no... —dijo Denny, porque el cubo fue a parar entre la basura debajo de la plataforma.

—¡Lo siento! —se rió burlonamente Lanya de nuevo—. Espera, déjame ayudar. —Le siguió al montón de herramientas apoyadas contra la pared, sillas apiladas,

cajas. Apartó una tabla de plancha mientras Denny se inclinaba—. Toma...

Volvió con el cubo, se lo tendió a Chico para que lo pusiera con los demás. Mientras él los devolvía torpemente a su lugar, ella preguntó:

—¿Has recibido dinero alguna vez por tener contacto sexual con alguien?

—Sí.

—¿Hombres y mujeres?

Un cubo no quería encajar con los demás; Chico hizo presión, y otro saltó fuera de la matriz.

—Sólo hombres.

—Quizá debiera probarlo —dijo ella al cabo de un momento—. Todo el mundo piensa en ello.

—¿Por qué? —Chico se agachó para tomar otro cubo junto a su pie.

—Y quizá sólo tú hayas puesto el dedo en la llaga.

Cuando Chico se levantó para colocar el cubo, añadió:

—Pero eso no va a detenerme.

Cerró la tapa y se volvió hacia Denny.

Chico sonrió, observando su espina dorsal hundirse como una flecha en el corazón de sus nalgas. No sé, pensó, qué se agita dentro de ella. De lo único que estoy seguro es de que se trata de algo muy distinto de lo que parece.

—Todavía hay algunos arriba. —Lanya volvió a subir la escalerilla.

—No veo ningún otro aquí abajo. —Chico empezó a subir detrás de ella.

—¡Hey...! —dijo Denny.

Y algo se sujetó en torno al cuello de Chico, rascó su costado y se colgó.

—*Joder*, ¿qué...?

—¡Llévame! —exclamó Denny, aferrándose—. Vamos, llévame arriba.

—¡Que te *jodan*! —gritó Chico, agitándose en su presa. Intentó conseguir que el muchacho se soltara—. ¡No me ahogues..., estúpido bastardo! —Subió otro peldaño.

Lanya se inclinó asomándose al borde.

—¡Vas a hacerle caer...!

Chico subió un peldaño más.

—¡Sube arriba, mamón!

Lanya estaba sujetando a Denny por un brazo.

Chico intentó empujarle hacia arriba.

—¡Hey...

Chico sintió a Denny deslizarse. Unos pies desnudos resbalaron hacia arriba por sus caderas. Luego algo se apoyó sobre su cabeza.

—Hey —repitió Denny, con una voz distinta. Se apoyó en el hombro de Chico—. ¿Estás bien?

Lanya se sentó detrás de él, palmeándose primero los muslos y luego el estómago,

incapaz de nuevo de contener su risa.

—Que te jodan. —Chico se reclinó en el borde del altillo. Mientras se izaba hacia delante, algo silbó en su pecho.

—¡Hey, mi cadena!

—¿Qué? —Denny se empujó hacia atrás, arrastrando las mantas del borde. Tendió la mano, sin mirar, hacia su propio tobillo.

Chico se preguntó si era aquello lo que había rascado su costado.

Lanya observaba, con los labios entreabiertos.

—Mi cadena —repitió Chico; se volvió para sentarse en el borde del altillo, y miró abajo. El extremo, colgando de su pie, oscilaba a unos centímetros del suelo. Se inclinó hacia abajo para recogerlo—. Se rompió esta mañana..., alguien la rompió.

—¿Quién? —preguntó Lanya.

—Alguien la rompió. Intenté arreglarla, pero sabía que probablemente no iba a aguantar,

La siguió con dos dedos por su hombro. Se había roto en el mismo eslabón. Unió los dos extremos.

—Espera un momento —dijo Lanya—. No tienes uñas. Déjame ver. —Se acuclilló delante de Chico, tan cerca de él que su pelo le cosquilleó el pecho. ¿Cómo puede ver?, se preguntó—. Apenas la alcanzo.

Hizo algo con los dientes.

—¿Hey? —dijo Chico.

—Ya está —y se echó hacia atrás.

Detrás de Lanya, Denny preguntó de nuevo.

—¿Quién la rompió?

Denny apoyó su pie en la rodilla de Lanya. Dejó a un lado la caja y pasó los brazos rodeando el estómago de ella, tiró de ella hacia sí, apoyó un brazo a lo largo de los suyos.

—¿No te enredas con ésa? —Lanya miró la pierna de Denny y la cadena para perro enrollada en su tobillo—. Sexy, supongo.

—¿Quién? —repitió su pregunta Denny.

—No lo sé —dijo Chico—. De veras, no lo sé.

Buscó con los dedos el eslabón débil. En parte era culpa de la poca luz, pero dudó que pudiera encontrarlo ni siquiera con iluminación plena. Tiró, primero de aquí, luego de allí.

—¿La has arreglado realmente?

Lanya, con el hombro bajo la barbilla de Denny, se mordió el labio para retener su risa. Las palabras «... a tiempo» pasaron por la cabeza de Chico, pero no estuvo seguro de a qué se referían. He encontrado algo, pensó, a tiempo. ¿Quién necesita monasterios? Se rió a carcajadas para el enjaulado humor de Lanya.

Ella soltó a Denny y cogió la caja, mirando entre sus piernas para ver si había alguna otra pieza caída.

Un cubo mordisqueó un lado del pie de Chico.

—¡Aquí!

Lanya se recobró lo suficiente para sujetar la caja.

Chico metió el cubo. Ella apoyó la caja en su muslo y la sacudió para hacer que el cubo encajara en su lugar.

—Realmente crees que eres un divertido mamoncillo, ¿eh? —Chico se puso en pie, ligeramente agachado, avanzó. Su cabeza golpeó el techo. No muy fuerte, pero se tambaleó—. ¿Sí? —Se agachó de nuevo, volviéndose hacia Denny y frotándose la entrepierna—. Mírate. Chupas una buena porra. Proporcionas un buen rato, pero ¿qué crees que hace eso de ti? —Dio un suave codazo a Lanya. Los cubos resonaron, ella alzó la vista—. Sí, me gusta tu lengua en mi culo. ¿Pero crees que esto hace de ti algo más que una mierda tibia...? ¡Hey, mira a Denny! —Señaló hacia la entrepierna de Denny—. Mira, le digo esto, y ya tiene una erección. —Se sentó y sonrió—. Vamos, salgamos de aquí.

—¿Ahora? —preguntó Lanya.

—¡Sí, ahora!

Denny se arrastró para mirar en la caja.

—Ya hemos recogido todas las piezas. —Suspiró.

—Hummm —dijo ella suavemente, y cerró la tapa.

Denny colocó la caja en el rincón. Chico tomó su chaqueta y se la puso.

Lanya permanecía sentada, con las piernas cruzadas, en medio de la cama. Chico no pudo decidir si su expresión era pensativa o ausente.

—Vamos. —Le tiró su blusa, y no esperó a ver qué hacía con ella, sino que tomó sus pantalones.

—¿*Todo el mundo* se ha ido de la casa? —preguntó Lanya.

—Realmente está todo muy tranquilo —dijo Denny.

Chico volvió la vista.

Lanya metió otro botón en su ojal. Los faldones de la blusa colgaban sobre su regazo.

Denny se puso en pie, escuchando; su pene empezaba finalmente a deshincharse.

—Tengo hambre —dijo Chico—. No he hecho otra cosa más que joder desde hace veinticuatro horas: tú, él, su amiga...

—Eres un atareado —Lanya se subió los tejanos— hijo de puta.

—¿Eh?

—Nada.

—... él, luego tú de nuevo. —Metió el doble pasador de la hebilla en los agujeros del cinturón—. ¡Jesús! —Alzó la vista.

Denny dijo:

—Está todo muy tranquilo, sí. Quizá haya salido todo el mundo.

—Eso sería estupendo —dijo Lanya.

—¿Tenéis comida en casa? —preguntó Chico.

—No mucha. —Denny arrojó a Chico su proyector.

Lanya bajó primero. Sujetaba los cordones de sus zapatillas de tenis entre los dientes.

—No puedo llevarlas puestas y subir y bajar. —Tuvo que decirlo tres veces antes de que la comprendieran.

Mientras Denny se dejaba caer por el borde de la plataforma, Chico se volvió para recoger su orquídea.

La luz en torno a la persiana de la ventana era un neón naranja. Mientras recogía las arracimadas hojas, resplandores rojos penetraron por los bordes. Chico frunció el ceño y retrocedió hasta la escalerilla.

En el pasillo, Lanya preguntó:

—¿Se ha aclarado el humo fuera? —La pequeña ventana en la puerta del pasillo estaba llena con una luz como la de un amanecer sangriento.

—Sospecho que han salido *todos*. —Denny miró dentro de otra habitación.

—¿Piensas que quizá *esté* aclarándose? —preguntó Lanya—. Sal fuera y mira.

Chico les siguió hasta la puerta delantera.

Lanya la abrió y bajó los escalones.

—Todavía hay nubes por todo el cielo. —Alcanzó la acera, se volvió, alzó la vista..., y gritó.

Mientras Chico y Denny se apresuraban a bajar los escalones, el grito perdió intensidad y se convirtió sólo en aire expulsado.

En la acera, se volvieron para alzar la vista en la dirección que ella miraba:

Desde el borde de la acera eran visibles tres cuartos del disco por encima de las casas. Las nubes lo empañaban lo suficiente como para poder mirarlo con los ojos entrecerrados, pero había ascendido en el cielo, cubriendo los tejados, y ascendido más, y más, y más. Lo que podían ver de él llenaba la mitad del cielo visible. ¡Y, se dio cuenta Chico, la mitad del cielo era algo enorme! Pero aquello entraba en el reino de la imposibilidad. O de la no verificabilidad, al menos. El borde era un ascua de oro. Todo lo demás era como metal ardiente.

Lanya se apretó los hombros, jadeando.

Denny estaba diciendo:

—¿Eh...? —y dando un paso atrás, y diciendo—: ¿Eh...? —de nuevo. Retrocedió y tropezó con Chico. Giró bruscamente la cabeza, y su expresión (sus órbitas eran tazas de cobre fundido derramando su contenido por sus mejillas) era maníaca—. Hey, eso es realmente... algo, ¿no? —La pregunta no era retórica—. ¿No

es algo? —Se volvió para mirar de nuevo, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es? —susurró Lanya.

—Es el sol —dijo Chico—. ¿No lo ves? Es simplemente el sol.

—Dios mío, estamos cayendo *en él*... —Lanya contuvo el aliento, lo dejó escapar, luego sollozó.

—¡Oh, vamos! —dijo Chico—. Deja esto, ¿quieres?

—Dios mío... —susurró ella, y miró de nuevo.

Él estudió su rostro, abierto y brillante y tembloroso.

—¿Es peligroso? —murmuró Denny—. ¡Me siento tan asustado como un jodido hijo de madre!

—¡Se está haciendo más grande! —chilló Lanya, se volvió, y se acurrucó, cubriéndose un lado de la cabeza con las manos.

—No, *no* se está haciendo más grande —dijo Chico—. ¡Al menos, no lo bastante aprisa como para verlo! ¡Oh, vamos! —Sacudió su hombro.

La orquídea osciló colgada de la cadena en su pecho, tintineando y brillando. No es un sueño, pensó Chico. Ya estaba soñando antes. No es un sueño; eso lo convierte en... Los músculos se tensaron tanto en su garganta que sintió el dolor.

—¡Hey! —Golpeó con el puño la espalda de Denny—. Hey, ¿estás bien?

Con los ojos muy abiertos y el pecho lleno al máximo de aire, Denny dejó escapar:

—¡Sí!

Lanya se cubría el rostro con los nudillos, frunciéndolo mientras miraba con ojos entrecerrados al gran, gran, gran círculo.

—Vamos —reiteró Chico—. Salgamos de aquí, ¿eh?

Denny le siguió, demasiado rápidamente para decir por qué.

Lanya aguardó hasta que hubieron dado tres pasos (Chico miró hacia atrás), luego corrió tras ellos con rostro asombrado. Sujetó la mano de Chico. Chico tendió la otra a Denny, que la cogió apretadamente. Denny estaba sudando:

—Eso es algo. —(Chico alzó de nuevo la vista)—. Nunca antes vi nada parecido a eso en toda mi vida.

Chico observó a Lanya, que le miraba de una forma extraña en vez de mirar hacia donde estaban yendo.

—No estamos cayendo al sol ni nada parecido —dijo Chico—. De otro modo ya hubiéramos ardido todos. Ni siquiera hace calor. —Miró a Denny, que bajó la vista del cielo y le miró—. Bien, por Cristo —dijo Chico—, ¿no pensáis que es algo jodidamente curioso? —No se echó a reír—. Quiero decir, no hay nada que podáis hacer al respecto. —Ahora sí rió, solo. Le hizo bien.

—¿Qué demonios es? —repitió Lanya. Su voz era más tranquila.

—No lo sé —dijo Chico—. ¡No sé *qué* jodida cosa es!



Jetadecobre, el pelo resplandeciente óxido, apareció corriendo por una esquina y se detuvo en medio de la calle, los pies abiertos, los codos doblados, los puños oscilando entre sus caderas y vientre.

Los otros escorpiones surgieron detrás. Entre ellos estaban Siam y Jack el Destripador y la chica de Denny, pero ni Dragón Lady ni Pesadilla.

Chico soltó sus manos y señaló hacia el cielo.

—¿No es eso ya jodidamente demasiado? —rió, y lo que fuera que constreñía su garganta se aflojó. Se salió de la risa, que había cerrado sus ojos y sacudido su coxis hasta casi el espasmo, para descubrirlos a todos mirando—. ¡Hey, Jetadecobre! ¿Adónde vas? ¿No quieres venir conmigo?

—¿Qué...? —empezó a aullar Jetadecobre, luego tosió, y no quedó nada en su voz para sostenerla—. ¿Qué es eso? —Su voz era lagrimeantemente alocada—. ¿Es alguna especie de *iluminación*?

Alguien dijo:

—¿Te parece algún tipo de *iluminación*?

Chico parpadeó y se lo preguntó a sí mismo.

—Será mejor que vengáis conmigo —aventuró.

—¿Estás bien, Chico? —preguntó el negro con la chaqueta de vinilo desde detrás de Jetadecobre, acercándose un poco más a él mientras Dama de España se acercaba por el otro lado.

—Tú —Chico habló cuidadosamente, explicándoles como si se tratara de una lección—, ¡ven conmigo! —Inspiró profundamente y echó a andar cruzando la calle. Cuando subía a la otra acera, una mano se apoyó en su hombro. Volvió la vista; era Denny, y detrás de él, Lanya; escorpiones negros se movían a su alrededor, pasaban frente a ellos.

Y ruido de pasos.

No volvió a mirar atrás.

Quizá, pensó, vamos a morir todos dentro de unos momentos, oscurecidos por la llama y el dolor. Para eso es todo esto. Y luego quizá ya no estemos. Para eso es así.

Los escorpiones se arracimaban, y rió de nuevo.

Aquello era tan estúpido como las hojas haciéndole cosquillas en el pecho.

La risa se aferró a la parte de atrás de su lengua, liberándola. La carne yació demasiado pesada en su boca. Así que la retiró, y se envaró contra la estaca de su espina dorsal. Soy feliz, pensó. Y oyó a alguien, una chica blanca (no Lanya; la escorpión, que llevaba una chaqueta y a la que llamaban Filamento), reír también.

Así que soltó su propia risa.

Lo dobló sobre sí mismo, tambaleante.

Alguien —ésa *era* Lanya, y eso fue, casi, suficiente para detenerle— gritó.

Pero otros rieron.

Alguien más —ése era Denny, y cuando vio que lo era, siguió riendo a través de su desconcierto— corrió hacia más adelante, tomó la tapa de un contenedor de basura reclinado contra el bordillo y la lanzó calle arriba. Golpeó con un estruendo metálico contra un portal. Denny danzó de vuelta a la luz color sangre.

Nódulos de oro manchaban las nubes.

Chico tendió una mano, tuvo que inclinarse hacia delante para sujetar los dedos de Lanya; sus dedos, entre los de ella, cubrieron el dorso de la mano femenina. Ella se apretó contra su lado, y observó maravillada como los otros seguían adelante en la calle de adoquines.

—Elige una casa —le dijo Chico.

—¿Eh?

—Sólo elige una casa de la calle —susurró (ella se le acercó más para oír)—. Quizá una que no te guste demasiado.

Jetadecobre pasó corriendo por su lado, agitó un brazo: el adoquín voló cruzando la calle, destrozó una ventana; Jetadecobre, con el denso pelo y la rala barba furiosamente alborotados, se volvió, sonriendo.

—¿Ésa? —preguntó Chico.

—¡No! —con una urgencia que él no pudo seguir—. En la parte de arriba de la colina. Ésa. Allí.

—De acuerdo —Chico se volvió.

La chica rubia con el chaquetón de marinero estaba cayendo de espaldas entre los negros que la acompañaban. Estaba llorando; miró al cielo, y lloró más fuerte. La chica de Denny la rodeó con un brazo, le habló, hizo movimientos de consuelo con su cabeza. Por un momento contempló la enorme y ardiente rueda; su rostro estaba estriado con rabia.

La mano de Chico ascendió por su mejilla. Hirsutos pelos mordieron su palma.

—¡Por aquí! —Hizo señas y se volvió de nuevo. Pasaron por su lado mientras conectaba la luz—. ¡Hey, Destripador, Denny, Jetadecobre! —Sujetó el oscilante proyector, pulsó el botón inferior—. ¿Cómo se enciende esta cosa?

—¿Eh? —Destripador miró hacia atrás—. Oh..., hacia el *lado*. No hacia dentro.

El botón se deslizó.

Por supuesto, pensó, no puedo ver nada desde dentro. Y se preguntó cuál sería su aspecto.

Lanya había retrocedido unos pasos y estaba mirándole. Chico se palmeó las rodillas y dio una vuelta completa. Y Denny había desaparecido en su propia deformada explosión.

—¡Hey —exclamó el atezado Destripador—, ahí vamos!

Figura rebasó a figura mientras se reunían sobre los adoquines. Chico miró a donde Jetadecobre estaba riendo; y Jetadecobre desapareció en su reluciente arácnido.

El zoológico se formó en medio de la terrible luz.

Trece, al que Chico no había visto hasta entonces, pasó por su lado.

—Vamos —susurró a Smokey, detrás de su brazo—, larguémonos de aquí. Esto no va a traer nada bueno...

—¡Quiero mirar! —insistió ella—. ¡Quiero mirar!

Chico llegó al porche. Algunas personas corrían detrás de él. Había roto tres puertas en su vida: de modo que esperó hacerse daño en el hombro. (La luz que era Denny parpadeó a su lado: el muchacho estaba subiéndose a la barandilla.) Chico se estrelló contra la maltratada madera. Cedió tan fácilmente que cayó sobre una rodilla y se agarró a la jamba. (A su alrededor, los aspectos místicos oscilaron.) Al mismo tiempo, el cristal se rompió y la luz llenó todo el pasillo cuando la aparición que era Denny atravesó la destrozada ventana del porche.

—Oh... Jesús... —El negro rostro de una muchacha pasó por la puerta opuesta.

Luego, otra:

—¡Son escorpiones...!

Un flaco muchacho negro entró corriendo en la habitación con un palo. Abrió mucho la boca y los ojos.

—¡Jimmy, vuelve aquí...!

El muchacho (*¿tendría veinte años?* Chico vaciló sobre sus pies, un poco asustado y sin creer que era invisible detrás de alguna brillante bestia) avanzó agitando el palo.

—¡Jimmy! —chilló la voz de mujer—. ¡Sal de ahí! ¡Son los escorpiones, por el amor de Dios...!

Jimmy (se sorprendió Chico) cerró bruscamente la boca, arrojó a un lado el palo y echó a correr de vuelta por la puerta por donde había salido. Los pasos de alguien más de la casa resonaron escaleras abajo.

Denny ganó a Chico en su camino hacia la otra puerta y se extinguió. Se asomó por ella, luego miró hacia atrás con una sonrisa desconcertada (otros habían entrado ya en la habitación, arrojando sus sombras en la luz roja de la pared del otro lado).

—Hey, ¿has visto la forma como corrían todos esos negros?

Detrás de Chico, alguien volcó una silla.

Frunció el ceño, se dio cuenta de que nadie podía ver su gesto, dejó de fruncirlo, y deslizó un dedo por el fondo de su proyector.

—Mierda, hombre —dijo Denny—. Estaban algo más que asustados, esos mamones negros. —Agitó la cabeza y cruzó la puerta.

—¡No hagas eso! ¡No *hagas* eso! ¡No hagas...!

—¿Qué jodida cosa tienen ahí dentro?

—¡Ven aquí, maldita sea, no *hagas* eso!

A la amarronada luz de la pared frente a Chico, una sombra simiesca se hizo

pequeña, y más pequeña, y más pequeña, hasta que la mano, sólo ligeramente mayor que la de Chico, se alzó.

La mano se apoyó en el hombro de Chico.

—Hey —dijo Jetadecobre—. ¡Tenían un buen lugar aquí! Moqueta en el suelo... —Su otra mano hizo un gesto hacia abajo, luego hacia arriba—. Y mira toda esa mierda en el techo.

Chico miró.

Mujeres entre tules y hombres con armadura entre árboles, junto a lagos, entre colinas por encima de las molduras.

Chico bajó la vista para ver a Jetadecobre observar con los ojos fruncidos la enrojecida calle a través de la puerta.

—Bueno. —Miró hacia atrás—. Voy a ver qué tienen ahí dentro. —Mientras alguien gritaba en otra habitación, la mano de Jetadecobre cayó dos veces más, en perfecta amigabilidad. Luego cruzó la puerta. Chico atravesó la habitación, buscando a Lanya.

Estaba de pie justo al lado de la puerta, en la parte interior, y furiosa.

—¿Qué ocurre?

—¡Había gente viviendo aquí! —silbó—. ¿Qué demonios...? —Agitó la cabeza.

—No lo sabía —dijo Chico—. Tú elegiste la casa.

—¡Y yo no sabía lo que tú querías *hacer* con ella! —Habló con una intensa suavidad, como si no deseara que el disco más allá del techo oyese—. ¿Qué demonios pretendes hacer?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Vamos a echar un vistazo.

Ella chasqueó la lengua y le tendió la mano. Él dejó que le condujera cruzando la habitación, ahora sólo medio llena.

Las figuras oscilaron y se tambalearon ante el confetti de neón del zumbante televisor en la otra habitación.

—Toma. —Siam extrajo una botella con su mano vendada.

—Voy a comer —dijo Chico—. Primero, creo. —Pero tomó la botella de todos modos y dio tres pequeños sorbos de un escocés malo y ardiente—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —dijo ella en voz baja, y sujetó su brazo con ambas manos.

Mientras subían las escaleras hasta el tercer piso, Chico dijo:

—Quiero —la frase se definió como una idea que había estado esforzándose por recordar y que sólo ahora brotó a su consciencia— escribir algo.

Se sorprendió cuando ella corrió hasta la parte superior de la escalera, tomó algo de encima de una mesita con un teléfono, y se volvió con ello en la mano.

—Toma. No hay ningún lápiz. Pero tienes tu bolígrafo. —Le sorprendió y regocijó a la vez la urgencia que adquirió su expresión a los rayos de luz que

brotaban por la cuarteada puerta al final del pasillo.

Tomó el bloc telefónico que ella le tendía, empujó la puerta de su lado...

Debajo del chaquetón de marinero, abierto en torno a ella sobre el suelo, la muchacha estaba desnuda. El borde de luz de la ventana, a través de las persianas, cruzaba la lana azul marino y trazaba franjas como cintas sobre sus costillas. Encima de otra muchacha, las pecosas nalgas de Jetadecobre se tensaban, se relajaban y se alzaban, caían y se tensaban, se relajaban y se alzaban, entre gordezuelas piernas. La muchacha, se dio cuenta de pronto Chico, era aquella cuyo nombre no conocía, que le había dicho adiós, a la que había hecho el amor.

—Oh —dijo Lanya con voz desapasionada.

La muchacha con el chaquetón de marinero abrió los ojos, lanzó un suave grito y rodó sobre sí misma para aferrar el caqui verde en los muslos de Jetadecobre. Jetadecobre gruñó, hizo una pausa, miró hacia atrás por encima del hombro, dijo «¡Hey!», y sonrió ampliamente. Hizo un torpe gesto de invitación. (En el suelo, la otra muchacha, respirando pesadamente, apretó los labios hacia una expresión de burlona furia.)

—¡Únete a la fiesta, amigo! Tú me das una de las tuyas, y yo te daré una de las mías.

—Jódete tú mismo. —Chico se retiró de la puerta, con la mano de Lanya en la suya.

El pasillo estaba lleno de gente. Chico fue golpeado por codos negros y hombros bronceados.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —Denny se abrió paso entre ellos.

—Mantente fuera de aquí, chupapollas. —Chico apoyó su mano en el pecho del muchacho, lo empujó hacia atrás.

—¿Por qué?

—Porque estoy celoso como un demonio.

Denny frunció el ceño, se encogió de hombros.

—Está bien —y se alejó.

Dama de España se apoyó contra el hombro de Chico, agitó la cabeza y dijo, con una voz casi ebria:

—¡Mierda! Vaya sitio donde ir a parar. Supongo que nos vamos, ¿no? —Pasó por entre ellos, tirando de sus cadenas, que se habían enganchado en el hombro de Lanya, tras ella.

Lanya sacudió el hombro de Chico.

—Por aquí —dijo en voz alta, y los demás miraron. Chico empujó a alguien a un lado («Hey, ¿cómo vamos, Chico?»), que le había metido una botella debajo de la nariz.

Abajo de las escaleras, dos niños de pelo largo que le eran familiares (¿de la

comuna del parque?), cogidos de la mano, miraban hacia arriba.

—¿Estáis celebrando... una fiesta? —Empezaron a subir las escaleras, parpadeando cuando la luz incidió en sus ojos; la luz se deslizó hacia abajo en sus rostros como la cortina por una ventana, creando falsas quemaduras del sol. Sus arrugadas camisetas, manchadas de malva, fucsia y cereza, cambiaron de esquema ante la nueva iluminación. Otras personas blancas se congregaron tras ellos, y sus mezcladas voces se abrieron en un abanico distinto al beligerante-a-asustado hacia los escorpiones.

—¿Es Pesadilla..., es éste el nido de Pesadilla? —preguntó una muchacha, y se abrió camino por delante de los dos primeros.

—¡Lanya! —Se detuvo a medio camino de las escaleras, su rojo pelo encendido, su rostro fruncido para protegerse del resplandor.

—¡Milly! —Soltando a Chico, Lanya corrió escaleras abajo para sujetar a Milly por las muñecas—. ¿Qué estás haciendo aquí? —La voz de Lanya era de alegría. Cuando su sombra bloqueó el resplandor, Milly empezó a... ¿reír? No, a llorar. Chico miró hacia la puerta de un dormitorio, hacia la ventana al otro lado, brillante como una hoja de papel de aluminio.

Se abrió camino entre la gente que atestaba el rellano.

—¡Joder! —le exclamó a alguien en una ocasión—. ¡Salte del camino!

Alguien detrás de Chico dijo (miró hacia atrás para ver a Siam blandiendo muy alto su brazo vendado para conseguir pasar; pero era Sacerdote quien estaba hablando):

—No, hombre, éste es el nido de Chico. Pesadilla no está aquí. Pesadilla no está por los alrededores.

—¿Chico...? —era el flaco negro que en una ocasión le había proporcionado un plato—. ¿Quieres decir que está por aquí? Acostumbraba a ir por la comuna. Yo no sabía que fuese *el* Chico. ¿Os gusta esto?

Chico se abrió camino hasta el estrecho balcón, sorprendido de hallarlo vacío, y miró hacia arriba:

Era lo suficientemente ancho como para verse cortado por el techo del edificio del otro lado de la calle y por su propio techo. ¿Recuerdo esto, se preguntó, del otro lado del sueño? Luego añadió, sombríamente irónico: ¡Rayos de la muerte!

Unos estropeados leones de adorno miraban con ojos llameantes desde debajo de la mellada barandilla, con asomos de pintura dorada, vueltos hacia dentro (¿no debería ser hacia fuera?, pensó Chico), hacia las puertas de madera, con isocefálica firmeza.

Con una luz (pensó lógicamente como música) como la de aquella fuente, no podía haber sombras.

Apoyó su pie desnudo en la barandilla para examinarlo, para ver si aquella nueva

iluminación le decía algo. La barandilla apretó la planta hacia arriba, con los dedos tensos hacia abajo. Las concavidades de cada lado de su talón estaban escamadas como la piel del borde del vendaje de Siam. La articulación de cada dedo, con su ralo penacho de negro vello, tiraba de la piel de los lados, señalando edad. Estoy más cerca de los treinta que de los veinte, pensó, bajó el pie y alzó el otro.

La bota de ante estaba manchada con lo que siempre había llamado manchas de sal, debidas a caminar por los charcos de la lluvia. Sólo que no había llovido. Debajo de la arrugada piel —doce metros más abajo—, los adoquines se extendían entre las casas como una anaconda de caoba.

Examinó su mano izquierda. No me gusta el aspecto de mis manos, pensó. No me gustan: son como algo vegetativo, arrancado del suelo, todo raíces y nódulos, con sucias y mordisqueadas cosas en sus extremos, como algo medio consumido: y recordó ácidamente el tiempo en que le habían aterrorizado.

Examinó la mano derecha. Había costras en los lugares donde se las había mordido hasta sangrar. Siempre había considerado su rostro aniñado, pese a eventuales inconvenientes, como algo esencialmente afortunado. Pero las manos, de algún trabajador viejo y cansado, no parecían corresponder. Asustaban a la gente (le asustaban a él); seguía sin creer, debido a que todo residía en su forma y su textura y su vello y sus grandes venas, que interrumpir por la fuerza su costumbre de mordisqueárselas sirviera de algo. (Sentado en la acera, en una ocasión, cuando tenía diez años, había frotado sus palmas contra el cemento, porque deseaba saber cuál era la sensación que proporcionaban las callosidades cuando se masturbaba: ¿había desencadenado, aquella tarde, algún proceso irrevocable en la piel que, incluso después de unos días de cuidados, había dejado sus manos córneamente duras y cuarteadas durante semanas, hasta meses, después?) Le gustaba cuando Lanya las envolvía con las suyas suaves, las besaba, cosquilleaba su carne interior con su lengua, les hacía el amor como si fueran gnomos, mientras él, como un voyeur, observaba y se burlaba y se sentía tierno.

Bajó la vista a las cadenas: pasó sus dedos por debajo de ellas: alzó la colgante orquídea y la contempló girar bajo el oro sin fuente. Luego se sentó contra la entejada pared, con los pies en los pies de los leones, apoyó el bloc sobre sus rodillas, y empezó a sacar y meter la punta del bolígrafo.

Entre otros sonidos de dentro, alguien estaba chillando y jadeando y chillando de nuevo, lo cual significaba que alguien debía estar haciendo algo terrible. O alguien pensaba que alguien lo estaba haciendo.

Es interesante observar las acciones. Aprendo cosas sobre los actores. Sus movimientos son emblemas de las tensiones en su paisaje interno, que sus acciones resuelven. A-punto-de-actuar es un interesante estado para experimentarlo, porque soy consciente de todas esas tensiones. Actuar uno mismo parece más bien

monótono; no sólo resuelve, sino que anula esas tensiones de mi consciencia. Actuar es sólo interesante cuando conduce a nuevas tensiones que, irrelevantemente, hacen que actúe de nuevo. Pero aquí, bajo esta gigantesca luz, con el bloc telefónico con la parte de atrás de cartón cubriendo el agujero en la rodilla de mis tejanos, no es eso lo que deseo escribir. Estoy a punto de escribir. Aparto el pulgar del botón que extrae la punta del bolígrafo. Agito el bolígrafo hacia arriba entre mis (¿horribles?) dedos hasta que agarro la punta. Empiezo.

Lanya aplastó la visión de Chico como un pequeño y silencioso iguanodon. Chico no se movió. Lanya se sentó de lado sobre la cabeza de uno de los leones y miró al otro lado de la calle durante cuarenta y cinco sorprendentes segundos. Luego, a Chico:

—¿Todavía sigues escribiendo sobre eso...?

—No. —La hipersensibilidad abandonada por el trabajo se resolvió de nuevo ante la voz de Lanya—. No. Hace unos minutos que he terminado.

Lanya frunció los ojos hacia el inmenso semicírculo. Luego dijo:

—Hey... —frunció el ceño—. ¡Está bajando!

Chico asintió.

—Casi puedes verlo caer.

Las nubes que empañaban el borde se habían oscurecido de oro a bronce. Tres cuartas partes del círculo habían llegado a ser visibles por encima de los tejados cuando habían salido por primera vez a la calle. Ahora estaba ligeramente por debajo de la mitad. (Y sin embargo seguía siendo espantosamente enorme.) Lanya hundió los hombros.

Denny cruzó las puertas, se detuvo, con una mano en cada una de ellas, para fruncir el rostro al resplandor. Luego, silencioso, se sentó en la barandilla al lado de Lanya, se sujetó las rodillas, con su brazo a un par de centímetros del de ella.

Denny llega: algún objeto fantástico.

Ella llega: algún objeto más fantástico, y con una historia.

Lanya se inclinó hacia delante, tomó el bloc, leyó. Al cabo de unos momentos dijo:

—Me gusta esto.

Pero, pensó Chico, ¿y si alguien es lo suficientemente estúpido como para pedirme que haga una elección? Intentó una sonrisa irónica; pero la parte irónica se emborronó en la maquinaria de su rostro. Así que supuso que sólo era una sonrisa.

Como la sonrisa que le devolvieron.

—Está bajando —dijo Denny, innecesariamente para ella.

Una mano se apretó contra su rodilla, la otra cruzó su rostro, y ella dejó escapar todo su aliento.

El terror resonó en él como una cuchara contra una sartén abollada. Chico



adelantó una mano, tocó su pantorrilla. ¿Terror?, pensó: cuando lo que aterroriza no es ni ruidoso, ni se mueve rápido, y dura horas, entonces nos convertimos en algo muy diferente. ¡No sé quién es ella! Apretó más fuerte.

Ella frunció el ceño, apartó la puntera de su zapatilla de su pie desnudo.

De modo que él dejó caer su mano.

Ella, con la suya sobre su estómago, inspiró y alzó su sudoroso rostro, parpadeando y parpadeando sus verdes ojos, para mirar.

Mientras alguien más salía, Lanya preguntó:

—¿Por qué no tenéis miedo? —Chico pensó en soñar, no pudo pensar en nada que decir, así que hizo un gesto con la cabeza hacia la descendente luz.

Ella dijo:

—Entonces yo tampoco tendré.

El muchacho que había salido era el escorpión granujiento con el asomo de barba. Miró incómodo a su alrededor, como si pensara que podía haber interrumpido algo, pareció a punto de darse la vuelta e irse (¿cuál es el sentimiento, pensó Chico, que le hace adoptar esta expresión convencional?), cuando Frank, el poeta de la comuna, salió también.

Luego dos chicas negras (¿trece? ¿doce?), cogidas de la mano, le imitaron: sin parpadear, su pelo casi rapado, pequeños aretes de oro en sus orejas. Y había más gente junto a las puertas. (¿Resistiría el balcón?) Pensó también en lo mucho más fácil que resultaba preguntarse esto que preguntarse acerca de lo que inundaba el cielo.

—Está bajando, ¿veis? —repitió Denny.

Disfruta diciéndole esto a Lanya, pensó Chico; pero con nueve personas aquí, las ecuaciones son distintas; no puede conseguir las mismas reacciones.

Imaginó brevemente a Pesadilla y a Dragón Lady.

Milly se abrió camino junto con Jetadecobre. La luz robó el brillo de los distintos rojos de su pelo, dando una igual cualidad llameante a todo el conjunto. Se puso de rodillas junto a la barandilla. La luz entre dos leones creó un deshilachado vendaje en torno a su pantorrilla.

Las cicatrices, pensó Chico, son brillantes como cristal rojo.

Había demasiada gente.

Milly se rozó la mejilla.

¿Por qué hace este gesto? Es culpable de hacer algún movimiento en una situación que exige inmovilidad. (Miró su cicatriz.) ¿Es culpable...?

Había demasiada gente.

Los jóvenes del pelo largo, con las manos unidas, avanzaron; uno tomó la mano del granujiento escorpión sin afeitar (que estaba también muy borracho): respiraba pesadamente y oscilaba de un lado para otro.

No se movieron.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Lanya, con una voz lo suficientemente baja como para sonar baja incluso en medio de aquel silencio.

La respiración del escorpión era atronadora.

—No lo sé. —Eso sonó atronador también.

—Déjame a mí. —Arrancó las tres páginas, corregidas y vueltas a corregir. (¿Se necesita tanta luz para iluminar el material para otro poema?) Con un movimiento de su cabeza (la sombra resbaló de la diana verde de su ojo hacia abajo por su mejilla), le detuvo—. Tengo tu bloc de notas en casa. Las pondré con él. Quiero irme. —Se volvió hacia Denny. Y la sombra había rodado hasta algún lugar debajo de su barbilla; en los pliegues de sus párpados pudo ver sudor—. ¿Quieres llevarme a casa?

Chico deseó protestar, decidió no hacerlo; ¿ofrecerse a ir también?

Ella acarició el brazo de Denny. Su nariz y su oreja estaban en sombras: el increíble disco había descendido hasta el punto en que lo que quedaba de él era lo bastante pequeño como para que todo lo que les rodeaba, debajo de un codo doblado, detrás de un talón sobre las rojizas baldosas, bajo el arrugado dril donde una manga se había desgarrado, o dentro y detrás de las curvas de carne sobre carne en la oreja, hubiera desarrollado de nuevo sombras. Parecía asustada.

Lanya se puso en pie, y la gente se apartó.

Denny, como alguien que acaba de ser despertado, se apartó de la barandilla y, parpadeando (hacia los demás tanto como hacia Chico), la siguió.

Denny se fue, y la gente volvió a cerrarse.

—Cuando haya bajado del todo... —empezó el escorpión granujiento.

Chico, y los dos que habían tomado su mano, miraron.

Algo blanco se había secado en su boca. Sus párpados sin pestañas se veían rosas e hinchados. Los otros dos desviaron la vista.

—Cuando haya bajado del todo, no quedará ninguna jodida luz, en absoluto..., nunca. —Agitó la cabeza, movió sus botas en un movimiento restregante contra el suelo, se tambaleó en el umbral—. Negra como una jodida puta... ¡sí!

Se han ido, pensó Chico. ¿Ninguna luz *en absoluto*?

Quince minutos más tarde, cuando se *hubo* puesto por completo, el cielo regresó a su ordinario gris.

DESPERTÓ... ¿a solas?

Alguien trepaba por la escalerilla del altillo.

Se debatió, intentando elegir entre sueños y... lo demás. Porque todos habían abandonado la casa de los murales y regresado al nido. Milly había hablado con él, de nada en concreto, en la inclinada calle, sobre todo sorprendida de que él fuera el mismo Chico del que todo el mundo había estado hablando, y de lo contenta que se sentía de saber que le conocía, hasta que él decidió que ella estaba intentando seducirle y aquello le irritó.

—¡Ve a joder a otra parte, estúpida puta! —chilló en medio de la calle, e hizo intención de golpearla. Ella echó a correr; él rió, a carcajadas, hasta que se dio cuenta de que estaba tambaleándose. Jetadecobre fue hasta él y le dio unas palmadas en el hombro, riendo también.

—A mí tampoco me gustaba. Mierda, puedes tener una de las mías... —Siguió riendo, de modo que no tuvo que hablar, pensando con un orgullo perfectamente maniaco: lo he hecho, ya lo he hecho...

—Chico, ¿estás bien? —Las orejas de Denny estaban iluminadas por detrás y por debajo. Su rostro era oscuro.

—Sí...

Denny acabó de subir a la plataforma.

—Están preparando algo de comida —y ante la palabra Chico captó su olor— ahí dentro. Pesadilla y Dragón Lady acaban de llegar. ¿Estabas durmiendo?

—Ven aquí. —Y ante las dos palabras, Denny, todo hombros y barbilla y codos, se arrimó a él—. Sí. —Abrazó las cálidas y nudosas formas y permaneció tendido allí, oliendo la grasa y el calor de aromas vegetales que no definían ninguna comida que conociera; pero le gustó de todos modos.

—Lanya tiene un hermoso lugar —dijo Denny.

—¿Sí? —Chico pensó: es tan ligero; pero sus ángulos son afilados—. ¿Jodiste de nuevo con ella?

—... Sí —dijo Denny—. En su habitación, en su casa. Supongo que hice bien.

Sorprendido, Chico abrió los ojos. Grietas en el penumbroso techo.

—Oh. —Empujó a Denny hacia el lado—. Tuviste más energías que yo. Yo estaba agotado cuando llegué de vuelta aquí.

—Tiene un hermoso lugar —repitió Denny—. Realmente hermoso.

—¿Por qué quiso irse? —Se frotó el picor en su cerdosa barbilla.

Denny se agitó buscando una posición más cómoda.

—Para echar un vistazo a su clase, dijo. —Denny se agitó de nuevo.

—¿Su clase?

La L formada por la persiana en la ventana había adquirido finalmente el profundo color del anochecer.

—Sus niños. Está cuidando a un grupo de niños, ¿sabes? Todos de ocho y nueve años. En su mayoría negros.

—No, no lo sabía. —Dejó que sus labios se fruncieran formando una tienda por donde, con la ayuda del aire, asomaron sus dientes. Bueno, no la *había* visto mucho. ¿Cuántos días había estado fuera? Ella había dicho que tenía un lugar, sí—. No, no lo sabía.

Frunció el ceño encima de la cabeza de Denny.

—Me gusta —dijo Denny—. Me gusta mucho. —El rostro de Denny se asomó de debajo del pelo—. ¿Sabes?, y creo que yo también le gusto a ella.

—Sí, supongo que sí —dijo Chico—. ¿Eché un vistazo... a su clase?

—No —dijo Denny—. No mientras yo estuve allí. Iba a hacerlo. Pero nos pusimos inmediatamente al asunto. A joder, ya sabes. Dijo que iba a ir cuando yo me hubiera marchado. Si no se fue primero a dormir. Creo que estaba bastante cansada.

Chico miró de nuevo al techo.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene a los niños?

—Un par de semanas —dijo Denny—. Eso es lo que me dijo. Dijo que le gustaban. Se reúnen a poca distancia de su lugar. Es realmente hermoso.

—¿Qué aspecto tiene? —¿Un par de semanas? Estaba demasiado cansado para sentirse trastornado.

—*Realmente* hermoso. —Un mechón de pelo de Denny rozó y se quedó prendido en la barbilla de Chico.

—Bueno, al menos eres bueno para algo, mamoncillo. ¡Hey! —Chico arqueó los músculos de su pierna ante la repentina rigidez en las ingles de Denny—. No, hombre. Olvida eso. En estos momentos no lo deseo.

Denny se puso de cuatro patas y retrocedió.

—Entonces será mejor que comas algo. No han hecho mucho. Lo van a terminar.

Chico se sentó y asintió.

—De acuerdo, vamos. —Bajó medio groggy la escalerilla, y se detuvo en la puerta de la habitación.

¿Por qué (observando a Denny bajar) le ha contado a él todo lo relativo a su nuevo lugar, y a su clase, y no a mí? ¿Porque no pregunté?, se respondió. Finalmente pudo sonreír ante ello.

—Vamos. —Denny tomó a Chico por el codo y lo condujo.

A medio camino del pasillo, Chico hizo chasquear la lengua y se soltó. Fue un tirón suave; pero la cabeza de Denny se apartó bruscamente ante el movimiento, en asustada anticipación, desalentada y sorprendida. Sin mirarle particularmente, Denny retrocedió unos pasos para dejarle pasar.

—¡Jesucristo! —exclamó Pesadilla, volviéndose con un plato lleno en su mano, primero haciendo un gesto con la mano, luego usando su tenedor—. ¿No fue algo lo de esta tarde? Quiero decir, ¡fue demasiado! —Se llenó la boca y siguió hablando, arrojando pequeños proyectiles de comida—. Oímos la forma en que echaste a esos negros. ¡Hey —hizo un gesto en dirección a Dragón Lady, que estaba sentada contra la pared—, oímos lo que les hizo a esos negros!

—Mierda —dijo secamente Dragón Lady, y miró a Chico sólo con el rabillo del ojo—. No me importa lo que le haga a ningún maldito negro.

—Ni siquiera sabía que estuvieran en la casa —dijo Chico.

Dragón Lady se llenó la boca de comida.

—Mierda —repitió, y recogió con el cubierto lo que quedaba en su plato.

—Dadle algo de comer —aulló Pesadilla en dirección a la cocina.

—¡Baby! —rugió Dragón Lady; sus hombros se agitaron; nadie dejó de hacer lo que estaba haciendo—. ¡Adam! —Arrojó las palabras como granadas—. ¡Traed un poco más de *comida* para aquí fuera!

—¡Marchando! —Baby, aún desnudo, empujó entre la gente que estaba en la puerta, sosteniendo (peligrosamente) humeantes platos.

—Éste es para ti.

Chico ignoró el sucio pulgar que debía haber estado clavado en lo que parecía una mezcla de verduras en conserva (extrajo el tenedor de donde había estado enterrado: maíz, guisantes, quingombó, cayeron por los lados) y (probó el primer bocado) carne. Baby entregó el otro plato a Denny. Se volvió para servir a Catedral, Jack el Destripador, Devastación, todos ellos sentados en silencio.

Jetadecobre, aún no servido, miró desde el canapé, y sonrió e hizo una inclinación de cabeza cuando Chico miró hacia él.

—Ahí tienes —Adam entregó un plato a Jetadecobre. Éste lo tomó, saludó a Chico con un tenedor de dobladas púas, luego hundió los hombros y empezó a comer.

La amiga de Denny (¿no debería averiguar su nombre?), con una taza de café sujeta por el asa, salió de la cocina, cruzó la estancia para sentarse en el suelo a la derecha de Denny, y puso gran empeño en no mirar a Chico. La muchacha con el chaquetón de marinero, cerca de Jetadecobre en el canapé, tomaba ocasionalmente algo de comida del plato de Jetadecobre con una cuchara: Jetadecobre la ignoraba, más o menos.

—¿Tuvisteis una fiesta? —exclamó Pesadilla en respuesta a una pregunta que Chico no había oído formular—. ¡Nosotros corrimos! ¡Adam, Baby, la Lady y yo! Yo

estaba tan asustado que no creo que fuera *capaz* de hacerlo. Mierda, aún estoy asustado.

La última risa que murió fue la explosiva de Dragón Lady.

—Estábamos en el parque. —Pesadilla agitó su tenedor por encima de su cabeza; más gente se sentó—. Baby, Adam, Dragón Lady y yo. ¿Conoces la vieja torre meteorológica en el parque?

(¿Qué habrá estado haciendo George a la cobriza luz del mediodía?, se preguntó Chico. ¿Qué habrá hecho June?)

—Cuando empezó, quiero decir después de que empezara, primero pensamos que toda una parte de la ciudad estaba en llamas..., luego que pudimos ver de qué se trataba... —Agitó la cabeza a alguien que había empezado a comentar algo—. No, no, no sé de qué jodida cosa se trató. No me lo preguntes. Después de que pudimos *verlo*, subimos las escaleras para observar. ¿No lo hicimos?

Dragón Lady se sentó, sonriendo y agitando la cabeza, lo cual, cuando observó el cambio de atención, cambió a un asentimiento: la sonrisa persistió.

—Simplemente subimos allá arriba y contemplamos todo el espectáculo. Subir. Y bajar. —Pesadilla lanzó un silbido—. ¡Jesucristo!

Vivimos, pensó Chico; y morimos en distintas ciudades.

—¿Estuvisteis con ello hasta que hubo terminado? —preguntó el escorpión vestido de vinilo, escrutando.

—Nosotros lo vimos bajar... —protestó Jetadecobre.

—¿Terminado? —La boca de Pesadilla colgó abierta, en burla a su interlocutor—. ¿Qué es lo que ha terminado?

Adam se frotó las cadenas en su pecho: los demás permanecieron inmóviles.

—¿Tú crees que se ha terminado? —preguntó Pesadilla.

La chica rubia con el chaquetón de marinero sujetaba fuertemente su cuchara entre las rodillas con las dos manos.

—Cuando hubo bajado —dijo—, todo fue otra vez como un día normal..., aquí. Y luego hubo luz durante cuatro o cinco horas, hasta que llegó el momento de hacerse oscuro. —Miró por encima de su hombro al negro cristal; el león de bronce en el alféizar escrutaba la noche empalado en su estaca sin bombilla.

La risa de Dragón Lady quebró el silencio.

—Mierda. —Pesadilla volvió a llenarse la boca de comida y le aulló a su plato—: ¡Ni siquiera sabes si el sol volverá a *salir* de nuevo! Mañana a esta hora podemos estar todos carbonizados. O congelados. ¿Qué estabas diciendo, Baby, acerca de que tal vez la Tierra haya sido empujada fuera de su órbita o algo así, quizá hacia el sol o más allá de él...?

—Yo no dije eso. —Baby contempló su granujiento pecho, sus no circuncidados genitales, sus dobladas rodillas, sus sucios pies; por primera vez su desnudez estaba

fuera de lugar—. No lo estaba diciendo en serio...

—De ocurrir algo así, se hubiera producido un terremoto. —Adam, con su acento de Filadelfia, sujetaba sus cadenas con un puño—. Te lo dije. Un gran terremoto, o quizás un maremoto; o ambas cosas a la vez. Nada de eso ocurrió. Y hubiera tenido que producirse si la Tierra hubiera sido empujada de alguna manera...

—Así que, quizá —Pesadilla alzó la vista—, ¡dentro de diez minutos vaya a producirse un grande y jodido terremoto!

Entonces la bombilla que colgaba del techo bajó a una cuarta parte de su luminosidad.

Chico intentó tragar su corazón de vuelta a su pecho; amenazó con estallar y llenó su boca de sangre.

Alguien estaba llorando de nuevo.

Chico miró para ver si era Denny. Pero era otro escorpión (¿Araña?), al otro lado de Pesadilla. El rostro de Denny, incluso a la amarillenta semioscuridad, estaba cortado con hojas de sombra desde su pelo.

—¡Oh, vamos! —Smokey se asomó desde detrás del hombro de Trece—. Mirad, esto acostumbraba a pasar cuatro o cinco veces al día cuando estábamos aquí.

Algo zumbó en la cocina: la luz volvió a adquirir todo su brillo.

Pesadilla comió obstinadamente.

Nadie más lo hizo.

—Hey, chicos, ¿habéis hecho algo más de esta mierda? —Pesadilla hizo una seña con la cabeza hacia Adam y Baby—. Está buena. —Luego miró a su alrededor—. Ninguno de vosotros sabe si ha terminado o no.

—Yo también repetiría —dijo Dragón Lady.

Baby se adelantó tendiendo la mano hacia sus platos.

—El error —Chico se sorprendió a sí mismo hablando, se llenó la boca de comida para parar, pero siguió hablando de todos modos— no es pensar que se haya acabado. —Estoy imitando a Pesadilla, pensó, luego se dio cuenta de que no, estoy haciendo lo que hizo Pesadilla por la misma razón—. El error es pensar que empezó esta tarde.

—¡Correcto, jodido muchacho! —Pesadilla agitó su tenedor para dar mayor énfasis a sus palabras.

Chico volvió a llenarse la boca y pensó: puede que vomite. Y luego pensó: no, tengo demasiada hambre.

—Nos ha quedado todavía algo en el perol —estaba diciendo Adam—. El que quiera puede coger más hasta que se agote.

Una sombra hizo alzar la vista a Chico de su plato.

Adam estaba de pie ante él, tendiendo la mano hacia el plato de Chico, a punto (se dio cuenta Chico) de estallar en lágrimas. Chico se lo entregó.

Pesadilla, Dragón Lady y yo somos los primeros en ser servidos, reflexionó

Chico, mientras Baby volvía con sus segundas raciones. Bien, Jetadecobre parece tranquilo.

Una vez terminado, Chico dejó su tenedor en el suelo y se puso en pie.

—Hey, ¿dónde vas? —preguntó Jetadecobre, nada de beligerancia, todo él perplejidad.

—A dar un paseo.

En el último peldaño de la casa, observó dos farolas en la distancia. ¿Arderían y se apagarían en cualquier momento? ¿O se congelarían con el advenimiento de una nueva edad de hielo, a los veinte minutos de su consunción? El aire tenía la misma temperatura dolorosísimamente suave que había tenido noche tras noche tras noche. La puerta se abrió detrás de él: Denny miró fuera.

—Quiero ir a ver el lugar de Lanya —dijo Chico, volviéndose—. ¿Quieres mostrarme el camino?

—Yo... no puedo —dijo Denny—. Ella *está* trastornada. Y quiere hablar... conmigo.

—Que te jodan, mamón. —Chico echó a andar manzana abajo—. Te veré luego. —(No estaba en absoluto furioso). Aquello estaba bien. A medio camino de la esquina, sin embargo, se dio cuenta de que Denny era la única forma que tenía de hallar el nuevo lugar de Lanya.

Podía probar en el bar. Pero si ella tenía ahora una casa, ¿qué posibilidades había de que estuviera en *Teddy's* esta noche?

Miró hacia atrás, dispuesto a gritarle que volviera inmediatamente junto a él.

La puerta estaba cerrada.

¡Y *sigo* sin saber el nombre de la muchacha!

Inspiró entre apretados dientes. Quizá encontrara a Lanya en el bar.

Llegó a la esquina de la colina; se sorprendió al comprobar cuántas farolas —quizás una de cada cinco— funcionaban en aquel vecindario. La situada diagonalmente al otro lado de la calle proporcionaba la suficiente luz para que destacaran las ennegrecidas paredes de la gran casa. (El fuerte olor a quemado era lo que le había hecho detenerse.) Las columnas que sostenían el gran balcón encima de la puerta se habían carbonizado por completo, de modo que la plataforma, con su barandilla de leones, colgaba inclinada. Incluso así, Chico necesitó todo un minuto para estar seguro de qué casa se trataba. Sólo las casas que podía ver a su alrededor se lo confirmaron.

¿Cuatro, cinco, seis horas desde que habían gritado y reído y aullado dentro de ella?

Helado hasta el tuétano en el neutro aire, se apresuró a alejarse.



—¿...DEFINITIVAMENTE lo vio?

—Oh, sí.

—¿Estaba usted ya en la ciudad?

—Exacto.

—Dijo usted antes que no vio todo el fenómeno.

—Capté, calculo, lo que debieron ser los últimos diez o quince minutos. Roger vino y me despertó para que lo viera.

—Entonces, ¿lo vio desde *dentro* de la casa?

—Bueno, primero desde mi ventana. Después bajamos a los jardines. Se lo aseguro, fue algo absolutamente extraño.

Los otros rieron.

—Hey —dijo Paul Fenster, medio de pie para mirar a los otros que estaban sentados—. Acabamos de encajar al capitán en este sitio. ¿Por qué alguno de ustedes no se corre un poco?

—Está bien así. Si quiero salir, ya pediré que me dejen lugar.

—Imagino —Madame Brown se inclinó hacia un lado para jugar con el hocico de Muriel— que no estará usted más cerca de una explicación que nosotros.

—Si he de ser sincero con ustedes, creo que fue la cosa más extraña que haya visto nunca.

—¿Tan extraño como todo lo que ha visto usted en el espacio? —del hombre vestido con angora púrpura.

—Bien, le diré: esta tarde fue casi como..., me atrevería a decir como si me hubieran lanzado al espacio.

Rieron de nuevo.

El corpulento mexicano rubio con la camisa de franela se puso en pie al lado de Tak y se dirigió hacia la puerta, pasando a un palmo de Chico, y se fue. Tak vio a Chico. Inclinó la cabeza en un saludo.

Chico, curioso, fue a ocupar el asiento vacante.

Tak se inclinó para susurrar:

—El capitán Kamp... —Una docena de otras personas habían acercado sillas para escuchar al hombre con el pelo cortado a cepillo y la camisa verde de manga corta que se sentaba a una esquina de la mesa.

Tak volvió a erguirse y cruzó las manos sobre la parte inferior de su chaqueta de

piel, de modo que la parte superior se hinchó hacia delante sobre su rubio pecho.

—Lo que me gustaría saber —anunció angora púrpura— ...tranquila, corazón, tranquila... —Muriel había cambiado momentáneamente de alianzas—, lo que me gustaría saber es si es posible que se haya tratado de algún tipo de truco. Quiero decir: ¿Hay alguna forma en que alguien haya podido hacer que eso parezca haberse producido? Quiero decir..., bueno, ya sabe: manejado por alguna mano humana.

—Bien... —El capitán miró entre sus oyentes—. Él es su ingeniero, ¿no? —Su mirada se posó en Tak..., que se echó hacia atrás con una estentórea risa.

Eso debe haber sido tan semiconsciente como siempre he visto en él, pensó Chico. Nunca antes había oído a Tak emitir aquel sonido.

—No —dijo Tak—. No, me temo que eso no tiene nada que ver con ninguna ingeniería que yo conozca.

—Lo que a mí me gustaría saber..., lo que *a mí* me gustaría saber —dijo Fenster—. Usted ha estado en el espacio. Usted ha estado en la Luna... —Hizo una pausa, luego añadió con un tono diferente de voz—: Usted es uno de los que han estado realmente en la Luna.

El capitán Kamp estaba atento.

—Hemos tenido aquí alguna especie de... suceso astrológico, y nos ha impresionado bastante a todos. Querría saber si usted..., bien, por el hecho de haber estado en la Luna, o por algo así, puede saber usted algo más al respecto.

El rostro de Kamp esbozó el fantasma de una sonrisa. Chico rebuscó en su memoria los nombres de los astronautas de los cuatro lanzamientos a la Luna que había seguido tan de cerca, intentó recordar todo lo que pudiera acerca del quinto. El capitán Kamp cruzó los brazos sobre la mesa. No era muy alto.

—Bueno, realmente es posible —Kamp puntuó su forma de hablar típica del sudoeste con pequeños asentimientos de la cabeza— que haya una explicación astronómica, o mejor aún, cosmológica. Pero seré franco: ignoro cuál pueda ser.

—¿Cree usted que debemos preocuparnos? —preguntó Madame Brown con una voz completamente ausente de preocupación.

Kamp, cuyo pelo mezclaba gris y oro, asintió.

—¿Preocuparse? Bueno, todos lo estamos aquí. Y vivos. Realmente no hay ninguna razón por la que *no* preocuparse. Pero preocuparnos no nos va a servir de mucho, ¿no creen? Ayer, sí, más o menos ayer a esta misma hora, yo estaba en Dallas. Y si esa cosa era tan grande como parecía y realmente se trataba de algún tipo de cuerpo en el espacio, un cometa o un sol, sospecho que hubiera sido visto acercarse desde hace tiempo con los telescopios. Y nadie *me habló* de nada al respecto.

—Suena, capitán, como si usted no pensara que sea algo serio.

La sonrisa de Kamp parecía afirmar lo mismo. Kamp dijo:

—Yo lo vi..., parte de ello, al menos.

—Entonces —dijo Chico, y los demás se volvieron—, no sabe usted lo grande que era realmente.

—Bueno —respondió el capitán—, me temo que así es. —Su mandíbula era más amplia que su frente—. Todos ustedes, y también Roger, han descrito algo que llenaba prácticamente la mitad del cielo. Así que obviamente lo que yo vi fue sólo un pedazo pequeño. Y luego está esa otra historia acerca de... George, ¿no es así?

Tak miró por toda la estancia, frunció el ceño, y de nuevo le susurró a Chico:

—George estaba aquí hace unos minutos. Debe haberse marchado justo antes de que tú llegaras...

—Pero me temo que nadie fuera de... Bellona vio ese fenómeno. Y Roger me dijo que él tampoco lo vio.

—Yo sí lo vi —murmuró Tak.

—¡Y yo también! —exclamó alguien.

—Bien. —Kamp sonrió—. No mucha otra gente lo hizo, y evidentemente nadie fuera de Bellona.

—Usted vio lo que ocurrió hoy. —Teddy, con los brazos cruzados, estaba reclinado contra la pared cerca de la mesa.

—Sí, supongo que sí.

—¿Quiere decir —anunció jovialmente Fenster— que fue usted de aquí a la Luna y volvió, y no vio nada por el camino que pueda decirnos algo acerca de todo el fenómeno de esta tarde?

—No —dijo Kamp.

—Entonces, ¿de qué sirvió su vuelo, me pregunto? —Fenster miró a su alrededor en busca de algún hombro que palmear—. Quiero decir, ¿sirvió realmente de algo?

Alguien dijo:

—¿Hace mucho que no está usted en el programa espacial?

—Bueno, esto es algo que no se abandona nunca. Precisamente la semana pasada pasé los exámenes médicos para controlar los resultados a largo plazo. No espero dejarlo nunca. Pero ahora estoy mucho menos implicado en él que algunos de los demás.

—¿Por qué se fue usted? —preguntó angora púrpura—. ¿Fue idea suya o de ellos..., si puede responder a esa pregunta?

—Bueno. —Meditó su frase—. Sospecho que pensaron que era una cuestión más delicada de lo que yo creía por aquel entonces. Pero dudo que me desearan tanto si yo no les deseara a ellos. Mi interés en el programa espacial terminó precisamente con el amerizaje. Las pruebas, el trabajo de investigación posterior, eso era importante. Los desfiles, las celebraciones, los paneles, la publicidad..., creo que lo divertido de todo ello se agotó un mes después de que saliera de la cámara de aislamiento. Lo demás,

para mí probablemente más que para los otros, debido al tipo de persona que soy, fue sólo un engorro. Además —sonrió—, se sabe que ocasionalmente tomo una guitarra en una fiesta y canto una o dos canciones folk. Nada político, entiendan. Pero aún siguen frunciendo el ceño ante ese tipo de cosas.

Todos rieron. Chico pensó: ¿es eso cierto?

Y un segundo pensamiento, como un tartamudeo: mi reacción es tan fija como su acción. Y Chico rió, aunque más tarde que los demás. Dos o tres le miraron.

—No —prosiguió Kamp—, supongo que me veía a mí mismo como una especie de aventurero..., tanto como puede serlo un piloto de pruebas de la marina. El *Apolo* fue para mí una aventura, prácticamente una aventura de ocho años, con todos los preparativos. Pero luego se acabó, y estuve dispuesto para meterme en algo nuevo.

—Así que vino usted a Bellona —murmuró Madame Brown, mientras Fenster decía:

—Después de la Luna, ¿qué otra cosa *hay* aquí?

—Bueno, tiene razón...

Chico se preguntó a cuál de las preguntas respondía Kamp.

—... pero estoy empezando a verlo por mí mismo.

—¿Está usted aquí con alguna conexión oficial? —preguntó otra mujer.

—Imagino —dijo Fenster— que usted nunca ha estado oficialmente desconectado.

—No. Estoy aquí de una forma absolutamente no oficial.

—¿Qué significa eso? —quiso saber alguien.

Fenster frunció el ceño, ofendido en nombre de Kamp, que se limitó a responder:

—Saben que estoy aquí. Pero no me dieron ningún tipo de instrucciones antes de venir. No van a preguntarme nada acerca de lo que hice o vi cuando vuelva.

—¿Por qué no dejamos correr esta Inquisición? —Fenster se puso en pie—. Vamos, el capitán es lo bastante amable como para hablar con todos nosotros a la vez, pero tenemos que darle una posibilidad de circular.

—Bueno, esto es algo completamente informal —observó Kamp— comparado con lo que estoy acostumbrado. De todos modos, me gustaría tener la posibilidad de dar una vuelta por aquí.

—Vamos, vamos —Fenster hizo gestos a los reunidos para que se dispersaran.

Algunos se levantaron.

El camarero enrolló sus mangas sobre los animales azules de sus brazos y se dirigió a la barra.

La silla de Tak raspó contra el suelo.

—Vamos, dejemos que el capitán tome algo. Madame Brown, parece como si a usted también le fuera bien un trago.

Chico agitó las manos debajo del borde de la silla para detener el hormigueo.

Tak se puso en pie, se estiró sobre la punta de los pies, miró a su alrededor.

—Me pregunto dónde puede haber ido George. Se mostró muy curioso cuando descubrió que teníamos a un auténtico hombre de la Luna con nosotros.

Se encaminaron a la barra.

Teddy estaba colocando las sillas en sus sitios.

Una vez la docena de personas reunidas en torno al capitán se hubo dispersado, el lugar pareció vacío.

—Pensé que Lanya tal vez estuviera aquí.

Las manos de Tak se cerraron.

—No la he visto. Tal vez Madame B. sepa dónde está. —Y se abrieron—. Hey, vi ese gran anuncio en el *Times*, en la página tres. Felicidades. —Tak frunció el ceño—. Por cierto, ¿qué *hiciste a* la llegada de la gran luz blanca? Naranja, creo que era en realidad. ¿Se te ocurrió algo para pasar el tiempo mientras aguardamos a ver si va a haber un mañana?

Chico se inclinó sobre entrelazados dedos.

—No lo sé. No hice mucha cosa. Había alguna gente conmigo. Creo que estaban más trastornados que yo. ¿Sabes, Tak?, por un momento pensé... —El camarero depositó una botella de cerveza—. No, es una tontería. —Chico acercó la botella, dejando un rastro mojado sobre la barra—. ¿No crees? —Las velas se reflejaron en él.

—¿El qué?

—Iba a decir que por un momento pensé que era un sueño.

—Si yo despertara en este preciso instante, me sentiría mucho mejor.

—No. No eso. —Chico alzó su botella una vez, dos, una tercera vez, una cuarta, una quinta, dejando mojados círculos superpuestos—. Cuando estaba alzándose, recuerdo que salí fuera para echar una mirada desde el porche de atrás; y pensé que quizás estaba soñando. De pronto desperté. En la cama. Sólo que cuando me levanté más tarde, todavía estaba ahí. Finalmente, después que se hubo puesto, volví a dormirme de nuevo. ¿Sabes?, en este mismo momento... —sonrió para sí mismo, hasta que venció las restricciones de sus músculos faciales y la sonrisa estalló estúpidamente en su rostro—. Aún no sé qué fue lo que soñé y qué no. Quizá en realidad no haya visto más que el capitán.

—¿Te fuiste a *dormir*?

—Estaba cansado. —Decir aquello irritó a Chico—. ¿Y tú qué?

—Cristo, yo... —El camarero trajo la botella de Tak—. ¿Qué hice yo? —Tak bufó—. Vi la luz llegar a través de esas cortinas de bambú que tengo, y salí fuera al tejado para echar un vistazo. Lo estuve contemplando elevarse durante unos tres minutos. Luego me hundí.

—¿Qué hiciste?

—Bajé al hueco de la escalera y me senté allí en la oscuridad durante una hora o así..., calculo. Se me ocurrieron todas esas ideas paranoides acerca de radiación..., no, no te rías. Puede que todos empecemos a perder el cabello en las próximas seis horas, mientras todos nuestros capilares se hacen polvo. Finalmente me asusté de permanecer allí simplemente en la oscuridad y volví a subir a ver... —Dejó de mover su botella en torno al círculo mojado—. Me alegra no sufrir del corazón. Se extendía sobre una parte tan grande del horizonte que no podía mirar a un extremo y ver el otro. No podía mirar allá donde el fondo era cortado por los tejados y ver la parte superior. —La botella de Tak resonó sobre la barra—. Volví a la escalera, cerré la puerta, y simplemente lloré. Durante un par de horas. No podía pararme. Mientras lloraba, pensé en montones de cosas. Una de ellas, por cierto, eras tú.

—¿Qué?

—Me recuerdo sentado ahí y preguntándome a mí mismo si éste era el aspecto de la parte de dentro de la locura... Oh; te has ofendido.

No era cierto. Pero se preguntó si debería.

—Bueno, lo siento. Eso fue lo que pensé, de todos modos.

—¿Estabas realmente tan asustado?

—¿Tú no?

—Imagino que mucha gente a mi alrededor lo estaba. Pensé en todas las cosas terribles que podía ser..., como cualquier otro. Pero si era cualquiera de ellas, no había nada que yo pudiera hacer.

—Realmente eres casi tan extraño como la gente que intenta hacernos pensar que lo eres. Mira, cuando llegas al límite, cuando descubres que la Tierra es realmente redonda, cuando te das cuenta de que después de todo has matado a tu padre y te has casado con tu madre, o cuando miras al horizonte y ves algo, como eso, alzándose..., hombre, tienes que tener *algún* tipo de reacción humana: reír, llorar, cantar, ¡algo! No puedes simplemente echarte a dormir.

Chico se demoró en las ruinas de su confusión.

—Yo..., me di un hartón de reír.

Tak bufó de nuevo.

—De acuerdo, así que *no* eres tan lanzado. Simplemente odio pensar que seas tan valiente como todo el mundo mantiene que eres.

—¿Yo? —Esto, pensó Chico, no podía ser el aspecto que tenía por dentro el valor.

—Disculpe —dijo la voz del sudoeste desde el otro lado de Chico—. Me han indicado que es usted... ¿el Chico?

Chico se volvió en medio de su confusión.

—¿Sí...?

Kamp le miró, y se echó a reír. Chico decidió que le gustaba el hombre. Kamp dijo:

—Se supone que debo entregarle un mensaje. De Roger.

—¿Oh?

—Me dijo que si venía aquí probablemente lo encontraría a usted. A Roger le gustaría, si no tiene usted ningún inconveniente, que subiera a su casa dentro de tres domingos a partir de ahora. Dice que apretará un poco más los días, de modo que eso será aproximadamente algo menos de dos semanas..., la verdad es que no comprendo cómo se entienden ustedes con esto... —Se echó a reír de nuevo—. Roger quiere dar una fiesta en su honor. Por su libro. —El capitán hizo una pausa, con una considerada inclinación de la cabeza—. Lo vi. Parece bueno. Espero que tenga suerte con él.

Chico pensó qué decir. Intentó:

—Gracias.

—Roger me dijo que le pidiera que acudiese al anochecer. Y que trajera a veinte o treinta amigos, si quería. Dijo que sería su fiesta. Empezará al anochecer; dentro de tres domingos.

—Bastardo presuntuoso —dijo Tak—. ¿Al anochecer? Al menos podría haber esperado a ver si habrá un mañana por la mañana. —Se bajó con un dedo la visera de su gorra y se alejó.

Chico estaba pensando en frases para situar dentro del silencio, cuando Kamp decidió al parecer ocuparse de aquello:

—Me temo que no sé mucho sobre poesía —dijo.

Le gustaba el hombre, decidió Chico. Pero por su vida no podía decir por qué.

—Leí algunas en el ejemplar de Roger, sin embargo. Pero si empiezo a hacerle preguntas sobre ellas ahora, probablemente terminaré con un aspecto peor del que ya tengo.

—Hummm —Chico asintió la cabeza, meditativo—. ¿Está cansado de que la gente le haga todas esas preguntas?

—Sí. Pero no fue demasiado malo esta noche. Al menos hablamos de algo real. Quiero decir de algo que ocurrió hoy. Es mejor que todas esas discusiones donde te preguntan si, como astronauta, crees en el pelo largo, en el aborto, en las relaciones interraciales o en la píldora.

—Es usted un hombre público de la cabeza a los pies, ¿eh? Dice que ya no está en el programa espacial. Pero sigue haciendo relaciones públicas para ellos.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo. No pretendo hacer ninguna otra cosa. Excepto pasarlo bien. Están empezando a aceptar la idea de tener a un no conformista haciendo trabajo de figurante para ellos. —Kamp miró a su alrededor—. Aunque sospecho, comparado con la mayoría de ustedes aquí, incluso con algunos de los tipos de ahí arriba en casa de Roger, que soy más o menos la imagen del establishment, canciones folk o no. Bien, eso me convierte en el mayor no conformista de Bellona. No me importa.

—Preguntas como: ¿Se marchó usted o le echaron a patadas?... ¿Qué hace cuando la gente le hace las mismas preguntas una y otra vez? En especial las embarazosas.

—Si es usted un hombre público, tan pronto como le hacen una pregunta más de tres veces elabora la respuesta pública más honesta que puede imaginar. *En especial* con respecto a las embarazosas.

—¿Es ésta una pregunta que le han hecho muchas veces?

—Bueno —rió Kamp—, más de tres veces.

—Entonces sospecho que será correcto hacerle preguntas acerca de la Luna —sonrió Chico.

Kamp asintió.

—Suena como un tema más bien seguro.

—¿Puede decirme algo acerca de la Luna que no le haya dicho nunca a nadie antes?

Al cabo de un segundo, Kamp se echó a reír.

—Hey, ésta es nueva. No estoy seguro de comprender lo que quiere decir usted.

—Usted estuvo allí. Me gustaría saber algo acerca de la Luna que solamente pudiera saber alguien que hubiera estado realmente allí. No quiero decir algo grande. Simplemente *algo*.

—Todo el vuelo fue televisado. Y fuimos bastante detallados en nuestro informe. Intentamos tomar fotos de prácticamente todo. Además, eso fue hace algunos años; y sólo estuvimos andando fuera durante unas seis horas y media.

—Sí, lo sé. Lo estuve viendo.

—Entonces sigo sin comprenderle.

—Bien: yo puedo traer un par de cámaras de televisión *aquí*, y tomar un montón de fotos, e informar de todo a la gente, y decirles cuánta gente había aquí o que usted estaba también. Pero luego, si alguien me pidiera que le dijese algo que no figurara en el reportaje general, cerraría los ojos y evocaría la imagen del lugar. Luego quizá dijera, bueno, en la parte de atrás de la barra, donde están las botellas, la segunda botella contando desde la izquierda, no recuerdo cuál era su etiqueta, pero el pequeño cono de cristal del fondo estaba justo por encima del nivel del licor. —Chico abrió los ojos—. ¿Entiende?

Kamp se pasó los nudillos por debajo de su barbilla.

—No estoy acostumbrado a pensar de este modo. Pero es interesante.

—Inténtelo. Simplemente mencione alguna roca, o colección de rocas, o alguna forma en el horizonte, que no haya mencionado a nadie.

—Tomamos fotografías de los trescientos sesenta grados del horizonte...

—Entonces alguna otra cosa.

—Resultaría más fácil decirle algo así relativo al módulo. Recuerdo... —Inclinó



la cabeza hacia un lado.

—Supongo que eso servirá —dijo Chico—. Pero preferiría que fuera algo referente a la Luna.

—Hey, aquí hay algo. —Kamp se inclinó hacia delante—. Cuando bajé por la escalerilla... ¿Recuerda los senderos cubiertos de chapa sobre los que descansaba el módulo? Dijo que vio las retransmisiones.

Chico asintió.

—Bueno, pues cuando estaba sacando parte del equipo de los compartimientos auxiliares..., estuve en realidad en la superficie quizás un minuto, tal vez no tanto: un montón de gente, allá en los tiempos de las sondas, tenía la idea de que la Luna estaba cubierta de polvo. Pero en realidad era tierra de color marrón púrpura y rocas y grava. Los pies no se hundían en ella.

Chico pensó: traslación.

Chico pensó: transición.

—Las patas del módulo estaban montadas sobre articulaciones universales, ¿sabe? La de la izquierda de la entrada estaba inclinada sobre una pequeña roca, quizá de cinco centímetros de altura. Las sombras eran muy nítidas. Imagino que, cuando pasé junto a él, mi sombra pasó por encima de la pata del módulo. Y la sombra de la pata formada por la roca sobre la que descansaba, y mi sombra, unidas, me dieron la impresión por un segundo como si algo se moviera ahí abajo. ¿Entiende? Me sentí excitado porque me hallaba en la Luna. Y aquello no era nada que hubiera sido incluido en las sesiones de entrenamiento. Pero recuerdo que durante quizá tres segundos, mientras seguía haciendo todas las cosas que tenía que hacer, no dejé de pensar: «Hay un ratón lunar, o un escarabajo lunar, ahí abajo.» Y de tener la impresión de que quedaría como un estúpido si decía algo, estaba transmitiendo todo el tiempo, describiendo lo que veía, porque *no podía* haber nada vivo en la Luna, ¿correcto? Como he dicho, sólo me tomó un par de segundos imaginar de lo que se trataba realmente. Pero por un momento fue algo terriblemente curioso. Bien. Eso es algo que nunca le he dicho a nadie..., no, creo que se lo mencioné en una ocasión a Neil, cuando volví. Pero no creo que él estuviera escuchando. Y se lo dije simplemente como un chiste.

Formación. Chico pensó: transformación.

—¿Es a eso a lo que se refería usted?

Chico había esperado que Kamp estuviera sonriendo al final de su historia. Pero cada uno de sus rasgos permanecía escrupulosamente dentro del límite de la sobriedad.

—Sí. ¿Qué piensa usted ahora?

—Me estoy preguntando por qué le he contado esto. Pero imagino que Bellona es el tipo de lugar al que llegas para hacer algo nuevo, ¿no? Ver cosas nuevas. Hacer

cosas nuevas.

—¿Qué dice la gente de fuera de este lugar? La gente que vuelve de aquí, ¿le ha hablado de la vida bajo la bruma? ¿Quién fue el que le hizo desear venir?

—No creo que haya conocido nunca a nadie que haya venido realmente aquí y luego se haya ido..., excepto Ernest Newboy, aquella mañana. Nos limitamos a darnos la mano al cruzarnos, y no tuvimos ocasión de hablar. He conocido a algunas personas que fueron evacuadas al principio. Una vez dejaron de intentar cubrir el suceso por televisión, supongo que la gente dejó de hablar de ello..., y ahora ya nadie habla del asunto.

Chico dejó que su cabeza se inclinara levemente hacia un lado.

—Se refieren a ello, por supuesto —dijo Kamp—. Puede usted sentarse en alguna sala de espera en Los Ángeles o en Salt Lake y hablar de esto, aquello o lo de más allá, y alguien puede que mencione a alguien que sabe lo que ocurre aquí. Un amigo mío, físico, volviendo en coche de la universidad de Montana, dijo que había recogido a dos chicas autostopistas que le dijeron que venían de aquí. Pensó que todo aquello era muy extraño, porque según los últimos informes de los periódicos se suponía que el lugar estaba completamente rodeado por la Guardia Nacional.

—Eso es lo que había oído yo también —dijo Chico—. Pero eso fue un poco antes de llegar aquí. No he visto ningún guardia nacional.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—No lo sé. Parece como si fuera bastante. Pero realmente no podría decírselo. —Chico se encogió de hombros—. Desearía saber algo más al respecto..., a veces.

Kamp estaba intentando no fruncir el ceño.

—Roger dijo que usted podía ser una persona interesante. Lo es.

—Nunca le he conocido personalmente.

—Eso es lo que me dijo.

—Supongo que tampoco sabe usted cuánto tiempo va a quedarse.

—Bueno, realmente no he decidido nada todavía. Cuando vine aquí, no pensé en el viaje exactamente como unas vacaciones. Pero llevo aquí algunos días, y le diré que, especialmente después del asunto de esta tarde, no sé qué hacer.

—Usted también es interesante —dijo Chico al cabo de un momento—. Pero no sé si es a causa de que ha estado en la Luna, o simplemente porque es interesante. Me gusta.

Kamp se echó a reír y tomó su cerveza.

—Vamos, puesto que estamos intentando ser honestos: ¿qué razón puede tener usted para que yo le guste?

—Porque, aunque sea usted una persona pública, lo cual es estupendo si resulta que tú eres el público, algo del «usted» privado prevalece. Creo que se siente usted muy orgulloso de las cosas que ha hecho, y se muestra modesto acerca de ellas, y no

desea hablar de ellas a menos que sea de una forma seria..., incluso alegremente seria. Para proteger esa modestia, creo que ha tenido que hacer usted cosas que no le han hecho en absoluto feliz.

Kamp dijo, comedidamente:

—Sí. ¿Pero por qué me dice todo esto?

—Porque me cae usted bien, y deseo que confíe un poco en mí. Si puedo mostrarle que comprendo algo sobre usted, quizá lo haga.

—¡Ja, ja! —Kamp se echó hacia atrás, riendo torpemente de una manera teatral—. Sólo en beneficio de la discusión: supongamos que averigua usted algo respecto a mí; ¿cómo sé que no va a usarlo contra mí?

Chico contempló las joyas ópticas en su muñeca, la hizo girar: dos venas se unían debajo de la yema de su pulgar y corrían hasta debajo de la cadena.

—Ésta es la tercera vez que alguien me pregunta esto. Sospecho que voy a tener que pensar en una respuesta pública.

Tak estaba hablando con alguien junto a la puerta: sin afeitado, y con una expresión algo salvaje, entró Jack. Tak se volvió hacia el joven desertor, que miró a su alrededor, vio al capitán Kamp. Tak asintió en corroboración a algo. Jack se volvió, tomó algo que podía ser una escopeta apoyada contra la pared, y prácticamente salió corriendo del bar.

—Creo que ya he pensado una respuesta —dijo Chico.

—... mmmm —dijo el capitán Kamp; y luego—: Yo también.

Chico sonrió.

—Estupendo.

—¿Sabe? —Kamp bajó la mirada a la superficie de la barra—, *hay* algunas cosas de las que no me siento feliz. Pero son precisamente las cosas que un tipo se mostraría relictante de decir, normalmente, a..., bien, uno de ustedes, con esos colgantes pelos, esas extrañas ropas, y las cuentas y cosas que llevan colgando. O cadenas... —Alzó la vista—. Me siento insatisfecho con mi vida y con mi trabajo. Es una insatisfacción muy sutil, y no deseo que me digan que tomo drogas y dejo crecer mi pelo. Quiero decir que ésa es la última cosa que desearía oír.

—¿Por qué no toma drogas y se deja crecer el pelo? Vea, no es tan malo. Ahora que lo peor ya ha pasado, quizá pueda seguir adelante y hablar de ello. Yo simplemente escucharé.

Kamp se echó a reír.

—Me siento insatisfecho con mi vida en la Tierra. ¿Por qué? Supongo que no lo tengo claro. Mire..., no soy la misma persona que era antes de ir a la Luna..., quizá éste sea el tipo de cosa por la que preguntaba usted. Quizá sea el tipo de cosa que solamente deba ser dicha a una persona. Pero se la he dicho a un par de docenas: *usted* sabe que el mundo es redondo, y que la Luna es un mundo más pequeño que da

vueltas en torno a él. Pero vive usted en un mundo de arriba y abajo, donde el suelo es una superficie. Pero para mí, sólo es la continuidad visual de la superficie plana a una altura desde donde el borde de la Tierra desarrolla una curva, desde donde esa curva se transforma en un círculo completo, desde donde el pequeño círculo de color jabón que cuelga delante de ti aumenta de tamaño hasta adquirir el que tenía la Tierra, y luego bajas a él. Y de pronto ese círculo es una superficie..., pero el arriba y el abajo ya no son exactamente lo mismo que antes. Cuando salimos a la Luna, simplemente bailamos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer con aquella ligereza? ¿Sabe?, ver una película marcha atrás no es la misma experiencia que verla marcha adelante pero invertida. Es una experiencia nueva, que pese a todo se desarrolla hacia delante en el tiempo. Lo que resulta de ello es algo completamente propio. Volver de la Luna no es lo mismo que ir, pasado al revés. Llegamos a un lugar por el que nadie había caminado; abandonamos un lugar donde *nosotros* habíamos bailado. La Tierra que abandonamos estaba poblada por una raza que jamás había enviado emisarios a otro cuerpo cósmico. Regresamos *a* un pueblo que lo había hecho. Tenía realmente la impresión de que lo que habíamos hecho era importante..., pese a la gente que se estaba muriendo de hambre en la India; y si existe una auténtica amenaza de hambre a nivel mundial, la tecnología tendrá que ser utilizada para evitarla; y no puedo pensar en una forma mejor de conseguir que la gente sepa hasta cuán lejos puede llevarnos la tecnología. Estuve en el centro del foco, durante seis horas y media. Me siento feliz con ese foco. Pero no estoy terriblemente satisfecho con la vida a cada lado. Las cosas que han desaparecido son como las cosas que han desaparecido de Bellona según el aspecto que tenía cuando llegué aquí: no hay mucha gente, pero no se aprecian signos evidentes de gran destrucción..., al menos yo no vi ninguno. Todo es gris, y algunas ventanas están rotas, y aquí y allá hay huellas de incendios. Pero, francamente, no puedo decir qué es lo que está mal. Sigo sin ser capaz de imaginar lo que ocurrió aquí.

—Me gustaría ir *a* la Luna.

—Córtese el pelo y deje de tomar drogas. —La lengua de Kamp hinchó su labio superior—. Ni siquiera tiene que alistarse en el ejército. Tenemos civiles en el programa. Eso es lo peor que puedo decir, ¿eh? Pero, realmente, es la exigencia básica. Quiero decir que todo lo demás viene después de eso. De veras.

Cree, pensó Chico, que puede haberme ofendido. Intentó no sonreír.

—Está frunciendo el ceño —dijo Kamp—. Oh, vamos. Cambiar de bando es algo completamente legítimo..., bien, de acuerdo. Dígame esto. ¿Es usted completamente feliz? Sea sincero conmigo.

Tak estaba yendo de un lado a otro de la estancia, lentamente y sin rumbo fijo.

—Creo —y Chico sintió que sus sentimientos cambiaban para encajar con su fruncimiento de ceño— que hay algo equivocado en su pregunta, ¿sabe? Paso mucho

tiempo feliz; paso mucho tiempo infeliz; paso mucho tiempo simplemente aburrido. Quizá si trabajara realmente duro en ello pudiera evitar algo de la felicidad, pero lo dudo. Los otros dos aspectos, sé que estoy encajado en...

Kamp estaba muy atento a algo a no más de un grado o así más allá del rostro de Chico. Bien, reflexionó Chico, dije que escucharía. Cuando Chico guardó silencio durante cinco segundos, Kamp dijo:

—No soy la misma persona que era antes de ir a la Luna. Algunas personas me han explicado que nadie más en la Tierra lo es tampoco. Alguien me dijo en una ocasión que he empezado a curar la gran herida infligida sobre el alma humana por Galileo cuando dejó escapar que la Tierra no era el centro del Universo. No, no me siento realmente satisfecho ahora. Me interrogo acerca de esa luz en el cielo, esta tarde. Me interrogo acerca de las historias que he oído acerca de dos lunas cuando sé de primera mano que sólo hay una. Pero lo observo todo desde una posición distinta a la de usted. Podemos sentarnos y discutir y celebrar conferencias y seminarios hasta que surja un sol mucho más tranquilizador, y sin embargo dudo que pueda decirle a usted algo que tenga significado, o que usted pueda decirme algo que tenga significado a mí. Al menos respecto a eso.

—Hey, hola. —Tak apoyó una mano en el hombro de Chico..., pero se dirigía a Kamp—. Ése era mi amigo Jack. ¿Sabe?, tenemos un buen número de desertores del ejército con nosotros. Le dije que esta noche teníamos con nosotros a todo un capitán. Quiso saber si usted también era un desertor. Le dije que por todo lo que sabía seguía siendo usted un miembro leal de las fuerzas. Me temo que simplemente se dio la vuelta y echó a correr sin siquiera saber si estaba usted en la Marina. ¿Ya se marcha, capitán?

Kamp asintió, alzó su botella.

—Me alegra haber tenido ocasión de conocerle, Chico. Si no nos vemos antes, le espero en casa de Roger. —Hizo una nueva inclinación de cabeza a Tak, y se volvió.

—Espero que se sienta tan incómodo como pretende que le he puesto. —Tak chasqueó la lengua—. Me hubiera gustado que viniera de uniforme. Antes me dedicaba a placeres mucho más complicados. Sentía una auténtica pasión hacia el marisco.

—Te estás halagando a ti mismo.

Tak hizo algunos cortos movimientos de afirmación con la cabeza.

—Es posible, es muy posible. Hey, lamento haberte echado la otra noche. Ven conmigo a casa. Jódeme.

—No. Estoy buscando a Lanya.

Tak rodeó su cerveza con sus grandes y pálidas manos y miró la boca de la botella.

—Oh. —Luego dijo—: Entonces ven conmigo a otra parte. Quiero mostrarte

algo. Además, probablemente querrás verlo.

—¿De qué se trata?

—Por otra parte, quizá ya lo hayas visto y no te sientas interesado.

—¿Pero no vas a decirme qué es?

—No.

—Está bien —dijo Chico—. Muéstramelo.

Tak le dio una palmada en el hombro, luego se apartó de la barra.

—Vamos.

Entre los edificios, la neblina se hinchaba como una lona embreada combada por la lluvia.

—Ésta es la clase de noche en la que daría cualquier cosa por una estrella. Cuando era más joven acostumbraba a intentar identificar las constelaciones, pero nunca lo conseguí. Puedo localizar la Osa Mayor. —Tak abrió su cremallera—. ¿Tú puedes hacerlo?

—Ahora la conozco bastante bien. Pero aprendí a localizarla hace unos años, cuando estaba viajando en barcos y cosas así. Son las únicas cosas que siguen siendo iguales cuando te mueves mucho de un lado para otro. Compré ese libro de bolsillo por cincuenta centavos, cuando estaba en Japón..., era un libro americano, sin embargo. En unas dos semanas podía localizar casi todas las constelaciones.

—Hummm. —Tak alzó la vista mientras se acercaban a la farola de la esquina—. De todos modos, tampoco podemos verlas. Quiero decir, ¿estás dispuesto a tener que aprender unas configuraciones completamente nuevas? —Las sombras cayeron sobre su rostro como una pantalla—. Por aquí.

La calle hacía pendiente. En la siguiente esquina giraron de nuevo. Media manzana más tarde Chico dijo:

—¿Puedes ver algo?

—No.

—¿Pero sabes a dónde vamos...?

—Sí.

El olor a cosas ardiendo volvía a ser claramente identificable. El aire era frío, muy frío: notó una grieta en el pavimento debajo de su pie descalzo. Algo con bordes rodó debajo de su bota. Los olores a madera derivaron. Por un instante cruzaron un olor que le hizo retroceder..., le golpeó con la fuerza de una alucinación: una cueva en las boscosas montañas donde algo había crepitado en un gran cuenco *de* cobre sobre la húmeda piedra, mientras encima de él veía, resplandeciendo...

La cadena en torno a él hormigueó como si el recuerdo hubiera enviado una corriente a través de ella. Pero el olor en particular (hojas húmedas sobre sequedad, y un fuego, y algo descompuesto...) desapareció. Y la oscuridad, aún siendo fría, era seca, seca...

Bordeada por una pared vertical, una lejana luz se difuminaba en el humo.

En la esquina, Tak miró hacia atrás.

—Comprobaba que aún estuvieras conmigo. No haces mucho ruido. Vamos a ir por ahí. —Tak indicó con la cabeza hacia delante, y cruzaron la calle, hombro contra hombro.

Al otro lado de una lámina de cristal, una luz ambarina silueteaba negras formas como alambres.

—¿Qué tipo de tienda era ésta? —preguntó Chico detrás de Tak, que estaba abriendo la puerta.

Sonaba como si hubiera una máquina funcionando en el sótano. Estantes vacíos se alineaban en las paredes, y las formas como alambres eran expositores sin nada en ellos. La luz procedía de una única bombilla en algún lugar en el hueco de la escalera. Tak se dirigió a la caja registradora.

—La primera vez que vine aquí, ¿querrás creer que todavía había ochenta dólares en el cajón?

Tak pulsó una tecla.

El cajón se abrió con un campanilleo.

—Todavía están.

Lo cerró.

El sonido cesó en el sótano, luego empezó de nuevo; sólo que ahora no sonaba en absoluto como una máquina, sino como alguien gimiendo.

—Vamos abajo —dijo Tak.

Alguien había esparcido panfletos por los escalones. Susurraron bajo el pie descalzo de Chico.

—¿Qué era este lugar? —preguntó Chico de nuevo—. ¿Una librería?

—Aún lo es. —Tak miró hacia donde la única bombilla que colgaba del techo iluminaba los vacíos estantes—. El departamento de libros de bolsillo está abajo.

Clavado con chinchelas en una esquina había un cartel escrito a mano: LITERATURA ITALIANA.

Un joven con el pelo muy largo estaba sentado, con las piernas cruzadas, en el suelo. Alzó la vista, luego miró al frente, cerró los ojos y entonó:

—*Om...* —arrastrando el último sonido hasta que se convirtió en el gruñido mecánico que Chico había oído cuando entraron.

—Esta noche está ocupada —dijo Tak en voz baja—. Normalmente no hay nadie aquí.

Entre las solapas de franela a cuadros, el pecho del muchacho estaba lleno de sudor. Sus pómulos brillaban encima de su barba. Les lanzó otra mirada antes de cerrar de nuevo los ojos.

Hace frío, pensó Chico. Hace mucho frío.

Al lado de LITERATURA ITALIANA había CIENCIAS POLÍTICAS. No había libros en ninguno de los dos lugares.

Chico rodeó las rodillas del muchacho y alzó la vista hacia FILOSOFÍA DE LA CIENCIA (también vacío), y se dirigió a FILOSOFÍA. Al parecer, todos los estantes estaban vacíos.

—Ommmmmmmmmmni...

Tak tocó el hombro de Chico.

—Aquí, esto es lo que quería mostrarte. —Señaló con la cabeza hacia el otro lado de la habitación.

Chico siguió a Tak más allá de LITERATURA AMERICANA, que era una polvorienta estantería de madera en el centro de la estancia.

La desempañada bombilla arrojaba cambiantes sombras a su alrededor.

—Acostumbraba a venir aquí en busca de toda mi ciencia ficción —dijo Tak—, hasta que ya no quedó nada en las estanterías. Aquí dentro. Sigue.

Chico penetró en la pequeña habitación lateral y golpeó algo con la punta de su bota (pensando: afortunadamente), retrocedió cojeando, alzó la vista: las portadas color marfil recordaban losetas de baño apiladas.

Todos los estantes excepto el superior estaban llenos con ejemplares del mismo libro expuestos de frente. Miró de nuevo la caja que había golpeado con el pie. La tapa se agitó ligeramente. Mientras miraba dentro, algo se enfocó: una sombra, enterrada en su mente a causa de algo que había dicho Lanya en el nido, casi desechada por la mega-luz de la tarde, apareció ahora, nítida e irrefutable, bajo la clara luz de la única bombilla: del mismo modo que los manuscritos no se convierten en galeradas de la noche a la mañana, tampoco las galeradas se convierten en libros distribuidos. Habían pasado muchas más de veinticuatro horas desde que había corregido las pruebas con Newboy en el sótano de la iglesia.

Frunciendo el ceño, se inclinó para coger un ejemplar, se detuvo, tendió la mano hacia uno de los colocados en la estantería, se detuvo de nuevo, miró a Tak, que se había metido los puños en los bolsillos de su chaqueta.

Los labios de Chico murmuraron un interrogante. Miró de nuevo los libros, tendió otra vez la mano. Su pulgar rozó la brillante portada.

Tomó uno.

Otros tres cayeron; uno se deslizó contra su pie.

Tak dijo:

—Creo que es muy curioso que los hayan puesto en POESÍA —eso era lo que decía el cartel arriba—. Quiero decir que podrían haber llenado con ellos cualquier estante de toda la maldita tienda. Hay docenas de cajas en la parte de atrás.

Con el pulgar encima, tres dedos debajo, Chico intentó calcular el peso; tuvo que hacer oscilar su mano. Había una sensación de ausencia que era muy fácil llenar con



## ORQUÍDEAS DE COBRE

escrito con letras de un trazo nítido que sus dedos jamás hubieran podido trazar, ni siquiera con regla y compás. Volvió a leer el título.

—Ommmmmmmmmmmm... —La luz se apagó y volvió a encenderse de nuevo; el medio canturreo, medio lamento—... mmmmmmmmmmmmm... —acabó en una tos.

Chico contempló los seis, siete, ocho estantes llenos.

—Es realmente curioso —dijo, y deseó que la sonrisa que tenía la sensación de que debía aflorar a su rostro mostrara las correctas emociones de sus rasgos internos—. Es realmente... —De pronto tomó otros dos ejemplares, y pasó junto a Tak en dirección a la escalera—. Hey —le dijo al muchacho—, ¿te encuentras bien?

El sudoroso rostro se alzó.

—¿Eh?

—¿Qué pasa contigo?

—¡Oh, hombre! —El muchacho rió débilmente—. Estoy enfermo como un perro. De veras, estoy enfermo como un jodido perro.

—¿Qué es lo que va mal?

—Mis tripas. Tengo un duodeno espástico. Es algo así como una úlcera. Quiero decir que estoy casi seguro de que es esto. Ya lo he sufrido otras veces, así que sé lo que se siente.

—¿Qué estás haciendo aquí, entonces?

El muchacho rió de nuevo.

—Estaba intentando ejercicios de yoga. Para el dolor. ¿Sabes que puedes controlar esas cosas con el yoga?

Tak se acercó detrás de Chico.

—¿Funciona?

—A veces. —El muchacho hizo una inspiración—. Un poco.

Chico se apresuró escaleras arriba.

Tak le siguió.

Desde el último peldaño, Chico miró las estanterías a su alrededor y se volvió a Tak, que dijo:

—Estaba pensando, de veras lo estaba pensando, en pedirte que me firmaras un autógrafo en éste. —Le tendió el ejemplar y dejó escapar una risa que era casi un gruñido—. De veras.

Chico decidió no examinar la forma que adoptaba su pensamiento, pero captó su reluciente borde: no es no tener; es no tener recuerdo de tener.

—De todos modos no me gusta este tipo de mierda... —dijo, sorprendido ante su



oscuridad. Después de hoy, pensó ociosamente, ya no hay ninguna razón para que aparezca el sol. ¿Locura? ¡Vivir en cualquier estado distinto al terror! Apretó fuertemente los libros. ¿Son míos esos poemas? ¿O descubriré que son descripciones impropias de la mano de alguna otra persona de cosas que yo he creído en una ocasión que estaban cercanas: el mapa borrado, los nombres de cada localización sustituidos?

Alguien, luego más, estaban riendo.

Chico siguió caminando, registrando primero el completo salvajismo de todo aquello, los cada vez más amplios bordes; pero sólo en la farola aún encendida de la otra esquina se dio cuenta de que era alegre y entrelazado buen humor.

Dos negros, en el trapezoide de luz de un portal, estaban hablando. Uno bebía una lata de cerveza o coca cola. Una tercera figura (Chico pudo ver desde allí que los oscuros brazos estaban desnudos, que la chaqueta resplandecía) cruzó desde el otro lado de la calle.

La farola pulsó y murió, pulsó y murió. Letras negras sobre un campo amarillo anunciaban, y anunciaban, y anunciaban:

AVENIDA JACKSON

Chico se dirigió hacia ellos, curioso.

—Ella echó a correr hacia aquí... —estaba explicando el alto, luego rió de nuevo—. Una cosita hermosa y rubia, mortalmente asustada, ¿sabes?; primero se detuvo, como si fuera a dar media vuelta y echar a correr de nuevo, con la mano alzada frente a su boca. Luego va y me pregunta —el hombre bajó la cabeza y alzó la voz—: «¿Está aquí dentro George Harrison? Ya sabe, George Harrison, el hombre grande de color.» —El que contaba la historia echó hacia atrás la cabeza y rió de nuevo—. Hombre, si yo las tuviera como las tiene George... —en su puño sujetaba el cañón de un rifle (la culata contra el suelo), que se agitó con su risa.

—¿Qué le dijiste? —preguntó el otro, más robusto, y bebió de nuevo.

—«Seguro que está dentro», le dije. «Será mejor que esté dentro. Yo acabo de salir y juraría por el infierno que lo vi dentro. Así que si no está dentro, entonces no sé dónde demonios pueda estar.» —El rifle se inclinó, volvió a erguirse—. Ella echó a correr. Simplemente se dio la vuelta y echó a correr manzana abajo. ¡Simplemente así!

El tercero era un escorpión negro con la chaqueta de vinilo negro, su orquídea colgada de una cadena del cuello. Es como, pensó Chico, encontrarse con unos amigos la noche en que la televisión ha estado cubriendo el asesinato de otro político, el suicidio de otra superestrella; y por un momento sois desconocidos cómplices celebrando la articulada anulación de alguna catástrofe nacional, neutral.

Recordando la luz de la Luna, Chico frunció los ojos en la oscuridad. Y deseó estar sujetando alguna otra cosa: un bloc de notas o una flor o un trozo de cristal.

Torpemente, se metió los libros debajo del cinturón, en la parte de atrás de los pantalones.

Los tres hombres se volvieron para mirar.

La piel de Chico se humedeció con el azaramiento.

—... Simplemente echó a correr —repitió finalmente el negro con el rifle, y su rostro se relajó como el de un músico tras completar una cadencia.

El que sujetaba la lata de cerveza miró a izquierda y derecha y dijo:

—Vosotros sois escorpiones. Así que venís un poco por aquí, ¿eh?

—Ése es el Chico —explicó el escorpión negro—. Yo soy Cristal.

Su nombre, pensó Chico (recordó a Araña ayudando con el brazo de Siam en el bamboleante suelo del autobús...): no resulta fácil pensar en ellos una vez sus nombres afloran a la superficie. Podían ser muy bien yo. Enfrentarse con ello era una delicia ante su propia carencia. Pero esa alegría seguía pareciendo tan opaca y esperada como el sueño banalmente edípico que había tenido la primera noche en que le había sido asignada una psiquiatra en el hospital.

—¿Tú el Chico? —El hombre clavó el fondo de la lata en la parte superior de la hebilla de su cinturón—. ¿Habéis pensado acaso en venir hasta aquí abajo y darnos protección?

—Ajá: están disparándole a la gente negra, así que habéis bajado a Jackson.

Desde dentro, apagadas, sonaban las voces de otros negros hablando y riendo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Chico.

Cristal se acercó a él. (Chico pensó: me siento más comfortable. Es probable que él también.) Los otros se movieron para acomodar sus posturas.

—¿Alguien ha estado disparando por aquí? —preguntó Cristal—. ¿Ha sido esta tarde?

—Esta tarde, sí. —El cañón del rifle pasó a la otra mano—. Algo así como un francotirador, ¿sabes? Armó un gran revuelo. Quiero decir, esta tarde, con esa cosa colgando ahí arriba.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien se subió al tejado del edificio del Second City Bank ahí en la esquina de abajo, y empezó a disparar contra la gente como una escopeta. Simplemente eso.

—¿Mató a alguien? —preguntó Chico.

El hombre con la lata frunció los labios.

El hombre con el rifle dijo:

—A unos siete.

—¡Mierda! —exclamó Chico.

—Primero abatió a cuatro a la vez, ¿sabes?: bang, bang, bang, bang. La mujer no murió en seguida, pero no pudo llegar muy lejos. Un poco más tarde acudió otra gente a ayudarles, porque pensaron que ya se había ido. Pero aún seguía allí, y se

cargó a tres de ellos. Luego escapó.

—Era un chico blanco, además. —El otro hizo un gesto con su lata—. E hizo todo el camino hasta aquí abajo para cargarse a unos cuantos negros.

—La mujer murió..., ¿cuándo? —preguntó Cristal.

—Un poco más tarde. No dijo nada acerca del tipo que hizo los disparos, sin embargo. Pero otros lo vieron. Por eso saben que era blanco. —Sonrió, terminó el contenido de la lata, la arrojó—. Vosotros los escorpiones —la lata rebotó con un sonido metálico—, ¿vais a bajar a Jackson y darnos algo de protección? ¿Impedir que los locos hijos de puta blancos disparen a la gente por la calle?

El rifle se alzó.

—No necesitamos ninguna protección de los escorpiones. —Y un despectivo—: Mierda.

—Está bien —dijo Chico—. Porque nosotros no protegemos a nadie. —Todo esto suena como algo familiar. ¿No dispararon a alguien desde un tejado...?

Los dos hombres se miraron el uno al otro, parecieron incómodos.

Finalmente, Cristal repitió:

—No es eso lo que hacemos.

El hombre con el fusil deslizó el cañón hasta su hombro.

—No, no necesitamos protección.

—Tampoco necesitamos a ningún hijo de puta de pie en el tejado del edificio del Second City Bank disparándole a la gente. —Las manos del otro hombre se dirigieron a su cinturón para sujetar la hebilla, como si deseara tener de nuevo la lata—. Ya sabéis, sin tener médicos. Ni empresarios de pompas fúnebres.

—¿Qué hicieron con ellos? —preguntó Cristal.

—Los metieron en una casa ahí abajo. Y después de tres o cuatro días, la gente empezará a cruzar la calle cuando pasen por delante de ese tramo.

El hombre con el rifle no rió.

—¿Qué hacéis vosotros los escorpiones por aquí? Porque ese sol haya salido —la culata golpeó contra el cemento—, ¿vais a bajar hasta aquí abajo?

—George me dijo que viniera a visitarle aquí —dijo Chico—. Lo vi en la iglesia de la Reverenda Amy y me dijo que acudiera a visitarle.

—Exacto —dijo Cristal—. Venimos a ver a George.

Al cabo de un momento, uno de los dos hombres dijo:

—Oh.

—Bien, entrad —dijo el otro—. Seguro, entrad. Está ahí dentro.

—Vamos —dijo Chico a Cristal.

A medio camino en el pasillo, Cristal dijo:

—¿Crees que ha tenido alguna vez algún rifle antes? Por la forma en que estaba dándole golpes por todas partes, va a terminar volándose una oreja o la nariz o

incluso la cabeza o cualquier otra cosa.

—O mi cabeza —dijo Chico—. Sí, yo también he pensado eso.

Había tres quinqués colgados juntos. Su luz blanca como el magnesio endurecía el linóleo gris armada, las paredes amarillas institucionales. Chico pudo ver a través de la puerta de hierro de un ascensor un enrejado de sombras sobre los ladrillos de cenizas.

Supo que reaccionó, pero no pudo decir hasta qué punto lo demostró.

—¿Dónde ponen los cadáveres? No me va a gustar cuando pase por allí una tercera vez.

Cristal estaba observándole.

—¿Por qué llevas tu orquídea colgada del cuello? Cuando te vi el día que entramos en los almacenes, la llevabas sujeta con una tira de cuero.

—Lo sé —dijo Cristal—. Pero tú llevabas la tuya así.

—Oh. Eso es lo que pensé.

Más allá de la esquina podían oír voces.

—Hey.

Cristal se volvió. Losas de luz se deslizaron por su vinilo negro.

—¿Eh?

—¿Qué pensasteis cuando me presenté, quiero decir allá en los almacenes?

Cristal rió por la nariz. Parecía azarado. Tiró de sus pantalones encima de su estómago, se rascó la doble T de la cicatriz de una apendectomía que asomaba por encima de su cinturón. Sus nudillos eran mucho más oscuros que el resto de su piel; los lugares entre sus dedos parecían como si hubieran sido frotados con ceniza.

—¿Qué pensaste tú? Dímelo.

Cristal se encogió de hombros y agitó la cabeza para encajar su sonrisa en las amarillentas comisuras de sus ojos.

—Nosotros..., bueno, sabíamos que ibas a venir. Sólo que no sabíamos que fueras a hacerlo entonces. Quiero decir, ¿recuerdas la mañana que te despertamos en el parque?

Chico asintió.

Cristal asintió también, como si la referencia explicara algo, luego miró pasillo adelante.

Chico siguió andando.

En una fiesta, yo entrego un centenar y medio de ejemplares de mi libro, y todos apagan la música y se sientan con las piernas cruzadas en el suelo, leyendo tan intensamente que puedo caminar entre ellos, inclinarme, y examinar cada una de las expresiones, que van desde el humor pasando por la compasión hasta los rostros los más profundamente emocionados.

Sudaba bajo los libros en su cinturón. Una gota rodó, cosquilleando en sus nalgas.

Chico y Cristal cruzaron las puertas abiertas de par en par.

No había esperado que hubiera música.

—... desea más, no puede conseguir el suficiente, cómo salirse de todo ello: Tiempo —exclamó una mujer por encima de la dispersa multitud—: ¡ése es el héroe! —Se tambaleó en sus oscuras ropas sobre alguna plataforma, o quizá sólo una mesa, lo cual situaba sus rodillas a la altura de la cabeza del negro más alto, con el pelo cortado a cepillo (con un vago círculo calvo en el centro)—. ¡El tiempo es el villano! —La Reverenda Amy Taylor, a treinta metros al otro lado de la sala coronada por una galería, agitó la cabeza y el puño, miró con ojos intensos a los hombres y mujeres con rostros de humus, arena y todos los colores intermedios que puede tener la tierra, que la rodeaban—. ¿Dónde está esta ciudad? ¡Encallada fuera del tiempo! ¿Dónde ha sido edificada? Al borde de verdades y mentiras. No verdad y falsedad... Oh, no. No. Nada tan grande. Aquí estamos hundidos en el abismo de discretas mentiras, de inocentes observaciones erróneas, brillantes especulaciones que resultan equivocadas y matan... Oh, hay mucha menos verdad en el universo que cualquier otra cosa. Sí, incluso aquí zozobramos en la plenitud del lenguaje, las rápidas cenizas del deseo. — Cristal tocó el brazo de Chico. Su expresión parecía más extraña de lo que sentía Chico. Había quinqués colgados en todas las paredes. Las sombras eran múltiples y tenues en el linóleo color sangre. Cerca de ellos, tiras de papel de la pared habían caído detrás de las macetas de..., no, no eran palmas. ¡Cactus!—. ¡Así que habéis visto la luna! ¿Así que habéis visto a George... los testículos derecho e izquierdo de Dios, tan pesados con el mañana, que han desgarrado el velo para colgar desnudos sobre todos nosotros? Entonces, ¿qué ha habido hoy en el cielo? ¿El útero de Dios vuelto del revés y llameando con Su sangre, contemplando cómo hacía un momento Ella había puesto el huevo de la Tierra y su cuerpo polar que tan caballerosamente habíamos desprovisto de singularidad? ¿Es Dios una cerda que devora a Sus crías y las hace arder en Su calor? ¿Es Dios la culebra Ouroborus, mordisqueando la punta de Su propia cola? ¿O es Dios solamente un concepto categórico equivocado, como la *mente* de Ryle, un proceso que realiza la materia del universo, tolera, o se inflige a sí mismo, a través de la necesidad o el azar, por razones arcanas que vosotros y yo nunca descubriremos? ¿Empezando como una función del tiempo, hey, Martin? Bien, ahora, ¿dónde nos conduce todo esto? Todo me parece completamente engañoso..., porque es simplemente un agujero, un pequeño agujero en cuyo borde se nos ha permitido, por el espacio de un parpadeo, percharnos, para observar ese fluir, terrible para todos nosotros, trágico para algunos, en el que el futuro silba a su través para amontonar la fosa común del pasado. Muy profundo, ciertamente; y completamente seco. Y lleno de polvo. Y repleto de huesos como un finísimo tul. ¿Era un corazón de fuego lo que vimos hoy ahí arriba? ¿O sólo un grumo de lo que quema, estrujado fuera de las entrañas cósmicas..., con gran alivio para ellas? Quizá *fuera* nuestro sol,

lanzado a toda veleidad, camino de algún otro lugar; y todo lo que nos quedará ahora será volvernos cada vez más fríos y más viejos, cada día y en todos los aspectos, tan dignamente como nos sea posible. ¿Cuánto tiempo más durará esta luz? Oh, mis pobres, enfermos, condenados y pronto olvidados hijos, ¡preguntad antes cuánto tiempo durará la oscuridad que va a seguirla!

No era, observó Chico, una multitud particularmente quieta o atenta..., excepto los treinta o cuarenta realmente apiñados en torno al podio de la Reverenda. La gente iba de un lado para otro, hablaba; y de tanto en tanto brotaba alguna risa en alguna parte, oscureciendo sus palabras. Allá arriba en la oscura galería, unas pocas personas, muy distantes las unas de las otras, dormitaban como manchas oscuras entre los marrones asientos de madera. Alguien avanzó a lo largo de la barandilla, comprobando los focos; ninguno parecía funcionar. Gordo, calvo, del color de la terracota y llevando solamente un mono con pechera, se puso en pie, se secó la frente con el dorso del brazo, y se dirigió a la siguiente luz apagada.

En las paredes había altas ventanas con barrotes. Mientras los ojos de Chico examinaban las puertas, un grupo de seis hombres y mujeres de mediana edad cruzaron la sala: una mujer derribó una estatua, que un hombre cogió e intentó volver a poner trabajosamente derecha, hasta que un trozo de yeso cayó. El yeso se hizo pedazos contra el suelo. Otros se reunieron alrededor de ellos para reír, para gritar consejos.

Más allá de ellos, la Reverenda Taylor agitó los brazos, inclinó la cabeza a un lado y la echó hacia atrás, arengando el polvoriento suelo, el techo en sombras; pero sólo una o dos palabras pudieron rasgar ahora claramente el velo de charlas y risas.

El grupo se dispersó dejando huellas de blancas pisadas: George Harrison se destacó entre ellos.

Rodeaba con un brazo el cuello de una mujer regordeta, rosada, de pelo rubio, con el otro el talle de una delgada y bronceada muchacha de tez color ladrillo y pecas. (La había visto, en la iglesia, con el rubio mexicano que había tropezado con él en la calle, ¿cuántas mañanas más tarde?, ¿cuántas mañanas hacía de ello?) George vio a Chico, alzó la cabeza y llamó:

—¡Hey!, así que has venido, ¿eh? ¡Mierda! —Llevaba las mangas enrolladas muy altas sobre unos bíceps como café torrefacto—. Te ha tomado un tiempo infernal hacerlo, ¿no crees? —y agitó la cabeza y saludó a la gente que pasaba a diez metros de distancia—. ¡Seguro que hoy es un superdía, con ese superdisco apareciendo en el supercielo! ¿Hey...? —Soltó la cintura de la chica delgada. Entre las solapas del mono de ella colgaba una reluciente catenaria—. ¿Qué tienes aquí? Déjame ver. —Sus negros dedos (uñas rosadas, con cimitarras amarillas en sus extremos) se engarfiaron sobre la cadena óptica—. Veo que todo el mundo por aquí lleva estas cosas. El... —señaló con la cabeza a Chico—. Ves a todo el mundo por ahí



llevándolas. Vamos, dame ésta. Yo también quiero ser un hippie y llevar esas pequeñas cuentas de cristal.

—¡Ohhh! —se quejó ella—. ¡George!

—Tú me das ésta, y puedes conseguir alguna otra, ¿de acuerdo?

—No, querido. —Apartó la cadena de los dedos de él—. No puedes coger ésta.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes, eso es todo.

—Tú sabes dónde conseguirlas. Sólo tienes que darme ésta e ir a buscar...

—No ésta, cariño. —Ella la apartó hacia el hueco de su brazo—. Dime qué otra cosa quieres y te la daré, ¿de acuerdo?

—¡Bien, eso es lo que quiero!

—Oh, George —ella se arrimó contra él..., desapareciendo de la línea de visión de Chico.

—De acuerdo, pero vigílala. Puede que no la consiga ahora, pero estoy seguro de que la conseguiré más tarde —rió Harrison.

La muchacha delgada sonrió, pero alzó la mano hacia donde costillas y esternón marcaban su piel, y cubrió la cadena con su pequeña palma de quebradizo aspecto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Chico. Los libros hacían presión contra uno de los prismas en la parte superior de su nalga izquierda. Incómodo, los movió. El prisma se movió con ellos—. Quiero decir, ¿qué está *haciendo* todo el mundo aquí? ¿Y la predicadora...?

—¡Teníamos que proporcionarle a la dama predicadora un lugar donde predicar!

—Y seguro que lo hace —dijo la chica delgada—. No para de hablar.

—Ésta es mi casa —dijo George, con un grave movimiento de su cabeza—. Tengo muchos amigos aquí, ¿sabes? Y tú también eres bienvenido. En cualquier momento. Tengo un apartamento abajo. Algunas de las habitaciones de arriba están ocupadas por gente, ¿sabes? Ésta es la gran sala de reuniones, o algo así. La predicadora, ¿sabes?, pensó que después de lo de esta tarde no iba a ser capaz de meterlos a todos en su iglesia. Así que le dijimos, ven y abriremos la gran sala de reuniones. Y tú límitate a poner un letrero diciéndole a todo el mundo que venga aquí.

—Creo que esto es estupendo —dijo Cordita con un acento que, durante sus tres semanas en la frontera con Georgia cargando melones, Chico había aprendido a identificar como de las llanuras del sur de Alabama—. Ella siempre está predicando sobre George y hablándole a todo el mundo de George. Así que creo que fue muy considerado por parte de George decirle: ¿Por qué no vienes a mi casa y lo haces aquí?

—No me parece que haya más gente de la que puede caber en su capilla —dijo la otra chica.

—Tenemos un bar por aquel lado —la mujer rubia giró su mano para señalar—, donde podéis tomar algo. Luego podéis seguir escuchando a la predicadora. George quiere que todo el mundo se sienta como en su casa.

—Mierda —dijo George. Luego se echó a reír.

Cristal rió también; la mujer rubia pareció satisfecha, hizo algo con dos dedos debajo del algodón floreado de su corpiño, sonrió.

—Había que proporcionarle a la predicadora un lugar donde predicar —repitió George. Asintió, volvió a coger por el talle a la chica delgada.

—¿Quién vive en esta ciudad? —La voz de la Reverenda Amy llegó a través de una calma pasajera—. ¡A los lógicos les gusta este lugar! —George se volvió para escuchar. Lo mismo hicieron la chica delgada y Cristal—. Aquí podéis abrir espacio con una distinción, una marca o un sello, y no hacer que sangre sobre todos vosotros. Lo que necesitamos no es un cálculo de forma sino un análisis de atención, que crea forma de la indiferente y no diferenciada pluralidad. ¡No, Che, no fanón, no sois lo suficientemente negros! Mirad... —Una vez más agitó muy alto su puño. Su negra manga aleteó debajo de él—. Tengo un puñado de mónadas aquí. Escuchad... Están charlando y rumoreando como células lógicas de ocho operaciones llamando al orden desde una configuración al azar... —A la mención de Che (¿sin ninguna relación?, pensó Chico), una oleada de ruido se había iniciado en un rincón de la sala. Ahora otra, que tenía en su centro el romperse de una botella de vidrio, se alzó por encima de su voz. En el paisaje marrón del rostro de la Reverenda, una constelación de gotitas brillaba en cada sien. Su boca siguió moviéndose, su cabeza se inclinó, luego volvió a alzarse; sus ojos se cerraron, se abrieron bruscamente, miraron con intensidad; y de nuevo Chico no pudo oír nada de su ditirambo.

Oyó a George reír quedamente. Harrison permanecía de pie, con las manos en los bolsillos de sus sucios pantalones caqui.

Cristal, a unos pocos pasos de distancia, estaba tendiendo el cuello para ver algo por encima de la cabeza de alguien. La mujer rubia se estaba abriendo camino con los hombros con sonrisas y disculpas a derecha e izquierda; la chica delgada permanecía de pie, pensativa, observando aún a la predicadora, su mano izquierda sobre su hombro derecho, con aspecto apenado y pintoresco.

—¿Sabes que tu amiga está fuera buscándote de nuevo? —dijo Chico.

—¿Sí? —dijo George—. ¿Cuál de ellas?

—La pequeña chica blanca, rubia, de diecisiete años. —El sudor, se dio cuenta Chico, no estaba solamente debajo de los libros. Los hombros de su chaqueta resbalaban en él. La parte de atrás de sus rodillas y la piel bajo su barbilla estaban mojadas—. Estaba fuera, preguntando..., preguntando por ti: «¿Está George Harrison aquí dentro? ¿Está George dentro?»

La nariz y las mejillas de George eran como arenosa teca, sus gruesos labios

estaban estriados como corteza de pino, los planos en torno a sus dientes marfil y sus ojos se movieron hacia una expresión que derivó entre ironía, diversión y desdén.

—Montones de pequeñas chicas blancas vienen por aquí buscándome.

—Su nombre rima con Luna, y ella... —el puño derecho de Chico se cerró, dedos y nudillos arañando la tela de sus pantalones—, ella mató a su hermano por ti: ¿George? Tenía tu póster, contigo grande y negro y desnudo, y él lo vio, su hermano pequeño. Él lo vio y estaba incordiándola..., ¿sabes cómo son los hermanos pequeños, George? Estaba incordiándola, e iba a chivarse, ¿entiendes? Iba a decírselo a su madre, a decírselo a su padre: sólo que ella temía que lo hiciera, ellos no sabían nada..., no sabían que no era sólo una foto; no sabían que se había encontrado contigo una vez; ¡no sabían que estaba intentando verte de nuevo! Mira, habían amenazado ya con matar a su hermano mayor. Antes. Y él se había ido de casa. Así que ella lo empujó, a su hermano menor, por el hueco del ascensor..., dieciséis, diecisiete, dieciocho pisos... ¡No quiero... recordarlo! —Chico agitó la cabeza. Algo que no era dolor pulsó en ella, pulsó de nuevo—. Oh, Cristo, había... ¡sangre! Quedé cubierto de sangre. Tuve que extraerlo del sótano, cogiéndolo por los sobacos. Y subirlo de nuevo hasta arriba. Cuando ya estaba muerto. Pero... ¡fue por *ti*! Fue por eso que ella..., ¡que ella lo hizo! Por eso yo... —Lo que pulsaba en su cabeza se convirtió en dolor—. Ella misma me lo dijo. Me dijo que temía que él fuera a decirlo. Y que ella... —Chico dio un paso para marcharse, dio otro paso, porque el primero había sido vacilante y tuvo que afirmarse en el segundo. Volvió la vista.

George le observaba, como si lo hiciera desde el fondo de un gran salón cuyas paredes estaban llenas de rostros indiferentes, negros y amarronados.

Sus ojos estallarán como amapolas floreciendo, pensó Chico. Sus dientes entrarán en erupción como diamantes escupidos a bocanadas. Su lengua culebreará los metros que nos separan, llegando casi a tocar mi boca antes de convertirse en humo rosa. El vapor silbará en dos columnas de sus fosas nasales...

George miraba con —y reconociéndolo, Chico se volvió de nuevo bruscamente y siguió andando— la indulgencia reservada a los locos.

¿Es éste, pensó Chico (diciendo: «Hey, lo siento, hombre...») y palmeando el hombro de alguien con quien acababa de chocar), uno de esos momentos que, momentáneamente, se deslizan fuera de la mente para unirse a mi finalidad, edad y nombre? Pasó entre aquellos dos; luego alguien, riendo, sujetó su brazo para sostenerle y le empujó hacia delante. Fue a parar contra los delgados barrotes de metal con su mejilla y ambas manos, los sujetó, se inclinó hacia atrás, alzó la vista:

Alguien estaba bajando por la escalera en espiral. El hombre gordo y calvo (cuya piel parecía ahora más que nunca como aceitado papel de envolver) con el mono con pechera, bajó junto a Chico, se alejó de los resonantes, negros, triangulares peldaños que trazaban círculos en torno al poste central y desaparecían arriba en el abierto

cuadrado que conducía a la galería...

Cuando Chico miró de nuevo hacia abajo, el hombre se estaba abriendo camino por entre la gente que iba de un lado para otro por el centro de la sala.

—¿Estás bien?

—Sí... —Chico miró a su alrededor.

—Bien. —Cristal, con un andar bamboleante y unos movimientos casi lentos, avanzó hacia él—. Sólo preguntaba. ¿Sabes...?

—Estoy bien... —Pero sentía frío; el sudor se estaba secando en su cuello, sus antebrazos, sus tobillos—. Sí.

Cristal se pasó el pulgar a lo largo de su cinturón. El vinilo aleteó hacia un lado, revelando la cicatriz de la apendectomía en su oscura y mate piel, volvió a cubrirla.

Múltiples risas caucásicas descendieron por la barandilla en espiral.

Cristal y Chico alzaron a la vez la vista, volvieron a bajarla al unísono.

Un quinqué, muy alto en la pared, derramaba suaves manchas de luz sobre los brazos de Cristal, señalaba otras más intensas en su chaqueta, y trazaba una línea de luz a lo largo de un pétalo de la orquídea contra su encadenado pecho, tan brillante que Chico entrecerró los ojos.

—¿Quieres ir a ver? —preguntó Cristal.

—Suena como si fuesen los chicos del parque. —Chico apretó los labios, miró de nuevo hacia arriba; de pronto sujetó la barandilla, empezó a subir los escalones, una mano en la rasposa columna central, la otra deslizándose por el pasamanos. Cristal, tras él, le siguió, golpeando su puño con el de Chico en la barandilla. La puntera de su bota alcanzó el desnudo talón de Chico un escalón antes de llegar arriba.

Desde el quiosco en sombras a la entrada del pasillo, Chico contempló las inclinadas hileras de asientos de la galería. Oyó la respiración de Cristal a unos pocos centímetros detrás de su oreja.

Estaban sentados —seis, no, siete de ellos— justo detrás de la barandilla de la galería: la mujer rubia en la tercera fila, inclinada hacia delante para ver por entre los hombros de los dos hombres de delante, era Lynn, la mujer que se había sentado a su lado en casa de los Richards, la mujer a la que había arrebatado la escopeta en Emboriky's.

Un hombre alto y con el pelo rizado se sentaba a su lado, las manos cerradas en torno al cañón de una escopeta. Estaba inclinado hacia delante, con la punta del cañón del arma más alto que su cabeza; parecía casi dormido.

Otro hombre aún seguía riendo.

Otro decía:

—¿Dónde está esa maldita perra? Hey... —Medio se levantó, miró por encima de las sillas vacías—. ¡Muriel! Muriel...

—¡Oh, por el amor de Dios, Mark, siéntate! —dijo Lynn, con su vestido verde.

Otro hombre, con una desgastada chaqueta de ante, dijo:

—Lo que yo querría saber es dónde está esa maldita *mujer*. Se suponía que tenía que estar de vuelta cuan... —El final de su frase se perdió entre risas y aplausos de abajo, que debían tener algo que ver con la Reverenda; pero Chico no podía verla desde allí.

Y un hombre había abofeteado al hombre que tenía a su lado. La otra mujer, con una blusa campesina de anchos hombros, estaba intentando separarlos, riendo.

Un asiento más allá, con los maltratados zapatos en el asiento de la silla de delante, las rodillas dobladas en unos brillantes pantalones y un rifle cruzando los brazos de su silla como un guardia de bar en una fiesta de carnaval, se sentaba Jack. Mientras los otros bromeaban y reían, Chico pudo ver su enjuta mejilla sin afeitar pulsando con los movimientos de su boca mientras equilibraba su barbilla entre sus dos puños unidos y observaba meditabundo la congregación de abajo.

—¿No te parecen horriblemente familiares algunos de esos tipos? —susurró Cristal, demasiado fuerte, pareció, cerca del oído de Chico. Pero ninguno de ellos se volvió.

Chico miró hacia atrás.

—De los almacenes... —dijo, y vio a Cristal asentir antes de volver de nuevo la vista.

Muy dispersos en la semioscura galería (sólo había dos quinqués que alguien había dispuesto a unos veinte metros de la barandilla; toda la otra luz procedía de abajo), quizá una docena de personas ocupaban los asientos de atrás. Más de la mitad de los tornillos de las abrazaderas metálicas que sujetaban los asientos al polvoriento suelo frente a las rodillas de Chico habían desaparecido...

—¿Qué está diciendo? ¿Puedes oír lo que está diciendo la predicadora ahí abajo?

—¡Oh, vamos! ¡No vas a oír nada desde aquí arriba excepto ruido! ¡Quiero ir abajo y dar una vuelta por la fiesta!

—¿Quieres ir ahí abajo, con todos ellos? ¡Ve, entonces!

—Ese tipo de ahí abajo tiene buena apariencia... ¿Quién es?

—¿El tipo blanco de ahí?

—Es aquel al que yo *señalaba*, ¿no?

—Hombre... —El del pelo rizado arrastró el cañón de su arma contra su pecho—. Desde aquí arriba no podemos señalarlo entre tanta gente. A menos que... —Alzó repentinamente el rifle a sus ojos—. ¡Bang! —dijo, luego miró por encima de la mira y rió—. A menos que hagamos esto, ¿no? Me gustaría saber cuál de ellos es George Harrison. —Volvió a bajar el rifle—. Bang... —susurró.

—Para ya con esto —dijo el hombre llamado Mark—. Nos hemos metido aquí solamente para ver qué pasaba.

El hombre del pelo rizado se inclinó hacia delante y llamó:

—Hey, Rob. ¿No crees que deberíamos poner un poco de animación ahí abajo con unos cuantos tiros bien apuntados...?, sólo para hacer prácticas de blanco, ¿entiendes? ¿Qué te parece la idea, Rob?

Sobriamente y sin mirar hacia atrás, Jack dijo:

—*Todos* vosotros tenéis extrañas ideas, muchachos. Todo el mundo al que he conocido desde que llegué aquí tiene extrañas ideas. —No sobriamente, le llegó a Chico como segundo pensamiento: la voz de Jack tenía la pastosa gravedad del muy borracho.

—¿Por qué vosotros dos habéis querido traer armas a un sitio así, de todos modos? —dijo Mark.

—*Ellos* tenían armas —dijo el hombre del pelo rizado, volviendo a apoyar la culata de su rifle en el suelo—. ¿No has visto la forma en que esos negros intentaron echarnos a patadas, sólo porque llevábamos armas? Y eso no es justo. Ellos tenían armas, nosotros teníamos armas..., todos los hombres han sido creados iguales. ¿Acaso no sabes esto? ¡Hey, quita tus manos de aquí!

—Sólo quería verla —dijo la mujer con la blusa campesina—. Además, soy mejor tiradora que tú.

—¿De veras? —dijo el hombre—. Seguro que sí. —Apoyó su rizada *cabeza* contra el cañón.

—¡De veras, lo soy!

—¿Quién es Harrison? —dijo uno de los otros hombres—. ¿Sabéis?, todos *parecen* iguales. —Se echó a reír—. Al menos desde aquí arriba.

Jack bajó un zapato al suelo. Aparte esto —codos sobre los brazos de la silla a ambos lados de su rifle, la barbilla sobre los puños, y una brillante rodilla colgando sobre el asiento de delante— no se movió.

—¿Qué es esa mujer gritando ahí abajo? Jesús...

Chico miró a Cristal, que ahora se había situado a su lado. Cristal, con el ceño fruncido, miraba al pequeño grupo con un leve y disgustado agitar de su cabeza.

Chico hizo un gesto con la barbilla hacia la escalera en espiral, se volvió y echó a andar hacia allí.

El salón de entremezclados hombres y mujeres se agitó y los recibió.

—*¡Demasiado!* —dijo Cristal cuando llegaron al fondo, deteniendo a Chico con una cálida mano en el hombro—. Quiero decir: Cristo, hombre...

—Encontremos a George —Chico hizo una profunda inspiración—. Le diremos que están ahí arriba, y veremos qué quiere hacer.

—Es probable que no vayan a *hacer* nada... —dijo Cristal, sin demasiada convicción.

—Entonces encontraremos a George, le diremos que hay un puñado de tipos blancos ahí arriba en la galería, dos de ellos con rifles, que *probablemente* no vayan a

hacer nada. —Chico se preguntó hacia qué lado ir, vio una abertura en la muchedumbre, y se metió en ella.

Tras él, Cristal sugirió:

—Quizá George sepa ya que están aquí.

—Estupendo —dijo Chico por encima del hombro—. Entonces podrá decirnos eso también.

Tres pequeños toneles cerca de la pared contenían los cactus de metro y metro y medio..., del tipo que Chico siempre había oído decir que enviaban sus raíces en el desierto hasta diez y doce metros de profundidad en busca de agua.

En el más cercano, entre amarradas y entrecruzadas púas, colgaba lo que parecía ser una tela rosa. Dos pasos más cerca, y Chico vio que era el jirón de una flor, ancha como su mano, flácida sobre la succulenta carne.

Delante del más alejado, George bromeaba en medio de un grupo ruidoso y alegre. Una mujer con brazos como amarrados sacos, arrugados en los codos, muñecas y nudillos, agitaba una botella, ofreciéndola aquí y allá con besos y grititos explosivos.

Chico miró a la galería. No, no eran visibles desde donde estaba ahora.

Chico se abrió camino dentro del grupo. Un brazo apretó su brazo, una mano se apoyó en su espalda para sostener a alguien que se tambaleaba: estaba sudando de nuevo.

—George... ¡Hey, George! —Se preguntó por qué, y como respuesta halló todos los recuerdos del encuentro de hacía diez minutos: el compulsivo relato de June, su propio terror, regresaban ahora—. George, tengo que... —Tomó la botella que le pasaban, bebió, la pasó a su vez—. George, ¡tengo que verte un momento, hombre! —¿Le tengo miedo?, se preguntó Chico. Si eso es todo, entonces lo único que tengo que hacer es no tenerle miedo al miedo—. ¡George...!

Harrison tenía la botella ahora. Su brazo se alzó, su risa cayó...

—Hey, ¿qué pasa ahora, Chico? Hey, éste es el Chico. El Chico quiere hablar un momento conmigo —el brazo cayó sobre el hombro de Chico—, así que estaré con vosotros en un segundo. —La oscura cabeza se inclinó cerca de la de Chico en un movimiento de anticipación, centrando su atención.

—Mira —dijo Chico—. Fuera había un tipo hablando de algunas personas que resultaron muertas en la calle por francotiradores desde un tejado esta tarde. Bien, arriba en la galería encontrarás a media docena de tipos blancos..., dos de ellos con rifles. Están sentados ahí, bromeando acerca de empezar a dispararle a la gente. Y están particularmente interesados en ti. Es probable que no lleguen a hacer nada, pero pensé que debías...

—¡Mierda! —silbó George. Alzó los ojos, pero no la cabeza—. ¿Van con ellos tres mujeres y un perro...?

—Dos... —empezó Chico—. No, tres y una perra.

—¡Malditos negros cabeza de chorlito! —el aliento de George silbó entre sus dientes—. ¡Les *dije* que no dejaran entrar a ningún loco con un arma! ¿Para qué demonios piensan que los puse ahí fuera...? A menos que vinieran por otro lado...

—Eso es lo que estaban diciendo —señaló Chico—. Han debido colarse por otra parte. Y...

George empezó a erguirse.

Chico sujetó su hombro y le hizo inclinarse de nuevo, con la mente resplandeciendo con el reconocimiento de lo que había dentro de ella:

—¡...y, George! Lo que te dije —el sudor empezó a secarse, y mientras su espalda se enfriaba bajo su chaqueta, supo por qué había venido— respecto a June matando a su hermano...

Los ojos de George, con las comisuras inyectadas en sangre, las pupilas casi fundiéndose en el blanco que era casi marfil, se acercaron a los de Chico.

—... no era cierto. Quiero decir, ella *lo hizo*. Pero, ¿sabes?, no sé si lo hizo *a causa* de ti o no. Después de que él resultara muerto fue cuando ella me dijo que él iba a contarle todo acerca del póster tuyo que yo le di. *Ella* dijo que fue un accidente. Dijo que él iba a contarle todo, y que luego, sólo por accidente... Así que *no lo sé*. ¿Entiendes...?

—Realmente estás preocupado por eso, ¿eh? —George se enderezó. Su brazo seguía colgando sobre el hombro de Chico, con la botella de vidrio agitándose, al compás de la respiración de George, contra el pecho de Chico—. Bien, por eso me está buscando, supongo. Porque no me importa nada, ni de una forma ni de otra. Tú has estado tan ocupado culpando o perdonando que la has vuelto loca. A mí no me importa si es inocente como un conejito blanco recién salido de la carnada, o si ha matado a su hermano, su madre, su padre y al Presidente de los Estados Unidos, ha hecho rodajas de sus cuerpos, y ha bailado desnuda en su sangre. ¿Qué es esto para mí? ¿Qué es para ella...? Otro hombre blanco fuera del camino, eso es todo. Puede que ella se preocupe un poco más que yo por el asunto, pero no mucho. Y, finalmente, esto hará nuestras vidas un poco más sencillas..., quizá incluso la tuya. Cuando ella venga a mí, le haré exactamente lo mismo, por los dos lados. ¿Dices que me está buscando? Bien, aquí estoy, hombre, sigo aquí. ¡Hey...! —llamó por entre la multitud, agitando en alto la botella—. Estamos todos un poco cansados. Creo que deberíamos empezar a pensar en irnos a casa.

Las hojas cliquetearon en el pecho de Chico, se giraron. Chico dijo:

—¿Quieres que subamos y los echemos por ti, George? Los sacaremos fuera de la galería.

George volvió la mirada hacia Chico, dudó con ojos entrecerrados.

—Enviaré a mis chicos ahí arriba a cubrirlos. Luego enviaremos a más gente para



echarlos. Mis chicos les dejaron entrar. Así que ahora pueden echarlos. Sé que vosotros muchachos sois muy hábiles con ese puñado de cosas colgando de vuestros cuellos, pero ellos tienen rifles, y si todos los hombres fuimos creados iguales, será mejor que mantengamos las cosas de este modo. De todos modos, la fiesta se está alargando demasiado. Vamos a irnos todos a casa, así que será mejor que vosotros os vayáis también, ¿de acuerdo?

Chico sonrió e imitó una muy cortés reverencia.

—Muchas gracias a ti —dijo George— por todas tus molestias... —y se echó a reír. Chico miró al cactus en su barrilito de madera: por un momento pensó en lanzarse contra él para abrazar el carnoso tronco lleno de púas; era algo tan ridículo que simplemente se dio la vuelta y se alejó. Volverían a encontrarse, pensó, junto al sol, junto a lunas, junto a risas o relampagueos. Sudo porque no sé lo que me ocurrirá a mí entonces. Lo que me ocurrirá...

Cristal se situó a su lado. Tras unos seis pasos, dijo:

—¿Qué hubieras hecho si llega a decirte: «¡Hey, por supuesto, hombre! Sube ahí arriba y echa a patadas a esos hijos de madre.»?

—Probablemente —Chico sujetó a un borracho que estaba a punto de caer tres pasos más allá de ellos— me hubiera meado en los pantalones.

—Quizá —rió Cristal—. Pero probablemente también hubieras subido ahí arriba y los hubieras echado a patadas.

—No creo que hubiera tenido muchos problemas en hacerlo —admitió Chico—. Supongo.

El blanco que avanzaba hacia ellos, abriéndose camino con los hombros entre los negros y sonriendo, era el capitán Michael Kamp.

—Hey, hola. No creí que fuera a verle de nuevo. Quiero decir, no esta noche. —Su sonrisa se posó en Cristal.

—Hola, señor —dijo Chico—. Me alegra verle de nuevo. Pero creo que la fiesta ya está acabando. Han tenido algún problema arriba. Nada serio. Pero *pueden* haber algunos disparos. Y somos unos blancos terriblemente fáciles desde ahí arriba. —Los ojos de Kamp siguieron la dirección de los de Chico hacia la galería, y volvieron a bajar, confusos y muy abiertos. Chico dijo—: Oh. Éste es mi amigo Cristal. Cristal, éste es el capitán Kamp.

—Hola, señor —Cristal tendió su mano—. Me alegra conocerle.

Kamp tuvo que recordar que debía estrechársela.

—¿Qué es...? Quiero decir...

—Venga —dijo Chico—. Salgamos del camino.

—¿Qué está pasando ahora? —Kamp le siguió—. Bueno... Roger me dio una lista de lugares donde valía la pena ir esta noche. Me temo que soy uno de esos tipos a los que les gusta beber licor y perseguir muchachas..., los pasatiempos favoritos de

la Marina. Aunque aquel bar es muy interesante, sí, muy interesante... —asintió con la cabeza—, la verdad es que pensé que debía buscar algo mejor, al menos en la segunda parte de mi periplo. Algún otro lugar..., como éste. —Alzó de nuevo la vista a la galería, mientras una repentina masa de gente se movía ruidosa hacia la puerta y salía—. Aquí tienen también hermosas mujeres... —Otra masa siguió a la primera—. ¿Qué ocurre? —preguntó Kamp.

—Algunos locos blancos con rifles —dijo Chico—. De momento no están haciendo nada excepto poner nerviosa a la gente. Pero no deberían estar ahí arriba, de todos modos.

—¿No he oído a alguien contar algo acerca de unas personas muertas a tiros en la calle esta tarde?

—Sí —dijo Cristal, e hizo una mueca.

—Oh —dijo Kamp, porque al parecer no podía pensar en ninguna otra cosa—. Roger dice que no dejan entrar a blancos en *este* lugar. ¿Qué están haciendo ellos aquí?

Chico frunció el ceño por unos momentos a Kamp.

—Bien, algunos de nosotros hemos entrado.

—Oh —dijo Kamp de nuevo—. Bueno, claro. Quiero decir...

—Usted viene de la Luna, ¿no? —dijo Cristal—. Eso es muy interesante.

Kamp empezó a decir algo, pero una voz le interrumpió: la de la Reverenda, brotando a través del medio silencio que siguió al éxodo:

—¿...de la travesía emprendida de nuevo no es el valor de la travesía? ¡Oh, mis pobres e inadecuadas manos y ojos! ¿No sabéis que una vez habéis transgredido ese límite, cada átomo, el interior de cada punto de realidad, ha transmitido su relación a todos los demás que habéis dejado atrás, estremecidos y sacudidos dentro del campo del tiempo, de modo que, si lo atravesáis de vuelta, regresaréis a un espacio muy diferente de aquel que abandonasteis? ¿Habéis cruzado el río para venir a esta ciudad? ¿Creéis realmente que podéis cruzarlo de nuevo de vuelta a un mundo donde un cielo azul se vuelve violeta al atardecer, dulcificado por la luz de una única luna plateada? ¿O que después de un aliento de oscuridad, presagiado por un falso y familiar amanecer, brotará un pequeño disco de fuego, escupiendo luz sobre árboles y dispersas nubes, mujeres, hombres y las obras de ambos? ¡Pero lo *hacéis*! ¿De qué otro modo podemos retener la acuñación inflacionista y el barato papel moneda de la cordura y el solipsismo? Oh, todo el mundo sabe el nombre de esa luna tan secundaria que se ha introducido en nuestra noche tan ordinaria. Pero el arcano y no mencionado nombre de lo que ha brotado en este tan extraordinario día, y de lo que George es sólo el consorte, ¡sólo *eso* os liberará de esta ciudad! ¡Rezad conmigo! ¡Rezad! Rezad porque esta ciudad es el único espacio puro, lógico, desde el que, sin ser un poeta o un dios, podemos realmente partir si... ¿Qué? —Alguien le había

hecho una seña: la Reverenda bajó la vista—. ¿Qué ocurre...? —Era George. La Reverenda se inclinó. Por un momento estuvo a punto de alzar la vista; no lo hizo, y se apresuró a bajar de la plataforma. Su pequeña cabeza se perdió entre las cabezas que la rodeaban.

—Bueno, sospecho que es momento ya de que regrese con Roger. —Kamp miró a su alrededor—. Aunque tienen algunas damas preciosas por aquí, tengo que admitirlo.

—Sí, imagino que ya es momento de que nos vayamos todos —dijo Chico, y observó que Kamp no se movía. Intentó mirar en la dirección en que miraba Kamp, preguntándose en qué dama se habrían posado sus ojos, sólo encontró la vacía ventana enrejada.

Kamp dijo:

—Hum... Subir hasta casa de Roger en la oscuridad... —Cambió su peso de pie, se metió una mano en el bolsillo de los pantalones—. Realmente, no me hace ninguna gracia la idea. —Volvió a cambiar su peso de pie—. Díganme, amigos, ¿quieren un trabajo?

—¿Eh?

—Les doy cinco pavos si me acompañan hasta la casa..., ¿saben dónde está?

Chico asintió.

—Quiero decir, ustedes están en el negocio de la protección, ¿no? Vi algunos de ustedes mientras paseaba esta noche por la ciudad.

—¿Sí?

—Si recorres las calles en la oscuridad, en una ciudad sin policía, nunca sabes lo que vas a encontrarte... Ustedes dos: les daré cinco a cada uno.

—Iré con usted —dijo Cristal.

—Vamos —dijo Chico.

—Realmente les agradezco esto. De veras. Pero no quiero apresurarles. Si quieren quedarse un poco más y tomar un par de copas, estupendo. Sólo avísenme cuando estén preparados...

Cristal miró a Chico con una expresión de: ¿Está loco?

De modo que Chico dijo:

—Nos iremos ahora. —Y pensó: ¿le aterra mucho más la oscuridad que cualquier peligro conocido?

—Bien —dijo Kamp—. De acuerdo. Estupendo, ahora. —Sonrió y echó a andar hacia la atestada puerta.

La expresión de Cristal seguía siendo de desconcierto.

—Sí —dijo Chico—. Va a lo práctico. Ha estado en la Luna.

Cristal rió sin abrir los labios.

—Yo también voy a lo práctico, hombre. —Y dio una palmada.

Kamp se volvió y les miró.

Chico, seguido por Cristal, se abrió camino entre la gente que se apiñaba en la salida.

En el vestíbulo, Kamp preguntó:

—Ustedes, amigos..., son escorpiones, ¿no? ¿Causan *mucho jaleo* por ahí?

—El necesario —dijo Cristal.

Chico pensó: Cristal siempre espera antes de hablar, como si me correspondiera a mí hablar primero.

—No soy el tipo de hombre que normalmente eluda una pelea —dijo Kamp—. Sin embargo, no hagan planes. No llevo mucho dinero, pero me gustaría volver a casa con todo lo puesto intacto. —(La gente junto a la puerta escuchaba a una mujer que, en mitad de su historia, se detuvo para reír torrencialmente.)—. Si voy a quedarme un tiempo en Bellona, quizá fuera una buena idea contratar a un grupo de ustedes para que fuesen conmigo. Claro que esto quizá lo único que consiguiera fuese atraer la atención. De todos modos, aprecio que vengan conmigo.

—No vamos a dejar que le ocurra nada —dijo Chico, y se preguntó por qué.

Pensó en decirle a Kamp que sus temores eran infundados; y se dio cuenta de que él también, aunque no conscientemente, había empezado a sentir miedo.

Cristal encajó los hombros, y la barbilla, y los pulgares en sus deshilachados bolsillos, como un cowboy negro de drugstore.

—No le pasará nada —reiteró Chico.

La mujer se recuperó lo suficiente para poder seguir su historia, que era:

—¡...el sol! ¡Dijo que era el maldito sol! —Hombres y mujeres negros se agitaron y aullaron.

Chico rió también; rodearon el grupo, hacia la oscuridad.

—¿Habló usted con George cuando estuvo dentro? —preguntó Cristal.

—Algo así. Me ofreció una de sus chicas. Pero no era mi tipo, ¿saben? Ahora, si me hubiera ofrecido la otra... —Kamp dejó escapar una risita.

—¿Qué piensa de él? —preguntó Chico.

—No es demasiada cosa. Quiero decir, no comprendo por qué todo el mundo está tan asustado con él.

—¿Asustado?

—Roger está aterrado —dijo Kamp—. Roger fue quien me habló de él, por supuesto. Es una historia interesante, pero extraña. ¿Qué piensa usted de ella?

Chico se encogió de hombros.

—¿Qué hay que decir?

—Mucho, a juzgar por lo que oyes.

En la pared de ladrillo, debajo de la pulsante farola, los pósters de George, brillantes como si hubieran sido barnizados, se superponían como las inmensas y

pintadas escamas de un dragón cuyo costado se desvaneciera hacia los lados y hacia arriba en la noche. Cristal los contempló cuando pasaron junto a ellos. Chico y Kamp miraron a Cristal.

—Por lo que he oído, todo el mundo se pasa mucho tiempo hablando de él.

—¿De qué hablaron ustedes, además de intercambiar conejos? —preguntó Chico.

—Le mencionó a usted, entre otras cosas.

—¿De veras? ¿Qué dijo?

—Quería saber si yo le conocía. Cuando le dije que sí, quiso saber mi opinión sobre usted. Parece como si la gente estuviera casi tan interesada en usted como en él.

Aquello parecía algo de lo que reírse a carcajadas. Chico se sorprendió del silencio de Kamp. La oscuridad cayó sobre el rostro de Kamp.

—¿Sabe?, hay algo..., bueno, no soy un hombre estrictamente religioso. Pero quiero decir: Por ejemplo, cuando estábamos ahí arriba y le leíamos la Biblia a todo el mundo por la televisión, lo sentíamos realmente. Hay algo respecto a eso de darle un nombre a una nueva luna; para alguien..., alguien así, y con todo ese tipo de cosas que hay ahora aquí, es algo que va contra la religión. No me gusta.

Cristal rió quedamente.

—Todavía no le han dado ningún nombre al sol.

Kamp, desconcertado por el acento de Cristal (por aquel entonces Chico lo había situado ya en algún lugar cerca de Shreveport), le hizo repetir lo que había dicho.

—Oh —dijo cuando comprendió—. Oh, se refiere usted a esta tarde.

—Sí —dijo Cristal—. Espero que no piense usted que van a darle *su* nombre —y volvió a reír.

—¿Cree usted que podría vivir con eso? —preguntó Chico.

Kamp hizo un gesto en la oscuridad. Pero no pudieron decir si la curva de su brazo era abierta o cerrada, así que perdió su significado.

—Ustedes, amigos, saben por donde vamos, ¿verdad?

—Vamos bien —dijo Cristal.

Chico tuvo la clara sensación de que estaban yendo mal. Pero desconfiar de las sensaciones claras se había convertido en una segunda naturaleza para él. Siguió caminando, esperando, al lado de ellos.

—Mire —dijo Cristal, arrancando a Chico de su ensoñación, quizá veinte minutos más tarde—. Éste es el lugar entre Brisbain North y Brisbain South. Ya le dije que estábamos yendo bien.

Dos paredes formando cañón se colapsaban hacia dentro la una encima de la otra, anulando el tiempo entre ellas.

—¿Qué? —preguntó Kamp.

—Estamos yendo bien —dijo Cristal—. Directos hacia arriba, hasta la casa del señor Calkins.

Fruncieron los ojos y parpadearon, mirándose, después de varias manzanas de oscuridad.

—Imagino —dijo Kamp alegremente— que debe ser más bien difícil para *cualquiera* navegar por la ciudad después de hacerse oscuro.

—Uno acaba aprendiendo —dijo Chico.

—¿Qué?

¿Qué clase de acento tengo yo?

—He dicho: «Uno acaba aprendiendo.»

—Oh.

Allá delante, la oscuridad estaba puntuada por una farola al menos a cinco manzanas de distancia, parpadeando entre las ramas de un árbol de otro modo invisible.

—Ustedes, amigos, ¿han tenido alguna vez algún problema en la calle?

—Sí —dijo Chico.

—¿En qué parte de la ciudad? —preguntó Kamp—. ¿Sabe?, quiero saber qué vecindarios debo evitar. ¿Fue ahí donde estuvimos? ¿La zona de color, Jackson?

—Exactamente al lado de casa de Calkins —dijo Chico.

—Oh. ¿Le robaron?

—No. Yo estaba ocupándome de mis propios asuntos, y entonces esa pandilla de tipos aparecieron y me arrancaron la mierda del culo a palos. Supongo que no tenían nada mejor que hacer.

—¿Llegó a descubrir quiénes eran?

—Escorpiones —dijo Chico (Cristal rió de nuevo)—. Pero eso fue antes de que yo empezara a correr también.

—Los escorpiones son casi la única cosa en Bellona de lo que uno tiene que preocuparse —dijo Cristal—. A menos que aparezca algún chalado con un rifle en una ventana de algún piso o en un tejado y decida tomarte como blanco.

—... porque tampoco tenga nada mejor que hacer —terminó Chico.

Kamp inspiró en la oscuridad.

—¿Dice usted que el vecindario de ahí, en torno a la casa de Roger, es realmente malo?

—Casi tan malo como el de cualquier otro lugar —dijo Chico.

—Bueno —reflexionó Kamp—, sospecho que fue una buena idea pedirles a ustedes que me acompañaran, entonces.

Está utilizando su miedo para utilizarme a mí, reflexionó Chico, y no dijo nada. ¿Diez dólares por el paseo? Se preguntó qué paralelo tenía aquello con la génesis de la protección en la comuna del parque. Se metió los dedos en los bolsillos, arqueó los hombros, sonrió a la noche y pensó: ¿Es así como camina un peligroso escorpión? Hizo sus zancadas un poco más largas.

Kamp tosió, y dijo muy poco durante el siguiente cuarto de hora.

... soy un merodeador en la ciudad interior, tenue como la oscuridad agitada sobre sí misma por el sonido de un paso, un parpadeo, el latido de un corazón. Intrigado por la forma en que su miedo me ha proporcionado finalidad, me deslizo por el laberinto de la menor resistencia. ¿Dónde es el sonido? Hay un sonido como de cristal y arena, o un dedo dando vueltas en los canales del oído. Acepto mi propia muerte con una lengua electrificada, deseando llorar. Ese aliento que dejo aquí se dispersa como apariciones de risa que me siento demasiado aterrorizado para liberar.

Lo cual era la conclusión de la ensoñación que había iniciado antes: pero no podía recordar su inicio.

—¿Sabe lo lejos que está la puerta de esta pared? —preguntó Kamp.

—La pared hace que su voz suene extraña en la oscuridad, ¿no? —dijo Cristal.

—¿No deberíamos ver alguna de las luces de la casa? —preguntó Kamp.

—¿Todavía tienen luz? —quiso saber Chico.

Siguieron caminando.

—Aquí —dijo Chico—. Veo algo... —tropezando con el bordillo—. ¡Hey, cuidado...! —pero no cayó. Se recuperó al lado de la nerviosa risa de Kamp. Cree, pensó Chico, que algo ha estado a punto de saltar sobre nosotros. Sólo mis ojos están vendados en la oscuridad. El resto de mi cuerpo se desvía en la luz.

—Sí —dijo Kamp—. Hemos llegado.

Entre las columnas, a través de los barrotes de latón y los colgantes pinos, la luz se deslizó en los pliegues del rostro de Cristal (sudoroso, se sorprendió Chico) y derramó su polvo sobre Kamp, que simplemente estaba muy pálido.

Creí que yo era el único mortalmente asustado, pensó Chico. Mi suerte es que en mi torpe rostro esto no se nota.

—José —llamó Kamp—. José, soy Mike Kamp. He vuelto a dormir. José —explicó innecesariamente— es el hombre que tiene Roger en la puerta.

*C-c-clank*: la cerradura (¿accionada a control remoto?) se abrió, y los barrotes se separaron unos centímetros.

—Bien —Kamp se metió las manos en los bolsillos—. Quiero darles realmente las gracias, amigos, por... Oh. —Sus manos salieron de los bolsillos—. Aquí tienen. —Rebuscó en su cartera, la alzó hacia sus ojos—. Déjenme ver qué tengo aquí... —Tomó dos billetes.

—Gracias —dijo Cristal, cogiendo el suyo.

—Bien —dijo Kamp de nuevo—. Gracias otra vez. Si no nos vemos antes, Chico, espero verle aquí dentro de tres domingos. —Empujó la puerta—. ¿Desean entrar, amigos...?

—No —dijo Chico, y se dio cuenta de que Cristal se había preparado para decir sí.

—De acuerdo. —*C-c-clank*—. Buenas noches, pues.

Cristal cambió su peso de uno a otro pie.

—Buenas noches. —Luego dijo—: Esos bordillos son demasiado con toda esta oscuridad, mierda. Vayamos por en medio de la calle.

—Claro.

Bajaron de la acera y echaron a andar.

Tendrás que ver qué aspecto tiene ahí dentro de un par de semanas, pensó decir Chico, y no lo dijo. También pensó en preguntar por qué Cristal era un escorpión, cuánto tiempo llevaba siéndolo, y qué había hecho antes.

No hablaron.

Chico construyó los tocones de una docena de conversaciones, y oyó cada una de ellas derivar hasta zonas de mutuo embarazo, de modo que las abandonó. En una ocasión se le ocurrió que Cristal probablemente estuviera dedicándose al mismo proceso: por un tiempo examinó lo que probablemente deseara saber Cristal sobre él: eso también se convirtió en una conversación fantasiosa y, como las demás, embarazosa. Así que su silencioso intercambio se trasladó a otros temas.

—Todo este camino no vale cinco pavos —dijo Cristal en la conexión Norte-Sur.

—Toma. —Chico tendió su billete, arrugado tras una hora en su puño (las puntas se habían ablandado con la transpiración)—. Probablemente tampoco valga diez. Pero yo no los necesito.

—Gracias —dijo Cristal—. Hey, gracias, hombre.

Se sintió a la vez sorprendido y regocijado de que el intercambio le liberara de su preocupación sobre quién era Cristal.

Caminaron por la oscura calle entrando en la ciudad, sin hacer ningún movimiento para iluminar su proyector, in memoriam —se dio cuenta Chico— del sol.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Tres horas? ¿Más? La distancia entre el entonces y *el* ahora estaba atestada de tiempo durante el cual su furiosa mente había sondeado el exterior de una miríada de fantasías y (hubiera dicho si le hubieran preguntado) no había ocurrido nada. Pensamientos de locura: Quizás esos momentos de errónea realidad o tiempo perdido fueran los puntos (durante los momentos en que nada ocurría) en que el sondeo consiguiera penetrar. El lenguaje que se desarrollaba en otros músculos distintos a la lengua era mejor para asirlos. Cosas que no podía decir fluctuaban en su boca una tras otra, mármoles azules, naranjas y rosas, para ver si podía saborear los colores.

Pasaron junto a otra farola.

El rostro de Cristal estaba seco.

De la misma forma en que todo en aquella ciudad estaba obviamente derivando; Chico derivó sobre un recuerdo cinestético. Intentar conscientemente hallar un



destino era observar los letreros de las calles ilegibles a través del humo, la oscuridad o el vandalismo, mal colocados o inexistentes.

Cuando cruzaron Jackson, Chico anunció:

—Quiero volver a la fiesta.

—Seguro, amigo —sonrió Cristal—. ¿Por qué no? ¿Realmente quieres ir?

—Sólo para ver qué ha ocurrido.

Cristal suspiró.

Al otro lado del pavimento, en el otro extremo de la manzana, Chico vio el débil trapezoide.

—Todavía hay luz.

Del conjunto de tres quinqués en la parte de dentro de la puerta, uno aún ardía. Dentro, las puertas del salón estaban cerradas.

—No parece que haya nadie ahí.

—Abre la puerta —dijo Chico, porque Cristal iba delante de él.

Cristal empujó, entró; Chico entró detrás de él.

Sólo dos quinqués estaban encendidos: un tercero, en un rincón, daba sus últimos estertores. La sala estaba vacía; los detritus de la fiesta yacían esparcidos entre ruinas y sombras.

Cerca de la estatua con una sola ala, tendido entre las punzantes plantas, con la punta del cañón de su arma sobre su barriga, la culata en el linóleo, el guardia negro con el que habían hablado fuera roncaba boca arriba. Las huellas en el desmenuzado yeso, las sillas volcadas y las botellas esparcidas por todos lados trajeron momentáneamente a Chico la imagen de un francotirador borracho, el cañón oscilando por toda la habitación momentos antes de caer sin sentido..., pero no vio agujeros de balas.

No pudo divisar a nadie en la galería.

En una silla junto a la pared del fondo, envuelta en un absurdo sobretodo, la única otra persona en la habitación se tambaleaba hacia un lado, se inmovilizaba, se recuperaba, volvía a tambalearse, se inmovilizaba de nuevo en un ángulo que desafiaba la gravedad.

—¿Qué tiene dentro, un giroscopio? —preguntó Cristal.

—Más bien media cucharada de skag.

Cristal rió.

En el vestíbulo, una puerta que antes había estado cerrada permanecía ahora abierta sobre una escalera.

—¿Quieres explorar un poco? —preguntó Cristal.

—Por supuesto —dijo Chico.

Cristal se pellizcó la ancha nariz, dos veces, chasqueó los labios, carraspeó y empezó a bajar.

Chico le siguió.

Una puerta al fondo estaba abierta. El pie descalzo de Chico pisó un *Times*, que se vio atrapado por alguna ligera corriente de aire (la sucia escalera era fría; el pasamanos cálido) y cayó revoloteando. Raspó de nuevo debajo de su bota en el último escalón.

Chico se asomó detrás de Cristal:

El diván había sido abierto para convertirlo en una cama. La muchacha delgada con el pelo color ladrillo que había estado con George, su cuello rodeado por la cadena óptica, dormía debajo de una arrugada sábana, de la que asomaban unos pequeños pechos color café con leche, rematados con oscuros pezones.

Una lámpara junto a la cama tenía una pantalla de cristal con uno de los triángulos roto. La cuña de luz, moldeando cuerpo y cama, apenas rozaba una aréola a la altura de su ligera respiración.

—¡Hey, hombre! —susurró Cristal, y sonrió.

Chico respiró con ella, tambaleándose en el último escalón, y tuvo que separar sus pies.

—¿No te gustaría algo de eso?

—Creo que podría comerme tres raciones —dijo Chico—. ¿Dónde está George?

—Hombre, probablemente se habrá ido con la *otra*... —El enfático susurro de Cristal se quebró y se convirtió en un falsete.

Luego:

—¿Qué diablos hacéis aquí? —La muchacha se sentó bruscamente, y su rostro pasó del sueño a la irritación como dos cuadros de un film.

—Jesucristo, señorita —dijo Chico—, sólo estábamos mirando.

—¡Bien, pues dejad de mirar! ¡Fuera, sacad vuestros jodidos culos de aquí! ¿Dónde demonios está todo el mundo? ¡Hey, vosotros dos, largaos de aquí!

—Cariño, no te pongas así —dijo Cristal—. Tenías la puerta abierta de par en par...

—Ese loco debe haber dejado la maldita *puerta* sin cerrar... —Tiró hacia sí de la sábana, bajó los pies de la cama, y cogió con un manotazo alguna ropa—. ¡Vamos, salid! ¡Fuera! ¡Fuera! No estoy bromeando. ¡Fuera!

—Mira... —Chico contempló hoscamente las dificultades de una violación (un sorprendente recuerdo de sus brazos llenos con el cuerpo del ensangrentado muchacho; echó hacia atrás los pies, juntos), y se preguntó qué era lo que estaba contemplando Cristal—, si dejas de gritar, quizá podamos discutir un poco esto; puede que cambies de opinión...

—¡No en vuestra jodida vida! —Desplegó con un tirón el arrugado mono, alzó los pies del suelo y los metió en las perneras—. No sé qué tendréis en mente hacer, ¡pero si lo intentáis, alguien os va a partir el culo...!

—Nadie quiere partirle nada a nadie... —Chico se detuvo porque Cristal estaba mirando hacia la pequeña y alta ventana. Chico sintió que sus mejillas se fruncían, y la presión de la sorpresa en su frente.

Ella empezó a decir algo, y luego:

—¿Eh?

El brumoso aire de fuera se había iluminado de azul.

Entonces Cristal se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba.

—¡Hey! —Chico le siguió.

Tras él pudo oír a la muchacha pelearse con sus zapatos.

Chico corrió hacia el vestíbulo, salió a la calle en tromba.

Cristal, a tres metros de la acera, miraba a lo largo de la calle.

Chico se le unió, se detuvo para mirar atrás al sonido de unos pasos: ella se detuvo en la puerta, asomó la cabeza, el rostro contorsionado.

—Dios Jesús —dijo en voz baja, salió y alzó la cabeza—. Se está... ¡haciendo de día!

El primer pensamiento de Chico fue: está ocurriendo demasiado aprisa. Los desiguales techos descendían en una palideciente V, con el vértice enturbiado por el humo. Miró, esperando una erupción de bronceos fuegos. Pero no; el arco de cielo visible, aunque modelado y moteado con ondulaciones, era azul oscuro, excepto el cuarto inferior, que se había vuelto gris.

—¡Oh, hombre! —Cristal miró a Chico—. Estoy tan cansado. —Bajo uno de sus ojos, una lágrima surcó su oscura mejilla. Parpadeando, Cristal se volvió de nuevo hacia la mañana.

Chico sintió un estremecimiento. Y luego más. No confío en esta reacción, pensó, recordando la última ocasión en que un drama de madrugada en la televisión, donde la lacrimosa realización de la frágil heroína del naciente amor que brotaba en ella le había causado la misma sensación. Me va a gustar esto porque hay un negro a mi lado a punto de echarse a llorar a gritos, y otra en la puerta que parece tan asustada y confusa como puedo estarlo yo... No, no es el día. No.

Pero los estremecimientos siguieron, deshilachando su carne, hasta que incluso sus pensamientos se tambalearon. Los estremecimientos rascaron su espina dorsal como si fueran papel de lija. Sus palmas zumbaron. Abrió mucho la boca y los ojos y los dedos al arrebolado y fluyente amanecer.

DOMINGO, 1 de abril de 1776... Existen razones para hablar de esto en la página dos en vez de concederle al fenómeno los titulares de la primera página que tan fácilmente podrían reclamar. Nosotros, por una vez, no estamos dispuestos a permitir que la historia que prevalece debajo de esta miasmática polución refuerce nuestro shock.

Éste lo vimos con nuestros propios ojos.

Pero en la ciudad donde *vivimos*, uno duda incluso de la validez de esta credencial.

Llegamos incluso a considerar por un momento la idea de dedicar *este* ejemplar sólo a los relatos de aquellos que durmieron a lo largo de todo el fenómeno, que estaban ocupados en el sótano o en la habitación de atrás sin ventanas cuando ocurrió, o —esperanza sobre esperanza— pueden afirmar que estuvieron dando vueltas durante toda la noche de ayer y no observaron nada extraordinario en el cielo.

Pero si bien el advenimiento de George en nuestras noches es algo que puede discutirse, tendríamos que buscar fuera de los límites de nuestra brumosa y delicuescente ciudad para hallar algún testigo negativo de este nuevo hecho. Al menos eso esperamos.

Por favor, vuelvan a la página uno. El problema de la zona de Lower Cumberland en Jackson, donde al parecer se ha ido *toda* la electricidad con la rotura de la conducción de agua en mi último jueves (lo peligroso que pueda ser esto para el resto de nosotros es algo que nadie puede decir, porque nadie puede estimar las pérdidas de una fractura en un dique en términos de nuestra decrecida población) es un auténtico dilema. Más real, nos gustaría creer, que el portento de ayer.

No nos sentimos ansiosos ni de describir ni de siquiera nombrar lo que pasó. Presumiblemente algún ejemplar de este periódico llegará más allá de nuestros límites; nos gustaría conservar *nuestro* buen nombre. Preferiríamos mucho más dar nuestras opiniones sobre el Lower Cumberland Park. Pero otro escritor (página uno, sigue en página siete) ha contado ya su testimonio, su relato de primera mano. Y, de todos modos, en sus palabras «... las posibilidades son de que ya nadie viva más aquí» queda expresado ya todo el asunto.

Ignorante del momento, el arco se hizo visible a última hora de la noche en el cubierto cielo. En un espectro que se alineaba solamente en el gris, el negro y el azul, ¡había que verlo para juzgar los efectos de esos dorados y bronces, esos rojos y

marrones púrpuras! Unos minutos más tarde, la mayoría de nosotros nos habíamos reunido en el Jardín de Agosto. La vista era abrumadora. Las especulaciones, antes de que la maravilla las silenciara, eran desenfrenadas. Cuando, al cabo de quince minutos, quizá una cuarta parte del disco había emergido ya, tuvimos nuestro primer caso de histeria... Pero antes que centrarnos en esos comprensibles desmoronamientos, felicitemos al profesor Wellman por su serenidad en todo momento, y a Budgie Goldstein por su indomable alto espíritu.

Tras más de una hora de elevarse, el monumental... ¿disco? ¿esfera? ¿qué? iluminó finalmente todos los edificios visibles. Hay algunas dudas, incluso entre aquellos reunidos en Agosto, acerca de si el orbe flotó realmente, o si cambió de inmediato de dirección y empezó a ponerse de nuevo, ligeramente (aunque no más de un quinto de su diámetro) hacia la izquierda..., esto último es una estimación de Wallace Guardowsky.

El borde inferior, en cualquier caso, estuvo encima del horizonte durante unos quince o veinte minutos. Incluso en toda su altura, podía mirársele directamente durante varios minutos debido a las nubes que lo velaban. El coronel Harris, sin embargo, aconsejó que protegiéramos nuestros ojos si lo contemplábamos de un modo prolongado. Su descenso, casi todo el mundo está de acuerdo en ello, tomó sustancialmente menos tiempo que la ascensión, y quedó estimado entre quince minutos y media hora. Hemos oído algunos intentos de estimar tamaño, composición y trayectoria. Dudamos si registrar siquiera aquellos que comprendemos podrían ser de mucha utilidad, la menor indulgencia al ingenio ante algo tan... ¡horrible! ¿Oiremos objeciones de ustedes, ansiosos de significativas distracciones cosmológicas? Quizá debamos simplemente pedirles su confianza: de las explicaciones oídas, ninguna, francamente, era *tan* ingeniosa. Y no queremos insultar a nuestros lectores.

Recordemos, con desconfianza y persuasiva sorpresa, la velocidad con que la última de tales apariciones celestiales adquirió, por consenso común de la población, su nombre. Qué consolador, pues, que esta visión demostrara ser demasiado monstruosa para recibir un fácil apelativo. (Nos ha sido sugerido uno desde un cierto número de lados, pero toda decencia y decoro nos prohíben mencionarlo; muchos opinan que ya hemos difamado bastante a la joven en estas mismas páginas.) De hecho, aunque pueda pegársele una etiqueta al revisar el fenómeno con una sonrisa, algunas imágenes pierden su libertad y resonancia si, cuando las contemplamos con rostro serio, lo hacemos a través de la difracción de un nombre.

—¿Qué piensa usted de eso? —preguntó Faust, acercándose un poco desde el otro lado de la calle.

Chico se echó a reír.

—Calkins es muy rápido llamándole negro a un negro. Pero cuando se trata de

darle un nombre a cualquier otra cosa, ¡sigue siendo una mierda de pollo!

—No, no. No es eso. —Faust tuvo que lanzar tres veces el enrollado periódico antes de conseguir acertar la ventana del segundo piso—. Me refiero a la primera página.

Chico, sentado en el porche, se inclinó para rascarse el pie.

—¿Qué...? —Volvió a la primera página del tabloide—. ¿Dónde está el Cumberland Park, de todos modos?

—¿El Low Cumberland Park? —Faust inclinó su fibroso cuello bajo su chaqueta de pana, se rascó la camiseta—. Está abajo, en el *otro* extremo de Jackson. Es allí donde se han reunido algunos negros realmente malos. Es donde vive el gran dios Harrison.

—Oh —dijo Chico—. Donde estuve ayer por la noche. Aquí dice algo acerca de que ya nadie vive allí.

Faust apoyó el fajo de periódicos en su cadera.

—Todo lo que sé es que dejo un maldito montón de periódicos frente a un maldito montón de puertas, y que no hay ninguno al día siguiente cuando vuelvo. ¡Maldita sea, chapotear en toda aquella agua en la calle ayer por la mañana! —Miró de reojo hacia la ventana—. Hoy por la mañana la cosa estaba mejor, sin embargo. Hey, le veré mañana por la mañana. ¿Es su libro el que llena toda la oficina?

—No sé —dijo Chico—. ¿Lo es?

Faust frunció el ceño.

—Tendría que subir alguna vez a la oficina y echar un vistazo mientras imprimen el periódico y todo eso. Venga conmigo algún día. Se lo mostraré todo. Su libro entró anteayer... —Faust hizo restallar los dedos—. Y dejé cajas de él en todas las librerías la otra noche. Tan pronto cuando..., bueno, ya sabe, se hizo oscuro.

Chico gruñó y abrió de nuevo el *Times*, para mirar a otra cosa que no fuera Faust.

—¡Tomen su periódico de la mañana! —El viejo echó a andar cojeando manzana abajo, gritándole al humo—: ¡Aquí, tomen su periódico de la mañana!

A lo que abrió el periódico fue a otro anuncio de un cuarto de página de *Orquídeas de cobre*. Lo depositó en el porche, y caminaba hacia la esquina cuando un sonido del que había sido débilmente consciente rasgó el cielo: un rugir. Y anidado en el rugir, el gemido que hace un motor a reacción a tres manzanas del aeropuerto. Chico miró al sonido acumulado sobre él; no se veía nada. Miró hacia el final de la manzana. Faust, una figurilla en un lechoso acuario, se había parado también. El sonido rodó, alejándose, haciéndose más débil.

Faust siguió andando y desapareció.

Chico dobló la esquina.

Es diferente dentro del nido, pensó, intentando imaginar por qué tenía que ser lo mismo:

Los dibujos en la sucia pared...

Los adornos sueltos del techo...

En su mano, los cuadrados nudillos y los huesudos dedos rasparon otro centímetro...

Un rostro negro surgió del centro de la habitación, miró hacia atrás; agitó la cabeza, y fue al cuarto de baño. Entre voces, Pesadilla rió y:

—De acuerdo. Quiero decir, de acuerdo. —Ésa era Dragón Lady—. Ya has dicho lo tuyo; ahora, ¿qué es lo que quieres que hagamos?

Mientras alguien en medio de todo aquel jaleo gritaba:

—¡Hey, hey, hey, vamos! ¡Hey!

—Bueno, quiero decir..., ¡de acuerdo! —se destacó la voz de Pesadilla—. ¿Qué es lo que quieres?

Chico fue a la puerta.

Al otro lado de la habitación, Siam y Cristal le saludaron con leves y diferentes movimientos de su cabeza. Chico se reclinó en la jamba. La gente del centro, de espaldas a él, no eran escorpiones.

—Quiero *decir*... —Pesadilla, dando la vuelta, se inclinó para golpearse las rodillas—, ¿qué es lo que quieres?

—Mira —John se volvió para seguirle, sujetándose las solapas de su chaqueta peruana—. ¡Mira, esto es muy serio! —Su camisa de trabajo azul tenía las mangas enrolladas sobre sus antebrazos; las mangas estaban manchadas, sucias y deshilachadas en un codo. Sus uñas, las únicas visibles, estaban muy limpias—. Quiero decir que vosotros, muchachos, tenéis que... —Hizo un gesto.

Milly se apartó de la trayectoria de su brazo.

—¿Hacer qué? —Pesadilla se frotó el hombro—. Mira, hombre, yo no estaba ahí. No supe nada de ello.

—Estábamos en otra parte. —Dragón Lady hizo girar una blanca taza en sus oscuras manos, los hombros hundidos, dando sorbos, observando—. Ni siquiera estábamos por aquí, ¿sabes? —Era la única que bebía en la habitación; y bebía mucho.

Mildred apartó mechones de rojizo pelo y pareció mucho más vieja que Dragón Lady. (Recordó una ocasión en la que él había pensado, cuando nadie estaba presente, que, pese a todas sus diferencias, tenían más o menos la misma edad.) Los labios de Dragón Lady se apretaron, se crisparon, volvieron a apretarse.

—¡Esto es una mierda! —Pesadilla se amasaba el brazo—. ¡Quiero decir que es una auténtica mierda, hombre! No cargues esta mierda sobre mí. Tú quieres hablar con alguien... —sus ojos se alzaron debajo de sus cejas, vieron a Chico—. Habla con él. Él estaba allí, yo no. Fue cosa suya.

Chico descruzó los brazos.

—¿Qué hice?

Mildred se volvió.

—¡Matar a alguien!

Al cabo de un momento notó que su frente se fruncía.

—Oh, ¿sí? —Lo que se aclaró dentro de él fue algo inquietantemente cercano al alivio—. ¿Cuándo? —preguntó, con el calmado y contrapuntal pensamiento: No. No, eso *no es posible*, ¿verdad? No.

—Mirad —dijo John, y su vista derivó entre Pesadilla y Chico—. Mirad, siempre hemos podido hablar con vosotros, ¿no? Quiero decir que estáis bastante unidos, ¿sabéis? Pesadilla, siempre nos hemos portado lealmente contigo, ¿hey? Y tú te has portado lealmente con nosotros. Chico, tú acostumbrabas a comer todo el tiempo con nosotros, ¿correcto? Eras casi parte de nuestra familia. Te acogimos la primera noche que llegaste aquí, ¿no lo hicimos? Pero muchachos, no podéis ir por ahí matando a la gente. Y esperar que nosotros simplemente permanezcamos sentados. Quiero decir, tenemos que hacer algo.

—¿A quién hemos matado? —preguntó, dándose cuenta: ¡*no* están diciendo yo! Se refieren a *nosotros*. El sentimiento llegó frío y con una sensación de pérdida.

—¡Wally! —dijo Milly desde el borde de la histeria—. ¡Wally Efrin!

El nombre sonó absolutamente hueco en su mente. Chico buscó la compañía *agazapada* en sus recuerdos ante el fuego comunal tras los ladrillos de cenizas sobre judías y verduras salteadas con carne: ¿Wally Efrin? (¿El pelicorto al que una vez le pidió que le ayudara a traer madera y le había respondido que no porque le daba demasiado miedo abandonar a los otros? ¿El otro que se había sentado entre él y Lanya y había hablado sin parar de Hawaii? ¿El robusto con el pelo tan largo que podía sentarse encima y que no dejaba de preguntarle a todo el mundo si habían visto o no a su chica? ¿Alguien al que había visto pero de cuya presencia nunca se había dado cuenta? ¿Alguien al que nunca había visto? Recordó a Jommy y a media docena de otros.)

—¿Dónde? —preguntó, ante su silencio—. ¿Por qué deberíamos haberlo matado?

—¡Oh, por el amor de Dios...! —Milly agitó la cabeza.

—Ayer —dijo John—. Ayer por la tarde. Cuando estabais todos en aquella casa, con el... sol. Mildred estaba allí...

—No me enteré hasta después de llegar a casa —dijo ella, con la voz que usa alguien para disculparse.

—Yo tampoco —dijo Chico—. Así que, ¿por qué queréis decírmelo?

—No, yo no quiero... —exclamó Milly—. ¡Esto es simplemente terrible! ¡Esto es animal...!

—Tú estabas al cargo aquí, ¿no, Chico? —preguntó John.

—Eso es lo que me dice todo el mundo.



—Bien, parece que... Yo no estaba allí, pero esto es lo que me dijeron...

Chico asintió.

—... Parece como que alguno de los chicos empezó una pelea. Y... ¿qué? ¿Wally intentó detenerla?

—Puede que él empezara la pelea —le dijo Milly al suelo—, con ellos.

—Calculo que la mayor parte de la gente estaba arriba. Esto fue abajo en la cocina. Fue golpeado de mala manera, imagino. Alguien le pegó un par de veces. En la cabeza. Con algo como un barrote de una celda de la policía. Luego todo el mundo se fue, supongo. Al parecer, mucha gente de aquí ni siquiera supo lo que había ocurrido. Yo estaba abajo. —John repitió—: En la cocina. Quiero decir, Mildred ni siquiera se enteró hasta que volvió y Jommy se lo dijo. —Un movimiento de la bronceada mandíbula de John indicó que Jommy era el muchacho flaco con una gran pelambarrera castaña y unos pequeños ojos pálidos. (*Recordaba a Jommy; pero no lo había reconocido...*) —Todo el mundo lo dejó, porque pensaron que simplemente estaba sin sentido o algo así. O tal vez estaban asustados. Luego fueron a buscarlo. Pero estaba muerto.

—¿Quién lo hizo? —Chico movió su pie descalzo, que le hormigueaba.

Jetadecobre permanecía de pie en la puerta de la cocina, con un puño en la jamba.

John miró a Jommy, que señaló inmediatamente al escorpión en el canapé, el granujiento joven blanco sin afeitar:

—¡Él! —El aludido gruñó ante la acusación, y alzó un poco la *cabeza*. Era también el escorpión que los jóvenes de pelo largo habían sujetado, llorando, en la galería, cuando el gran círculo se puso.

—¿Mataste a alguien ayer por la noche? —preguntó Chico.

—¡No! —Lo dijo fuerte, densa e interrogativamente, sondeando la respuesta para ver su efecto.

Pesadilla se sentó entonces a los pies de Dragón Lady. Con la cabeza contra la pared, miró de interlocutor a interlocutor, con la sonrisa de un entusiasta en un partido de tenis.

—¿Golpeaste a alguien en la cabeza? —preguntó Chico.

—¡Golpeé al *jodido* tipo! —Los puños del escorpión se clavaron en el borde del canapé—. ¡Sí! Con un jodido trozo de cañería. ¡Pero no sé qué tipo de cañería era..., o si él estaba muerto!

—¡Mierda, *yo sí* lo supe! —cloqueó Cristal—. Lo supe apenas golpeaste al hijo de madre la primera vez. La segunda, la tercera..., todas las otras veces que le diste, hombre, fue sólo trabajo extra.

—¡Calla tu jodida boca! —(Era, recordó Chico, el escorpión para el que había rescatado el león de bronce.)—. No maté a nadie.

—¿Pero *golpeaste* a alguien en la cabeza con un trozo de cañería ayer?

—Mira, yo no... —Se encalló con la palabra y se puso en pie, los puños agitándose desde sus hombros para apartar la barrera que le impedía el habla, luego aulló—: ¡...yo no maté a ningún maldito tipo con ningún...!

—¡SIÉNTATE, MALDITA SEA! —gritó Chico, apartándose tres pasos de la puerta. Aquello, pensó en el silencio que siguió, era completamente teatral. Pero le sorprendió su eficacia. Sintió, retorciéndose detrás de su rostro, una sonrisa en embrión. Tanto los pies como las manos le hormigueaban. ¿Debo *decir* la siguiente cosa, o debo *gritarla*? (El escorpión estaba echándose hacia atrás en el canapé, sostenido sobre sus puños, sus posaderas no apoyadas en él, ninguna expresión en su rostro)—. ¿GOLPEASTE EN LA CABEZA A ALGÚN CHICO CON UNA TUBERÍA...? —Hizo la elección de evitar reírse.

El escorpión se dejó caer en el canapé. Su expresión era de terror.

—¿Debo decir que sí? —preguntó suavemente el escorpión—. No sé...

Chico agitó fuertemente las manos, junto a las caderas, para hacer que volviera la sensibilidad a ellas. Oyó a una de las personas a su lado hacer crujir una plancha del suelo con el pie y contener la respiración.

—Mira —le dijo a John. Milly, detrás de él, parecía más asustada que el escorpión en el canapé. El pequeño Jommy mostraba una intensa expresión de frío interés—. ¿Por qué no echáis al jodido fuera de aquí, eh?

—Hum... —Los pulgares de John habían desaparecido debajo de sus solapas junto con el resto de sus dedos—. Sabes que no hemos tenido un... juicio ni nada parecido. —Miró al escorpión—. Mildred dijo que quizá Wally lo empezó todo, ¿sabes...?

—Yo no lo vi —reiteró Milly—. Simplemente alguien me dijo...

Chico inspiró profundamente, y le sorprendió que su acción cortara la cinta del susurro de ella como unas tijeras.

—Todos vosotros, salid.

—Hey, no estamos intentando... —empezó John; Milly, Jommy y los otros habían echado a andar todos hacia la puerta. Soltó sus solapas y les siguió.

—¿Qué hicisteis con Wally, eh? —preguntó Chico.

—¿Eh? —John se detuvo un momento—. Simplemente lo dejamos...

—No —interrumpió Chico—. ¡No, no me lo cuentes! —Golpeó con un puño la palma de su otra mano. La sensación estaba empezando a volver. El gesto envió a John a empujar a los demás que estaban delante de él para salir de la habitación, palmeando nerviosamente su pierna.

El escorpión en el canapé parecía muy miserable. Aferrando su lámpara, o llorando en la galería; Chico pensó: Ha parecido miserable cada vez que me he dado cuenta de su presencia.

—¡Mierda! —dijo Chico. (Fuera, oyó cerrarse la puerta tras la representación de

la comuna.)

El escorpión dio un pequeño salto y parpadeó.

—¡Oh, mierda! —Chico se dio la vuelta y salió de la habitación.

Oyó un ruido a sus espaldas a tres pasos en el pasillo y se volvió.

Pesadilla estaba apoyado en la jamba de la puerta, con una sonrisa incongruente en su rostro.

—¡Hombre, eres jodidamente demasiado! —Pesadilla avanzó, tintineando, por el pasillo, dio una palmada contra la pared—. ¡De veras! Eres demasiado.

Inmediatamente detrás de él, Jetadecobre se asomó y preguntó:

—Hey, ¿qué quieres hacer con Dólar ahí dentro? —Señaló con el pulgar la habitación.

Así que éste es su nombre, pensó Chico (¿Dólar?), mientras preguntaba:

—¿Eh?

—¿Quieres que lo caliente un poco por ti? —preguntó Jetadecobre—. Sí, lo haré. No me importa hacer este tipo de mierdas. Quiero decir que si va por ahí golpeando a la gente en la cabeza, nos está metiendo en problemas, ¿sabes? ¿Quieres que lo trabaje un poco?

Chico puso cara de disgusto.

—¡No! No tienes que hacer nada parecido a...

—Si *tú* quieres —anunció Jetadecobre por encima del hombro de Pesadilla—, mataré a este pequeño bastardo blanco. O puedo trabajarle hasta asustarlo un poco, ya sabes...

—No —repitió Chico—. No, no quiero que hagas nada de eso.

—¿Quizá luego...? —dijo Jetadecobre—. ¿Cuando lo hayas pensado un poco?

—Ya veremos, pero ahora no —dijo Chico—. Ahora simplemente déjale solo.

Pesadilla rió cuando Jetadecobre desapareció dentro de la habitación.

—¿Qué estabas intentando *hacer*, eh? ¡Hombre, *eres* demasiado!

—Sólo descubrir si él lo hizo. Eso es todo.

Pesadilla contuvo su risa en su boca; hinchó sus mejillas hasta que la tragó.

—¿Lo descubriste?

Desde dentro les llegó un repentino crujido y un grito. Voces quedas en torno al sonido de un fuerte sorber.

—El Chico me ha dicho que se supongo que tengo que aguardar hasta más tarde para trabajarte un poco, chupa-pollas. Pero no me hagas ninguna mierda, ¿entiendes? Así que vas por ahí rompiéndole la cabeza a la gente. Creo que me voy a divertir un poco rompiendo la tuya. Ahora sal de ahí.

—Yo..., supongo que sí —dijo Chico.

—Quiero decir —Pesadilla agitó sus palmas abiertas frente a las caderas de Chico—. Sólo me estaba preguntando si realmente lo *descubriste*. Yo no estaba allí. Tú

estabas, ¿no? Así que tienes que saber si lo hizo o no. —Retrocedió unos pasos, sonriendo.

—¡Hey!

—¿Qué?

—Ven aquí. Quiero hablar contigo.

El brazo de Pesadilla se dobló bajo sobre su estómago, luego se alzó sobre su amplio pecho de modo que las cadenas colgaron por encima de sus antebrazos.

—Seguro. —Inclinó la cabeza, cautelosamente—. ¿De qué quieres hablar?

—Sólo quiero saber... Hey, ven conmigo.

—Seguro —dijo Pesadilla; su lengua se deslizó a un lado de su mandíbula, lamiendo algo entre los dientes de atrás.

Recorrieron el pasillo hasta el porche de servicio. Pesadilla, con los brazos aún doblados, se detuvo en el umbral, frunciendo los ojos. Una pantalla de humo colgaba a sólo unos metros más allá de la puerta mosquitera.

Chico preguntó:

—¿Qué estás intentando hacer *tú*, eh?

—¿Qué quieres decir? —Los antebrazos de Pesadilla se deslizaron uno sobre el otro hasta apretarse en un nudo.

—Quiero decir *tú*. Y Dragón Lady y todos los demás. ¿Cómo es que me he convertido repentinamente en el jefe en todo?

—Lo haces muy bien.

—Pero quiero saber por qué.

—Bien. —Pesadilla miró al suelo, y se dejó caer contra la jamba—. Tiene de serlo alguien, ¿correcto? —Las planchas en torno a ellos crujieron.

—¿Pero qué hay contigo?

—¿Conmigo? —Las planchas crujieron de nuevo, aunque Pesadilla no se había movido—. ¿Qué quieres saber de mí?

—Sólo por qué, eso es todo. Quieres un nuevo jefe..., ¿por qué no uno de los negros, o algo? Quiero decir, ¿qué *pasa* contigo?

Pesadilla se metió su húmedo y rojo labio inferior en la boca, y asintió. Su ojo izquierdo, observó de nuevo Chico, era ligeramente estrábico.

El agua que formaba un charco bajo el canalón se agitó bajo el costroso desagüe.

—Pensé que sería interesante ver lo que ocurría si un tipo loco y sesudo como tú llevaba las cosas por un tiempo. Todos los negros sesudos en Bellona tienen el suficiente buen sentido como para mantenerse fuera. No tenemos demasiado donde elegir, así que eso podía hacerlo también interesante, ¿correcto? No voy a permanecer en este jodido agujero de bruma durante todo el resto de mi vida. Está muy bien ser Pesadilla, ¿sabes? Pero voy a volver a St. Louis, agenciarme un pequeño coche extranjero, trabajar un poco en el gimnasio, y poner a un par o tres de damas a

callejear para mí, y voy a convertirme en Larry H. Jones de nuevo. Y espero no volver a oír hablar nunca más de Pesadilla. Si alguien grita ese nombre en la Calle Seis, voy a dar la vuelta por Olive. He hecho demasiadas cosas aquí, así que me voy tan pronto como pueda. —Se irguió—. Tú has eliminado a Pesadilla, y yo *me he dado* un nombre. Conozco a gente. En St. Louis. —Su mano se alzó hasta su hombro, sus grandes dedos se movieron—. Así que he pensado dejarte a ti aquí. Además, a Denny le gustas. Ese pequeño chupapollas tiene la cabeza sobre los hombros. No como algunos de esos estúpidos. Y no parece que a ti te importe. —Entre los eslabones que colgaban sobre su pecho, brillantes cuentas captaron más luz de la que era posible captar, parpadeando y muriendo y parpadeando.

—Hey, esa cicatriz en tu hombro —preguntó Chico—. ¿Tú y Dragón Lady os lleváis bien?

—Ella como una puta. A veces. —El rostro de Pesadilla se crispó un instante en torno a sus dientes rotos—. Y luego, a veces... —frunció el ceño—. Bueno, ya sabes. —Después de que el canalón goteara tres veces más, se volvió para irse, pero hizo una pausa para mirar por encima del hombro—. ¿Quieres hablar de alguna otra cosa?

—No —dijo Chico—. Eso es todo.

Pesadilla se fue.

Al otro lado del pasillo había una habitación donde Chico nunca había entrado. Abrió la puerta.

Dólar, silueteado ante la desgarrada cortina de la ventana, se volvió. El león miró junto a su cadera desde el alféizar. El sabor a quemado en la parte de atrás de la garganta de Chico fluyó hacia delante, se convirtió en un sorprendente hedor: en uno de los colchones apilados había un carbonizado halo en torno a un cráter de cinco centímetros rodeado de cenizas y algodón quemado. Fotos de periódicos y revistas habían sido clavadas en una pared; muchas de ellas habían sido arrancadas de nuevo.

Uno de los tres negros sentados en el suelo le miraron. La pequeña chica rubia volvió a subirse su chaquetón de marinero sobre los hombros y lo cruzó sobre sus pechos.

—¿Qué quieres...? Quiero decir, hey, hombre... —Dólar se puso en pie, vacilante—. Chico, mira, se supone que tú eres un tipo como corresponde, ¿no? No vas a hacerme daño. ¿Por favor? Hombre, nunca antes en mi vida había hecho nada como eso, ¿sabes? ¿Quieres que yo...? —Dio otro paso—. Hey..., ¿qué intentas hacer? ¿Eh? —Su mano se detuvo en las cadenas que rodeaban su cuello, las retorció.

—Sea lo que sea —dijo Chico—, parece como si ya lo esté haciendo. —Todos los músculos de su rostro se tensaron: volvió al pasillo.

Llegaba ruido de la habitación de delante. La risa de Pesadilla se alzó. La de Dragón Lady la cortó.

Como *si* repentinamente se hubieran caldeado, Chico rebuscó en la parte de atrás

de su chaqueta y extrajo de su cinturón los libros. Los dos estaban mugrientos. La portada de uno estaba sucia y arrugada. También lo estaba la contraportada del otro.

—¡Hey, ven aquí, ven aquí, corazón! —aulló Pesadilla—. ¿Qué estás intentando hacerme, eh? ¿Qué estás intentando...? —y estalló en una risotada.

—Sólo preguntaba —anunció Dragón Lady con histérica deliberación— si querías un poco más de maldito café... —La última sílaba se convirtió en un chirrido que cayó en contrapunto sobre la risa de Pesadilla, hasta que ambas voces chapotearon en la cisterna de la hilaridad.

Chico se refugió en el cuarto de baño.

Se sentó, con los pantalones bajados hasta las rodillas. Una burbuja fugitiva en sus intestinos transmitió un calambre a todo su abdomen; el calambre se relajó. Soltó la ventosidad, y supo que estaba vacío.

Apoyó los libros sobre sus rodillas, hojeó uno, luego el otro. Deseó leer un poema, al menos, de principio a fin. Un minuto más tarde se dio cuenta de que en realidad había estado deliberando no qué poema, sino en qué libro leerlo. ¿Era la incomodidad en su vientre un fantasma de la ventosidad? No.

Con un libro en cada mano, los sopesó. Se había empleado *tiempo* escribiéndolos. El tiempo había sido mañanas con su frente fruncida y la hierba obsequiosamente silenciosa más allá del borde de la manta; había sido noches en el bar con la luz de las velas iluminando docenas de botellas con sus distintos contenidos a diferentes alturas como pistones en un motor; había sido un roto bordillo en cada lado mientras se sentaba con el bolígrafo ardiendo en su dedo índice. Escribiendo, no había pensado en recuperar nada de ello. Pero la perspectiva de publicación le había convencido de alguna manera de que se hallaba en proceso alguna magia que le devolvería a él, en *tacto* (no *memorium*), algo de lo que la ciudad había malgastado. La convicción era identificada ahora por su fraudulencia ante los inadecuados objetos. Pero mientras moría, pateando en sus entrañas, espástica y temblorosa, supo que había sido tan real e incuestionada como todo lo que le rodeaba: el aire para un pájaro, el agua para un pez, la tierra para un gusano.

Estaba agotado, con un agotamiento que aniquilaba el deseo. Y todo lo que podía concebir como deseo era intentarlo de nuevo; hacer más poemas, depositarlos en un libro, conseguir que este libro se convirtiera en algo real a través de la reproducción, ¡y dar a esa alucinación otra posibilidad!

No tenía nada que escribir. No podía imaginar qué otro poema podía ser, cómo podía rimar, o incluso cuál podía ser su aspecto. ¿Es por eso, se preguntó, por lo que lo llaman «creación»? La textura en el ojo, el temblor en el aire a su alrededor lo había absorbido todo. No quedaba nada (...acerca de lo que ves sobre ti, acerca de lo que te ocurre a ti, acerca de lo que sientes. No.) No. Algo tenía que ser... creado. Y ya lo había sido.

Un músculo se tensó en su hombro.

Había habido un tiempo en el que se había sentido asustado de cosas como ésa: (¡...Un coágulo de sangre liberándose de la pared de la vena para correr hacia el corazón, bloqueando una válvula!) La costumbre inició un estremecimiento.

Contuvo el aliento, y sus pantalones, y los libros donde los sujetaba, cayeron. El maniquí que miraba de reojo, encadenado y sangrante, se reclinó contra el tanque y sonrió benignamente a la altura del pezón izquierdo de Chico. Chico se lo rascó, se subió los pantalones, volvió a colocarse los libros debajo del cinturón y salió.

En la habitación de Denny, subió la escalerilla de dos en dos peldaños. Su barbilla alcanzó el altillo.

—¡Hey, despierta!

Denny no lo hizo, así que trepó el resto del camino, se arrodilló a horcajadas a su lado y sujetó la cabeza del muchacho.

—¡Hey!

—¡Maldita sea...! —Denny intentó volverse de espaldas. Un brazo se agitó en sacudidas—. ¿Qué jodida cosa preten...?

—¡Vamos, levántate! —Las manos de Chico eran como tenazas, y las de Denny se alzaron para sujetar sus muñecas.

—¡De acuerdo! —dijo Denny, con las mejillas, apretadas muy juntas, distorsionando su voz—. Mierda, hombre, ahora me levanto, de acuerdo...

—Vas a llevarme al lugar de Lanya. —Chico alzó su pierna y se sentó hacia atrás—. Sabes dónde está, ¿eh? La llevaste allí. ¡Lo sabes!

Denny gruñó y se alzó sobre sus codos. Botas y cadenas yacían en un montón verde junto a su cabeza. El borde de piel de su chaqueta descendió de unos rosados rasgos a un cerúleo pectoral.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces levanta el culo, chupapollas. —Chico hizo un gesto—. Quiero verla.

—De acuerdo, de acuerdo. —Denny tendió la mano hacia atrás en busca de sus botas, y empezó a ponérselas. Alzó una vez la mirada y dijo—: ¡Mierda!

Chico le sonrió.

—Mueve el culo.

—Que te jodan —dijo secamente Denny, y agachó la cabeza entre tintineantes eslabones—. Vamos. —Pasó los pies por encima del borde y saltó.

Chico bajó la escalerilla mientras Denny se tambaleaba ligeramente de pie en el umbral.

—¿A qué viene toda esta prisa? —preguntó Denny—. Hey, deja de empujarme, ¿quieres? —mientras Chico le arrastraba al pasillo.

—No te estoy haciendo daño —dijo Chico—. ¿Sabes que Dólar mató a un tipo con una tubería?

—¿Eh? ¿Cuándo?

—Ayer.

Denny intentó silbar. Primero fue un chirrido, luego todo lo que quedó fue aire.

—Dólar es un loco hijo de madre, ¿sabes? Quiero decir que siempre ha estado loco. Demonios, todos los tipos blancos del nido están locos.

—Seguro. —Chico arrastró a Denny hacia la puerta de entrada.

—¿Por qué lo hizo?

Chico se encogió de hombros.

—No lo sé.

La puerta de entrada se abrió. Trece (con Smokey detrás) entró, mirando a su alrededor como si esperara algo... distinto.

—¡Hey, Chico! ¡Oh, hey, hombre, tengo que hablar contigo! ¿Conoces a Dólar? Bueno, acabamos de llegar, pero... Alguien me dijo que ayer cogió un barrote de un calabozo de la policía y golpeó con él a un tipo hasta que...

—¡QUÍTATE DE MI CULO! —dijo Chico, muy fuerte, en el rostro de Trece, agitando su puño. Si sigo con esto, pensó, voy a golpear a alguien—. Simplemente quítate de mi culo, ¿entiendes?

Trece, con una mano sujetando el cuello de su camiseta verde (el tatuaje del «13» se tensó y ensanchó), había retrocedido contra una de las paredes; Smokey, con los ojos muy abiertos, contra la otra.

Chico apoyó una mano en el hombro de Denny.

—Vamos. ¡Larguémonos!

Pasaron a grandes zancadas entre ellos y cruzaron la puerta; la cerró de un portazo a sus espaldas.